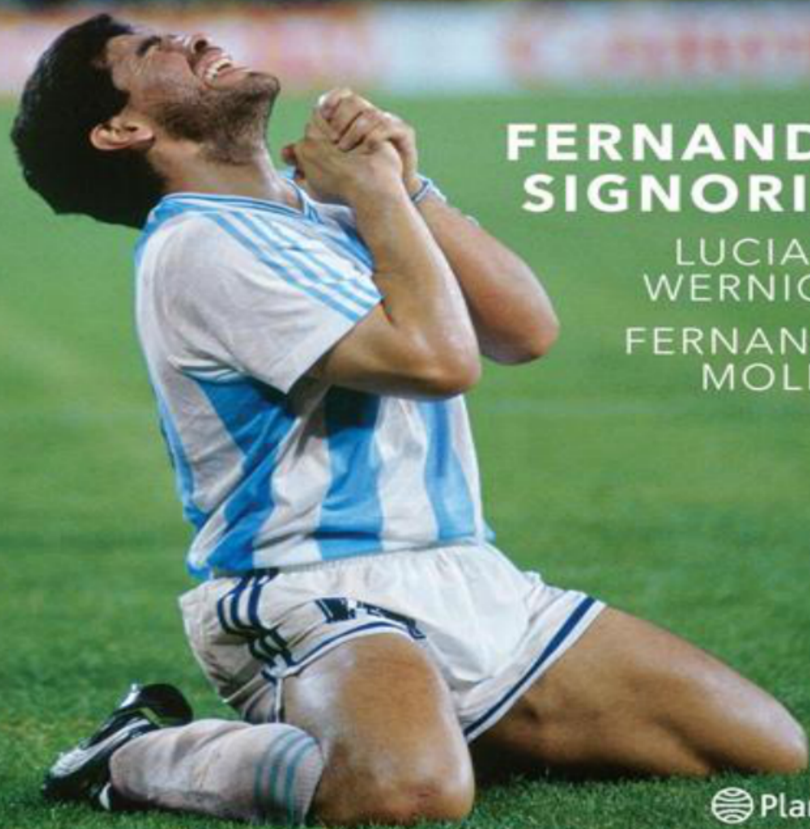
DIEGO
DESDE ADENTRO

CÓMO EL MEJOR FUTBOLISTA DEL MUNDO
SE CONVIRTIÓ EN EL MEJOR DE LA HISTORIA



FERNANDO SIGNORINI
LUCIANO WERNICKE
FERNANDO MOLINA

Planeta

Diego desde adentro

Diego desde adentro

Cómo el mejor futbolista del mundo se convirtió en el mejor de la historia

Fernando Signorini
Luciano Wernicke
Fernando Molina

Índice de contenido

Wernicke, Luciano.
Diego, desde adentro / Luciano Wernicke ; Fernando Signorini ; Fernando Molina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7497-0
1. Memorias. 2. Mundiales de Fútbol. I. Signorini, Fernando. II. Molina, Fernando. III. Título.
CDD 796.3309

 Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Foto de cubierta: Eric RENARD/Corbis vía Getty Images.

Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2021

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7497-0

AFA

«No me importa lo que Diego hizo con su vida, me importa lo que hizo con la mía.»

ROBERTO FONTANARROSA

«Fernando Signorini es un maestro total, un genio. No sólo me enseñó cómo prepararme, sino cómo preparar la cabeza.»

DIEGO MARADONA

«Oh mamma, mamma, mamma, oh mamma, mamma, mamma, sai, perché, mi batte il corazon, ho visto Maradona, ho visto Maradona, eh, mamma, innamorato son!»

CANCIÓN DE CANCHA NAPOLITANA

AD10S, MUCHACHO

La puñalada fue atroz, maldad insolente. El crac, que se escuchó en la cancha y algunos juran que hasta en las tribunas, sonó como una coda. La última nota del tango más triste de todos los tangos. *Chan-chán. Un frío cruel te destrozó, te robó toda ilusión, te lanzó hacia un hondo bajo fondo, con una herida absurda*. Lo subieron a una camilla y lo cubrieron con una manta, corriéndole un telón al corazón. Barcelona ganaba dos a cero al campeón, Athletic Club, pero en las gradas el viento levantaba un extraño lamento. Tristeza. Sin Diego, la noche se volvió un pozo de sombras. Bajo una luz mortecina, Barça marcaría dos goles más, si bien la función ya había terminado.

Notas agoreras dijeron que no jugaría más. ¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razón!, gritó él, mezcla de rabia, de dolor, de fe, de ausencia. Al *Pelusa* de Villa Fiorito, criado con yerba de ayer secándose al sol, le sobraba coraje para continuar por el camino de los sueños. *Aunque te quiebre la vida*. Juró que esas promesas vanas escaparían con el viento. Como esas cosas que nunca se alcanzan.

Los hombres valientes juegan la vida por un querer, y Diego se la jugó. Empecinado, como las mil veces que había cruzado Puente Alsina por las noches de Pompeya. Primero hay que saber sufrir. Se arrastró entre espinas, ciego en su penar. Con esperanza humilde, que era toda la fortuna de su corazón.

Y llegó el regreso. Siempre se vuelve al primer amor. Bajo el burlón mirar de algunas estrellas y la indiferencia de otros, retornó. Vestido de fiesta, con su mejor color, *dentro del pecho pide rienda el corazón*. Borró la tristeza y calmó la amargura a fuerza de goles, en gran estilo y con precisión. Muchísimos hermosos, otros no tanto. *El que no roba es un gil*. Cantó victoria y llegó la consagración. El sueño del pibe, gritan los nenes de la popular.

Llenó hasta el borde la copa de champán, en mil y una noches de farra y de alegría. Tuya es tu vida, tuyo tu querer. Después, desencuentro. *La araña que salvaste te picó*. Todo el carnaval, gritando, pisoteó la mano fraternal que Dios le dio. Le hundieron con rencor todo el arpón. El cuerpo enfermo no resistió más. *Qué ganas de llorar en esta tarde gris*.

Diego, es un soplo la vida. Quisiste con ternura, te jugaste entero, ¿qué le vas a hacer? Tarde o temprano se detiene el andar. AD10s, muchacho. Para ti, ya no habrá más penas... ¡ni olvido!

LUCIANO WERNICKE

Buenos Aires, julio de 2021

CAPÍTULO 1
CONFESIONES DE INVIERNO

Lo recuerdo como si fuera hoy. Sé que parece increíble, pero les aseguro que ese momento quedó grabado a fuego aquel crudo invierno de 1972. En Lincoln, mi ciudad natal, no había mucho para hacer un domingo. Ni siquiera se podía ver televisión, porque todavía no se había instalado una antena transmisora que acercara los canales capitalinos hasta esa localidad, situada a unos 300 kilómetros al oeste de Buenos Aires, ni existían aún las señales de cable. Luego de la siesta ineludible, podría definirla mejor como obligatoria, los que amábamos el fútbol teníamos un único medio para conectarnos con el campeonato de primera división, que por entonces se llamaba Metropolitano: la radio. La pelota entraba a mi cabeza por las orejas, impulsada por las voces que emitía el aparato a transistores. Provisto sólo de las palabras que elegía el narrador, yo intentaba imaginar los goles, las atajadas, la magia. Unos días más tarde, compraba la legendaria revista *El Gráfico* y, a través de sus hermosas fotografías, descubría si las jugadas que había proyectado en mi mente se aproximaban, aunque fuera de manera vaga, a lo que realmente había sucedido en los inalcanzables estadios de Buenos Aires, Avellaneda o Rosario. Pero lo que me llamó la atención ese frío día de junio no fue la descripción de un tanto, ni de una acción determinada, sino un nombre. Yo había sintonizado radio Rivadavia para escuchar el relato del partido entre Argentinos Juniors y el puntero del torneo, San Lorenzo. Terminado el primer tiempo, el conductor del programa, José María Muñoz, dio paso a los distintos cronistas que debían informar lo que había acontecido en otros coliseos. En esa época, todos los partidos de la fecha se cumplían de manera simultánea. Sin embargo, a los dos o tres minutos, interrumpió a los corresponsales, fascinado por lo que sucedía en el círculo central de la cancha del Bicho de la Paternal: un nene de once años deslumbraba a los hinchas haciendo malabarismos con una pelota.

–Zavatarelli, ¿quién es ese chico que hace esas maravillas? –quiso saber Muñoz.

–Es un pibe de las divisiones inferiores de Argentinos Juniors, José María –le respondió su compañero de transmisión, situado junto a la línea de cal.

–¿Cómo se llama? –indagó el relator.

–Diego Armando Maradona.

«Diego Armando Maradona», repetí yo en la sala de mi casa de Lincoln, quizá para esculpir en mi azotea esas palabras que me habían parecido atractivas. Mientras a Muñoz lo había hechizado el talento del chico, a mí me había llamado la atención la sonoridad de su nombre.

Años después, recibido de Profesor de Educación Física en la escuela Nuestra Señora de Lincoln y trabajando como preparador del primer equipo del club Rivadavia de la misma ciudad, volví a escuchar ese trío de palabras que combinaban de manera armónica, tantas veces que terminé familiarizándome con él. Como debe haberle ocurrido a millones, sospecho. Primero, como la nueva esperanza de Argentinos Juniors, aunque ya en el equipo profesional. Luego, como líder de la selección juvenil que ganó el Mundial sub-20 de Japón en 1979, conducida por César Menotti, y finalmente como estrella del Boca campeón de 1981, ya por televisión, porque por fin a un funcionario municipal se le había ocurrido colocar una antena que alimentara el ocio de los linqueños. Gracias a las imágenes de la tele, logré ponerle cara al nombre musical, y asimismo descubrir que Muñoz se había quedado corto con sus elogios. El muchacho no sólo dominaba la pelota a placer, como dicen los españoles, sino que era un experto en el arte del engaño. Un tipo de una astucia sobresaliente, de una picardía exquisita que ya no se ve en las canchas, o por lo menos yo no he vuelto a ver. Ya nadie engaña a nadie.

En diciembre de 1982, pasados el Mundial de España y la nefasta *guerra de Malvinas*, me pude dar el gusto de ver en una cancha esa maraña de rulos con pies prodigiosos que tanto me había extasiado a la distancia por medio de un tubo de vidrio. Fue en el Camp Nou, en una fría noche catalana. Diego consiguió el único gol del equipo *blaugrana* con un toque prodigioso que burló al gran portero vasco Luis Miguel Arconada, defensor del arco de la Real Sociedad y la escuadra nacional española. Un toque muy parecido, casi calcado, al que el mismo Diego dibujaría cuatro años más tarde ante el belga Jean-Marie Pfaff, en el Mundial de México, para anotar el uno a cero albiceleste.

Poco después de ese primer contacto visual, lejano y desde luego unidireccional, el destino, que a veces obra con crueldad pero conmigo estuvo desmedidamente generoso, cruzó mi camino con el de ese pibe al que todos en España llamaban *Pelusa*, a partir de un encuentro fortuito y una desgracia que, debo admitir, resultó con suerte. A partir de allí, avanzamos juntos durante unos catorce años. Volamos dentro de veloces Ferrari por seguras autopistas y anduvimos a los tropezones por senderos pedregosos y peligrosos. Piloteamos lanchas de carrera y remamos en dulce de leche. Ganamos y perdimos. Hoy, mirando desde la distancia que conceden el tiempo y la

experiencia, y al cabo de tantos viajes, tantos campeonatos, tantas anécdotas, siento que esos catorce años fueron 140.

Es muy difícil contar de manera cronológica la historia de uno de los tipos más famosos del mundo. Millones lo han visto jugar, lo han escuchado hablar, han leído sobre él, han observado uno o varios de los documentales que se han producido sobre su sorprendente existencia. Pero todos han visto a Maradona, leído sobre Maradona, escuchado a Maradona, observado documentales sobre Maradona. Yo les voy a hablar de Diego, del pibe que se entrenaba con ambición, del ser humano que aparecía cuando se apagaban las cámaras y los flashes, del chico forjado en un barrio muy pobre como Villa Fiorito que viajó a la cima del Everest sin ropa de abrigo ni ayuda de los *sherpas*. Maradona... Maradona fue otra persona, con la que Diego sólo compartió el apellido.

Cuando Napoli ganó el primer *scudetto* de su historia, en 1987, un hincha pintó una frase soberbia sobre uno de los muros del cementerio de Poggioreale, el principal de la ciudad: «No saben lo que se han perdido». Yo no. Lo he vivido y voy a contarlo para que otros no se lo pierdan.

Este libro está escrito desde el afecto, aunque con el rigor del verdadero amigo: aquel que acompaña y apoya en las buenas y en las malas. El que dice «sí», pero también dice «no».

CAPÍTULO 2
¿QUÉ VA A SER DE TI?

La vida es ensayo y error, arriesgar, caerse y levantarse. Se aprende a partir de las experiencias. El sabio catalán Joan Manuel Serrat sentenció hace unos años que «no hay manual: el mundo de las sensaciones y las relaciones está lleno de imprevistos». Y Diego los tuvo, pucha que sí. Su paso por Barcelona estuvo plagado de inesperados contratiempos. A principios de diciembre de 1982, la alegría por haber derrotado a Real Madrid en el estadio Santiago Bernabéu –con dos «pases-gol» suyos para Esteban Vigo Benítez y Enrique *Quini* Castro González– y arañar la punta de la tabla de posiciones, se disipó en apenas una semana sobre el césped del Camp Nou, cuando un feroz defensor de la Real Sociedad, Alberto Górriz Echarte, le metió a Diego una brutal patada desde atrás. La entrada del implacable zaguero donostiarra –oscuro presagio de lo que ocurriría nueve meses más tarde, en el mismo escenario y con otro verdugo vasco– le provocó a Diego un esguince en el tobillo derecho con rotura parcial de ligamentos, que le impidió jugar por un par de semanas en el equipo que dirigía el áspero entrenador alemán Udo Lattek. Pero, cuando la lesión comenzaba a aflojar, sobre llovido, mojado: un análisis determinó que Diego había contraído hepatitis. «¡Hepatitis! Maradona, baja indefinida», tituló con tipografía «catástrofe» el periódico catalán *El Mundo Deportivo* el 17 de diciembre. ¡Lindo regalo de Navidad para los hinchas culés, que le habían pedido a Papá Noel que Diego regresara pronto a las canchas! El club *blaugrana* emitió un escueto y vago comunicado que planteó más dudas que certezas: «Diego Armando Maradona se halla afectado de una hepatitis de posible origen vírico, por lo que ha sido dado de baja teniendo que guardar reposo absoluto durante un período no determinado». Lo cierto fue que Diego se perdió trece partidos de una Liga que, durante se ausencia, se decantó hacia un desenlace «cabeza a cabeza» entre Athletic Club de Bilbao y Real Madrid. Una carrera que el conjunto vasco ganó por una nariz.

Diego volvió al equipo el mismo día que Barcelona estrenó a su nuevo entrenador, César Luis Menotti, tras la salida de Lattek. El *Diez* y el *Flaco* eran viejos conocidos: juntos habían sido campeones en el Mundial Juvenil Sub-20 de Japón 1979 y habían competido en la Copa de España 1982. Nobleza obliga, César también le había provocado a Diego una de las mayores desazones de su vida. Sucedió

antes del Mundial de Argentina 1978: Menotti había convocado a 25 jugadores para realizar una extensa pretemporada de casi dos meses en una quinta llamada «Dulce refugio», situada en la localidad de José C. Paz, a unos 40 kilómetros de Buenos Aires. Doce días antes del inicio del torneo, Menotti reunió al plantel en el centro de la cancha de entrenamiento para anunciar los nombres de los tres futbolistas que quedarían fuera de la nómina: Humberto Bravo, Víctor Bottaniz y Diego Maradona, quien en ese momento tenía 17 años. Cuatro décadas después de la espinosa determinación, el ex entrenador reconoció: «En un momento, hay que decidir. Yo dejé afuera a Diego en el '78. Si me preguntaran ahora si me equivoqué, diría que es probable, es probable. Es muy difícil esto», aunque destacó que el hecho quedó oculto detrás de los goles de Mario Kempes y el título de campeón.

De la mano de Menotti, *Pelusa* encontró consuelo deportivo en la final de la Copa del Rey, disputada en el estadio *La Romareda* de Zaragoza el 4 de junio de 1983: FC Barcelona venció a Real Madrid por dos a uno, con un golazo de palomita de Marcos Alonso Peña en el último minuto del duelo. Recuerdo la fecha porque justo ese día se cumplía un mes de mi llegada a España, más precisamente a la capital de Cataluña, junto a mi esposa Carmen.

Después de trabajar una década como preparador físico del equipo Rivadavia de Lincoln, la ciudad de la provincia de Buenos Aires donde nací el 7 de diciembre de 1950, decidí abandonar la empresa de mi familia –una procesadora de subproductos ganaderos derivados de la grasa, conocida como «La Jabonería»– y cruzar el océano Atlántico para tener una experiencia en el fútbol europeo. Lo único que le pedí a mi madre fue que me pagaran el billete de avión a España para mí y para Carmen, sólo de ida. Viajamos con apenas 1.100 dólares en los bolsillos: 800 que habíamos ahorrado y 300 que me regalaron tres amigos, temerosos de que el hambre me venciera en un par de semanas. Mi mujer, quien también estaba vinculada al deporte a través del tenis, como jugadora y profesora, me acompañó incondicionalmente. Empezamos por Barcelona porque allí estaba trabajando el técnico que más me había convencido, no sólo por su sistema de juego, sino por la valoración ética que tenía del hecho futbolístico: César Luis Menotti. El entrenador campeón del mundo me había hipnotizado con dos de sus sentencias: Una, que «si bien ganar es importante, porque se compite para eso, mucho más importante son los medios que se usan para llegar a un fin»; dos, que «el fútbol debe servir como una magnífica excusa para ser feliz». Yo había previsto estar un tiempo en Barcelona para ver cómo se desarrollaba el método de César, y después ir a Italia y Alemania, países que en ese momento tenían ligas muy competitivas y excelentes equipos.

Junio no es el mejor mes del año para estar parado bajo el sol

matinal al borde del Mediterráneo. Mucho menos frente al principal portón de acceso al interior del Camp Nou, que no tenía un mísero arbolito donde refugiarse de los despiadados rayos que hacían crujir la tierra catalana. Todos los días, personas de todo el mundo, aunque mayoritariamente locales, se agolpaban frente a las rejas para ver llegar a sus ídolos en sus automóviles, y también tratar de cruzar esa puerta hacia el Edén verde donde se entrenaba el equipo. Lo sé porque yo mismo me presenté allí, durante varias jornadas, para preguntarles a los guardias si podían hacerme el favor de avisarle a alguno de los colaboradores de Menotti que un preparador físico recién llegado desde Argentina deseaba observar alguna de las sesiones de preparación, sediento de conocimiento. Cada mañana, los tipos escuchaban mi súplica, asentían con la cabeza sin modificar sus semblantes severos, ni mover un dedo para satisfacer mi pedido. Cada tarde, regresaba al austero albergue donde nos habíamos instalado con Carmen, en el Carrer d'Amílcar, alimentado sólo con frustración. Sin embargo, decidí no rendirme y regresar cotidianamente hasta que un milagro me allanara el camino al paraíso. Milagro que se concretó por obra de mi perseverancia... y también de la casualidad. Una mañana, aplastado contra las rejas por la muchedumbre que pugnaba por atravesar el portón, noté que un joven salido de las entrañas del estadio había cruzado el playón de estacionamiento para preguntarles algo a los guardias que protegían celosamente el acceso desde el exterior. El muchacho, que les habló en español con un acento foráneo, mi propio acento, recibió una breve respuesta del jefe de los cancerberos, un grandote parco llamado Benito, tras lo cual dio media vuelta para regresar hacia la puerta de acceso a los vestuarios. Iluminado por lo que creí una oportunidad única, le pegué un grito a Benito, quien me miró y, tal vez apiadado por cotidiana condición de víctima de Febo, quizá harto de verme cada mañana por ahí, llamó al muchacho, que después supe que se trataba de un amigo de Diego, José Luis Menéndez.

–¡Oye, tú! Aquí hay un paisano tuyo que quiere ver a Menotti.

Menéndez giró, me miró y me hizo una seña para que pasara, mientras Benito me franqueaba el acceso y mis ex compañeros de reja me regalaban tiernos epítetos: «¡Venga, cabrón! ¿Por qué el sudaca sí y nosotros no? ¿Es que tiene coronita, joder?».

–Vení, flaquito –me invitó Menéndez–, vení que César está acá nomás.

Llegamos a un ingreso señalizado con un cartel que anunciaba la senda hacia los vestidores y empezamos a bajar por una escalera de caracol. Al cabo de algunos escalones, escuché el inconfundible vozarrón de Menotti, quien evaluaba temas de trabajo con su ayudante de campo, Rogelio Poncini. Menéndez me presentó y yo le

expliqué a César qué pretendía.

–No hay problema. Dejales tu nombre a los guardias de la entrada y cuando salgo, autorizo tu ingreso para mañana. Vamos a entrenar por la tarde.

Le agradecí y regresé al albergue, ansioso por retornar al estadio la tarde siguiente para presenciar, por fin, un entrenamiento del FC Barcelona... y ávido por contarle a Carmen lo que me había sucedido. Ella también llegó a nuestro hospedaje con buenas noticias: después de varios días de búsqueda, finalmente había conseguido trabajo como profesora en la escuela del Club Tennis de la Salut, que dirigía el famoso tenista español Manuel Orantes.

A la mañana siguiente, me dirigí hacia el Camp Nou con una expectativa muy diferente. Al llegar al portón contra el que tantos días había padecido el calor del verano y el frío de la incertidumbre, Benito me recibió con un «buenos días, señor Signorini, adelante» y una mueca que, podría jurarlo, se parecía mucho a un guiño. Traspasé la reja otra vez bañado en puteadas de los muchísimos desdichados que habían quedado al otro lado, y me dirigí hacia mi Meca de cemento. El impacto fue tremendo. El viaje sin escalas de una canchita rural a uno de los escenarios más gigantescos e importantes del mundo resultó tan potente como conmovedor. Dos situaciones quedaron cinceladas en el mármol de mi memoria: una, la recorrida por las profundidades de tan magnífico teatro, repletas de fotografías de tamaño real de las estrellas del momento y del pasado y vitrinas atiborradas de copas, camisetas, botines y otras ofrendas futbolísticas; la segunda, adentrarme en un mar de butacas que rodeaba una isla verde sobre la que César y sus jugadores, entre ellos el mejor futbolista del planeta, se movían al ritmo de la pelota. Me sentí sumamente afortunado de poder disfrutar de un momento único gracias a la generosidad de Menotti quien, sin conocerme, me había facilitado el camino hacia un destino que allá, en Argentina, había parecido poco menos que inalcanzable.

El privilegio de poder presenciar el entrenamiento me demostró que un equipo superprofesional se preparaba con un método bastante parecido al que nosotros utilizábamos en Rivadavia de Lincoln, por supuesto que con otro decorado y jugadores mucho más distinguidos. Menotti privilegiaba que la mayoría de los esfuerzos se realizaran con pelota, en pos de ejecutar movimientos imitativos del juego.

Pasados unos diez o doce entrenamientos, un día llegué más temprano que de costumbre. El calor era tan intenso que debí buscar un techo protector que me resguardara del sol del mediodía en ese enorme estacionamiento vacío hasta la llegada de Menotti y sus jugadores, que iban a entrenarse para el último partido de la temporada: la segunda final de la Copa de la Liga española. Recuerdo

la fecha: 28 de junio de 1983. Dos días antes, el 26, Real Madrid y FC Barcelona habían igualado 2-2 en el estadio Santiago Bernabéu, y uno después, el 29, debían definir el título a pocos metros de donde yo me encontraba parado. Pero no la retuve por esa seguidilla de clásicos, sino porque esa tardecita hablé por primera vez con el mejor jugador de fútbol que he visto: Diego Maradona. Yo estaba repasando mis notas cuando un Volkswagen Golf rojo apagó el silencio que envolvía el coliseo desnudo de gente. Era Diego, quien había llegado precedido por el rugido de su coche «tocado» para *pistear* y presumir. Él descendió con un brinco y en dos zancadas llegó hasta la misma puerta que yo, un par de semanas antes, había cruzado con la ayuda de José Luis Menéndez para conocer a Menotti. Diego giró el picaporte y tiró, pero el acceso se mantuvo cerrado a cal y canto. Insistió tres o cuatro veces más, de un modo frenético, hasta que se rindió frente a la inmóvil y atrancada mole metálica.

–¿Viste, Diego? –intervine yo, sin despegarme de la pared que me refugiaba del sol–. Después dicen que «al que madruga, Dios lo ayuda».

Él giró y me miró a los ojos. El fastidio se había vuelto curiosidad. Sus dientes habían largado el labio inferior y la boca se había distendido en una sonrisa amistosa.

–Claro –continué antes de que él emitiera palabra–, una vez que llegás primero, la puerta está cerrada...

Dio unos pasos hacia mí. La sonrisa se amplió y me mostró unos dientes brillantes que ya no querían morder.

–¿Podés creer que sea tan verde yo? –preguntó con la candidez de lo que él era: un chico de 22 años. Un pibe muy inteligente, y observador. Me lo demostró al toque, pegando en frío.

–¿Así que sos *profe*, vos?

Me descolocó. ¿Cómo lo sabía? Sospeché que me habría visto conversando con César antes o después de alguna práctica, o tal vez sentado solito en la platea, lo que seguramente debió haber aguijoneado su curiosidad hasta el punto de preguntarle a Menotti quién era ese loco que estaba apoltronado y solo en la platea.

Apenas balbuceé un «sí» tímido, Diego me mandó a la lona con una propuesta demoledora:

–Yo mañana juego la final contra Real Madrid y al otro día, a la noche, me voy a Argentina. Vuelvo a los doce días para la pretemporada en Andorra. Cuando regrese, quiero invitarte a un asado en mi casa. Con Jorge (Cyterszpiler, su representante) estamos pensando en abrir una escuela de fútbol en Barcelona y vamos a necesitar preparadores.

Quedé mareado. Un tipo con el que nunca antes había conversado, al que apenas visto de lejos un puñado de veces mientras se

entrenaba, que además era el mejor futbolista del mundo, me estaba ofreciendo ir a comer a su casa y trabajar con él… ¡un minuto después de haberme conocido! Si hubiera habido alguien más en ese estacionamiento, en ese momento mágico, le habría pedido que me pellizcara. ¡Eso era un sueño, joder, eso no podía suceder en la vida real!

Recuperado de la sorpresa, le expliqué que ya le había solicitado permiso a César para presenciar la pretemporada de un equipo de alta competencia desde el primer día de trabajo, y que él me había autorizado, de modo que también viajaría al principado enclavado en los Pirineos, entre España y Francia.

–Bueno, bárbaro. ¡Nos vemos allá! –me despidió con un mohín y reemprendió su camino hacia los vestuarios a través de la puerta que, por fin, había sido desbloqueada por un empleado del club.

Al día siguiente, privado de concurrir al Camp Nou para ver el partido –mi exiguo presupuesto no me lo permitía–, fui a cenar con un amigo a una pizzería llamada «Corrientes 348», una dirección de Buenos Aires citada en el tango «A media luz». Yo no lo sabía, pero ese restaurante –propiedad de dos ex futbolistas argentinos radicados en Barcelona, Jorge Buzzo y Jorge Vallejos– era el favorito de Diego. Un rato largo después de finalizado el encuentro, con una victoria *culé* por dos a uno, con un gol del *Diez* nacido en Villa Fiorito, escuchamos un griterío que provenía del exterior de la pizzería. En pocos segundos, entró un grupo numeroso encabezado por… ¡Diego! Yo no podía creer lo que estaba pasando. *Pelusa* se sentó a la punta de una larga mesa flanqueado por su novia Claudia y su mamá, doña *Tota*, ubicada de espaldas a la puerta que daba al baño. En un momento, me levanté para ir al sanitario y, al pasar junto al grupo que celebraba la victoria azulgrana, Diego me reconoció y me saludó:

–*Profe*, ¿qué hace acá?

–¡Qué hacés, *Diegucho*! Te traje suerte –respondí, como para decir algo.

Al retornar al salón, noté que la silla de doña *Tota* estaba libre –posiblemente había ido también al baño– y me senté unos segundos junto a Diego, quien me hizo algunos comentarios del partido. Me incorporé enseguida y saludé a los comensales. Él me despidió con un «nos vemos en Andorra».

El viaje a los Pirineos no me resultó fácil. Implicó un gran sacrificio, porque con Carmen teníamos la plata justa. Mientras intentaba legalizar mi título de Profesor de Educación Física, yo había conseguido un trabajo informal en el Predio Ferial de Barcelona, montando y desarmando stands, con el que había podido reunir unas cuantas pesetas, la moneda española de la época anterior al euro. Decidí invertir todo el dinero en una aventura que representaba una

oportunidad única, sin certezas pero importantes promesas, y mi esposa lo comprendió. Me alojé en el hostal Del Sol de Andorra La Vella (La Vieja) y el primer día me presenté en el Estadio Comunal de la capital del principado, una modesta cancha con una tribuna para unas 400 personas sentadas. En el portón de acceso al interior del predio, rodeado por un centenar de hinchas y curiosos, me topé con dos guardias grandotes del cuerpo que suele custodiar al plantel del FC Barcelona durante sus viajes, a quienes no conocía. «Otra vez sopa», pensé. Me presenté ante uno de ellos y, con la cara de piedra, le aseguré que era un preparador físico argentino amigo de César y de Diego, a quien ellos habían invitado a ver los entrenamientos. No todo era una vil mentira: sí era preparador físico…

–Quédate por acá –me sugirió el cancerbero, con un tono de desconfianza–, que el equipo todavía no ha llegado.

A los dos minutos apareció el micro con Menotti sentado detrás del conductor, del lado del pasillo, y Diego situado a su derecha, corredor de por medio. La gente gritaba, feliz de ver de cerca a sus héroes. Mientras uno de los guardias abría el portón, el vehículo ingresó y el otro custodio, el que había hablado conmigo, me llamó:

–Ven acá –me hizo un gesto para que traspasara el acceso y, levantando su dedo índice derecho, me advirtió–: Cuando vengan el Niño y el Míster, veremos si es cierto lo que usted dice.

El gesto amenazador no me gustó ni medio, pero yo estaba tranquilo. De hecho, la intimidación terminó de evaporarse cuando, a los pocos minutos, César y Rogelio Poncini pasaron por allí rumbo a la cancha y me saludaron con mucha amabilidad. Liberado del acoso del guardia, me uní a ellos y avanzamos juntos hacia el campo de juego, que estaba rodeado por una pista de atletismo.

–*Profe*, ¿cuántos metros tiene la pista de atletismo? –me consultó Menotti–. Me gustaría hacer un trabajo ahí.

–Si es reglamentaria, tiene 400 metros de borde interno –respondí con seguridad.

Mientras César y Rogelio evaluaban los ejercicios del día, apareció Diego, vestido con ropa de entrenamiento y calzado con botines desatados.

–Eh, *Profe* –me saludó con alegría–, ¡qué bueno verlo por acá!

Le di la mano y él prosiguió, pero frenó a los dos pasos y se volvió hacia mí:

–En la tribuna está Claudia con unos amigos, tomando mate. ¿Por qué no va?

Me dirigí hacia la platea, pero me dio vergüenza molestar a Claudia, quien conversaba jovialmente con dos personas. La saludé de lejos, con un gesto de la mano, y subí los escalones hasta la última fila, donde creí que podía ver mejor el entrenamiento. Tomé asiento,

saqué mi agenda de la mochila y empecé a escribir algunas notas. Tan concentrado estaba en lo que garabateaba que recién noté la presencia cercana de Claudia cuando la tuve a un par de metros.

–*Profe*, ¿qué está anotando?

Otra vez quedé sorprendido por la familiaridad y el cariño con el que era tratado.

–Estoy siguiendo al pibito aquel –señalé a Diego–. ¡Creo que va a andar bien!

Ella rio y me invitó a compartir el mate con ella y sus amigos.

–Traje una pastafrola –remarcó, dichosa.

¡Pastafrola, mi tarta predilecta! Encima, estaba hambriento. No pude resistirme. Hasta ese momento, mi rigurosa dieta andorrana había consistido en un capuchino con un *croissant* como desayuno, dos paquetes de diez galletitas de chocolate cada uno a la hora del almuerzo y de la merienda, y un muslo de pollo con ensalada de lechuga como cena. Todos estos manjares estuvieron bien regados por una muy sabrosa... agua de la canilla.

Unos días después, al cabo de varias sesiones con las que había aprendido más que en un año de carrera, caminando por Andorra La Vella leí en una casa de música un afiche que anunciaba un recital de la cantante argentina Mercedes Sosa en la Plaza del Rey de Barcelona, el sábado 20 de agosto. Al día siguiente, poco antes de que comenzara un nuevo entrenamiento en el Estadio Comunal, se lo comenté a César porque sabía que él era un gran admirador de la *Negra* tucumana. Abrió los ojos como platos y, de inmediato, le preguntó a Poncini hasta qué día se quedaban en Andorra. El asistente le explicó que el 17 tenían un amistoso en Alicante contra Hércules y luego regresaban a los Pirineos hasta el 21, porque el 22 debían enfrentar a Nottingham Forest –un equipo inglés muy prestigioso en ese tiempo, porque había ganado dos veces seguidas la Copa de Europa, actual Champions League, en 1979 y 1980– en el tradicional torneo Joan Gamper, que cada verano se disputa en el Camp Nou. César meditó las palabras de Poncini y, tras unos segundos, resolvió adelantar el final de la pretemporada.

–Vamos a cambiar. De Alicante vamos a viajar directamente hacia Barcelona.

–¿Y los jugadores que se quedan acá, César?

–Que salgan para Barcelona el día del partido.

–Pero... ¿qué les vas a decir a los dirigentes? ¿Y a la prensa?

–Algo se me va a ocurrir.

El 15 de agosto, dos días antes del encuentro en Alicante, Menotti ofreció una conferencia de prensa en el Hotel President, donde se hospedaba el equipo, en la cual anunció que la estadía en Andorra se reduciría unos días.

–¿Por qué se ha acortado el *stage*? –consultó uno de los periodistas que cubrían la pretemporada.

–Porque hay que entrenar en el Camp Nou antes de la Copa Gamper –contestó Menotti, con solvencia. Genio y figura...

Ya de vuelta en Barcelona, seguí trabajando en el armado de stands en el Predio Ferial de Barcelona. Mi esposa había comenzado a dar clases en el Club Tennis de la Salut, pero los recursos económicos no sobraban. Durante un par de semanas, acepté un puesto de guardia nocturno de unos puestos que el Patronato de Leprosos había montado en el boulevard *Passeig de Gràcia*, una de las avenidas principales de la ciudad, frente a la *Plaça de Catalunya*. Un amigo español me había ofrecido ese empleo que, si bien me obligaba a permanecer allí desde las 10 de la noche hasta las 10 de la mañana, era muy bien remunerado: me pagaban diez mil pesetas por noche, un dinero que hoy podría traducirse como en 250 euros. Para mí, que estaba hambriento e indocumentado, ¡representaba una fortuna! En esa época, un obrero común ganaba unas sesenta mil pesetas por mes. Claro que no todo era color de rosas: el invierno catalán suele ser muy crudo, mucho más durante las madrugadas. Hacía tanto frío que me dejé la barba para proteger mi rostro del viento helado.

Paralelamente, seguí viendo a Diego un par de veces por semana porque Carmen comenzó a darle clases de tenis a Claudia en la cancha de la villa donde vivían, en el barrio de Pedralbes. Diego y yo solíamos jugar con ellas, también. Él corría con una agilidad asombrosa, y le pegaba muy bien a la pelota. Tenía mucha facilidad para el tenis... bueno, para casi todos los deportes.

Una tarde, mientras tomábamos agua y gaseosas para recuperarnos de un partidito, Diego me planteó:

–El domingo al mediodía esperame con Carmen en la vereda del Camp Nou. Los voy a ir a buscar para que comamos un asado y charlemos.

A mi mujer le conté sobre la invitación mientras viajábamos en transporte público de regreso a casa. Yo recordé aquella charla en la que Diego me había hablado de su interés por abrir una escuela de fútbol y, francamente, estaba harto de pasarme toda la noche en vela en el *Passeig de Gràcia*, chupando frío y armado con un palo de madera para proteger de eventuales *chorizos* las donaciones destinadas a los desventurados leprosos. Esperé el día de la barbacoa relamiéndome, y no precisamente por el delicioso sabor de las carnes asadas con maestría por don Diego, el papá de *Pelusa*. Sinceramente, me moría por saber qué dispondría el destino para nosotros. El domingo llegamos temprano al estadio. Esperamos un rato largo hasta que el Volkswagen Golf rojo «tocado» reapareció como una exhalación con su ya habitual rugido de salutación. Pero, para mi sorpresa, en

lugar de ser conducido por Diego, el volante estaba a cargo de un amigo del *Diez*, Néstor Varrone. Subimos y en menos de lo que dura un suspiro llegamos a la mansión de Pedralbes, situada a un kilómetro y unos metros más del estadio. Bajamos del Golf y noté con algo de decepción que el jardín estaba lleno de familiares y amigos de los anfitriones, entre ellos Jorge Cyterszpiler. Yo, lo confieso, había imaginado una comida más íntima. don Diego sí estaba a cargo de la parrilla, situación que auguraba un almuerzo suculento. Algo es algo.

Durante la comida, mi mujer comentó que en el Club Tennis de la Salut se estaba por organizar un torneo para jugadores juveniles, y le consultó a Raúl *Lalo* Maradona, quien tenía 16 años y manejaba la raqueta bastante bien, si le interesaba participar. Doña *Tota* y don Diego animaron a su segundo hijo varón, y éste aceptó. No tardó mucho en arrepentirse: el sorteo determinó que debía enfrentar al número uno de España en su categoría, Fernando García Lleo. El día del partido, *Lalo* llegó vestido de pies a cabeza con ropa Puma de estreno, acompañado por una *troupe* de argentinos, incluido un muchacho con una cámara filmadora. Él parecía el número uno y García Lledo, un modesto alcanzapelotas. El partido terminó 6-0 6-0. Creo que duró menos que lo que demoré en escribir esta frase. A pesar de la contundente derrota, *Lalo* tuvo una agradable revancha. El entrenador del equipo belga era un muchacho argentino, que se me acercó para preguntarme si Raúl se había inscripto para el campeonato de dobles.

–No, no tiene con quién jugar.

–Yo tengo un pibe que quiere participar y quedó libre porque nosotros somos impares. ¿Querrá acompañarlo?

Consultamos a *Lalo* y éste aceptó. Al otro día, Raúl y su compañero ganaron –el belga resultó un jugador notable– y la barra argentina, que otra vez había copado el club, celebró como si la dupla se hubiera consagrado campeona en el torneo de Wimbledon. Claudia, quien siempre se destacó por su destreza para las relaciones públicas y por ser una excelente anfitriona, anunció que Diego invitaba con un asado en su casa a todos los integrantes del equipo belga. ¡Los pibes no lo podían creer, estaban más felices por conocer a Diego que por haber ganado sus partidos!

La comida, muy divertida, incluyó algunos partiditos de tenis en los que *Lalo* y Diego se la bancaron bastante bien ante los talentosos chicos belgas. A la hora del postre, mientras Claudia repartía chocolates, Diego preguntó quién quería ir a la cancha. Todos alzaron las manos, menos yo. Pasé, no quería abusar de la generosidad de los Maradona-Villafañe. Diego sacó de un bolsillo un fajo de entradas para el partido que, al día siguiente, enfrentaría al FC Barcelona con el Athletic Club de Bilbao, el equipo defensor del título liguero, en el

Camp Nou. Un duelo que había empezado a condimentarse con una fervorosa rivalidad, y acabaría con sones de guerra. Un encuentro histórico, que marcó un antes y un después en la carrera de Diego. Y en mi vida.

CAPÍTULO 3
CERCA DE LA REVOLUCIÓN

Alguna vez leí en un libro, no recuerdo en cuál, que en el idioma mandarín la palabra «crisis» está conformada por dos caracteres que se podrían escribir como Wei y Ji con nuestras letras latinas. Wei, según parece, significa «peligro» o «riesgo». Ji, en cambio, simboliza un concepto diametralmente opuesto: «oportunidad». Sin duda, los chinos poseen una concepción optimista de la vida, basada en una cultura milenaria que ha atravesado cientos de dificultades, tropiezos y caídas, pero continúa en pie. El sábado 24 de septiembre de 1983 Diego fue arrastrado por un crítico tsunami. Pero, en lugar de rendirse a los pronósticos sombríos y dejarse llevar por las aguas hasta el fondo del mar, luchó contra la oscura corriente a brazo partido, o debería decir «pierna partida», hasta vencer el remolino, doblegar las olas y alcanzar la playa del éxito.

Mientras argentinos y belgas, y por supuesto miles de catalanes, disfrutaban de los pases de Diego y los goles de Miguel Ángel *Periko* Alonso –el papá de Xabi Alonso, campeón mundial con España– y Julio Alberto Moreno, yo escuchaba el partido por radio y le escribía una carta (no eran todavía tiempos de e-mails ni *whatsapps*) a un amigo de Argentina. De pronto, el relator anunció que Diego era retirado en camilla luego de una violenta entrada de uno de los defensores vascos, Andoni Goikoetxea. En ese momento, los periodistas a cargo de la transmisión ignoraban cuál era la gravedad de la lesión, aunque internamente presentí que algo grave ocurría. A ese pibe no lo sacaban de la cancha así nomás, mucho menos en camilla. Finalizado el encuentro, un cronista notificó que Diego había sido trasladado en ambulancia a la Clínica Asepeyo. Enseguida, Carles Bestit, el jefe de los servicios médicos del club *culé*, comunicó que Diego había sufrido «una fractura del maleolo peroneal del tobillo izquierdo, con desviación y arrancamiento del ligamento lateral interno con desgarro», y aseguró que era imprescindible operarlo de inmediato. La responsabilidad de la cirugía recayó en Rafael González Adrio, un traumatólogo de gran prestigio, quien contó con el apoyo de César Menotti y del ex médico de la selección argentina en los Mundiales de 1978 y 1982, Rubén Oliva, en quien Diego confiaba ciegamente. Oliva, quien estaba radicado en Milán, habló por teléfono con González Adrio y ambos coincidieron en que había que operar urgente porque, si no, las adherencias óseas que se iban a producir

podían resultar muy graves. Mientras tanto, Diego se debatía entre el dolor provocado por la quebradura y el futuro incierto. Antes de que la anestesia lo envolviera, le imploró a González Adrio que hiciera todo lo posible para garantizar su retorno a las canchas. El médico, paternal, le garantizó que volvería a jugar en pocos meses... aunque, internamente, también había sido dominado por la incertidumbre.

Mientras Diego pasaba dos horas sobre la mesa de operaciones y Claudia, al borde del desmayo, rezaba a todos los santos por un final feliz, los medios de comunicación se convirtieron en escenario de un duelo patético. Mientras, César Menotti despotricaba contra la ineptitud del árbitro Bartolomé Jiménez Madrid, quien no sólo había actuado con apatía ante el juego brusco de los bilbaínos, sino que apenas había amonestado a Goikoetxea tras su bestial patada. «Deberá morirse alguien para que cambien las cosas», bramó el entrenador argentino. Su colega vasco, Javier Clemente, no hizo honor a su apellido: «Estoy orgulloso de mis jugadores», declaró, lacónico y desafiante, desde el camerino visitante. A nadie le quedaron dudas de que se refería exclusivamente a la vehemencia del bueno de Andoni, ya que su equipo acababa de ser humillado con un abrumador cuatro a cero. El amonestado Goikoetxea minimizó su despiadado ataque, al que calificó como «una acción más del partido» por la cual, según su criterio, no merecía «ninguna sanción». El Comité de Competición no opinó lo mismo: lo suspendió por 18 fechas. Luego de la apelación, la sentencia quedó reducida a sólo siete. Goikoetxea, apodado «El carnicero de Bilbao», guardó el botín con el que golpeó a Diego en una caja de cristal y lo convirtió en la atracción principal de un macabro altar levantado en la sala de su casa. Años después, Diego reflexionaría que Andoni lo había atacado «en campo nuestro, a sesenta metros del arco de ellos, pero el País Vasco me declaró *persona non grata* a mí».

La mañana siguiente del fatídico partido, Carmen y yo fuimos a la clínica Asepeyo a saludar a Diego. Nos encontramos con Jorge Cyterszpiler y algunos familiares y amigos del *Diez*. Los médicos nos permitieron verlo un minuto y lo encontramos sonriente, el cabello cubierto por una cofia blanca y la pierna izquierda envuelta en yeso. Nos comentó que la intervención había salido muy bien y que le habían colocado dos clavos que ayudarían a soldar los huesos rotos, y que algunas semanas más tarde serían removidos con otra operación. Le dimos palabras de aliento y, al salir de su habitación, también consolamos a Claudia. Dos días después, *Pelusa* pudo volver a su casa.

Durante varias tardes, regresé a Pedralbes para visitar a Diego, interesado en saber cómo evolucionaba. Uno de esos días, encontré a Diego un poco abatido. Me expuso que había escuchado y leído comentarios respecto de que él no volvería a jugar, o que ya no sería

el mismo, y que tenía miedo de que la lesión lo marginara de las canchas para siempre. «No quiero dejar el fútbol sin haber sido capitán de Argentina», me confesó, lloroso. Yo traté de consolarlo, de inyectarle confianza. Le comenté que Oliva era muy optimista, y que no había una razón cierta para preocuparse. Diego, no obstante, continuó maldiciendo su mala fortuna. Me comentó que un año antes había conocido a Carlos Bilardo, mientras se recuperaba de la fiera hepatitis que lo había alejado de las canchas durante casi tres meses. En ese encuentro, ocurrido en un paraje de la Costa Brava que el *Diez* había elegido para comenzar a entrenarse para su regreso al Camp Nou, Bilardo lo había conmovido: le había anunciado que sería el capitán de la Selección. Sin embargo, antes de poder calzarse la camiseta albiceleste y ajustarse la preciada cinta, Goikoetxea había destrozado su tobillo y su ilusión.

–Ya se te va a dar, vas a ver –lo estimulé. Diego asintió, pero sentí que lo hacía sin convencimiento. Yo, en cambio, no tenía dudas: la providencia todavía iluminaría su camino.

Una tarde, me recibió Claudia y me condujo hasta una habitación donde Diego era revisado por Oliva, quien viajaba un par de veces a la semana desde Italia para supervisar cómo seguía el tobillo maltrecho. En contra del parecer de los médicos del Barcelona, Oliva acababa de sacarle la escayola, temeroso de que la inmovilidad de la articulación complicara la soldadura de los huesos y el tobillo le quedara rígido. Esta decisión generó una controversia con los médicos del club, González Adrio y Bestit, quienes habían advertido que se corría «un riesgo imperdonable que podría acabar con la carrera deportiva del jugador». El tiempo, ya lo sabemos, le daría la razón al genial traumatólogo argentino.

En un momento, Oliva, mientras con sus manos movía el pie zurdo, comentó en voz alta y sin quitar la vista de la extremidad:

–Esta noche me voy a Milán, vuelvo la semana que viene. *Profe*, escúcheme: desde mañana me lo hace caminar, de a poco. Que suba algún escalón con cuidado, que lo baje, que haga abdominales.

¡Me quedé atónito! El afamado médico estaba depositando en mí la responsabilidad de colaborar en la rehabilitación del tobillo más importante del fútbol mundial. Si bien yo contaba con diez años de experiencia en un deporte rústico, que obligaba a una capacitación integral –debido a los escasos presupuestos, los cuerpos técnicos eran muy acotados y el preparador físico debía ser también kinesiólogo, un poco de psicólogo, a veces masajista–, se trataba de un desafío gigantesco. Suele decirse que los futbolistas son iguales en todos lados, pero en Lincoln nunca había visto alguno con una capacidad siquiera parecida a la de Diego. No podía dejar pasar el tren que me llevaría a la oportunidad única de trabajar junto al mejor jugador del planeta.

Aunque yo lo hiciera de amigo a amigo, *ad honorem*.

Comenzamos la recuperación con ejercicios simples destinados a fortalecer la zona afectada, muy despacito y con muchísimo cuidado, ya que Diego todavía se trasladaba con la ayuda de muletas. Yo agregué algunos trabajos para que él también pusiera en marcha el resto del cuerpo. Poco a poco, empezó a evidenciar una rápida recuperación. Tan rápida que, para su cumpleaños 23, celebrado el 30 de octubre, Diego se obsequió el mejor de los regalos: comenzar a caminar sin necesidad de apoyarse en las muletas. El propio Oliva, quien ese día efectuó su enésimo viaje desde Milán, quedó gratamente sorprendido, muy satisfecho con el progreso de su famoso y querido paciente. González Adrio, otra vez, puso el grito en el cielo: «Ciertamente, Maradona mueve bien el tobillo, pero creo que es precipitado apoyar el pie en el suelo».

Poco a poco, Diego pasó de la caminata al trote, y del trote a correr. El parque de la casa quedó chico, de modo que le propuse continuar la rehabilitación en un espacio amplio y plano que hallé en la colina de Pedralbes, próximo a la Carretera de las Aguas, donde podíamos trabajar sin temor a que él metiera un pie en un pozo. De todos modos, él siempre se entrenaba protegido por una venda que cubría la zona que había sido dañada. La primera vez que estuvimos solos en ese lugar fascinante, que ofrece una vista privilegiada de toda la Ciudad Condal, le planteé:

–Diego, para ayudarte necesito conocerte.

–Claro, *Profe*. Me parece bien.

–Necesito saber con qué tipo de entrenamientos te sentís mejor, cuáles considerás que te dan mejor resultado.

–Yo prefiero los trabajos intensos pero cortos. Al Mundial llegué con la pólvora mojada porque me hacían hacer los mismos ejercicios que a todos, muy largos, de mucho esfuerzo.

Comprendí de inmediato que su sistema de manejo de la energía no funcionaba como el de otros jugadores. La enseñanza y el entrenamiento son procesos únicos, que deben ajustarse con sus ejercicios para optimizar la potencialidad que tiene un jugador, que es individual e irrepetible. Esto es lo que nos tiene que preocupar: la optimización del deportista. Potenciar al jugador, desarrollar su capacidad para que pueda comprender mejor el juego y, así, ser más eficaz.

Las conversaciones con Diego resultaron fundamentales para concretar una preparación óptima frente a cada desafío que se le presentó a lo largo de su carrera. Escuchar es una de las mejores armas con que cuentan los seres humanos interesados en ayudar a sus semejantes. Es el propio sujeto quien debe mejorarse a sí mismo porque sólo él sabe en cada acción lo que debe hacer y los porqué de

lo que sucede. En ese análisis aparece la optimización de sus recursos personales. Esa es la función de los preparadores físicos en los deportes de equipo: buscar la autoestructuración en nuestros jugadores. Conseguir que cada uno sea lo que es capaz de hacer y lo que es capaz de ser. Cuanto más talento, mejores condiciones. Pero debemos centrarnos en la optimización de cada jugador y no construir un jugador para el modelo de equipo. No se trata de adaptarnos al juego, sino de crear situaciones que mejoren la capacidad del futbolista. Ese es el compromiso. Y para ese compromiso, en vez de centrarnos en las cuestiones que han hecho modificar al deporte, las cambiamos. ¿Cómo? Instaurando las habilidades técnicas y tácticas en las que este jugador tiene cierta competencia. Ver en qué es competente. Ayudarlo a instaurar esas habilidades tácticas y técnicas al más alto nivel. No se debe decir «tengo que adaptarlo a la competición». No. Hay que atender qué impacto hace la competencia en él.

Hay jugadores que se entrenan en forma horrible y juegan de manera prodigiosa (o viceversa). Lo que se debe lograr es que todos nuestros futbolistas compitan al máximo de sus posibilidades, porque esa es la forma de construir su propia optimización diferenciada. Nosotros debemos observar el impacto que tiene el entorno de la competición. Tenemos que esforzarnos para que el jugador conozca cuestiones relativas al juego, al entrenamiento y sobre sí mismo, de lo que debe hacer y de lo que no. Que sea capaz de autoevaluarse, de trabajar en cooperación, en ayuda mutua con sus compañeros. En qué consiste el juego, cómo lo concibe él. Y no al revés, como suele entenderse para la pedagogía tradicional.

Soy partidario de aquellas técnicas de enseñanza que consideran al alumno «una llama a la que hay que encender, antes que una vasija a la que hay que llenar». Por obra y desgracia de no sé qué perverso mecanismo psíquico, muchos educadores tienden a desarrollar conductas impregnadas de vanidad y soberbia que les impiden aceptar verdades superadoras de las suyas, más aún si estas provienen de sus propios alumnos. Educar significa «guiar hacia afuera» y una de las mayores conquistas de un maestro reside en alentar a sus discípulos no solo a contradecirlo, basándose en la razón y el respeto, sino también a superarlo en conocimientos. Se trata, qué duda cabe, de un inequívoco rasgo de los espíritus superiores. Lo contrario a educar es inducir, o sea «guiar hacia adentro», un modo de docencia a todas luces coactivo, pues limita al alumno a moverse dentro de la cosmogonía de su maestro, sin poder ir más allá de su órbita. Sin embargo, yo valoro como un tesoro ese dicho que sentencia que «por algo la naturaleza nos dio dos orejas y una boca». Una de las primeras lecciones que recibí en este sentido me ocurrió a poco de iniciar mi

carrera de preparador físico, en el club Rivadavia de Lincoln. Cursaba segundo año cuando mi amigo Livio Biasussi, marcador central del equipo, me invitó a que me ocupara de acondicionar a los jugadores. En el plantel había unos treinta futbolistas, todos amateurs, quienes asistían a las prácticas luego de cumplir con el horario de sus muy variados empleos. Los entrenamientos se llevaban a cabo los martes, jueves y viernes a partir de las 19.30, en la cancha auxiliar, bajo la conducción del entrenador. Si bien mis conocimientos eran escasos, el apoyo de los muchachos y mi creciente entusiasmo crearon las bases de una excelente relación. Se acercaba el comienzo de mi primer campeonato y casi todos gozaban de un aceptable nivel de rendimiento. «Casi todos» implica que había uno fuera de ese valor. Mi preocupación crecía. No podía explicarme cómo el jugador físicamente más exuberante del grupo actuaba como una verdadera piltrafa en cada entrenamiento. Pasaron unos días hasta que, por fin, decidí hablar con él:

–¿Cómo puede ser que vos, con ese lomo, estés siempre muerto?

–¿Sabés lo que pasa, *profe*? El laburo me mata. Llego hecho pedazos a entrenar.

–¿Dónde trabajás?

–Soy empleado del corralón municipal, estoy a cargo de la motoniveladora.

–Muy bien. ¿Cómo es el trabajo?

–Entro a las cinco de la mañana y salgo con la cuadrilla adonde nos mande el capataz. Arreglamos caminos, limpiamos cunetas, movemos tierra, ponemos puentes y alcantarillas.

–¿A qué hora terminás?

–A las siete de la tarde llegamos de vuelta, con el tiempo justo para agarrar el bolso y venir a entrenar.

Al prestar atención a su relato, me sentí invadido por una molesta sensación, mezcla de impotencia y vergüenza. Ahí caí en la cuenta de que había demorado más de un mes en hacer algo que debí haber resuelto el primer día: ¡Escucharlo!

–Vamos a hacer una cosa: desde mañana, en cuanto llegues, agarrá una pelota, te divertís unos veinte minutos, volvés al vestuario, te hacés masajear y te vas a tu casa. ¿De acuerdo?

El campeonato comenzó y su nivel creció partido a partido. Luego de un mes, pude comprobar que el único jugador que no entrenaba… ¡era el que estaba mejor preparado físicamente!

El fútbol es un deporte de conjunto pero el equipo está integrado por individualidades, cada cual tiene sus propias características físicas, mentales o emocionales. Comencé a idear un esquema de trabajo que me pareció el más adecuado para un deportista con las características de Diego, consciente de que la atención exagerada a la preparación

atlética es uno de los factores que más ha contribuido a empobrecer el espectáculo y a mortificar la técnica. Con mucho cuidado, para que más músculos, más velocidad, más potencia y más cargas de trabajo no se convirtieran en menos gambetas, menos instinto, menos fantasía. Por levantar tanto peso, el futbolista puede quedar aplastado.

Diego realizaba la terapia física en las instalaciones del club, con mucho cuidado porque, cuando lo operaron para quitarle las prótesis utilizadas en la fijación del peroné despedazado, los médicos usaron una tenaza y, no sé si por accidente o impericia, rompieron los clavos y quedaron dos trozos dentro del hueso. Por eso, Diego prefería los masajes, a cargo de un colaborador que había llevado a Barcelona desde Argentina: Miguel di Lorenzo, a quien todos llamábamos *Galíndez* por su extraordinario parecido fisonómico con el boxeador mediopesado argentino Víctor Galíndez, quien fue campeón del mundo. Se habían conocido en Argentinos Juniors, donde se hicieron amigos. Cuando Diego fue transferido a España, le pidió que lo acompañara, y *Galíndez* aceptó, aunque su nuevo trabajo, al otro lado del Atlántico, le significó un gran sacrificio familiar porque estaba casado y tenía dos hijos chiquitos. Una vez instalado en Barcelona, el masajista comenzó a estudiar Fisioterapia por pedido expreso de su nuevo jefe. Diego siempre fue adicto a los masajes. Le encantaba que lo llenaran de cremas y aceites, relajarse y quedarse dormido. Todos los días *Galíndez* lo friccionaba durante una hora, y cada vez *Pelusa* despertaba fresco como una uva recién arrancada de su racimo.

Yo me encargué de la recuperación dinámica. Cuando se entrenaba conmigo en las colinas de Pedralbes, le proponía ejercicios muy creativos, con el propósito de motivarlo, de encender esa chispa que luego explotaría en las canchas: piques, caer, levantarse, palomitas, saltos. Diseñé trabajos de mucha velocidad de reacción, incluyendo todos los movimientos que un futbolista de sus características, con un radio de acción en la cancha determinado, realiza durante el partido: aceleraciones cortas hacia adelante y hacia atrás, hacia los costados, saltos, caídas, rol adelante o rol atrás, con mucha celeridad. Eran ejercicios explosivos de no más de diez segundos, con diez segundos de recuperación. Yo iba graduando la intensidad y la prolongación de la práctica para que su cuerpo no produjera grandes cantidades de lactato que pudieran provocar una lesión muscular.

A veces utilizábamos la pelota, si bien el terreno no era el mejor: en esa colina contábamos con un espacio plano pero no lo suficientemente grande. Pero, generalmente, yo le planteaba actividades sin balón aunque específicas para el fútbol. Nada de carreras continuas ni pasadas. Eso no funcionaba con Diego. Él era un petardo, estallaba a máxima velocidad, respondiendo a distintos estímulos que alentaran su potencia. Él tenía que imitar los

movimientos de una laucha, no de un galgo que debía afrontar una carrera de mil metros. Del mismo modo, cuando se entrenaba en el gimnasio, trabajábamos cada grupo muscular con series de quince repeticiones. Mientras se recuperaba, hacía abdominales y dorsales compensatorios, elongación y así otra vez.

Poco a poco forjamos una relación de mucho afecto y cariño, hasta de ternura. Las charlas, cada vez más extensas e intensas, me ayudaron a comprender quién era ese pibe nacido en Villa Fiorito a quien, como él mismo dijo alguna vez, le habían metido una patada en el culo y lo habían mandado a la cima del éxito sin explicarle primero cómo desenvolverse en su nuevo hábitat. Mientras perseguía su principal objetivo, luchar por mejorar la calidad de vida de su familia, se permitió el acceso a algunos lujos impensados en sus tiempos en la pobre localidad de Lomas de Zamora, y no pocos caprichos. Sin embargo, en el fondo seguía siendo un pibe de barrio y barro. Una vez me contó que había sido invitado a almorzar con el Rey Juan Carlos de Borbón y la Reina Sofía en el Palacio de la Zarzuela, en Madrid. Diego aceptó. Al llegar al salón comedor, le ofrecieron asiento en el sector central de una larga mesa rectangular en cuyas cabeceras, de acuerdo con el protocolo real, se acomodaron Juan Carlos y su esposa. Diego se sintió abrumado por la pompa y boato de la estancia, ricamente decorada con cuadros y esculturas de artistas célebres, tapices tejidos con hilos de oro y gigantescas arañas con miles de caireles de finísimo cristal. Hasta el atuendo de los mozos destinados al servicio derrochaba opulencia. Cuando volvió en sí al cabo de tanto brillo deslumbrante, Diego notó que tenía enfrente un plato finamente decorado y una batería de cubiertos a cada lado, además de copas de variados formatos. Comenzó la comida y, por ser Diego el invitado de honor, recibió su plato antes que sus anfitriones. Me contó que, en ese momento, se sintió muy incómodo porque no sabía qué cubierto tomar y temía que los reyes se sintieran ofendidos por su proceder. Nunca nadie le había enseñado cómo actuar en ese formal contexto. Decidió esperar a que los camareros sirvieran al resto de los comensales e imitar sus movimientos. La Reina Sofía, curtida en ese tipo de situaciones que previamente habían atravesado decenas de invitados plebeyos, percibió la vacilación de Diego y, muy astuta, hizo un ligero ruido para llamar su atención. Cuando él la miró, ella tomó el primer tenedor, el más alejado del plato, y con él pinchó un bocado. Diego, más relajado, hizo lo mismo. Luego, ella se limpió la boca con su servilleta y tomó una copa con vino, de la que bebió un ligero sorbo. Diego repitió los movimientos a la perfección. «No sabés, *Fer* –se confesó conmigo cuando la comida era un lejano e incómodo recuerdo–, terminé todo contracturado. ¡Las ganas de comer un choripán que tenía!».

Con el paso de los días y las charlas, reconocí que dentro de Diego habitaba un espíritu híper competitivo que a veces afloraba con naturalidad, y otras se escondía detrás de sentimientos como la angustia, el miedo o la vacilación. Una vez, César Menotti –un hombre de una gigantesca experiencia a partir de haber compartido vivencias con deportistas excepcionales como Pelé, Johan Cruyff, Mario Kempes, Franz Beckenbauer o Romario, por citar apenas un grupito– me confió que entre los muchos atributos que él considera imprescindibles para que un futbolista merezca el apelativo de *crack*, hay dos que son innegociables: profundo conocimiento conceptual del juego y empeño por tratar de superarse cada día. Diego, me explicó, reunía con creces estas dos propiedades, y utilizó una anécdota para clarificar su pensamiento:

Cuando Menotti llegó al FC Barcelona, Diego ya era la joya más preciada del tesoro catalán. El equipo *culé* contaba también con un mediocampista excepcional, Bernd Schuster, un notable estratega alemán de juego chispeante y arrolladora personalidad. En ellos descansaban las ilusiones de los hinchas que, con justificado optimismo, en cada partido completaban el aforo del seductor Camp Nou. Una mañana, durante la sesión de fútbol en el estadio, Menotti felicitó repetidamente a Schuster por una serie de jugadas resueltas a un toque y con demoledora contundencia. Terminada la actividad, el entrenador se dirigió hacia su oficina para analizar los puntos salientes de la práctica junto a su ayudante, Rogelio Poncini. En eso estaban cuando Diego se asomó por la puerta:

–Perdón, César, ¿puedo entrar?

–Por supuesto, nene. ¿Pasa algo?

–No. Sólo quería decirle una cosa.

–Bueno, pero siéntese.

Diego no se hizo rogar. Tomó asiento y con serena firmeza le dijo:

–Sabe, César, estoy seguro de que, antes o después, lo que hace Bernardo yo lo voy a hacer.

Menotti asintió y el *Diez*, mientras se levantaba de su silla para dirigirse hacia la puerta de salida de la oficina, remató:

–Pero lo que hago yo, él no lo va a poder hacer nunca.

«Ahí terminé de convencerme –remató César– de que Diego iba a ser un fenómeno, porque su talento como jugador estaba sustentado en esa raza que distingue a los *cracks* de verdad. Estaba empecinado en ser el mejor, y para lograrlo se mostraba dispuesto a todo. Conocía a todos los jugadores, veía cuanto partido pasaban por televisión, se quedaba después de las prácticas con los arqueros practicando tiros al arco, le encantaba hablar de fútbol, imaginar jugadas... Su amor por el juego era impresionante. Y, ese día, estaba celoso como un chico por los elogios que yo le había hecho a Schuster. Fue maravilloso».

Cuando comencé a reconocer el carácter de Diego, consideré que para extraer todo su potencial frente a desafíos relevantes, primero debía probar cómo él reaccionaría frente a su propio ego. Decidí experimentar qué sucedería una tarde, luego del entrenamiento, mientras mirábamos por televisión un partido entre Francia y España junto a algunos de sus amigos llegados desde Argentina. En medio del desarrollo del encuentro, noté que los otros muchachos tenían siempre conceptos negativos para los jugadores. Que Michel Platini era de madera, que el cantábrico Santillana (Carlos Alonso González) era un muerto, que el alemán Karl-Heinz Rumenigge –quien no actuaba ese día pero también había caído en la volteada– no podía jugar ni al solitario. Todos eran malísimos. Diego se mantenía en silencio. Frente a tanta crítica fácil, vacía e injusta, disparé:

–Diego, ¿vos considerás que sos el mejor de los buenos, o el menos mediocre de los burros?

–¿Por qué? –respondió, confundido.

–Yo escucho acá que todos son horribles, y evidentemente es fácil ser el mejor de los malos, o al menos no tiene ningún mérito. Yo, en cambio, considero que Platini es un jugador excepcional, que Rumenigge es magnífico... y que vos sos el mejor de todos.

Diego se reacomodó en su sitio, orgulloso de mi planteo.

–¿Escucharon, giles? –les gritó a sus otros invitados, envalentonado. Yo sonreí. Había probado mi hipótesis y cargado un revólver con algunas balas de plata listas para ser usadas en el momento indicado.

Tras un viaje a Buenos Aires, donde continuó con ejercicios y sesiones de masaje en su quinta de la localidad de Moreno y la casa familiar de Villa Devoto, Diego regresó a Barcelona hambriento de cancha. Para satisfacer sus ansias por ponerse de nuevo la «10» azulgrana, intensificamos los trabajos en la colina de Pedralbes, con la colaboración de sus familiares. Yo solía armar un círculo de unos diez metros de diámetro con doña *Tota*, Claudia, *Galíndez* y otros participantes, y Diego se colocaba en el medio y tenía que partir desde el centro, a máxima aceleración, hacia el nombre que yo le indicaba, y volver al punto de partida también a toda velocidad. Ahí saltaba como para cabecear la pelota y cuando estaba por caer, le decía otro nombre, y otro, hasta completar ocho o nueve segundos, que eran seguidos por el mismo lapso de recuperación. Esta serie la repetíamos muchas veces, hasta que Diego caía agotado, generalmente después de una hora y cuarto de enérgica faena. Recuerdo que el día en el que le di el alta –porque Diego no tuvo el alta oficial de los médicos, sino mía– terminamos la labor con mucha emoción. Yo reservé especialmente a doña *Tota* para el pique final.

–¡Última, doña *Tota*! –grité.

Diego cayó del salto, corrió hacia su mamá y le dio un abrazo monumental.

–Señora *Tota* –anuncié con fingida solemnidad–, el nene está de alta para empezar a jugar.

Se abrazaron todos y lloraron de alegría. Diego juraba ser el favorito de su mamá. Él decía que ese vínculo especial se había forjado por ser su quinto hijo y primer varón, detrás de cuatro mujeres.

Diego volvió a jugar con el FC Barcelona el 8 de enero de 1984, apenas 106 días después de la destructora entrada de Goikoetxea. Ese día, la escuadra culé venció a Sevilla por tres a uno, con dos goles de su recuperada estrella más una asistencia para Marcos Alonso Peña. Una semana después, anotó otro doblete contra Osasuna, en El Sadar.

En todo ese período, Diego siguió entrenando su físico conmigo, dos o tres veces por semana. Le encantaba lo que hacíamos, estaba feliz. Yo también, aunque me sentía muy agotado porque todavía repartía mi tiempo entre la preparación de *Pelusa* y mi labor en el Predio Ferial de Barcelona. Con sus compañeros y Menotti, Diego participaba de las prácticas de fútbol. Por tratarse de un juego de conjunto, es absolutamente razonable y comprensible que haya un núcleo central del entrenamiento de carácter inmodificable. Son muchas las acciones que se pueden (y deben) ejercitar para perfeccionar la técnica y el dominio conceptual del juego.

Una noche, cerca de las 23, sonó el teléfono del departamento que compartíamos con Carmen. Habíamos cambiado la pensión por un pequeño apartamento en la calle Londres, próximo a la Plaça de Francesc Macià. Atendí y era Claudia, quien me planteó que Diego quería hablar conmigo... personalmente. A esa hora no circulaban los micros, y yo no tenía plata para pagar un taxi hasta Pedralbes. Le propuse que, si lo que tenía para decirme no era urgente, lo charláramos a la tarde siguiente, cuando fuéramos a entrenar. Ella consultó a Diego y me comunicó que no había inconvenientes. Al otro día, cuando llegué a la residencia, encontré el portón de entrada abierto y a *Galíndez* cargando los elementos que usábamos para trabajar en el baúl del Mercedes Benz del Diez. Enseguida salió él.

–¿Pusiste todo, *Mono*?

–Sí, Diego –contestó *Galíndez*.

–Bien... quedate, que tengo que hablar con el *Profe*.

Yo me preguntaba qué estaría pasando. Subimos al vehículo, *Pelu* al volante y yo en el asiento del acompañante. Llegamos a la colina donde realizábamos los ejercicios, trabajamos alrededor de una hora y cuarto y retornamos al coche para la vuelta a la casa. Diego no había dicho una sola palabra, salvo las exclamaciones habituales de un deportista cuando llega a un punto de dolor o de máxima exigencia

durante un ejercicio. Yo estaba realmente nervioso. «¿Estará enojado conmigo por no haber ido anoche a su casa?», me cuestionaba. Iniciamos el regreso mientras charlábamos trivialidades sobre el equipo y sus próximos partidos. De pronto, en una esquina, Diego frenó frente a un badén. Sin mirarme, concentrado en si se aproximaba un vehículo por la calle transversal, finalmente fue al grano:

–*Fer*, quiero que trabajes conmigo como mi preparador físico personal.

Tardé tres segundos en reaccionar. Yo, de hecho, lo estaba haciendo... aunque de un modo informal, sin cobrar una sola peseta. Su planteo consistía en acordar una relación profesional con dedicación *full time*.

–¿Te parece, Diego? Van a decir que es otra de tus excentricidades –comenté, al fin.

–No me importa lo que digan los hijos de puta que siempre hablan de mí. Siempre lo pensé, y creo que ahora es el momento, porque hasta que no supere por completo esta lesión voy a necesitar un cuidado más cercano.

No pude replicar nada. Me moría por decir que sí. Yo estaba sin un empleo formal y el mejor jugador del mundo me estaba ofreciendo ser su entrenador personal. Sin embargo, también pensaba en él y en si esa decisión repercutiría de manera negativa cuando se filtrara a los dirigentes y a la prensa. Hoy, esta propuesta se tomaría como una cosa normal. Los grandes jugadores cuentan con un vasto equipo de colaboradores: preparadores físicos, nutricionistas, masajistas, traumatólogos, psicólogos... Pero, en ese momento, en 1984, ningún futbolista contaba con ese tipo de asistencia.

–Mirá, vamos a hacer una cosa: vamos a pensar unos días. ¡Esto es inédito, no existe!

Diego asintió. Creo que no le gustó mucho mi indecisión. Llegamos a la casa, nos despedimos y yo tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano a lo largo de mi viaje hasta el departamento para no bajarme del micro, correr hacia Pedralbes y decirle a Diego que todo era una joda, que aceptaba inmediatamente. La respuesta la maduré un poco más, junto con mi esposa.

Un par de días después, un domingo de muchísimo calor, regresé a la residencia, aunque a Diego le correspondía descansar para un partido. Me atendió una señora andaluza que hacía las tareas domésticas.

–El niño está en el salón mirando televisión –me comentó mientras me abría la puerta. Pasé y encontré a Diego solo, en un sillón largo, sentado en una posición que me recordó la imagen tradicional de Buda, con el control remoto en una mano, cambiando de canales

frenéticamente.

–¿Qué hacés, *Die*, cómo te va?

–¿Qué hacés, *Profe*?

–Mirá, estuve pensando en la propuesta que me hiciste el otro día.

Apagó la televisión, cosa que en él era rarísimo. Lo noté muy, muy interesado, ansioso como nene en Nochebuena.

–¿Qué pensaste? –se apresuró, nervioso.

–Dale, vamos a empezar.

La carita se le iluminó. El papel de colores había escondido el regalo que deseaba.

–Bueno, bárbaro. Pasá mañana por la oficina de Jorge.

–¿A qué?

–¿Cómo «a qué»? A firmar el contrato...

–No, no, ¿qué contrato? Yo con vos no voy a firmar ningún contrato. Vos me dijiste que un montón de amigos te pidieron una mano y terminaron haciéndote juicio. Esto tiene que ser una relación de mucha confianza, de mucha honestidad, mucha lealtad. Contrato, nada. Venga la mano y si un día no te sentís a gusto, me lo decís y yo me voy sin reclamarte nada, y yo juego con las cartas del mismo mazo: si un día no me siento a gusto, me rajo y vos tampoco me podés reclamar nada.

Diego asintió y nos estrechamos las manos. Así quedó establecida la primera relación particular de un futbolista profesional del mundo con un preparador físico exclusivo. Yo le propuse mantener el sistema que habíamos iniciado, evaluando los esfuerzos según las respuestas corporales que me fuera dando, siempre atentos a diseñar los trabajos que más le convenían y que a él lo hicieran sentir mejor, profundizando además la relación entre ambos. Él estuvo de acuerdo. También le formulé que, ya establecido el vínculo «formal», me interesaba que efectuara una batería de pruebas y controles para conocer exactamente su capacidad física y hasta dónde yo podía exigirlo. Él accedió.

Luego de analizar las evaluaciones que me parecían más apropiadas para él, y encontrar un lugar donde llevarlas adelante, una tarde llamé a Claudia.

–Mañana a la mañana, tempranito, voy a pasar a buscar a Diego para que hagamos unas cuantas pruebas. Esta noche traten de comer liviano, de dormir bien y de portarse bien...

Al otro día llegué a casa de Diego y nos fuimos al Estadi Municipal Joan Serrahima, en Montjuic, el lugar donde después se hizo la pista olímpica para los Juegos de 1992. Habían abierto sus puertas sólo para nosotros. Bajamos del auto y nos dirigimos a la pista atlética. *Pelusa*, obediente y callado. Le expliqué que lo primero que quería hacer era una prueba consistente en correr la mayor cantidad de

metros en doce minutos. Yo le iba a ir contando los minutos restantes para que ajustara su marcha, porque si empezaba muy rápido se iba a cansar, y si comenzaba muy lento no iba a llegar a cubrir los parámetros que yo estimaba acordes a su físico. Hicimos una buena entrada en calor, le coloqué un cardiofrecuenciómetro, cosa que en ese momento en fútbol no existía pero se utilizaba en el atletismo de alta competencia, y que yo había comprado especialmente. Cuando Diego estuvo listo, ajusté el cronómetro y le di la voz de largada. Empezó a correr a una velocidad media, cómoda. Yo tomaba nota de sus registros en una libreta mientras chequeaba el tiempo y le iba cantando los minutos restantes... hasta que descubrí que el tipo seguía su marcha siempre al mismo ritmo, sin acelerar. Empecé a inquietarme: ¿habría comprendido la metodología del ejercicio? Se cumplió el minuto nueve, y él continuaba sin acelerar ni aminorar la carrera; luego el ocho, el siete... ¡Nada! Diego seguía al trotecito. ¡La pucha! Tres, dos, uno... Todo igual, sin siquiera un pique final. Se cumplió el tiempo y le pedí que parara. Comencé a acercarme a él, que se había detenido junto a nuestras cosas y agarraba una botellita de bebida energizante. Hacía mucho calor. Con una mano en la cintura y otra en el envase de líquido, tomaba y sacudía la cabeza, como un péndulo, de un lado al otro, con gestos que se acercaban más al fastidio que al cansancio.

–Diego... ¿pasa algo?

No me miraba, había fijado la vista en un punto distante.

–¡Esto no sirve para nada!

Quedé perplejo. «Chau –pensé–, me quedé sin trabajo el primer día». Dispuesto a remontar la situación, opté por tirarle toda la teoría de entrenamiento atlético por la cabeza.

–¿Cómo que no sirve para nada? Esto fue desarrollado por el doctor Kenneth Cooper de la Universidad de...

–¡No sirve para nada! –me cortó de cuajo.

–Pero...

–Pero nada. ¿Cuánto se supone que tenía que hacer?

–Bueno –dudé–, un futbolista de elite mundial, que juega en tu puesto, unos 3.600 metros.

–¿Cuántos hice?

Miré mis apuntes.

–Yo medí 2.550 metros.

Él seguía sin mirarme.

–¿Y vos, cuánto hacés?

Yo tenía 32 años, estaba bastante entrenado.

–No lo sé con precisión, pero, mínimo, 3.200 metros.

Bebió de su botellita, giró su cabeza y me miró a los ojos, por primera vez desde que finalizara la prueba.

–Entonces, ¡el domingo jugás vos!

Fue una lección inolvidable. Comprendí definitivamente que Diego era un deportista excepcional, que con él no servían las teorías ni las pruebas diseñadas para otros atletas. Mi misión debía concentrarse en diagramar un entrenamiento único para un futbolista único. Guardé los libros que versaban sobre ostentosa teoría y me enfoqué en diseñar trabajos análogos a los que habíamos desarrollado durante su recuperación, más ajustados a las distintas situaciones que Diego afrontaría en los partidos. Las prácticas que conducía César Menotti alcanzaban una alta intensidad, pero eran básicamente conceptuales. Se jugaba mucho a uno y dos toques. Menotti había quedado embelesado con un razonamiento de Jorge Luis Borges: para componer literatura se necesitan orden y aventura. Si eres ordenado y no tienes aventura, no encontrarás el éxito. Y viceversa. César lo aplicaba al fútbol, a su fútbol: el orden era el equipo y Diego era la aventura, el que podía tomar la pelota y hacer lo que quisiera. Hacer participar a Diego de las persecuciones, de la táctica y estrategia «duras», obsesivamente, significaba condicionar su creatividad, su magia. Para complementar nuestro trabajo con las sesiones en la cancha, concentré los ejercicios en mejorar la velocidad de reacción, la altura de los saltos, la potencia de sus arranques. Poco a poco, el trabajo comenzó a rendir sus frutos.

Una tarde, Diego le metió un doblete al Athletic Club, en San Mamés, para una victoria por dos a uno que él disfrutó como si hubiera conquistado la Liga de Campeones. A partir de su regreso, el Barcelona ganó doce partidos, empató tres, perdió dos y quedó en el tercer puesto de la tabla, a solamente un punto del campeón, Athletic Club. También alcanzó la final de la Copa del Rey, que perdió ante los leones de Bilbao, dueños absolutos de esa temporada, en el estadio Santiago Bernabéu. Ese choque quedó en la historia negra del fútbol español por la salvaje pelea que envolvió a todos los jugadores tras el pitazo final. Los ganadores se burlaron de los catalanes y estos respondieron con insultos. La cuestión se mantuvo en el plano verbal hasta que uno de los vascos tuvo la magnífica idea de recordarle a Diego la «caricia» de Goikoetxea. El Diez *culé*, que ese mismo día había recibido otra decena de patadas, explotó: se transformó en el Demonio de Tasmania, repartiendo trompadas, rodillazos y puntapiés para todos lados. También recibió varios golpes terribles y abandonó el césped con el alma aplacada y la camiseta *blaugrana* destrozada.

Diego acabó la temporada sin títulos oficiales, pero ganó otra liga: la de superar el escollo más importante de su carrera deportiva. Frente a los pronósticos agoreros que vaticinaban un final anticipado, él batalló incansablemente para volver a las canchas en tiempo récord y en gran forma. Permítanme abusar de la generosidad de Serrat y citar

aquí otra de sus verdades: Bienaventurados los que están en el fondo del pozo porque, de ahí en adelante, sólo cabe ir mejorando. Diego salió del pozo en Barcelona y comenzó su camino al Cielo desde un nuevo destino: Nápoles.

CAPÍTULO 4
HO VISTO MARADONA

Comenzó como una «cita a ciegas», pero resultó amor a primera vista. A fines de la temporada 1983/84, Diego quería irse de Barcelona, hastiado de sus constantes discusiones con el presidente blaugrana, Josep Lluís Núñez. Además, debía purgar una sanción de tres meses por la batalla campal del Santiago Bernabéu de Madrid, y asimilar la llegada de un nuevo entrenador que reemplazara al renunciante César Menotti. Con tanta piedra por digerir, sus ojos giraron hacia otra península. Los clubes que podían comprar su pase estaban en la Serie A de Italia, la liga que, en ese momento, se consideraba la más poderosa y prestigiosa del mundo, a partir de que en 1980 se rehabilitara la posibilidad de contratación de futbolistas extranjeros. Luego de que Diego le bajara el pulgar a un nuevo contrato *culé* con cifras en blanco para su dinero y cadenas de hierro para sus pies, Jorge Cyterszpiler diseñó el escape en secreto. Efectuó decenas de llamados a directivos y agentes de toda Italia, aunque sin demasiado éxito. Las noticias sobre Diego llegadas desde Cataluña a través de la prensa –algunas inventadas, otras exageradas– no habían agradado a los dueños de equipos como Juventus, Internazionale y AC Milan. La única institución que escuchó con tibia atención la propuesta de Jorge fue la Società Sportiva Calcio Napoli a través de su presidente, Corrado Ferlaino. El empresario partenopeo, un ingeniero nacido en Nápoles aunque con sangre calabresa y milanesa, deseaba contratar una estrella que hiciera despegar a su equipo hacia conquistas jamás alcanzadas, si bien temía que los rumores de caprichos y desenfrenos fueran ciertos… o algo peor. Su indeterminado «ni» dejó la puerta apenas abierta, pero Cyterszpiler, veloz, metió el pie. El sagaz manager invitó a viajar a un periodista napolitano para que entrevistara a Diego. Él, además de declarar su interés por jugar para el equipo del sur de Italia, posó para una fotografía con una camiseta celeste. La imagen levantó más polvareda que el Vesubio. Luego, Cyterszpiler se dirigió a Nápoles para una entrevista clave, pero no con Ferlaino ni con ningún otro dirigente, sino con un *tifoso* de enorme predicamento entre los hinchas celestes: Gennaro Montuori, más conocido como *Palummella*, líder del Commando Ultra Curva B. La escena pareció copiada de la película *El Padrino*: Cyterszpiler visitó a *Palummella* el día del bautismo de su hijo. En medio de la fiesta, el argentino llamó aparte al anfitrión y le planteó que Diego quería jugar

en Napoli. «Necesitamos tu apoyo», le expuso a Montuori. Finalmente, al enterarse de que Núñez había rechazado un partido amistoso de pretemporada con Napoli, supuestamente porque Diego estaba lesionado, le lanzó a Ferlaino la manzana de la discordia: «Maradona no está lastimado. Núñez lo dijo como excusa porque su relación con Diego es muy mala. Es más, Diego quiere irse a otro club». Interesado pero dubitativo al mismo tiempo, Ferlaino envió a Barcelona a su mano derecha, Antonio Iuliano, a reunirse primero con el agente y luego con los integrantes de la comisión directiva del Barcelona. El ingeniero, que seguía deambulando entre vacilaciones, se definió cuando Montuori encabezó una singular protesta delante de sus oficinas, en la *Piazza dei Martiri*: ocho tipos se encadenaron a las columnas de un antiguo edificio y aseguraron que se quedarían allí hasta que Ferlaino comprara el pase de Diego. Otro grupito repitió la medida de fuerza a las puertas del antiguo complejo donde se concentró el equipo hasta 2004, en el barrio de Soccavo, y un tercero, más audaz, se arrojó a las vías del tren para detener el andar de un convoy que llegaba desde Milán. Estimulado por tanta pasión, Ferlaino viajó a Barcelona y llegó a un acuerdo con su colega catalán: Napoli adquirió la ficha de Diego a cambio de siete millones quinientos mil dólares. Nunca un equipo había pagado tanto por un futbolista.

Claudia me llamó una tarde para darme la gran noticia:

–*Profe*, vamos todos al aeropuerto porque Diego va a firmar allí el contrato con Napoli.

Me dirigí hacia El Prat y allá estaban los dirigentes del Barcelona y del Napoli, junto a Diego. Rubricados todos los papeles legales, nos fuimos todos a la casa de Pedralbes a festejar el traspaso... aunque yo creía que me había quedado sin trabajo. La celebración me pareció desmedida: el *champagne* no sólo corrió por las copas, sino que de tanto celebrar al estilo de la Fórmula Uno, el agua de la piscina se tiñó de rosa. Yo me fui, un poco incómodo con tanta exuberancia superflua. Jamás me gustaron las galas rutilantes.

Nunca antes el presidente de un club estuvo a punto de morir de un infarto tras firmar el mayor acuerdo de su vida. Un rato después de cerrada la negociación, Corrado se dirigió al bar de su hotel para relajarse junto a un whisky *on the rocks*. Tras sentarse a la barra y ordenar su trago, el bartender, que había notado su acento extranjero, le preguntó de dónde era. «Nápoles», contestó Ferlaino. El cantinero terminó de llenar el vaso con líquido escocés mientras exhibía una sonrisa cáustica. «Hoy vendimos a Maradona al club Napoli por un montón de dinero», comentó jocoso. «Los embaucamos. Diego está gordo y no se recuperó completamente de una fractura. A lo sumo, jugará un año, no más», completó con sorna. Ferlaino sintió un ardor

en el pecho que no supo si era producto del alcohol del whisky o del comentario del lenguaraz barman.

Regresé a Pedralbes el día después del gran festejo, alrededor de las dos o tres de la tarde, en medio de un calor apabullante. Toqué la puerta y la empleada me informó que estaban «todos durmiendo». Me fui y retorné la tardecita siguiente, a la misma hora. «Están todos durmiendo», repitió la mujer. «¡Cómo apolillan!», pensé. Supuse que se habrían levantado tarde y, con los horarios desfasados, habrían vuelto a trasnochar. Al tercer día, Diego y Claudia estaban juntos, sentados en sendas reposeras frente a la piscina, tomando mate. Se los veía muy felices. Tras los saludos habituales, Diego disipó mis temores de desempleo.

–*Profe*, preparate porque nos vamos a Napoli, y de ahí a Buenos Aires.

–Perfecto, seguimos –celebré. Mi esposa, por suerte, se sumó a la aventura.

La presentación en el nuevo club resultó emocionante, inolvidable. Diego viajó a Nápoles el miércoles 4 de julio de 1984 junto a Jorge Cyterszpiler y Guillermo Blanco, el jefe de prensa de Maradona Producciones, la empresa creada para manejar la imagen del *Diez* y sus contratos publicitarios. El trío se trasladó del aeropuerto romano de Fiumicino a su nuevo destino a bordo de una camioneta conducida por un dirigente. Almorzó con Ferlaino y algunos de sus allegados en Capri, recorrió el *stadio* San Paolo en soledad y se hospedó en el Hotel Excelsior. El resto de la delegación –yo incluido– llegó al día siguiente. Recuerdo que del aeropuerto nos condujeron hacia el hotel y de ahí, sin más tiempo que para dejar nuestro equipaje, salimos todos en una eléctrica caravana de vehículos de toda especie hacia el barrio de Fuorigrotta, que los locales llaman *Forerotta*. El arribo al San Paolo me dejó con la boca abierta, y no sólo porque la amplia estructura del coliseo futbolístico estaba recubierta con travertino: casi setenta mil personas habían desbordado las tribunas para conocer a su nuevo ídolo. ¡Una locura! Setenta mil almas que concurrieron a un estadio en la tarde de un día laborable y en medio de un calor insoportable, que pagaron una entrada simbólica –según la prensa, la recaudación fue luego donada a una entidad dedicada a obras de caridad– para ver a Diego apenas por un par de minutos. También me llamó mucho la atención que ya se habían fabricado banderas, camisetas, banderines, pelotas y cientos de artículos diferentes con imágenes de él. Las ganancias por la venta de todos esos productos quedaron en los bolsillos de la *Camorra*, una organización mafiosa que actuaba en la ciudad. El *Diez* no recibió una sola lira.

Diego ingresó a la cancha desde el túnel que unía los vestuarios con el césped, vestido con una remera Puma, pantalones deportivos largos

y una *sciarpa* azul y blanca. Saludó a la rugiente multitud y, en el medio de la cancha, hizo un par de malabares con la pelota y dijo apenas doce palabras estudiadas con gran esmero:

–Buonasera, napoletani. Io sono molto felice di essere con voi. Forza Napoli!

La conferencia de prensa que sirvió como presentación formal de la nueva estrella napolitana, realizada en una cancha de básquet situada debajo de una de las tribunas, estuvo repleta de reporteros de múltiples nacionalidades, algunos llegados desde destinos lejanos como Argentina o Japón. La rueda de preguntas empezó mal. Un periodista francés abrió el fuego con un planteo insidioso: le consultó a Diego si era consciente de que parte del dinero de su fichaje pudo haber sido aportado por la *Camorra*. Él no contestó: Ferlaino tomó el micrófono, manifestó a los gritos su disgusto por lo que consideró una «pregunta ofensiva».

–Hemos hecho muchos sacrificios para que ahora se diga esto. Somos gente honesta y trabajadora –replicó el presidente del equipo sureño. Acto seguido, expulsó al enviado galo de la pista de baloncesto.

Calmadas las aguas, Diego negó guardar rencor contra Cataluña ni hacia su ex club, «aunque estoy muy descontento con alguno de sus dirigentes». «Espero tranquilidad, la tranquilidad que no tuve en Barcelona, y por sobre todas las cosas, respeto», agregó.

Esa misma noche volamos desde Roma a Buenos Aires. Diego tenía previsto tomarse unos días de descanso, pero yo le recomendé que descansara la cabeza, pero no el cuerpo. Le advertí que las pretemporadas de los equipos italianos eran durísimas: iban a la montaña, hacían cosas de terror.

–Vamos a tener que hacer una especie de pre-pretemporada porque te van a romper todo. Vas a llegar crudo y te van a exigir esfuerzo máximo.

Estoy en contra de la salvajada de incluir masacrantes e interminables subidas a médanos de arena suelta «cuanto más empinados mejor», o a colinas de tierra poco firme, en la etapa previa a una exigente competición futbolística. Los más reconocidos expertos en Medicina del Deporte coinciden en que en ambas fases –ascenso y descenso– los músculos, los tendones y las articulaciones se ven seriamente comprometidos al ser sometidos a este tipo de esfuerzos desmedidos. En ascenso, el cuádriceps se ve impelido a empujar desde una posición absolutamente forzada y antinatural, que provoca en sus fibras un hiperestiramiento tal que termina por comprometer la integridad misma del músculo, con el consiguiente riesgo para los tendones en su fase de inserción. La articulación de la rodilla pasa de una flexión extrema a una extensión máxima por una violentísima

impulsión hacia arriba en su lucha contra la gravedad. Todos sus elementos estructurales son empujados hasta el borde mismo del abismo. En esa posición de extensión máxima, toda la musculatura posterior de la pierna llega a un grado tal de estiramiento que el pie se encuentra con un apoyo que cede y el tendón de Aquiles debe llegar hasta el final de sus posibilidades elásticas para iniciar la fase de recuperación.

Esta serie de brutales agresiones comprometen el futuro inmediato de muchos jugadores, que terminan por sufrir los traumáticos embates de tendinitis, esguinces, pubalgias o desgarros en una fase que paradójicamente es llamada optimización de la forma. Esta verdadera falta de consideración por una de las más importantes medidas preventivas, como es la de respetar una paulatina adaptación al esfuerzo, son exigidas en el comienzo mismo de las pretemporadas y el riesgo de lesiones aumenta entonces considerablemente, ya que los jugadores regresan a la actividad después de haber gozado de un placentero período de vacaciones. Es imprescindible evitar este tipo de bestialidades para evadir caer en un indeseable saldo de múltiples traumas de variada gravedad. El preparador físico que trabaja con futbolistas debe comprometerse a llevar adelante una preparación basada en esfuerzos racionales, similares a los que el juego propone. ¿Y la ridícula costumbre de correr alrededor de la cancha? Puede ser comprensible en días de lluvia si es que no se quiere estropear el piso, o en algún otro caso de imperiosa necesidad, pero nunca como rutina. Si lo que se pretende es el incremento de sistemas energéticos puntuales, ¿por qué no recorrer esa distancia al ritmo que se determine, respetando los tiempos de acción-pausa dentro del campo y utilizando todas las acciones y modos de correr que sean imitativos del juego? De esta manera, el futbolista podrá entrenar todos los grupos musculares requeridos y se prevendrán los inevitables y riesgosos desequilibrios que se producen cuando se corre en un solo sentido. Estas variabilidades se agravan si, encima, se hacen sobre distancias largas en las que se perpetúa una longitud de zancada impropia del juego y sumamente nociva para las fibras involucradas. En, definitiva ¿por qué desnaturalizar la intrínseca vivacidad de juego mediante carreras tan monótonas, mecanizadas y previsibles? Otro tanto ocurre con el uso y abuso de los trineos. ¿No sería preferible, por ejemplo, indicar movimientos de oposición uno contra uno, en los cuales los jugadores deban luchar por hacerse de la pelota que un tercero conduce, utilizando todo tipo de desplazamientos durante el tiempo de acción, pausa y repeticiones que el preparador disponga? ¿Por qué correr únicamente en forma lineal, como en las pasadas, sin aplicar una sola variante? ¿Y eso de las transferencias? Sinceramente, hay cosas que me dan vergüenza ajena. ¿Cómo se puede tener tanta

insensibilidad y falta de sentido común, no ya para utilizarlas sino para imaginar siquiera tanto disparate? Personalmente, sigo creyendo que la mejor manera de capacitarse para entrenar futbolistas está relacionada con tres elementos esenciales:

1) Haber jugado desde niño, porque la experiencia recogida en forma de vivencias propias es intransferible, más allá de haber trascendido o no como profesional.

2) La posibilidad de aprender de quienes más saben, ya que en general los mejores alumnos son producto de los mejores maestros.

3) El grado de vocación y sensibilidad necesarias para ver lo que se mira y oír lo que se escucha.

No podemos pretender que un futbolista mejore elementos del juego corriendo por el bosque. Ni yendo a la montaña para hacer esquí alpino. No está perfeccionando nada del fútbol, ni siquiera de la resistencia para jugar. Nada. Tenemos que comprender el juego en su globalidad y a partir de ahí buscar la interactividad dinámica entre los elementos que constituyen los sistemas del ser humano que va a participar en esa situación global. Si vamos todos los días a correr por el bosque, seremos especialistas en el bosque. Si vamos todos los días a hacer pesas, seremos pesistas. En esta forma de estructurar el entrenamiento tenemos la posibilidad de elegir ejercitaciones que proporcionan esa interactividad dinámica que no poseen los ejercicios atléticos del deporte individual, que están basados en otro tipo de experiencias. Si deseamos potenciar la posibilidad de nuestros futbolistas, hay que pensar fundamentalmente en entrenarlos a través de ejercitaciones extraídas del juego.

Atento a todos estos conceptos, y tratando de equilibrar mis ideas para no agobiar a Diego, sino estimularlo para que él mismo sacara sus propias conclusiones a través de sus posibilidades, nos quedamos unos ocho o nueve días en la quinta que él había comprado en Moreno, al oeste de la ciudad de Buenos Aires, que contaba con buenas instalaciones para nuestro trabajo, como una cancha de fútbol con iluminación. Asistidos por *Galíndez*, *Lalo* y Hugo, hicimos una buena preparación que le permitió arrancar la pretemporada con el pie derecho... o el izquierdo, en su caso.

Volvimos a Italia aunque no a Nápoles: los dirigentes del club nos fueron a buscar al aeropuerto de Roma y de ahí nos llevaron directamente a un pequeño y tranquilo pueblo toscano de apenas cinco mil habitantes llamado Castel del Piano, el lugar elegido para acondicionar al equipo. Bueno, no tan tranquilo en esos días, porque muchísimos hinchas napolitanos –algunas crónicas, algo exageradas, aseguran que unos diez mil– llegaron desde el sur para ver el entrenamiento de su nuevo ídolo. La marea celeste colmó la capacidad hotelera de la localidad y también la de las poblaciones vecinas.

Algunos alquilaron habitaciones en casas de familia y otros acamparon con sacos de dormir bajo los pinos de la Piazza della Rimembranza. Una mañana, el dueño de un bar descubrió a un *tifoso* durmiendo en el piso, entre dos mesas de billar. El alcalde Francesco Forti decidió dejar abierto el portón de acceso al Stadio Comunale para que en sus baños pudieran higienizarse los visitantes que no habían conseguido un albergue estándar.

Tal como se lo había advertido a Diego, Rino Marchesi, su primer entrenador en el Napoli, decidió realizar la preparación física de base en el Monte Amiata: cada mañana, llevaba a sus jugadores hasta un paraje donde los obligaba a subir y bajar colinas cubiertas de castaños. Diego cumplía sus caprichos, aunque con algunas concesiones, ya que en su contrato había dejado claramente establecido que él trabajaría su físico junto a su preparador personal. Por ejemplo, un día Marchesi ordenó a los futbolistas realizar el Test de Cooper –el mismo que a Diego le había parecido inútil cuando lo efectuó en Montjuic– horas antes de jugar un partido amistoso.

–¡Vos no lo hacés! –le ordené. Yo temía que sufriera alguna lesión muscular antes de arrancar el campeonato.

Cada noche, luego de la cena en el Grand Hotel Impero, donde se alojaba el equipo, Diego solía salir a caminar con Claudia y su perrita chihuaha *Popi* –generalmente rodeados de hinchas afectuosos pero corteses– hasta una heladería cercana que preparaba un postre exquisito llamado *affogato*, hecho con crema, chocolate, avellanas de los bosques cercanos, cerezas negras y una mezcla de dos licores.

El primer partido de Diego con la camiseta del Napoli se jugó el 2 de agosto de 1984 ante una escuadra amateur, Neania Castel del Piano. El equipo celeste ganó 13-1 y el futbolista nacido en Villa Fiorito anotó cuatro goles, uno de ellos mediante una pintoresca chilena, a pesar de la pegajosa marca de un muchacho llamado Corrado Corsini, quien trabajaba como panadero. Cada tanto del Diez fue celebrado con euforia por la multitud de hinchas visitantes que inundó la tribunita de cemento del Stadio Comunale y también las lomitas que rodeaban la cancha, utilizadas como plateas naturales.

Terminada la pretemporada, Diego volvió a Nápoles muy preocupado. A pesar de que el club había incorporado también a su compatriota Daniel Bertoni, campeón del Mundo con Argentina en 1978, llegado desde Fiorentina –en ese momento, la Federazione Italiana Giuoco Calcio sólo permitía que los equipos contrataran un máximo de dos futbolistas extranjeros– y a Salvatore Bagni, ex Inter, el equipo era bastante flojo. Él creyó que había arribado a una institución poderosa, pero la verdad era que Napoli llevaba varias temporadas peleando para no irse al descenso: en el campeonato 1983/4 se había salvado por un punto, y por dos en el torneo anterior.

El campeonato comenzó mal. Napoli perdió como visitante por tres a uno en el debut ante Hellas Verona, equipo que se vestiría de campeón con el valioso aporte del danés Preben Elkjær Larsen y el alemán Hans-Peter Briegel. Luego, igualó 1-1 con Sampdoria en el San Paolo (Diego anotó su primer tanto oficial con la camiseta celeste) y cayó ante Torino por tres a cero. Un punto sobre seis posibles, ya que en esos años todavía se premiaba cada victoria con dos unidades.

César Menotti, quien había viajado a Nápoles para ver el segundo partido, me preguntó durante el encuentro:

–¿Cuánto pagan los compañeros de Diego para jugar en este equipo?

Napoli estaba condenado a batallar de mitad de tabla para abajo, sin dudas. Pero yo confiaba en que el *Diez* tenía mucha magia por ofrecer. Una mañana, pasé a buscar a Diego por su nuevo domicilio, un amplio departamento situado en un condominio de la *via* Scipione Capece 3/1, en el barrio de Posillipo –las primeras semanas había ocupado, junto a Claudia, una suite del octavo piso del hotel Royal–. Se entrenó con mucho entusiasmo en un gimnasio que se llamaba Contourella y quedaba al borde del mar, con una vista del golfo espectacular. Su dueño era el estadounidense Eddy Cheever, un piloto de Fórmula Uno. Como en Barcelona, seguimos acondicionando su cuerpo en base a trabajos de potencia. Yo había notado que Marchesi abusaba de las carreras de cien metros alrededor de la cancha. «Vos arrancá y frená, arrancá y frená», le decía a Diego, «porque eso es lo que vas a hacer durante el partido».

La adaptación al fútbol italiano no resultó sencilla. Marchesi, como la mayoría de sus colegas en esos años, adhería a una línea táctica que, palabra más, palabra menos, se basaba en tirar la pelota para arriba, lo más lejos posible, sin importar cómo, para que se arreglaran los de arriba. Una idea de juego con la cual el bueno de Marchesi quedaba envuelto en su propia telaraña, ya que atentaba contra las posibilidades de creación del mejor futbolista del mundo. Resultaba difícil, inclusive para Diego, organizar algo mientras la pelota, azotada sin clemencia, iba y venía a cuatro o cinco metros de altura, impulsada por arqueros y defensores monótonos y sumisos hasta la exasperación. Sin tapujos, los tipos apretaban los dientes y le entraban duro para cualquier parte. A mí me dolían los ojos. Una tarde, mientras regresábamos del gimnasio, le dije a Diego:

–El domingo no voy al San Paolo.

–¿Por qué?

–¡Dejame de joder! El fútbol italiano me aburre mucho. Para peor, el único jugador que me divertía está hecho un boludo: les pasa la pelota a los compañeros y estos se la dan a los rivales.

–¿Qué querés que haga? –me cuestionó.

–La mejor forma de ser solidario con el equipo –le expuse– es ser lo más egoísta posible. Tenés que hacer como en Argentinos Juniors: gambetear a todos y dársela un compañero, como hacías con Carlos Álvarez, ¿te acordás?

–Sí…

–Álvarez hizo 25 goles en un campeonato gracias a vos. Cuando te fuiste, se acabó, no metió uno más.

Yo solía apuntarle este tipo de cosas para animarlo. Mal no resultaba: el domingo, Napoli goleó a Como por tres a cero.

También, le marcaba cuestiones tácticas que a mí me parecían incorrectas. Por ejemplo, me había llamado la atención que, cada vez que Napoli tenía un tiro de esquina en contra, Diego bajaba al área y se paraba junto al primer palo.

–¿Por qué cuando tienen un córner en contra, vos sos el encargado de cubrir el primer palo?

–Porque el técnico me manda.

–Ah, porque el técnico te manda… y si en el próximo partido te pide que en los tiros de esquina en contra te sientes sobre el travesaño, ¿vos lo hacés?

Diego dudó.

–Escuchame una cosa: vos sos Maradona, ¿quién es el técnico? Si vos te quedás en el primer palo, sube hasta el arquero visitante a cabecear, pero si te quedás de punta, ellos van a dejar tres hombres, por lo menos, para marcarte. ¿Comprendés?

Por supuesto que mis palabras perseguían un único propósito: motivar a Diego. De hecho, yo sostuve una relación muy cordial con Marchesi. Nunca tuve problemas con él, ni con ningún otro entrenador, a lo largo de todos los años que trabajé junto al *Diez*.

Dos fechas antes de que terminara la primera ronda, Napoli estaba en el puesto doce, pegadito a los clubes que ocupaban la zona del descenso (por ese entonces, bajaban tres de los dieciséis participantes). El equipo llevaba tres partidos perdidos al hilo, contra Internazionale, Roma y Juventus, y debía enfrentar en el San Paolo a Udinese, un rival duro en el que jugaban los talentosos seleccionados brasileños Zico y Edinho. Un par de días antes de ese encuentro, le dije a Diego:

–A vos te compraron por cómo jugabas. Como lo estás haciendo ahora, te van a pegar una patada en el culo y te van a mandar de vuelta a Argentina. Nápoles es una ciudad muy hermosa y podemos quedarnos muchos años.

Él me miró sorprendido y no contestó, aunque sus ojos revelaban que aguardaban mi explicación para ese planteo, completamente justificado por las estadísticas: apenas había metido tres goles en trece fechas.

–En los partidos –proseguí– no recibís más de catorce, quince pelotas. ¿Por qué no te la dan?

Continuó en silencio, simplemente porque no sabía la respuesta. Yo tampoco, pero sí tenía un consejo.

–Entrá a divertirte, porque si vos no te divertís, quiere decir que estás jugando mal ¡y así no divertís a nadie!

La noche previa al encuentro, el equipo se concentró en un hotel de la zona de Castellammare di Stabia y Diego le transmitió mi cuestionamiento a Italo Allodi, el director general del club. Allodi, un tipo brillante, convocó de inmediato a una reunión con todo el plantel, Diego incluido. Rodeados por todos los jugadores, les preguntó las razones por las que no le daban la pelota al *Diez*. Uno de ellos, Salvatore Bagni, contestó:

–Lo que pasa, *míster*, es que Diego está siempre marcado.

Allodi, quien sabía muchísimo de fútbol y ya había ocupado cargos similares en clubes importantes como Internazionale, Juventus o Fiorentina, respondió:

–Si vamos a esperar que Maradona esté solo en una cancha de fútbol...

–¡Muchachos –lo interrumpió Diego, entusiasmado–, ustedes tírenmela! Denme la pelota, yo después veo cómo me arreglo.

Al día siguiente, en medio de una tormenta que había inundado varios sectores de la cancha, Napoli ganó 4-3 con dos goles del *Diez*.

Cuando emprendimos la vuelta a casa, rodeados por la euforia de los hinchas, explotó un desahogo contenido durante días. Diego, al volante de su coche, giró la cabeza hacia mí y con la cara iluminada de felicidad, me advirtió:

–Quedate tranquilo, *Ciego*, nos vamos a quedar en Nápoli por muchos años.

Él me llamaba así porque soy recontra miope, desde chico. Cuando jugaba al fútbol en los torneos infantiles de Lincoln, me ponían curitas en las sienes para que no se me cayeran los anteojos. Sí, ¡competía con los *culo de botella* puestos! Nunca me molestó ese apodo de parte de Diego porque lo pronunciaba con cariño, sin maldad. Sé reconocer la diferencia porque, durante mi niñez, sufrí el asqueroso *bullying*: algunos compañeros me decían «Anteojito y Antifaz», por los personajes de una revista infantil. Varias veces terminé a las trompadas contra los que se burlaban de mí porque usaba gruesas lentes.

En los dieciséis partidos restantes, Napoli apenas perdió uno –2-1 contra Milan en el estadio Giuseppe Meazza– y sumó más puntos que Hellas Verona, el campeón de la Serie A, aunque escasamente logró el octavo lugar de la clasificación. ¿Diego? Marcó nueve veces más, conformó junto a Daniel Bertoni la dupla extranjera más goleadora

con 25 conquistas (una más que el francés Michel Platini y el polaco Zbigniew Boniek, de Juventus) y resultó elegido por la prensa deportiva como el mejor jugador del torneo.

En mayo de ese año, Diego dictó una verdadera cátedra de argentinidad. En un período en el que no existían las «fechas FIFA» que liberaran a los jugadores de los compromisos con sus clubes profesionales para unirse a sus selecciones nacionales, ya sea en torneos oficiales o partidos amistosos, Diego decidió volver a ponerse la camiseta albiceleste. Su última actuación había tenido lugar casi tres años antes, una derrota ante Brasil en el Mundial de España 1982. La hepatitis y la fractura le habían impedido actuar en los primeros compromisos del equipo que conducía Carlos Bilardo, el entrenador designado por la Asociación del Fútbol Argentino para reemplazar a César Menotti tras el campeonato ibérico, entre ellos los que correspondieron a la Copa América de 1983. Asimismo, la pretemporada con Napoli le negó a Diego la posibilidad de participar de una gira de la escuadra argentina por Colombia, Suiza, Bélgica y Alemania.

Bilardo había concretado dos amistosos en la cancha de River Plate, el 9 y el 14 de mayo de 1985, ante Paraguay y Chile, y Diego decidió decir «presente» en el Monumental. Para ello, le pidió permiso a Ferlaino para viajar a su país, pero el presidente se lo negó, argumentando que necesitaba a su máxima estrella en los últimos tres juegos del certamen, todos complicados, ante Juventus en el San Paolo, Udinese en el norte y Fiorentina otra vez en casa. ¿Cómo se resolvió la cuestión? Diego le garantizó a Ferlaino que no faltaría a ninguno de los compromisos con Napoli.

–Usted no se preocupe: voy a jugar los dos partidos con Argentina y los tres con el club.

–Pero, Diego, ¿vas a viajar cincuenta mil kilómetros en menos de dos semanas para participar en dos amistosos sin importancia? –cuestionó el presidente napolitano.

–Para mí sí son importantes –contestó él–, y no me importa la distancia. Si tengo que ir hasta la Luna para jugar con la selección argentina, lo haré.

El domingo 5 de mayo, Diego jugó ante la *Juve* en el San Paolo. El encuentro terminó sin goles y, tras el pitazo final, varios periodistas napolitanos descubrieron la presencia en el estadio del propietario del equipo de Turín, el empresario y aristócrata Giovanni Agnelli. Los cronistas rodearon al propietario del grupo industrial Fiat cuando salía del palco oficial para hacerle algunas preguntas sobre el encuentro. Agnelli, un hombre muy elegante y carismático, aceptó y contestó a cada consulta con natural cortesía. La improvisada conferencia de prensa llegó a su fin cuando uno de los reporteros pretendió hacerse el

canchero, quizá escudado por la masa de periodistas que cercaba al empresario:

–¿Por qué Maradona firmó con Napoli y no con la *Juve*?

Sin perder su aplomo, Agnelli miró a los noteros y contestó:

–Muchachos, debo decirles la verdad: porque no somos tan ricos como para tenerlo.

Saludó, giró para continuar su caminata hacia la salida del estadio, dio un par de pasos y se detuvo. Volvió el rostro hacia los cronistas y remató:

–Pero tampoco tan pobres como para necesitarlo.

Con su sutil ingenio, Agnelli brindó una conferencia magistral sobre relaciones públicas.

Luego del siempre tenso duelo con Juventus, Diego se trasladó esa misma tarde en auto hacia Roma y allí tomó un vuelo que tenía por destino Buenos Aires. El jueves 9 marcó el gol argentino en el empate ante Paraguay (1-1) y al día siguiente regresó a Italia: tras aterrizar en Fiumicino, subió a otro avión, hacia Udine, donde se unió a sus compañeros que ya estaban concentrados para el duelo con la escuadra *Friulani*. El domingo 12, Diego anotó una *doppietta* para sellar otra igualdad, aunque 2-2. Retornó a Buenos Aires, vía Roma, y el miércoles fue autor de un nuevo gol para Argentina, que venció a Chile por dos a cero. Descansó otro día y emprendió los últimos 12 mil kilómetros hasta Nápoles: el domingo 19 lideró el equipo que venció a Fiorentina por uno a cero en el último encuentro del torneo de Serie A. ¡Increíble! Diego cumplió a rajatabla con la promesa que le había formulado a Ferlaino, pero fundamentalmente con su amor por la camiseta de su país. Una pasión incondicional que lo entusiasmaba para cometer cualquier locura, como el enorme sacrificio que significó esa maratón de viajes... que repetiría años después, aunque desde Sevilla.

Sorprendido por su excelente rendimiento y conocedor de que a bordo de un avión no se descansa lo necesario, inclusive en la mejor de las categorías, le pregunté cómo hacía para recobrar fuerzas para actuar a pleno en tantos partidos seguidos. Me confió que, aunque él tenía tickets para Primera Clase, apenas el aparato alcanzaba su nivel de crucero, él tomaba su almohada, unas mantas y se iba a la parte posterior del avión, a la zona más económica, donde buscaba una fila desierta para tirarse a dormir... ¡en el suelo! Así, descansaba todo el vuelo y llegaba fresco a su destino.

Para mí, ése fue el mejor año de Diego en Italia. Pero, como el equipo quedó octavo, su labor quedó opacada. A partir de la llegada de sus magníficos goles, las ventas de abonos anuales emprendieron un vertiginoso ascenso que alcanzó a cubrir el 86 por ciento de las 77 mil butacas del estadio San Paolo. También se disparó la

comercialización de camisetas y *merchandising*, lo que reforzó la economía de la institución. Con esa inyección de dinero, el club pudo fortificar el equipo en algunas posiciones clave. Era imprescindible vigorizarlo con jugadores de buena calidad y experiencia en la Liga, porque Diego podía jugar a gran nivel pero con el plantel de ese primer ciclo no había forma de salir campeón. Para la temporada 1985/86, Ferlaino contrató al arquero Claudio Garella, flamante campeón con Hellas Verona; al defensor Alessandro Renica, de excelente actuación en Sampdoria, que había quedado en el cuarto puesto de la tabla en el torneo anterior; y a Bruno Giordano, quien había marcado 86 goles con la camiseta de Lazio. Diego y Bertoni siguieron siendo los dos futbolistas extranjeros.

Durante los primeros años en Nápoles, la vida de Diego era muy monótona: de casa al entrenamiento y del entrenamiento a casa. La gente solía agolparse frente al balcón de su departamento y, a los gritos, reclamaba su presencia para tomarle una foto, pedirle un autógrafo o simplemente manifestarle su cariño. Diego disfrutaba de las muestras de afecto, pero también necesitaba un poco de paz para descansar. No me gustaba verlo encerrado. Yo le proponía ir cotidianamente al gimnasio, aunque apenas hiciera algún trabajo de relajación, de movilidad, de flexibilidad, para que se relacionara con otras personas en un ámbito de tranquilidad donde poder conversar sin acoso, y así también empezar a aprender el idioma. Si se quedaba todo el día encerrado, no lo iba a conseguir nunca. Pero lo aprendió, por supuesto, ¡y antes que yo! ¡Su cabeza funcionaba a una velocidad increíble!

Para su segunda temporada italiana, Rino Marchesi fue reemplazado por Ottavio Bianchi, un *allenatore* que había jugado varias temporadas con la camiseta celeste en la década de 1960. También se produjo un cambio muy importante en el seno del equipo: Diego se convirtió en el capitán. El traspaso de la cinta generó una situación muy tierna. El *Diez* deseaba empoderarse como líder del equipo, pero al mismo tiempo no se animaba a manifestarle su deseo a Giuseppe Bruscolotti, el defensor central que llevaba varias temporadas como *capitano*. ¿Qué hizo? Le pidió ayuda a otro de los zagueros, Pierpaolo Marino. Este aceptó, aunque temía que Bruscolotti se enfadara con él. Una noche, en el hotel donde el equipo se había alojado para realizar la pretemporada, Marino juntó fuerzas y encaró a su compañero de zaga con el mayor tacto posible.

–*Beppe*, ¿qué opinás sobre la posibilidad de cederle la *fascia* a Maradona, para que sea el capitán?

La respuesta no sólo sorprendió a Marino, sino que le provocó un gran alivio:

–Justamente lo estuve pensando y quería ofrecérsela yo mismo

para que nos represente a partir de esta temporada. El brazalete lo va a estimular.

Al rato, Marino juntó a Diego y a *Beppe*, quien en una sencilla ceremonia oficializó la entrega de la emblemática cinta con palabras conmovedoras. La unción como flamante *capitano* sensibilizó al *Diez* hasta las lágrimas. Él era así: se emocionaba con cuestiones que para algunos pueden resultar sencillas o de poca importancia, pero que él las encontraba estimulantes y realmente significativas. Como cuando Patricio Hernández le cedió la camiseta número «10» antes del Mundial de España. Para el Mundial de Argentina 1978, el entrenador César Menotti había resuelto que los números de la lista oficial se definieran por orden alfabético. Así, llamó la atención del planeta futbolero que Ubaldo Fillol atajara con la camiseta número «5», o que el volante Osvaldo Ardiles actuara con la «1», cifra reservada generalmente para los arqueros. Antes de la Copa del Mundo de España 1982, Menotti decidió que se repitiera la clasificación alfabética de sus muchachos. De esta manera, a Diego le correspondió el «12». Disconforme con su número, le pidió a Jorge Cyterszpiler que intercediera ante Menotti para que le otorgara una excepción y le asignara el «10» que, por azar, le había tocado a Patricio Hernández, casualmente el compañero de habitación del pibe de Villa Fiorito. Menotti respondió que no se oponía a modificar el orden de la nómina, pero sólo si Patricio aceptaba el trueque. Al día siguiente, mientras tomaban mate en su cuarto, Diego, tímido, le manifestó a Hernández que siempre había vestido la «10» y que le gustaría hacerlo también en el Mundial ibérico. Antes de que el ex Cebollita formalizara su pedido, Patricio le expresó:

–Quedate tranquilo: es tuya.

Feliz, Diego abrió el cajón de su mesa de luz, sacó un reloj de oro decorado con piedras preciosas que le había entregado un espónsor y quiso regalárselo a Hernández, pero este no lo aceptó: le explicó que había accedido porque lo consideraba su amigo y porque, además, se había ganado en la cancha el derecho de lucir la prestigiosa camiseta «10». Así era Diego: generoso, desprendido, con valores simples que anteponían la amistad y el afecto al lujo.

Yo comencé a trabajar de manera más estrecha con el nuevo preparador físico del equipo, Ernesto Milano. Según los ejercicios y los esfuerzos programados para cada jornada, yo le decía a Diego que los realizara, o se los adaptaba de la manera más conveniente para que las rutinas prolongadas y de alta intensidad no lo quemaran. Su cuerpo no estaba predispuesto para ciertos riesgos, necesitaba otra cosa. Todavía hoy se comete el error de entrenar a todos de la misma manera cuando cada uno de los futbolistas tiene sus características, no solamente en lo físico sino también en lo emocional. Entre nosotros,

seguíamos hablando mucho para que yo pudiera conocerlo por fuera y por dentro, y no sólo desde el punto de vista físico y fisiológico: necesitaba estar al tanto de sus inseguridades, sus temores, sus relaciones, sus miedos, sus sueños, sus momentos de tristeza. El diálogo era fundamental para conocerlo en profundidad. Él todavía estaba un poquito inseguro por su lesión en el tobillo: me decía que había cosas que no las podía hacer como antes, que eso lo preocupaba. Por efecto de la fractura, la operación y la soldadura de los huesos quebrados, el tobillo le había quedado con una imposibilidad bastante marcada en cuanto a la movilidad. Diego había recurrido primero al kinesiólogo Aldo Divinsky, a quien había conocido en su época con Argentinos Juniors. Viajó a Buenos Aires y trabajó con él dos veces por día, con masajes y distintos movimientos para tratar de romper algunas adherencias, pero no se logró prácticamente nada.

–Diego, vos sos una Ferrari, necesitás un mecánico de Ferrari –le planteé.

–¿Qué me querés decir?

–Que hay que buscar al mejor especialista del mundo en la articulación del tobillo.

–¿Y dónde está?

–No sé, tendremos que buscarlo. Pero si seguís haciendo lo mismo, no vas a lograr lo que querés.

A través de la Asociación del Fútbol Argentino, se detectó que el traumatólogo especializado en tobillo más prestigioso del mundo estaba en Estados Unidos: era el jefe de los servicios médicos de la Liga de fútbol americano, el deporte en el que se producen las lesiones más brutales. Diego viajó con el doctor Raúl Madero, un ex futbolista de Estudiantes de La Plata que había sido convocado por Carlos Bilardo para el cuerpo técnico de la Selección. El traumatólogo revisó a Diego, analizó sus estudios y radiografías y le aseveró que ya no había nada que hacer: el tobillo se había soldado de una manera y él debía acostumbrarse a jugar con esa limitación.

–Quejarse no sirve para nada –me expuso a su regreso de los Estados Unidos.

Pero Diego no se conformó con la sentencia del especialista. Él se conocía mejor que nadie, y sabía que sí había cosas para hacer... ¡y muchas! Como el radio de acción de su tobillo no iba a mejorar, empezó a practicar una nueva manera de apoyar el pie, de hacer el recorrido con la zurda, de girar más la cadera, de acercarse más a la pelota. Juntos, comenzamos a diseñar entrenamientos muy específicos para modificar toda la cadena cinética de movimiento hasta lograr la misma efectividad que antes... ¡y lo consiguió! Reeducó su tobillo y alcanzó la misma eficacia, o más. Por supuesto, esta excepcional mejora no se produjo de la mañana a la noche, ni sin un formidable

esfuerzo. Diego debió transpirar muchísimo. Además de realizar ejercicios que le permitieron lograr una mayor flexibilidad de la articulación, debimos arrancar desde cero con la pelota. Conseguimos una cancha donde colocamos una barrera destartalada delante del arco. Él pateó varias veces y el balón se fue siempre al diablo. Entonces, le planteé que pasáramos a un «plan B»: así como él había superado la etapa del yeso primero pisando apoyado en muletas, luego caminando, más tarde trotando y finalmente corriendo, lo mismo debía hacer con la pelota: ir paso a paso.

Retomó su romance de a poco, poniendo el balón en la línea de fondo, en el vértice con el área chica. De ahí al primer palo del arco hay cinco metros y medio. Empezó con una seguidilla de remates suaves, con mucho chanfle: las pelotas entraban mansas. Poco a poco, a medida que ganaba confianza, continuó con disparos más fuertes, hasta que llegó a la etapa de meterle fierrazos: Diego le pegaba con el alma, desafiándose. La pelota se abría y se metía en el arco con mucha potencia, como una bala de cañón que salía de su pie, giraba rápidamente en el aire y se incrustaba en la red del segundo poste. Al conseguir tanto control a cortísima distancia, se le hizo más fácil después acertar al ángulo a través de un recorrido mayor. También se quedaba a continuación de los entrenamientos de todo el equipo, con algún arquero, a pegarle desde todos lados. Los volvía locos. Así se gestó el que, para mí, fue su mejor gol, el «gol imposible», como lo bautizaron en Italia por su complejidad y dificultad: el que le anotó a Juventus el 3 de noviembre de 1985 para una victoria histórica por uno a cero en el San Paolo. El partido se desarrolló bajo una lluvia persistente que había dejado la cancha muy pesada. A mitad del segundo tiempo, el referí Giancarlo Redini sancionó un tiro libre indirecto dentro del área visitante. Diego acomodó el balón. El arquero Stefano Tacconi armó una barrera con seis jugadores, todos altos –el más bajito era Michel Platini, que rondaba el metro ochenta–, que se formó a cinco metros de la pelota, y el arco quedó a unos seis metros detrás de la muralla blanquinegra. Diego le pidió a su compañero Eraldo Pecci que se la tocara suave hacia atrás en cuanto el árbitro pitara. Pero Pecci, desconfiado, aunque con cierta razón, se negó. El balón no sólo debía pasar sobre las cabezas de los turineses, sino además bajar enseguida, y no había suficiente espacio para ese viaje inverosímil. Mientras la multitud bramaba por un nuevo milagro maradoniano, el «10» y el «8» se enzarzaron en una discusión insólita.

–Tocala –reclamó Diego.

–No, la barrera está muy cerca.

–Tocala, te digo.

–¡No va a pasar!

–¡Tocala, la puta que te parió!

Pecci obedeció, por fin, doblegado por el insulto de su capitán. Diego dio un paso hacia la pelota y la acarició, dócil, un poco con el prodigioso pie zurdo, otro poco con el sobrenatural tobillo recuperado. El balón se elevó como una pompa de jabón. Superó la barrera y se coló en el ángulo izquierdo de Tacconi, quien voló inútilmente hacia un objetivo inalcanzable. Nadie sabe cómo, pero Diego consiguió un gol de una complejidad que raya lo imposible, que no tiene una explicación lógica. Pero estaba escrito que debía salir así. A pesar de la lesión y la reducción en la movilidad, él, gracias al esfuerzo y al talento, logró más que una regeneración asombrosa: consiguió superarse. A los genios no hay contratiempo que los detenga.

En su primera temporada en Nápoles, con Diego llegamos a una conclusión: mientras en España los defensores, más rústicos, recurrían a las patadas para detener a sus rivales, en Italia los zagueros estaban mejor entrenados, eran más ágiles y, además, jugaban con la pelota. Por lo tanto, era imprescindible reforzar su potencia, pero incrementar la velocidad. Cuando íbamos a algún paraje natural alejado y tranquilo, le dibujaba un cuadrado de diez metros de lado y él debía moverse dentro, partiendo desde el centro, según lo que yo le indicaba con gritos: piques a máxima velocidad, saltos con rodilla al pecho, lagartijas, abdominal, palomitas, carrera hacia atrás o al costado, rol adelante y atrás, sin traspasar los límites de ese espacio. Eran trabajos cortos de ocho a diez segundos, con el mismo período de recuperación. A veces lo hacíamos con pelota, pero siempre a fuego, con altísima intensidad y corta duración. Cuando notaba que su agitación era alta, o él mismo advertía que entraba en deuda de oxígeno, parábamos para no producir tanta acidosis. El objetivo consistía en manejar la potencia de su cuerpo en tiempo y espacio: cuando se juega al fútbol hay que empujar, tirar, arrastrar. La fuerza y la agilidad son la clave para que el cuerpo pueda equilibrarse, avanzar y patear o cabecear. Con esa finalidad, también hacíamos trabajos de cinco segundos de velocidad máxima, pero nunca lineal: arrancar, frenar, saltar, caer, de acá para allá, cinco segundos caminando para recuperarse, y otra vez. Cinco por cinco, sumando y sumando, hasta relajar con mucha movilidad articular, anterior y posterior, en el suelo generalmente. Completábamos con alguna abdominal y elongación y, al cabo de cinco o seis minutos de recuperación, empezábamos otra vez. Eso lo hacíamos de acuerdo a lo que él había realizado por la mañana: si le tocaba mucho fútbol y la cancha había estado pesada, a la tarde en el gimnasio hacíamos relajación para las piernas y realizábamos ejercicios para fortalecer los músculos del tren superior, o un poco de boxeo (sombra, pera, bolsa) que también servía para fortificar brazos y hombros. El boxeo ofrecía otra ventaja: la

posibilidad de que él se abstrajera de todo y descargara la cabeza. Poníamos música fuerte con mucha percusión, a veces las bandas sonoras de las películas de Rocky, y yo solía cagarlo a puteadas para motivarlo.

–¿A vos te dieron la cinta de capitán de Argentina? ¿A vos, cagón, que no sos capaz de hacer una serie más? –le decía para levantarlo cuando aflojaba o exclamaba que no daba más. Era una forma de ayudarlo: a veces, para pincharlo, lo tenía que mandar a la recontra puta madre que lo parió, y él también me insultaba buscando fuerzas extra para completar un ejercicio. El traspasar el límite del dolor permite la superación, aunque eso provoca mucho sufrimiento. Putear es una forma de descargarse. A él le encantaba disfrazarse de boxeador, con guantes y cabezal. Se paraba frente a la bolsa de arena y, segundos antes de arrancar la sucesión de golpes, yo le decía que dentro del saco estaban los que lo envidiaban, los que lo criticaban con mala leche, Ferlaino...

–¿Entendiste? ¿Seguro que entendiste? Entonces reventalos, hacelos pedazos. ¡Yaaa!

Diego descargaba una andanada de trompadas, patadas, codazos con una potencia que hacía bambolear la bolsa para todos lados. Cuando quedaba agotado, yo lo mandaba al suelo a relajarse unos minutos... y otra vez a pegarle al saco. ¡Era un animal! Sus brazos parecían dos cañones que disparaban balones de goma.

Se dice que el hombre es producto de su medio, y Diego lo exteriorizaba como nadie. Una vez, un compañero del Napoli, Pietro Puzone, le pidió que participara de un partido a beneficio de un chico de Acerra –una localidad situada a pocos kilómetros al norte de Nápoles– que debía operarse con urgencia el paladar y no contaba con los medios económicos suficientes. Él aceptó, pero los dirigentes del club se enteraron y le pidieron que no lo hiciera, porque conocían el *stadio comunale* donde se realizaría el encuentro –un campo de tierra que se había convertido en un lodazal a causa de una fuerte lluvia la noche anterior– y temían que su estrella se lesionara. A Diego no le importó. A él le encantaba ayudar a todo el mundo... y también jugar en el barro. Para él, una cancha embarrada era mejor que Wembley. Representaba volver a las fuentes, a Villa Fiorito. Jugar a la pelota y no al fútbol. El gusto por lo simple, por lo auténtico. Fuimos hasta Acerra y Diego disfrutó en ese terreno fangoso y resbaladizo, del que salió todo marrón y con agua chorreándole de los rulos. Pero lo más importante fue que se reunió el dinero para pagar la operación del chico.

Volvimos a Nápoles por un camino angosto y serpenteante. El auto de Diego encabezaba una caravana que incluía los vehículos de otros muchachos que habían participado del encuentro a beneficio. En una

curva hacia la izquierda, vimos que un coche que circulaba unos metros delante de nosotros, en la misma dirección, perdió el control y volcó. Diego frenó y se bajó a prestar ayuda a los accidentados: tres muchachos que habían escapado de su automóvil con magullones y cortes provocados por el porrazo. Pero, en cuanto vieron quién estaba parado a su lado, ¡se recuperaron de inmediato!

–Diego, *Mamma mia! Cosa ci fai qui?* –gritaban los pibes. Se pusieron tan contentos que se olvidaron de los golpes y los dolores, y le pidieron a su ídolo que posara con ellos para una fotografía. Diego los había curado milagrosamente.

Hablando de milagros, poco antes del comienzo de la Serie A 1985/86, Diego se presentó en la sede de un laboratorio para hacerse los exámenes clínicos que exigía la federación italiana a todos los futbolistas. Uno de esos estudios consistía en un análisis de sangre. El enfermero que se ocupó de tomar la muestra extrajo a propósito más fluido que el requerido para el examen, lo colocó dentro de un tubito, lo llevó hasta el altar del Duomo di Napoli y lo ubicó junto a la urna que, según la tradición, contiene la sangre solidificada de San Gennaro, el patrono de la ciudad. Desde hace 400 años, cada 19 de septiembre, fecha en la que Gennaro murió decapitado por los paganos romanos, cientos de fieles concurren a la catedral para asistir al «milagro de la licuefacción»: la sangre solidificada se vuelve líquida y rojiza. Aparentemente, durante los otros 364 días del año, los más devotos le rezan a otro santo. Uno que hoy lleva, apenas, un año fallecido.

La segunda temporada de Diego en Italia se cerró con un destacado tercer puesto del Napoli en la Serie A, que clasificó a la escuadra sureña para la Copa UEFA. Además del golazo a Juventus, el equipo que esa temporada se adueñó del *scudetto*, Diego anotó otros diez tantos en esa liga, uno a AC Milan para una resonante victoria en el estadio Giuseppe Meazza del barrio de San Siro. Su nombre también quedó registrado en el tanteador en una emocionante goleada sobre el campeón Hellas Verona, por cinco a cero en el San Paolo. Los éxitos sobre los poderosos equipos del norte robustecieron el amor de los *tifosi* por su amado *capitano* e invitaron a soñar con una vuelta olímpica que jamás había tenido como protagonista al equipo de la ciudad. Napoli había vivido 84 años a la sombra de la frustración. Pero, gracias a Diego, el sol de la esperanza había comenzado a asomarse por el horizonte, y a entibiar con sus rayos la ladera del Vesubio.

CAPÍTULO 5
MÉXICO LINDO Y QUERIDO

Don Manuel Ballarino, un apreciado profesor que tuve en la escuela secundaria, explicó en una clase que la digestión no empieza en la boca, sino en la cacerola. Según cómo se preparen los alimentos, cocidos o crudos, nuestro organismo lo procesará con mayor o menor facilidad. Parafraseando a ese educador, debo decir que el éxito de Diego en el Mundial de México de 1986 comenzó a gestarse meses antes del debut contra Corea del Sur, e inclusive de la llegada de la selección argentina a tierra azteca para concentrarse en las instalaciones del club América.

El primer escollo al que se enfrentó Diego camino a la cima de la Copa ocurrió en la ciudad venezolana de San Cristóbal, donde Argentina jugó su primer partido de Eliminatoria, el 26 de mayo de 1985. Al igual que en Nápoles, acompañé a Diego como su preparador personal. Finalizada la última práctica, el día anterior al duelo ante la escuadra vinotinto, el equipo retornó al hotel «El Tama». En el lobby, Diego aceptó muy gentilmente firmar autógrafos y posar para fotos con un grupo de muchachos. Mientras el futbolista rubricaba los papelitos que los chicos le alcanzaban, apareció un hombre, posiblemente desequilibrado o con su estado mental alterado, y le metió una patada en la parte posterior de la rodilla derecha, en el hueco popítleo, que le provocó una lesión parameniscal. Tras la agresión, el tipo salió corriendo del edificio y nadie lo detuvo. Había un grupo de policías venezolanos, supuestamente apostado para cuidar a los jugadores visitantes, que se sorprendieron por el episodio más que nosotros. Diego pasó toda la noche con hielo, calmantes, y la mañana del partido no podía doblar la pierna. Antes de salir hacia el estadio Pueblo Nuevo, el doctor Raúl Madero le extrajo una jeringa completa de líquido sinovial con sangre para que pudiera jugar. Y cómo lo hizo: aun en una pierna, ¡metió dos goles!

Después de la victoria inaugural, por tres a dos, la delegación voló a Colombia para su segundo encuentro, otra victoria por tres a uno en El Campín de Bogotá. Ese día, Diego consiguió algo asombroso: transformó puteadas en aplausos. ¿Cómo lo consiguió? En medio del encuentro, se dirigió hacia una de las esquinas para lanzar un córner. Al acercarse a la tribuna, un espectador lo insultó y le arrojó una naranja. En lugar de enfadarse y responder a la agresión, Diego pisó la fruta, la levantó del suelo con una fantasía y empezó a hacer *jueguitos*.

Tic, tac, pie, rodilla, cinco, seis, siete… ¡Puro talento! Yo no los conté, pero algunos llegaron a contar 18 toques, otros 21. Pero, más allá del número, Diego, con su enorme calidad, se ganó la ovación de todo el público, inclusive del atrevido que había pretendido golpearlo con la naranja.

Cuando el equipo regresó a Buenos Aires para afrontar las revanchas de los encuentros que habían abierto la Eliminatoria albiceleste, la rodilla de Diego empeoró. Sufría tanto dolor que se organizó una reunión con Madero, el médico del Napoli, Emilio Acampora, y el doctor Rubén Oliva, el hombre al que Diego le tenía una confianza plena. Acampora y Oliva viajaron especialmente desde Italia. Los tres expertos revisaron a Diego en el predio del Club Recreativo Ezeiza del Sindicato de Empleados de Comercio, donde la Selección solía entrenarse en esa época –todavía no se había inaugurado el complejo que la Asociación del Fútbol Argentino posee en esa misma localidad bonaerense–. Finalizado el examen, Madero y Acampora opinaron que había que operar la rodilla maltrecha; Oliva, en cambio, sentenció:

–No te vas a operar y vas a jugar igual.

Diego asumió la recomendación del traumatólogo que le había salvado el tobillo luego de la cruel embestida de Andoni Goikoetxea. No se operó, jugó contra Venezuela, marcó otro tanto y nunca pisó un quirófano en el resto su carrera deportiva.

Además de ese golpe que le había afectado la rodilla, Diego debió soportar otro episodio amargo: el férreo marcaje al que lo sometió Luis Reyna en el encuentro entre Perú y Argentina jugado en Lima el 23 de junio de 1985. Reyna se pegó como una estampilla a la espalda de la máxima estrella albiceleste, y apeló a agarrones, golpes y otras maniobras ilícitas para anular la magia del reconocido rival. ¿El árbitro? Un espectador de lujo que dejó al muchacho peruano actuar a sus anchas. El reglamento de ese momento tampoco ayudaba demasiado. Hoy, al cabo de varias actualizaciones, defiende mucho más y mejor al que quiere crear. Años más tarde, Reyna admitió en una entrevista con el diario argentino *Clarín* que no se sentía muy feliz por su desempeño en esa Eliminatoria: «Aquello no me gustó para nada. No me siento identificado con lo que hice ese día. Fue feo, antipático. A mí siempre me gustó jugar, hacer caños. No entiendo cómo me pudo aguantar Maradona. Fui muy cargoso con él. Yo, en su lugar, habría pegado un puñete. Aclaro que no tuve mala intención. No fui mala leche ni tampoco le hablé durante el partido. Sí, en cambio, fue una marca pegajosa. Todo pasó porque el profesor de esa selección peruana, Roberto Challe, me dijo que si yo anulaba a Maradona, Perú tenía ganado el noventa por ciento del partido. A los jóvenes les digo que no hagan lo que yo hice con Maradona. Hay otras

armas para marcar a un excelente futbolista».

Perú ganó por uno a cero, con un gol de Juan Carlos Oblitas. En Buenos Aires, el encuentro terminó igualado 2-2 gracias a una jugada monumental de Daniel Passarella que Ricardo Gareca empujó a la red a diez minutos del final. Argentina, gracias a las cuatro victorias ante Venezuela y Colombia, se clasificó de manera directa para el Mundial. Perú pasó a un repechaje, en el que quedó eliminado por Chile. ¡Lo que son las ironías el destino! Gareca, autor del tanto que le quitó a la escuadra incaica el pasaje directo hacia México, sería el director técnico del equipo rojiblanco que retornó a un Mundial después de 36 años, para Rusia 2018.

Finalizada la Eliminatoria y conseguido el boleto hacia el Mundial de México, empecé a buscar información relacionada con la preparación de deportistas de elite para competencias realizadas en la altura. Durante la primera fase de la Copa del Mundo, Argentina debía jugar dos partidos, ante Corea del Sur y Bulgaria, en el Distrito Federal situado a unos 2.200 metros sobre el nivel del mar, y otro frente a Italia en Puebla, una ciudad del altiplano central mexicano que se encuentra a dos mil metros. Además de la situación geográfica, me preocupaba la condición ambiental de la capital, ya que se la consideraba la ciudad más contaminada del mundo. Yo temía que el cóctel de altura, esmog e intenso calor (el Mundial se jugó en verano y la mayoría de los partidos habían sido programados para comenzar al mediodía, a fin de que las transmisiones televisivas en Europa captaran una mayor audiencia) y menor presión parcial de oxígeno, afectara con severidad el rendimiento de Diego en la cancha, pero fundamentalmente su salud.

Hacia finales de febrero de 1986, me llegó un informe sobre el grupo que, dos años antes, había ayudado al ciclista Francesco Moser a romper el récord de la prueba de una hora en la Ciudad de México: el italiano batió dos veces en cuatro días la marca que el belga Eddy Merckx había conseguido en 1972. El equipo había elegido a propósito ese escenario porque, a mayor distancia sobre el nivel del mar, es menor la resistencia del aire contra el avance, condición que el reglamento no contemplaba por entonces al momento de homologar las marcas, y que luego se vetó. Entre las personas que habían colaborado con Moser se había destacado un fisiólogo formado en la Universidad Estatal de Milán llamado Enrico Arcelli, quien había trabajado con varios deportistas y era profesor de la Facultad de Ciencias del Ejercicio de la Universidad de la capital lombarda. Le propuse a Diego contactar a Arcelli para que nos brindara toda la información posible del entorno donde él debía competir en junio.

–Mirá que una de las particularidades es que hay que aprender a respirar de otra manera –le advertí.

–¿Cómo?

–Con jadeos constantes, porque si bien el porcentaje de oxígeno en el aire es igual que en todos lados, del 21 por ciento, el organismo tiene que hacer un esfuerzo mayor en captarlo porque hay una menor presión ambiental.

–¡Dale para adelante! Fijate si podemos ver a ese *tordo* –aceptó, por fin.

Arcelli vivía y trabajaba en Milán, de modo que acordé con él una cita en el Grand Hotel Brun de esa ciudad, donde el Napoli tenía que concentrarse para un partido contra AC Milan que se disputaría el 13 de abril. Arcelli llegó con dos colaboradores y nos sentamos los cinco a una mesa del bar del hotel. Café de por medio, le expliqué el motivo de la reunión, y enseguida comencé a hacerle preguntas, muchas, una detrás de otra. Diego prácticamente no abrió la boca, más que para meter un bocadillo. Arcelli contestó a todas mis requisitorias con puntilloso profesionalismo. Estuvimos conversando cerca de una hora. Cuando finalizó el encuentro, le agradecimos toda la ayuda que nos brindaría su conocimiento. El tipo estaba encantado de haber conocido al famoso futbolista, y aprovechó el encuentro para tomarse una foto con él y pedirle varios autógrafos. Diego respondió con enorme amabilidad y cumplió con cada petición. El fisiólogo se retiró y, cuando ya había salido del hotel, Diego me miró a los ojos y me dijo:

–*Ciego*, no le hagas tantas preguntas. Si no, el *tordo* va a pensar que no sabés nada.

–Pero, ¡hijo de puta! Si no le pregunto, ¿cómo carajo hago para ayudarte? ¡Le hice quinientas preguntas, pero debí haber hecho mil! ¿Qué te creés, que lo de la altura es joda? Estos tipos son especialistas, y si yo te quiero ayudar necesito que ellos me den toda la información posible.

Ahí reflexioné que, seguramente, Diego se hubiera animado a preguntar muchas cosas... ¡pero Maradona, no! ¿Cómo se iba a dar el lujo de demostrar una debilidad, de evidenciar desconocimiento sobre un tema?

En esa charla, Arcelli nos aportó el nombre de una eminencia en medicina deportiva que sería esencial para la carrera de Diego: Antonio dal Monte. Este hombre tenía más títulos que Juan Manuel Fangio, Michael Schumacher y Lewis Hamilton juntos: era doctor en Medicina Espacial, Director Científico y principal autoridad del Departamento de Fisiología y Biomecánica del Comité Olímpico Nacional Italiano, y jefe de los Servicios de Investigación de Aerodinámica de la escudería Ferrari de Fórmula Uno. También era un inventor de fama mundial: había diseñado la rueda lenticular para bicicletas de carrera, que no tenía rayos sino una única estructura

sólida que reducía la resistencia del aire. Dal Monte tenía su laboratorio de investigaciones en un barrio precioso de Roma llamado Acqua Acetosa, que está rodeado de dos grandes espacios verdes: Villa Ada Savoia y Villa Glori. Concerté una entrevista para un lunes por la tarde y viajamos a la Ciudad Eterna desde Nápoles en el auto de Diego. Cuando conocimos el complejo donde funcionaba el laboratorio de Dal Monte, casi nos desmayamos: ese lugar contaba con numerosos salones acondicionados con infraestructura de avanzada para evaluar deportistas de cualquier disciplina y desarrollar los programas de entrenamiento y recuperación más modernos y eficientes. También, un parque con distintas estaciones adaptadas, como una pequeña y ultrasofisticada piscina para estudiar la técnica de los nadadores de alta competencia, una pista de atletismo, otra de tenis y una canchita de fútbol. Las instalaciones incluían un túnel de viento que era utilizado por los monoplazas de Ferrari que, ese año, conducían los pilotos del equipo: Michele Alboreto, Stefan Johansson y René Arnoux. También admiramos un dispositivo, similar a una mesa grande, que permitía diseñar a escala las pistas que albergarían todos los Grandes Premios de Fórmula Uno, con sus rectas, curvas, horquillas, chicanas y la zona de ingreso y salida de los boxes. A través de una computadora, las réplicas se empleaban para volcar en una pantalla toda la información referida a los ángulos de giro, las zonas de frenado y aceleración, la influencia del viento y mil factores más que eran analizados y procesados para producir un informe que se entregaba a los jefes de escudería y estos les pasaban luego a los pilotos. Nosotros estábamos deslumbrados, parecía un laboratorio de la NASA, la agencia a cargo del programa espacial de los Estados Unidos. A Diego también le encantaba cruzarse en ese lugar con otros deportistas de elite y fama mundial, como el velocista Stefano Tilli, récord italiano de los cien metros lisos y subcampeón del mundo en 1983 en la posta 4x100, quien concurría junto a su novia jamaiquina Merlene Ottey, que había ganado medallas en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984 y cosecharía más en Seúl 1988 y Barcelona 1992.

Nos reunimos con Dal Monte y lo primero que le expuse fue que yo quería conocer a Diego desde adentro, para saber cómo funcionaban sus sistemas de reportación de energía. Sabía que debían ser parecidos a los de cualquier jugador, pero a mí me interesaba conocer su biotipo lo más profundamente posible para prepararlo para México con la mayor precisión posible. También le aclaré a Dal Monte que Diego había sufrido una lesión atroz en el tobillo izquierdo y que yo consideraba necesario reforzar esa zona que había sido brutalmente vapuleada. El experto no sólo se mostró interesado en el desafío propuesto, sino que lo hizo de una manera generosa, casi paternal. Nosotros comenzamos a concurrir a la clínica todos los lunes a la

mañana, después de los partidos. Si Napoli jugaba de local, al otro día salíamos bien temprano en auto hacia Roma; si jugaba de visitante en la capital o las ciudades del norte, nos quedábamos el domingo a la noche en algún hotel romano. Dal Monte trabajaba con Diego junto a un grupo de colaboradores de su equipo, entre ellos Marcello Faina, quien había colaborado con su maestro en la producción y redacción de varios libros técnicos.

Una semana después de que yo le dijera a Dal Monte que hacía falta potenciar el tobillo que había sobrellevado una fractura, el ingenioso doctor había diseñado y construido un aparato con peso añadido para que Diego trabajara específicamente en esa articulación. Yo quedé sorprendido por el talento de Dal Monte, que demostró que los títulos profesionales que desbordaban su currículum no eran simples diplomitas enmarcados y colgados en la pared de su despacho para impresionar a sus pacientes. Todos los lunes, Diego se subía a la estructura de hierro de unos cincuenta centímetros de alto, apoyaba el pie derecho sobre un costado y el izquierdo lo metía en una especie de zapato de metal, con correas, adherido a un eje para agregarle peso. Primero caminaba sobre una cinta, luego trotaba, más tarde corría con ese ingenioso artefacto adherido al pie que le permitió mejorar muchísimo su radio de acción menguado por la lesión y la operación realizada en Barcelona. Luego, con ese mismo dispositivo, Diego realizaba ejercicios de rotación externa, inclinando el tobillo hacia afuera, y también de traslación interna, anterior y posterior, con movimientos circulares hacia la izquierda y hacia la derecha. Pocos saben que ese aparato viajó a México para que Diego continuara ejercitando su tobillo zurdo durante el proceso de adaptación a la altura, y también entre los partidos del campeonato mundial.

Otro aparato que hechizó a Diego fue una cinta para correr de última generación, con una computadora cargada con miles de programas para distintas necesidades y una estructura enorme. Creo que allí hubiera podido subir un elefante. Dal Monte le ponía electrodos por todos lados, las luces parpadeaban y Diego disfrutaba con tanta tecnología a su disposición. Comenzaba caminando, luego trotaba de manera suave, más tarde aceleraba y llegaba a un ritmo muy exigente. Lo hacía trabajar frente a un espejo porque, según el médico, mirarse durante el ejercicio no sólo motiva al atleta, sino que aporta, al mismo tiempo, profundidad, una ilusión de amplitud. A partir de esa experiencia, colocamos espejos en el gimnasio de la casa de Posillipo y en todos los ámbitos donde entrenamos juntos. Por supuesto, yo también los incorporé en todos los recintos donde trabajé.

Dal Monte fue quien también nos recomendó utilizar una técnica muy interesante para tratar los dolores de espalda que afectaban

constantemente a Diego: usar unas grapas para sujetar los tobillos y dejar el cuerpo colgando un rato, cabeza abajo. Así, la gravedad libera la presión sobre las vértebras lumbares.

Un dato fundamental que obtuvimos en ese proceso consistió en que, cuando los especialistas notaban que las pulsaciones de Diego evidenciaban un gran esfuerzo, o él subía mucho el consumo de oxígeno, le hacían bajar el ritmo para preservarlo de eventuales riesgos. Este dato lo tuve en cuenta a lo largo de toda mi carrera con él. Los entrenamientos destinados a optimizar la potencia y la velocidad deben ser muy precisos y cuidadosos para evitar la proliferación de lesiones en el deportista.

Durante las pruebas, Diego transpiraba como un chivo, pero a él le encantaba que su cuerpo chorreara como una catarata, verse con todos esos cables pegados a su cuerpo. Estar rodeado de máquinas y computadoras y codearse con la elite del deporte de alto rendimiento estimularon su ya ardiente entusiasmo por participar en una nueva Copa del Mundo.

Dal Monte le enseñó a respirar jadeando para tomar aire en cantidades más pequeñas pero con mayor número de bocanadas, lo sometió a pruebas de equilibrio con artefactos adecuados para variar la velocidad, el ángulo o la resistencia a través de contrapesos. Todos quedábamos boquiabiertos cuando Diego era sometido a movimientos complicados que lo revoleaban por el aire para testear su dominio del cuerpo en tiempo y espacio: el desgraciado caía siempre parado, como los gatos. Uno de esos ejercicios se reprodujo de manera calcada cuando Diego le marcó su segundo gol a Bélgica durante la semifinal del Mundial, en el estadio Azteca: en su apilada, pasó entre Stéphane Demol y Patrick Vervoort, eludió a Eric Gerets y disparó ante la salida de Jean-Merie Pfaff. Tras patear la pelota a la red, Gerets, desahuciado, le metió un topetazo que hubiera derribado el Empire State, pero Diego no se cayó. Giró en el aire, como un trompo, cayó con el pie derecho y, recuperada la vertical, corrió hasta el banderín del córner para festejar. Él compensó la embestida con el peso de los brazos, los hombros y la cadera, la fortaleza y la resistencia de sus músculos, una agilidad excepcional y la formidable motivación que lo impulsaba.

Otra característica del «10» que llamó poderosamente la atención de Dal Monte, inclusive por encima de su destreza física, consistió en su visión periférica.

–Tu amigo hubiera sido un excepcional piloto de prueba de aviones de guerra –me explicó un día, al finalizar un estudio neurológico–. Su campo de visión y el modo en el que percibe los detalles son excepcionales. Muy pocos seres humanos tienen esas facultades. Ese análisis detectó también que Diego tenía una reacción al estímulo más

veloz, inclusive, que los mejores *sprinters*, los corredores de cien y doscientos metros. La orden del cerebro y la consecuente respuesta del músculo, que se miden en milésimas de segundo, tenían características excepcionales.

Además de sus conocimientos, su iniciativa y creatividad para diseñar nuevos artefactos, lo que más nos sorprendió de Dal Monte fue personalidad. Cada lunes, cuando finalizábamos las pruebas y testeos, él nos invitaba a almorzar a su casa de Piazza dell'Oro, situada a pocos metros del río Tíber y con el Castel Sant'Angelo como majestuoso fondo. Comíamos con su esposa y sus hijos, todas personas educadas, humildes, cariñosas, encantadoras.

Durante una de esas comidas, yo le pregunté a Dal Monte si el cuerpo técnico de la selección italiana, que comandaba Enzo Bearzot, había requerido sus servicios para preparar al equipo rumbo a México, dada su reputación y su conocida e importante contribución con el Comité Olímpico *azzurro*. Me contestó que no, que nadie lo había llamado. «En casa de herrero, cuchillo de palo», pensé en ese momento. Teniendo en su propia tierra a un tipo tan afamado, ni a Bearzot ni a sus colaboradores se les ocurrió consultar a este sabio en el campo de la fisiología y, fundamentalmente, la preparación de atletas para competir en la altura. Quizás los empates ante Bulgaria y Argentina, la apretada victoria sobre Corea del Sur y la eliminación en octavos de final, a manos de Francia, expliquen el mal papel del defensor del título ganado cuatro años antes en España.

Gracias al conocimiento y la asesoría de Dal Monte, con Diego reforzamos la preparación de su cuerpo con vistas al Mundial, que al mismo tiempo mejoró su rendimiento en el Napoli, que como conté en el capítulo precedente, finalizó en el tercer puesto de la tabla.

Durante las prácticas con el equipo, Diego graduaba sus esfuerzos para evitar los riesgos de una saturación psicofísica, tan común en esas circunstancias. El cuerpo técnico dirigido por Ottavio Bianchi estaba al tanto y no había problemas en consensuar la planificación. A excepción de los jueves, cuando se hacía fútbol por la tarde en el estadio San Paolo, los entrenamientos se llevaban a cabo por la mañana en Soccavo. Después del almuerzo y una siesta reparadora, con Diego hacíamos una sesión personalizada en el Club Virgilio. Consistía en exigencias de altísima intensidad y corta duración, ya que los controles realizados en Roma habían determinado que sus sistemas de reportación de energía necesitaban de períodos bastante largos de recuperación para volver a expresarse al máximo nivel. Diego estaba de acuerdo. Ya me había advertido que los trabajos de larga duración (carrera continua o pasadas largas) lo dejaban muy dolorido y lo aburrían demasiado. Normalmente dedicábamos un buen rato a ejercicios tendientes a aumentar su movilidad articular, combinados

con otros para optimizar su elasticidad muscular. Casi todas las prácticas se basaban en acciones imitativas del juego, y entre las variantes preferidas se contaban ardorosos partidos de tenis y sesiones de boxeo en el gimnasio que habíamos armado en el garaje de su casa. Este tipo de entrenamiento, que a Diego le encantaba, era ideal para lograr movimientos de altísima velocidad e intensidad tendientes a potenciar su musculatura, en base a una centelleante dinámica que requería casi el límite de sus posibilidades de coordinación neuromuscular.

No sé si resultó casualidad o consecuencia, pero desde que comenzó nuestro trabajo con Dal Monte, Napoli jugó ocho partidos, de los cuales ganó seis (los últimos cuatro, al hilo), empató uno y perdió el restante, ambos fuera de casa, ante Juventus y Udinese, respectivamente.

Una tarde, cuando finalizamos el entrenamiento, quedé conmovido por su vigor y su apasionamiento.

–No sé cómo le va a ir a Argentina, pero el Mundial lo hicieron para vos.

–¿Por qué decís eso?

–Porque la menor presión parcial de oxígeno, la altísima temperatura que va a haber y el esmog impresionante no van a permitir las marcas persecutorias que sufriste en España. Y vos, a diferencia de los demás, vas a llegar muy bien preparado para enfrentar todas esas condiciones. Va a ser tu Mundial, acordate.

–¿Te parece?

–No me parece, estoy seguro. Va a ser tu Mundial... o el de Platini. Dependerá de vos, de lo que vos decidas.

Yo le mojaba la oreja porque Platini era la figura de la *Vecchia Signora*, el peor enemigo del Napoli. Siempre le mencionaba a Michel porque sabía que a él le rompía mucho los huevos. Además, unos meses antes de México, Francia le había ganado un amistoso a Argentina en París, dos a cero, sin Platini, pero con Diego en el bando derrotado. Se lo hacía a propósito, sin saber si Argentina y Francia se cruzarían en el Mundial, algo que al final no sucedió:

–Mientras vos estás boludeando, el franchute está pensando mil maneras de humillarte dentro de la cancha.

Diego necesitaba de ese tipo de provocaciones. A veces, para motivarlo, no bastaba con una orden o una puteada: él necesitaba que, además, le sacudieran la cabeza. Yo lo preparé desde el punto de vista físico, pero también desde lo psicológico, lo emocional. Un gramo de tejido cerebral pesaba más que los 76 kilos del cuerpo de Diego. Si la mente quería, lo de abajo iba a poder, seguro.

Una tarde, cuando llegué a su casa para ir a entrenar al club Virgiliano, que era de Gianni Improta, un ex futbolista del Napoli,

noté a Diego un poquito desmotivado, tal vez bajoneado. Subimos al auto y, en cuanto lo puso en marcha, se me prendió la lamparita.

–Esperá un cachito, que me olvidé algo.

–¿Qué?

–Nada, algo que quiero para el entrenamiento.

Bajé del vehículo, entré a la casa y le pedí a Claudia que me consiguiera una camiseta albiceleste y una de las cintas de capitán que él utilizaba con la Selección. Metí todo en una bolsa y regresé al coche.

–¿Qué fuiste a buscar? –preguntó, curioso.

–Ya vas a ver...

–No, dale, decime, *Ciego*. ¿Qué tenés ahí?

–Una sorpresa.

–¿Qué sorpresa?

–¡No me rompas las pelotas! Si te la digo, va a dejar de ser sorpresa. Manejá, dale, que vamos a llegar tarde.

Llegamos al vestuario del club y Diego comenzó a desvestirse. Se sacó las zapatillas, el pantalón largo, la remera y, cuando estaba por calzarse la camiseta que tenía en el bolso, abrí la bolsa y le tiré la albiceleste.

–Ponete esa.

Cuando lo hizo, me acerqué y le coloqué la cinta de capitán en el brazo derecho. Él sonrió, pero no dijo nada. Disfrutaba del detalle.

Comenzamos a trabajar. En un momento, al notar que le costaba completar una serie, le grité:

–¿Para hacer esto te ponés la camiseta de Argentina? Los cagones no pueden vestirse de celeste y blanco...

¡Para qué! Se transformó en un león hambriento y enjaulado. Corrió, saltó, se revolcó con furia, como si se le hubiera prendido fuego la cola. Terminó el ejercicio y, mientras se recuperaba, me acerqué a su oído y le dije despacio, aunque no había nadie alrededor:

–Cuando te ponés esta camiseta, vos te tenés que matar. Con esos colores en el pecho, no hay cansancio ni dolor que valgan. ¿Me entendiste?

Asintió con la cabeza, aunque yo pude leer el «*Ciego*, la puta que te parió» que se había formado en su cabeza. Después terminamos abrazados, como siempre, pero él necesitaba esa agresividad para quemar la irritación que tenía dentro, que yo había descubierto al pasarlo a buscar. No podía decirle «vamos, Dieguito, una vueltita más», porque en el Mundial no lo iban a tratar con delicadeza, precisamente. En España 1982, el italiano Claudio Gentile lo había anulado a base de agarrones, codazos y otras caricias. Eso no podía volver a suceder. Tenía que estar preparado porque el tanque Briegel o los roperos ingleses no lo iban a recibir en la cancha con cariñitos.

La selección argentina llegó al Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México el lunes 5 de mayo de 1986, luego de una gira que no había despertado una pizca de esperanza de cara al gran torneo deportivo. Para nada. Si bien se le había ganado a Israel por siete a dos en Tel Aviv, con dos tantos de Diego, cuatro días antes se había perdido en Oslo ante Noruega, una selección muy floja que llevaba medio siglo sin clasificarse para la Copa del Mundo.

Fiel a su estilo, el técnico Carlos Bilardo les había dicho a sus futbolistas que en sus valijas metieran un traje y una sábana blanca. El traje, por si salían campeones; la sábana, para hacer una túnica porque, si quedaban eliminados en primera ronda, tendrían que exiliarse en Arabia.

A excepción del equipo local, que ya estaba en su país, Argentina fue la primera escuadra extranjera en arribar a territorio azteca para comenzar su preparación y adaptación rumbo a la gran cita. Bilardo y el presidente de la Asociación del Fútbol Argentino, Julio Grondona, habían conseguido que el equipo se alojara en el predio del club América, que se llamaba «El Nido del Águila» y está ubicado al sur del Distrito Federal, en los terrenos de una antigua hacienda, Santa Úrsula Coapa. El complejo contaba con una estructura grande donde se alojó el cuerpo técnico, sus colaboradores y la mayoría de los futbolistas. A mí me asignaron una habitación que compartí con Miguel di Lorenzo –quien ya no trabajaba con nosotros sino para la Selección– y Salvatore Carmando, el masajista del Napoli que había viajado especialmente para atender a Diego, y Roberto Mariani, un colaborador de Bilardo. El técnico aceptó de buen grado mi presencia en el lugar y la de Carmando porque quería que su máxima estrella y capitán del equipo estuviera de la mejor manera. Diego compartió su cuarto con Pedro Pasculli, quien había sido su compañero en Argentinos Juniors y en ese momento jugaba en el club italiano Lecce.

Ya que mencioné al Bichito de la Paternal, Diego se reencontró en «El nido del águila» con Miguel Ángel *Zurdo* López, quien había sido su técnico en Argentinos y en ese momento se desempeñaba como entrenador del club América. Además, asesoraba a Bilardo, con quien había jugado en Estudiantes de La Plata a mediados de la década del 60. Durante uno de nuestros entrenamientos, Diego me comentó que en 1980, el día previo a un partido contra Boca en la cancha de Vélez, en el *Zurdo* López se había acercado a la mesa donde los jugadores almorzaban y le había arrojado un diario que contenía una entrevista al arquero *xeneize*, Hugo Gatti.

–Mire lo que dice Gatti de usted: que lo ha inflado el periodismo y que es un gordito –lo chicaneó López.

Diego leyó la nota y se puso furioso.

–¿Cómo le va a decir esto a usted? Esto no puede quedar así. ¿Sabe

lo que tiene que hacer? –preguntó el técnico, arrojando más leña al fuego.

–¿Qué?

–Meterle dos goles, para que aprenda a cerrar la boca.

–No le voy a meter dos, le voy a meter cuatro –aseguró, dominado por la bronca.

Y cumplió: al otro día, Argentinos se impuso por cinco a tres con cuatro joyas del «gordito».

Diego llegó a México hecho un violín bien afinado. Había logrado estabilizar su peso en 76 kilos mucho tiempo antes del Mundial. Su condición física era óptima desde los pies al cuello, y poco a poco consiguió aclimatarse al hábitat azteca. El lugar elegido como concentración resultó ideal para que los futbolistas –aunque ellos lo bautizaran como «Alcatraz», la famosa penitenciaría estadounidense situada en una pequeña isla de la Bahía de San Francisco– pudieran realizar los ejercicios necesarios para su adaptación a la altura, disfrutaran de muchas horas de descanso y sueño, una buena alimentación y un ambiente distendido, tranquilo. Bilardo, quien ya había ensayado la aclimatación a la altura con un grupo de jugadores –aunque sin Diego– en Tilcara, una localidad de la provincia de Jujuy situada a unos tres mil metros sobre el nivel del mar, organizó además varios entrenamientos a la misma hora fijada para los partidos, con el propósito de que los muchachos se habituaran también al tórrido calor del verano mexicano.

Diego se entrenaba con el equipo en la cancha, donde Bilardo ordenaba sus tácticas y estrategias. Como en Nápoles, yo me preocupé por escoger qué trabajos hacer para no sobrecargar sus músculos. La temporada italiana había sido muy exigente y yo no me podía permitir que él se sobreentrenara y llegara a la Copa con la pólvora mojada, como le había ocurrido en España cuatro años antes. También me propuse motivarlo, ayudarlo a que su mente se liberara de comprensibles vacilaciones, de los temores que el miedo escénico puede generar. Una noche decidí que era hora de ajustar la última tuerca de esa increíble máquina de jugar al fútbol de 1,68 metros de estatura. Llegué a la habitación de Diego y lo encontré acostado en su cama, leyendo una revista con la cabeza apoyada en el respaldo y sus piernas flexionadas. Saludé y sólo me respondió Pasculli, quien se entretenía mirando televisión. El «10» siguió enfrascado en su lectura, no me respondió. Aproveché su concentración para hacerle un guiño cómplice a Pedro, dándole a entender que necesitaba de su colaboración.

–¿Qué tal, *Profe*?

–¿Cómo estás, Pedrito?

–Bien, ¿y vos?

–Yo, la verdad, un fenómeno. ¡Hoy fue un día bárbaro Pedro!

–¿Por qué? ¿Qué te pasó?

–Es que hoy me di cuenta de que todos estos tipos que vinieron para ser figuras del Mundial, ¡son una manga de cagones!

–¡Nooooo! ¿De verdad?

–¡Creeme que sí! En uno de los diarios leí que Zico declaró que él prefiere una gran actuación de Brasil antes que su lucimiento personal. Platini chamuyó más o menos lo mismo; Rummenigge, la misma música…

Hice un profundo, breve y premeditado silencio. Y agregué:

–Y el que te dije…

No alcancé a terminar la frase. Aludido directamente y fuera de sí, Diego, en apariencia concentrado en la lectura, revoleó la revista y me gritó:

–¿Pero vos qué te creés, ciego de mierda, que esto es tan fácil como vos pensás?

Con voz muy calma y mirándolo a los ojos, le respondí:

–¿Fácil? ¡Facilísimo diría yo! Dios le da guantes al que no tiene manos… ¡Si yo tuviera tus condiciones, ya ibas a ver!

Quiso interrumpirme pero yo, fingiendo estar enojado, elevé el tono y concluí:

–Convencete de una vez por todas, ¡cabeza de chancho! Si no, ¿para qué carajo hicimos todo lo que hicimos? Si te decidís, ganás el Mundial vos solo. ¿Entendés?

«Cabeza de chancho» no se lo dije en un sentido despectivo: así se los llama en el campo a los tipos tremendamente nobles y con principios muy definidos. Diego sabía que yo le hablaba siempre desde el afecto y la protección.

Retrocedí dos pasos, abrí la puerta y me fui a mi habitación. Mientras me alejaba por el corredor, escuché cómo retumbaban las sonoras puteadas que Diego me dedicaba, combinadas con las carcajadas de Pedrito.

Al otro día se autorizó el ingreso de la prensa al predio del club América y una nube de periodistas de todo el mundo invadió el lugar para dialogar con los muchachos. Como siempre, Diego era la presa predilecta de los reporteros, entre los cuales se destacaba *Bobby* Charlton, el inolvidable volante de Inglaterra campeón mundial en 1966. El «10» albiceleste se plantó ante las cámaras y micrófonos con un excelente humor. Contestó a todas las preguntas con ingenio y determinación. Esa noche pasé por su habitación y lo vi entusiasmado jugando al truco con otros muchachos, así que saludé y me fui. A la mañana siguiente me levanté para desayunar temprano. En el bar, Jorge Valdano y el cocinero de la delegación, Julio Onieva, charlaban animadamente. Diseminados sobre una mesa redonda, aguardaban los

diarios recién llegados. Comencé a hojearlos hasta que un titular me provocó un enorme impacto. Con una tipografía propia de las noticias tipo catástrofe, el título que encabezaba una fotografía de Diego con una enorme sonrisa, anunciaba: «Maradona abre el fuego: Yo seré la figura del Mundial». Experimenté un infinito placer. «Ahora sí, listo el pollo», decreté. Hoy, cuando ya es conocido y el reconocido desenlace del torneo, debo decir que lo que siguió fue, para mí, una experiencia fantástica que debería titular «Crónica de una victoria anunciada».

Pero, lógicamente, nadie podía predecir nada antes del pitazo inicial ante Corea del Sur, en el Estadio Olímpico de la Ciudad de México. Tampoco cuando terminó ese partido, porque los coreanos le dieron tantos puntapiés a Diego que yo creí que se quedaba fuera de la Copa en el debut. El golpe más atroz estuvo a cargo de Jung-Moo Huh: a los cuatro minutos del primer tiempo, Diego eludió a dos rivales y Jung-Moo, a quien debería rebautizar *Kung-Fu*, le metió una patada aterradora en la rodilla. El coreano se lanzó directamente a destruir a su adversario, sin ninguna intención de llegar a la pelota –si no me creen, pueden revivir la jugada gracias a YouTube–. Hubiera merecido ir derechito a la cárcel, pero el referí español Victoriano Sánchez Arminio ni siquiera le mostró la tarjeta amarilla. Así cuidaba la FIFA a los habilidosos: con partidos jugados en la altura, durante los mediodías de un verano infernal, sin reprimir la violencia criminal. Mientras tanto, João Havelange, el tipo que presidía la entidad en ese momento, se llenaba la boca con palabras como «espectáculo», «deporte» o «*fair play*». Puro bla-bla.

No sé cómo Diego se recuperó de ese y otra docena de golpes, pero en ese encuentro dibujó las tres asistencias para que Argentina ganara por tres a uno: dos a Jorge Valdano y una a Oscar Ruggeri. El *Diez* parecía una fiera tan hambrienta como insaciable. Su preparación física y su fuego interno lo habían convertido en una topadora imparable, que además lanzaba rayos de genialidad, como el gol que le marcó a Italia. Francamente, no encuentro cómo describir lo que inventó en Puebla. Valdano le tiró un pelotazo que parecía complicado y él lo convirtió en un poema: volando hacia el interior del área rival por el andarivel del «10», marcado de cerca por el experimentado zaguero Gaetano Scirea, Diego saltó sobre la esquina del área chica y, en el aire, como suspendido, logró que su botín zurdo acariciara la pelota para que pasara lejos del arquero Giovanni Galli. Parecía que el balón se iba hacia afuera, pero no: picó y torció su rumbo hacia la red. ¿Cómo lo hizo? Nadie pudo explicarlo. Ni siquiera él encontró una justificación coherente. Lo que sí noté es que en esa jugada, que se resolvió en uno o dos segundos, Diego utilizó su privilegiada visión periférica de la que me había hablado Dal Monte, porque sólo así se explica que en ese instante el tipo supiera perfectamente dónde

estaban la pelota, Scirea, Galli y el vendedor de gaseosas que pasaba por la tribuna. Años más tarde, cuando el arquero pasó de Milan a Napoli, yo le pregunté por ese gol. Me explicó que él creyó que Diego, desde ese ángulo y con la pelota flotando, sacaría un fierrazo al primer palo. Galli se puso rígido para aguantar el disparo que previó potente hacia su derecha, pero cuando el balón despegó de la lámpara maravillosa a una velocidad mínima con dirección al segundo poste, intentó girar y arrojarse. No pudo. Lo único que sí logró fue verlo pasar mansito hacia el fondo de su arco.

Diego me dijo muchas veces que su mejor partido en México fue el duelo ante Uruguay. En ese encuentro rioplatense, el travesaño y el árbitro italiano Luigi Agnolin le impidieron consagrarse como el goleador del campeonato. El referí le anuló injustamente a Diego un tanto marcado en el segundo tiempo, que le hubiera permitido acabar su faena mundialista con seis goles, registro que alcanzó el *top scorer* Gary Lineker, de Inglaterra, precisamente el rival de Argentina en los cuartos de final. Ese fue, probablemente, el partido más importante en la vida de Diego. A partir de ese dos a uno, con un tanto marcado con la mano y otro luego de una jugada colosal, él alcanzó su trono en el panteón de los grandes mitos, por su arte y por el contexto en el que lo plasmó: ese duelo planteó una de las mayores connotaciones socio-políticas en la historia del fútbol. Posiblemente, más grandes que la final del Mundial de 1966 entre Inglaterra y Alemania, dos de las naciones con protagonismo principal en la Segunda Guerra Mundial. Ese juego cumplido en Londres ocurrió veinte años después del final del conflicto, mientras que el que tuvo lugar en el estadio Azteca apenas sucedió cuatro años más tarde de la Guerra de Malvinas. Si Argentina no hubiera levantado la Copa, quizá la cosa hubiera sido más atenuada, pero no hay forma de medir eso.

Ante Inglaterra, Diego se perpetuó como un artista único, dotado condiciones inexplicables para jugar al fútbol y, especialmente, para el engaño. Primero, con la «Mano de Dios». Cuando yo me enteré cómo había sido la cosa, porque me había situado detrás del arco y desde allí no vi con qué le había pegado –bueno, por algo él siempre me llamaba *Ciego*–, yo le dije:

–La trampa es una porquería, en el deporte como en la vida.

–No me digas eso, *Ciego*, les robé la cartera...

–¡Qué cartera! Si lo hubiera hecho Lineker e Inglaterra ganaba por ese gol, entrábamos otra vez en guerra, pero no por las Malvinas sino por el partido.

Estoy seguro de que si él hubiera actuado como el alemán Miroslav Klose, quien jugando para Lazio ante Napoli le pidió al árbitro que anulara su gol porque lo había anotado con la mano, al rato habría conseguido otro, además de su famosa apilada, por supuesto. Yo

estaba a su lado para ayudarlo a mejorar. Diego no tenía por qué ser ejemplo de nada, pero también era un símbolo para millones de chicos en el mundo que deben saber que hacer trampa es incorrecto. Tiempo después, leí que, en el Reino Unido, las agencias de juego decidieron devolver el dinero a quienes habían apostado por el empate entre Argentina e Inglaterra: más allá del resultado oficial del partido, los tipos juzgaron que el primer tanto de Diego, marcado gracias a la «mano de Dios», no había sido legítimo.

Lo cierto es que Diego también estaba acostumbrado a hacer trampa porque, a lo mejor, sin esa ayuda muchas veces no comía. Ese primer gol contra los ingleses lo practicó desde que era chiquito: iba a la estación de trenes de Fiorito, donde había un puesto para la venta de fruta. Él había estudiado que el tren llegaba, frenaba en el andén, se abrían las puertas, bajaban y subían pasajeros, las puertas se cerraban a los treinta segundos y la formación reemprendía su marcha. Diego se paseaba por la plataforma y, cuando el convoy se detenía y se abrían las puertas, ya había elegido la manzana o la banana o la naranja. Pegaba el manotazo, subía a un vagón por una puerta y bajaba por otra. Cuando el puestero reaccionaba, Diego ya estaba a un par de cuadras de la estación disfrutando de su merienda.

En el segundo gol a Inglaterra, el que alentó al relator Víctor Hugo Morales a calificarlo de «barrilete cósmico», Diego también hizo uso del engaño. Desde que tomó la pelota que le pasó el *Negro* Héctor Enrique hasta la definición, demoró doce segundos para correr 55 metros. No tengo dudas de que, en una carrera sobre la misma distancia en una pista de atletismo, Diego habría quedado detrás de los cinco ingleses a los que dejó en el camino. Pero los superó a todos gracias a su picardía. El engaño hace fuertes a los débiles y veloces a los lentos. Es el recurso más importante del fútbol: amagar con hacer algo e inventar otra cosa. La principal cualidad de un jugador no es ser veloz. Lo ha demostrado el jamaiquino Usain Bolt, quien intentó varias veces convertirse en futbolista profesional y no llegó jamás al alto nivel. Tampoco es la fuerza: Arnold Schwarzenegger no podría haber jugado al fútbol. Ni es el salto: el cubano Javier Sotomayor no sabe cabecear una pelota. El recurso más importante es saber jugar, lo que equivale a una suma de aspectos físicos y cerebrales, porque lo sustancial es ser veloz de mente, fuerte de mente, ágil de mente para ser preciso con la pelota y resolver situaciones complejas en milésimas de segundo.

Por cierto, ese gol tampoco lo vi bien desde mi posición. En parte, por mi vista no privilegiada, pero fundamentalmente porque, a medida de que Diego se acercaba al arco de Peter Shilton, los fotógrafos comenzaron a pararse para retratar cada instante de la jugada, y varios de ellos, muy altos, se interpusieron entre el *Diez* y

yo. Recién pude deleitarme con la fantástica obra de arte cuando regresamos a la concentración. Alguien le preguntó a Diego qué sintió al momento de culminar esa prodigiosa jugada:

–Que yo estaba caído entre dos ingleses, pero levantando a un pueblo.

Como Leonardo da Vinci o Miguel Ángel, él no nació para ser explicado sino admirado. Como muchas cosas: ¿Cómo medís el amor? ¿Cómo medís la amistad? ¿Cómo medís la belleza de un paisaje? A partir de sus logros ante países o clubes más poderosos, peleando desde el lado supuestamente más débil, se convirtió en argumento de esperanza y alegría para cientos de millones de personas, en especial los que menos tienen. Diego era, en definitiva, uno de ellos. Lo más lindo de él, lo que yo más valoré, es ese compromiso con su condición de clase. No sólo respetó su origen: siempre estuvo orgulloso de eso.

Cuando finalizó la apasionante final contra Alemania, ingresé al campo de juego junto a centenares de enfervorizados hinchas. Di unos cuantos pasos y, al llegar al círculo central, nos encontramos con Diego, quien estaba rodeado por decenas de felices personas. ¡Todavía me duelen los huesos por culpa del abrazo emocionado y fuertemente apretado que nos dimos! En ese momento, Diego me hizo el regalo más preciado que yo hubiera imaginado. Con la voz quebrada y lágrimas en los ojos, me susurró al oído:

–¡Gracias por todo, *Fer*!

Un rato más tarde, pasada la ceremonia de entrega de premios y la vuelta olímpica, los jugadores, el cuerpo técnico y los dirigentes improvisaron una fiesta dentro del vestuario, aunque breve, porque todos debíamos regresar al complejo deportivo del club América para hacer las valijas y rajar hacia el aeropuerto para tomar el vuelo que nos iba a llevar a Buenos Aires. Los muchachos habían incorporado una cábala muy curiosa: cuando volvimos de derrotar a Uruguay en Puebla, por los octavos de final, uno de los jugadores notó que nadie había guardado sus cosas ni preparado el equipaje a pesar de que una derrota ante los orientales hubiera significado la eliminación del torneo. A partir de ese día, nadie armó sus valijas antes de ninguno de los partidos, ni siquiera la final, a pesar de que, esa misma noche, todos debíamos abordar un avión hacia el aeropuerto de Ezeiza sin importar cómo acabara el encuentro.

Terminado el conciso festejo, todos empezaron a salir rumbo al micro menos Diego y yo, que nos quedamos solos en la zona de las duchas. Desde que había llegado del campo de juego, él no se había separado un segundo de la Copa para protegerla mientras todos los demás se tomaban fotografías junto a ella. Finalmente, se desvistió, abrió la canilla y me pidió que le sostuviera el trofeo mientras se bañaba. ¡Quedé embobado con esa pequeña escultura dorada!

Mientras la miraba y escuchaba el repiqueteo del agua, recordé todo el sacrificio que Diego había hecho para quedarse con ese premio. Las horas y horas invertidas en mejorar la plasticidad de su mágico tobillo fracturado en España, y todo el esfuerzo para prepararse físicamente para un desafío tremendo, en medio del calor, de la altura, del esmog, de los rivales.

Diego terminó de bañarse y comenzó a secarse. Le dio risa verme hipnotizado con la Copa.

–¿Y, *Ciego*, te gusta? –me preguntó, divertido.

–Sí, pero ya pasó.

–¿Cómo «ya pasó»?

–Claro, *Die*, ya está. Ahora hay que ganar el *Scudetto*.

–Dale, Ciego, ¡no rompas las bolas: dejame disfrutar!

–Yo te dejo disfrutar, pero por un rato, nomás. Conseguiste un objetivo, el que más anhelabas en la vida, pero todavía te quedan muchas más vueltas olímpicas que dar.

Me miró serio, y al cabo de unos segundos sonrió. Sus ojos se encendieron, saboreando anticipadamente las batallas que asomaban en su horizonte.

El vuelo de regreso a la Argentina y en especial la llegada al aeropuerto de Ezeiza fueron inolvidables. Cuando el avión inició su maniobra de aproximación a la cabecera de la pista, todos los pasajeros quedamos deslumbrados por el espectáculo que llegaba a través de las ventanillas: Un multitudinario y frenético hormiguero multicolor se había acercado para homenajear a sus héroes deportivos. Yo recordé que, cuando ese mismo grupo partió hacia México, no lo fue a despedir nadie, excepto unos pocos familiares. Pero, bueno, el éxito es así.

Bajamos del avión y, cuando cruzábamos el hall del aeropuerto repleto de gente, Diego vino hacia mí para decirme que teníamos que salir de inmediato, ya que iríamos en micro a la Casa de Gobierno donde esperaba el presidente Raúl Alfonsín para las felicitaciones oficiales.

–Ciego, vamos para la Casa Rosada. Nos espera el Presidente.

–No, ¿qué Casa Rosada? Yo no voy.

No tenía ganas de cruzarme con los funcionarios nacionales, incluido el propio Alfonsín, que unos meses antes habían presionado a Julio Grondona para que destituyera a Bilardo, temerosos de que el equipo fracasara. Esos mismos tipos que querían echarlo, después terminaron a los abrazos y los besos con el entrenador. Todos panqueques, como siempre. Además, yo creía que el lugar natural para celebrar tendría que haber sido una cancha de fútbol, y no la sede del poder político.

–No, dejame de joder. Me voy a tomar mate con tu mamá y tu viejo

a la casa, te espero allá.

Junto a doña *Tota* y don Diego, seguimos las alternativas del show de Plaza de Mayo por televisión. La delegación arribó a la Casa de Gobierno, fue recibida por el entonces presidente Raúl Alfonsín y, tras los saludos protocolares, todos los jugadores y el cuerpo técnico salieron al célebre balcón de la Casa Rosada y festejaron el título con los miles de hinchas que colmaron la tradicional plaza. «Alfonsín –recordaría Diego tiempo después– nos regaló el balcón. Era algo importantísimo y él lo entendió. Nos dio la posibilidad de estar al lado de la gente, se portó muy bien».

Varias horas más tarde, Diego apareció por la casa de la calle José Luis Cantilo, en el barrio de Villa Devoto, con Claudia, sus hermanos y otras personas. Comimos algo y, al rato, le aviso que me tenía que ir para Lincoln, para ver a mi esposa y a mi familia.

–Llevate un auto –me ordenó.

–¿Cómo?

–Que agarres un coche. ¿Cuál querés, el Mercedes?

El tipo volvía a mostrar su corazón de oro.

–No, *Diegucho*. Yo te lo agradezco, pero vine en micro, y quiero volver en micro.

–Bueno, como quieras, pero yo te llevo a la terminal.

Subimos al Mercedes Benz y en pocos minutos llegamos a la plataforma donde los pasajeros son dejados por taxis o vehículos de amigos o familiares. Nos despedimos y descendí del coche. Diego bajó la ventanilla y me regaló un último saludo, cariñoso como siempre. Mientras avanzaba hacia el andén para abordar mi micro, me crucé con dos tipos que caminaban en sentido contrario, supongo que recién llegados después de un largo viaje desde el interior del país.

–Che, me parece que el que manejaba el auto que se fue era Maradona –dijo uno de ellos–.

–¡Vos estás loco! –respondió su amigo–. ¿Qué mierda va a estar haciendo Diego por acá?

CAPÍTULO 6
‘O SOLE MIO

Cuando Diego regresó a Nápoles cargado de gloria y relajado tras unas vacaciones con Claudia en la Polinesia, los *tifosi* se debatían entre dos sentimientos: por un lado, la esperanza, por el retorno de su Mesías con una estrella dorada en el pecho; por el otro, la desconfianza, provocada por el temor a que la conquista mexicana hubiera aplacado su hambre de títulos. ¡Ninguno de los dos grupos imaginaba lo que les depararía la temporada 1986/87!

En nuestro primer encuentro, yo le repetí lo que habíamos hablado en el vestuario del estadio Azteca: el título del mundo no debía nublar su carrera. En México, Diego había alcanzado la cima del Himalaya, pero ese éxito tenía un precedente en la historia de la selección argentina, porque la escuadra nacional albiceleste había dado la vuelta olímpica en la edición de 1978. Sin embargo, nadie, absolutamente nadie había logrado conducir al Napoli al Olimpo de la Serie A, un lugar que hasta ese momento resultaba inaccesible para los clubes peninsulares situados al sur de Roma desde el nacimiento de la liga profesional, en 1929. Tampoco durante la época amateur, a partir de la disputa del primer campeonato, en 1898. El único equipo «distinto» que había logrado un *scudetto* había sido Cagliari, en el torneo de 1969/70.

La campaña principió con un curioso sinsabor. Diego, quien gozaba de ciertos privilegios otorgados por el presidente del club, Corrado Ferlaino, decidió viajar a la pretemporada en su propio coche: una Ferrari Testarossa color negro que acababa de comprar para celebrar el título conseguido en México. Ansioso por probarla, resolvió manejar su flamante vehículo para recorrer los 800 kilómetros que separan Nápoles del pueblo de Lodrone, en la norteña provincia de Trento, muy cerquita de la frontera con Suiza, lugar elegido por el entrenador Ottavio Bianchi para preparar a su equipo de cara al exigente calendario deportivo. Subí al lujoso auto y me senté en el asiento del acompañante. Diego se acomodó al volante y arrancamos. A los pocos minutos, él ya dominaba la Ferrari como un piloto profesional. Tiraba rebajes, aceleraba en las rectas, tomaba las curvas con gran pericia. Cuando pasamos Bolonia, Diego pisó el acelerador a fondo y el vehículo voló hasta los 180 kilómetros por hora. Al minuto teníamos un auto de la *Polizia Stradale* detrás de nosotros, persiguiéndonos con las sirenas aullando y las luces centellantes. Diego frenó a un costado

de la ruta y un agente uniformado se acercó para pedirle el registro de conductor y la documentación del vehículo. Luego de cotejar los papeles, el policía le informó que había excedido el límite de velocidad –por si a Diego o a mí nos hubiera quedado alguna duda– y que debía secuestrarle la Ferrari. Allí se acabaron los privilegios. Además, para el agente la situación se había tornado muy provechosa: detener a un tipo como Maradona, el mejor futbolista del mundo, era una perla en su currículum. Al rato llegó un camión con la parte posterior preparada para cargar automóviles. En unos minutos, el conductor subió la Ferrari al rodado con la ayuda de unas cadenas arrastradas por un motor. Cuando el muchacho acabó su labor, con gran destreza, el policía nos indicó que debíamos ir en el patrullero hacia el destacamento del lugar, para pagar la multa. Diego se negó.

–Yo no me subo a un coche de la policía –le aseguró con un tono cargado de fastidio.

–Bien, hay otra alternativa: pueden viajar en la cabina del camión –señaló el uniformado, con una media sonrisa. Parecía que gozaba con la insólita situación que le había deparado el destino.

Subimos. Diego se apoltronó en el asiento del centro, junto al chofer, y yo quedé del lado de la ventanilla. Salimos hacia la comisaría y el *Diez* no paraba de putear y maldecir. Yo lo molestaba:

–Vos sí que progresaste, ¿eh? En media hora pasaste de conducir una Ferrari a ser copiloto en una grúa...

¡Me quería matar!

–Mirá si te vieran tus amigos viajando en este camión...

Tenía una bronca tremenda. Arribamos al destacamento, pagó la multa, le devolvieron el auto y continuamos el viaje. Llegamos bastante tarde a nuestro destino, el Hotel Castel Lodron. Diego se fue a dormir de inmediato, sin siquiera decirme «buenas noches».

A la mañana siguiente, su humor había cambiado. Lo encontré conversando animadamente con los dueños del hospedaje, Ferruccio y Gianluca Luzzani, a quienes les había regalado sendos relojes. Diego se hizo muy amigo de Ferruccio: varias noches fue a su casa de Ponte Caffaro a jugar al billar, y allí mismo se alojaron Claudia y Dalma, que era una beba de pocos meses, al año siguiente. Aunque Napoli se hospedó por última vez en ese hotel en 1988, cada verano peregrinan hasta allí decenas de napolitanos para cumplir un deseo muy singular: pasar una noche en la habitación que ocupó Diego en Castel Lodron.

La aldea de Lodrone, cercana al exquisito Lago di Garda, resultó un lugar ideal para preparar al equipo. La decisión de trasladar la pretemporada a esa localidad fue obra del entrenador Ottavio Bianchi, quien había nacido en Brescia, una ciudad situada a pocos kilómetros. En ese lugar tranquilo y relajado, con apenas un puñado de hinchas llegados desde Nápoles, comenzó a forjarse un equipo que quedaría en

la historia del *calcio*. Los entrenamientos los realizábamos en el Stadio Grilli, que quedaba a un par de kilómetros pero ya en otra localidad llamada Storo. Me llamó la atención que, tras el enorme esfuerzo realizado en México y las vacaciones en la Polinesia, Diego se encontraba en excelente estado para afrontar la pretemporada. Trabajaba con un ritmo muy alto y, cuando Bianchi daba por terminada la sesión de fútbol vespertina, él se quedaba más de una hora practicando tiros libres. Luego, dedicaba un largo rato a satisfacer la demanda de los chicos del lugar, que le pedían autógrafos y fotos. La estadía se cerró con un amistoso contra un equipo de la zona, Unione Sportiva Benacense, en el estadio Quercia del pueblo de Rovereto.

Para la temporada 1986/7, el equipo se reforzó con las llegadas de Andrea Carnevale, procedente de Udinese, y de Fernando de Napoli, quien arribaba desde Avellino. En tanto, el club se desprendió de Daniel Bertoni, quien pasó a Udinese como parte de pago por la cesión de Carnevale. De esta forma, Diego quedó como el único futbolista extranjero de la escuadra.

La campaña en la Serie A arrancó de manera exitosa, con un triunfo contra Brescia en condición de visitante, por uno a cero. ¿El gol? No, no fue gol, sino golazo de Diego, muy parecido, casi calcado, al segundo que le había marcado a Bélgica unos meses antes en el estadio Azteca. «La fortuna está con Maradona», comentó, travieso, a un periodista de la televisión. El aura que envolvía al victorioso Diego impulsó al cronista a compararlo, una vez más, con el brasileño Pelé. «Maradona es Maradona. Pelé es el más grande, yo sólo soy un futbolista normal», contestó el *Diez* mientras esgrimía una sonrisa pícara.

A pesar del inicio venturoso, la felicidad de Diego duraría muy poco. Seis días después, el sábado 20 de septiembre de 1986 a la tarde, regresé a mi casa luego del último entrenamiento previo al duelo con Udinese, programado para el día siguiente en el San Paolo. Hacia las dos y media de la tarde, llamó por teléfono un muchacho argentino, Carlos D'Aquila, quien había jugado al básquet en varios equipos italianos y se había radicado en Nápoles. Me contó que se encontraba en su departamento junto a un abogado, Enrico Tuccillo, quien representaba a una joven llamada Cristina Sinagra. Tuccillo quería hablar con Diego porque ese noche el noticiero de la RAI Campania iba a presentar un informe sobre el nacimiento de un chico en la clínica Sanatrix.

–Me dice el abogado que, si Diego acepta declararse como el padre de la criatura, él va a impedir que salga la nota.

–Bueno, Carlos, esto es algo que me excede. Esperá que llamo a Soccavo, porque Diego está concentrado. Hablo con él y te llamo.

Yo conocía a Cristiana porque era amiga de la novia del *Turco* Maradona, Delia, y también le había dado clases de italiano a mi esposa.

Corté y, de inmediato, llamé a la concentración. El equipo de Napoli estaba alojado allí para el partido del día siguiente, por la segunda fecha del campeonato. Me atendió Fernando di Napoli, uno de los nuevos compañeros del *Diez*. Le expliqué que necesitaba hablar urgente con *il capitano* y él se ofreció a ir a buscarlo a su habitación. Diego llegó de muy buen humor cuando tomó el auricular. Yo, sin alternativa, se lo rompí en mil pedazos.

–¿Qué pasa, Ciego?

Le transmití lo que me había dicho D'Aquila y le propuse ir a conversar con Tuccillo.

–No, no, no, dejame. ¡Me mataron!

–No, ¿qué te mataron? Ya mismo tomo un taxi y paso a buscarte. Esperame en el portón de la concentración.

Bajé y subí un taxi. Fuimos a Soccavo y, al llegar, Diego me estaba esperando solo. Esa tarde, extrañamente, no había un solo *tifoso* en la entrada. Se subió al vehículo y partimos hacia la casa de Carlos D'Aquila, que se encontraba en el barrio de Posillipo, el mismo en el que vivía la familia Maradona. El conductor del auto no podía creer a quién estaba llevando, y se pasó todo el viaje hablando hacia atrás de los partidos que había visto, de los goles que había gritado... pero yo apenas si contesté con monosílabos. Diego, en cambio, no abrió la boca en todo el viaje: la pesadumbre lo había enmudecido. Para colmo, un día antes, el *Corriere dello Sport* había publicado en su tapa que Claudia estaba embarazada.

Llegamos a lo de D'Aquila, bajamos del taxi y subimos al departamento. Nos recibió Carlos con su esposa y nos sentamos en unos sillones, frente al abogado. Tuccillo, pesado y ampuloso, dio cátedra de locuacidad sin contenido.

–Yo sé que vos sos un campeón en el fútbol como en la vida. Acá está en juego el porvenir de un bebé que obviamente no tiene culpa de nada. Si vos me firmás un documento reconociendo la paternidad, yo voy a impedir que la RAI emita la nota que grabó en la clínica.

Diego seguía su verboso planteo con la cabeza gacha, como si tantas palabras le aplastaran la comprensión. En un momento, harto de tanto discurso y apenado por lo que él estaba sufriendo, lo interrumpí. No me pude contener.

–Perdón, abogado, ¿Cómo está tan seguro usted de que Diego es el padre de la criatura? ¿Cómo sabe usted que Cristiana sólo estuvo con Diego?

Tuccillo me miró sorprendido, lo mismo que D'Aquila. Diego, en cambio, levantó la cabeza. Su semblante había recuperado un poco el

color y la frescura.

–¿Qué está diciendo? –murmuró el letrado, al cabo de varios segundos de incertidumbre. Su afilada lengua se había mellado.

–¿Cómo sabe usted que Cristiana sólo estuvo con Diego? –repetí.

El abogado, atribulado, no sabía qué decir. Hasta el día de hoy, sigo creyendo que él esperaba que el *Diez* se derrumbara y le ofreciera ahí mismo cerrar un acuerdo por muchísimo dinero. Yo le estropeé la estrategia.

–Pero... pero... –balbuceó Tuccillo, desconcertado.

–Pero nada. Se lo pregunto por tercera vez: ¿cómo sabe usted que Cristiana sólo estuvo con Diego, que él –lo señalé– es el padre del bebé?

El letrado, casi al borde del infarto, intentó una jugada ridícula. Cortó de cuajo su conferencia conmigo y se dirigió a Diego, a quien creía todavía abatido.

–Señor Maradona –preguntó, intentando recomponerse de sus titubeos–, ¿es usted el padre de la criatura?

Diego me miró antes de responder. Advirtió mis ojos encendidos, inyectados de sangre. No fue necesario que hiciera ningún gesto. Él comprendió todo al instante.

–¡No, de ninguna manera! ¡Y no voy a firmar nada!

Los hombros de Tuccillo se derrumbaron. El labio inferior temblaba. La cara se le puso roja y una vena del cuello palpitaba, como si estuviera a punto de reventar.

–Muy bien –expresó simulando una repentina compostura–. Entonces, no hay nada más que hablar.

Nos retiramos de la casa de D'Aquila. Mientras volvíamos a Soccavo, Diego abandonó su renovado ánimo y se sumió en una oscuridad que predecía una noche muy negra.

–¿Ya lo sabías? –le pregunté sin más detalles y en español, para que el conductor del taxi, que se hacía el distraído pero intentaba adivinar qué hacía la estrella napolitana dentro de su automóvil un sábado a esa hora, se enterara de lo que pasaba. Diego asintió.

–¿Antes de ir a México?

Volvió a afirmar con la cabeza. En ese momento comprendí que el *Diez* había conseguido la mayor actuación individual de la historia de los Mundiales a pesar de tener la espada de Damocles pendiendo de un hilo muy finito sobre su cabeza, amenazando con destruir su carrera, su mundo, su vida como la conocía hasta ese momento. Diego logró un increíble poder de abstracción durante la Copa mexicana que le permitió no desviarse de su gran objetivo. Nunca terminaba de sorprenderme.

–¿Qué hago ahora, Ciego? –me preguntó consternado.

–¿Cómo qué hacés ahora? Vamos urgente a tu casa. Tenés que

preparar a Claudia para el despelote que se viene.

Diego se bajó en su domicilio y yo seguí hasta mi departamento, desde donde llamé al presidente del Napoli, Corrado Farlaino, para ponerlo al corriente de lo que estaba por suceder. Él me respondió que inmediatamente iba a ir a la casa de Diego con el entrenador Bianchi para contenerlo.

Poco después de las seis de la tarde, la RAI difundió un informe grabado dentro de la habitación 509 de la clínica Sanatrix, en el cual un periodista entrevistó a Cristiana, quien descansaba en una cama junto a un bebé.

–Usted le ha puesto a su hijo un nombre muy famoso ¿Por qué?

–Porque su padre es un futbolista del Napoli.

–¿Diego Armando Maradona? –insistió el cronista, con forzado dramatismo.

–Sí.

Unos días después, nos reunimos con el abogado de Diego, Giovanni Verde, y el penalista Vicenzo Siniscalchi, quienes estaban diseñando una estrategia para enfrentar una demanda por paternidad presentada por Tuccillo en los tribunales de la ciudad. Siniscalchi propuso avanzar sobre el escenario que yo mismo había planteado en casa de D'Aquila, aunque con mayor crueldad. Verde se negó:

–Hay un chico de por medio –sentenció.

La historia tiene un final conocido: El *Diez* negó ser el papá de Diego Maradona Sinagra, la Justicia falló que sí era el legítimo padre del chico y, unos veintinueve años más tarde, finalmente él reconoció a Junior como su legítimo vástago. Pero este relato tiene una vuelta de tuerca más, que podría convertirse en el capítulo cumbre del mejor de los teleteatros.

Pocos días después, una amiga mía napolitana, Alessandra, me comentó que había estado en la peluquería del papá de Cristiana. Al saber que ella me conocía, Alfredo Sinagra le pidió que me preguntara si yo aceptaba tener una reunión con él.

–Perfecto. Pero siempre y cuando sea en mi casa, y si viene solo.

Dos o tres días más tarde, Alfredo Sinagra llegó a mi departamento de la Vía Manzoni.

Yo creía que el hombre estaba ofendido por lo que yo le había insinuado a Tuccillo. En cambio, me sorprendió con un saludo cordial.

–Sólo quiero decirte que comprendo perfectamente lo que le sugeriste al abogado. Yo sé que vos sabés que es una absoluta mentira, pero entiendo que lo hiciste para defender a tu amigo. Eso habla muy bien del concepto que tenés de la amistad.

Se despidió con un apretón de manos y no nos vimos nunca más.

Mientras el caso de paternidad reventaba en todos los medios de comunicación de Italia, el Napoli terminó el año con una notable

sucesión de partidos sin perder en su tierra: trece en la Serie A (seis empates y siete victorias, una de ellas muy celebrada, ante Juventus en Turín, por tres a uno) y cinco en la Coppa Italia, todos triunfos. Diego marcó ocho goles que ayudaron a consolidar el liderazgo en los dos frentes. El único tropezón se registró en la Copa UEFA: ante Toulouse, Napoli ganó por uno a cero en el San Paolo, cayó por el mismo marcador en Francia y quedó eliminado en la serie de disparos desde el punto del penal. Diego falló el último, el que significó la derrota ante un equipo que contaba con dos argentinos: Alberto Márcico y Alberto Tarantini, quienes casualmente habían lanzado y anotado desde los once metros.

Mientras tanto, el *Diez* se entrenaba con ahínco. Los trabajos de potencia le permitían descargar la energía negativa que él absorbía en otros ámbitos. Debía luchar contra la Juventus de Michel Platini, el Milan de Silvio Berlusconi, el Inter de Giovanni Trapattoni y la prensa del norte.

El año 1987 comenzó con una derrota ante Fiorentina, pero luego el equipo hilvanó una fantástica serie de cinco triunfos consecutivos que le permitieron consolidar su liderazgo y no soltarlo hasta el final. Diego destruyó cualquier incertidumbre respecto de su motivación para ganar un *scudetto* después de haber obtenido la Copa del Mundo. Estaba en un nivel tan extraordinario que solo él ocupaba las dos plazas permitidas para jugadores extranjeros. Se entrenaba en parques, en la calle, en el garage de su casa, a veces de noche. Tenía un objetivo clavado en la cabeza: ganar el título de liga con Napoli, y lo resolvió con maestría, a lo grande.

El 2 de abril, Diego consiguió un nuevo título: el de papá. El nacimiento de Dalma Nerea lo puso muy nervioso. Primero, porque él y Claudia habían decidido que la beba naciera en Buenos Aires. Ella viajó hacia Argentina y él se quedó en Nápoles: no podía abandonar al equipo en la recta final del torneo y con el *scudetto* al alcance de la mano. Segundo, porque la llegada de Dalma se produjo un día antes de la fecha prevista por el médico obstetra de Claudia. Cuando se enteró de que su mujer estaba a punto de ser internada para iniciar el trabajo de parto, Diego, convertido en un manojo de nervios, llamó desde su casa de Posillipo a la Clínica del Sol de Buenos Aires y se mantuvo en la línea –la telefonía celular recién se popularizaría una década más tarde– comiéndose las uñas hasta que doña Tota le anunció que la beba había nacido sin complicaciones y que tanto ella como su mamá se encontraban en perfectas condiciones. La noticia no calmó la intranquilidad del *Diez*, sino más bien todo lo contrario: emocionado y ansioso por conocer a Dalma, Diego quiso irse a Roma para tomar el primer vuelo que partiera hacia la capital argentina. Yo logré controlarlo: le expliqué que todo había salido bien, que esperar

un par de días más no iba a cambiarle la vida a la beba, pero un tropiezo en la cancha del Empoli sí podía desmoralizar al equipo a solamente cinco fechas del anhelado título. Diego lo entendió y se serenó. Bueno, más o menos: su actuación contra Empoli, el domingo 5 en el estadio Carlo Castellani, fue muy floja. Tenía la cabeza en otra cosa, lógicamente. Por suerte, el encuentro finalizó sin goles y Napoli pudo rescatar un valioso punto que lo acercó un poquito más a la obtención del campeonato. Terminado ese partido, Diego viajó en auto hasta Florencia, tomó un avión hacia el aeropuerto romano de Fiumicino y, montado en otra aeronave, voló a conocer a su hija.

El sábado siguiente, Diego regresó a tiempo para concentrarse para un duelo muy difícil, ante Hellas Verona en el coliseo Marcantonio Bentegodi de la ciudad situada en el Veneto. Sin embargo, Napoli otra vez deambuló por la cancha y su rival lo aplastó sin piedad, tres a cero. La derrota prendió luces de alerta internas… y externas. Varios periódicos publicaron columnas de opinión de supuestos «especialistas» que vaticinaban una caída a pedazos del equipo. Un periodista tuvo inclusive el coraje de llamar *cretini* (idiotas) a los jugadores. Al pie del Vesubio, la atmósfera se había enrarecido, en especial porque el siguiente rival era nada menos que AC Milan –con el debut de Fabio Capello como entrenador–, aunque en el San Paolo. Esa semana me propuse trabajar a fondo con Diego, pero más desde lo anímico que desde lo físico. Aunque lo noté mucho más tranquilo por haber conocido a Dalma y por saber que tanto la beba como Claudia estaban muy bien cuidadas y atendidas en la casa que habían comprado en Villa Devoto, yo le inyectaba el ánimo con frases muy picantes mientras él se exigía a fondo con los ejercicios de potencia.

–¿Qué querés que coma Dalma, caviar o mierda? –le gritaba, y él se mataba para completar cada serie.

–¿Querés que Dalma sufra la burla de sus compañeros por culpa del cagón de su papá, que perdió el *scudetto* en la última fecha? –lo espoleaba. Se ponía de todos los colores, descargaba furia hasta por las orejas.

Una tarde le propuse hacer un poco de bolsa en el garage de su casa. Él se calzó los guantes, deseoso por mitigar la tensión que corría por sus venas. Tomé el cronómetro y, antes de gritar el «ya», le dije que adentro del saco estaba el periodista que lo había llamado idiota. ¡Para qué! Faltó que se lo comiera. Le dio tantas piñas y patadas que, si el tipo realmente hubiera estado ahí, habría muerto en tres segundos.

El laburo mental brindó un efecto prodigioso: El domingo siguiente, Napoli derrotó a Milan y Diego metió un golazo, uno de los mejores de su carrera. Bruno Giordano le lanzó un pase preciso y precioso a la espalda de Franco Baressi y el *Diez*, perfectamente

habilitado, le ganó en velocidad a la línea de cuatro y a su marca personal, Filippo Galli, mató la pelota sin dejarla picar, hizo otro toque de malabarista para superar con un regate la salida del arquero Giulio Nuciari –Giovanni Galli no jugó y zafó esa vez de ser víctima de otra genialidad de su mayor verdugo– y definió con un zurdazo rasante que no pudo ser tapado ni por Filippo ni por el cierre de Paolo Maldini. «Pusimos el corazón, y el corazón gana», celebró Diego. «Esta es la fuerza del vestuario, un vestuario que así les responde a los que nos cubren de acusaciones, críticas y dudas». Un periodista le preguntó qué había cambiado en él desde el nacimiento de Dalma: «Soy padre, ese es el único cambio. Sigo siendo el mismo de antes».

Ese día, Napoli consolidó su liderazgo, que extendió a tres puntos de ventaja sobre Inter y cuatro sobre Juventus una semana después, al empatar contra Como a orillas del famoso lago homónimo. La gran consagración llegó por fin el 10 de mayo de 1987, una fecha antes de que terminara el certamen, mediante un empate ante Fiorentina en el San Paolo y una caída de Inter en Bérgamo, frente a Atalanta. «Es el triunfo más importante de mi vida», declaró Diego a la prensa. «La Copa del Mundo no la conseguí en mi tierra y este triunfo sí ha sido delante de un pueblo que me estima», explicó ante los micrófonos. Yo no estuve ni estoy de acuerdo, y creo que él, en el fondo, tampoco. Esas no fueron palabras estudiadas, sino un desahogo, el producto de haber tragado muchas cosas desagradables desde su regreso de México.

Napoli sumó 42 puntos en apenas 30 fechas, en una época que todavía premiaba las victorias con dos unidades. Terminó invicto en el San Paolo, y le sacó tres puntos de ventaja al segundo, que resultó Juventus. Francamente, no he visto nunca una celebración siquiera semejante a la que se desató en Nápoles. El delirio envolvió la ciudad por completo, que se encendió de tal forma que hasta despertó la envidia del Vesubio. Medio millón de personas salió a las calles y desbordó el centro histórico de celeste y alegría. Las bocinas de los automóviles, las motocicletas y los scooters –llamados allí *motorini*– sonaron durante varios días, sin cesar. Por fin el Sur pobre había puesto de rodillas al Norte rico. Una pizzería convidaba a todo el mundo con una porción de su nueva creación: la pizza *Scudetto*, que reunía los colores de la bandera italiana con el formato del distintivo que se bordaría a la camiseta del Napoli durante la siguiente temporada. El lunes, los bancos no abrieron; los cines, tampoco. No hubo clases y los tribunales no sesionaron. Los napolitanos disfrutaron de un feriado espontáneo.

La conquista de la Serie A no aplacó el hambre de gloria de Diego y sus compañeros: menos de un mes más tarde, Napoli destruyó a Atalanta en la final de la Coppa Italia, tres a cero en el San Paolo y 0-1

en Bérgamo, y se apoderó de un segundo título en esa temporada.

Diego regresó a su país confiado en obtener un galardón que le faltaba a su vitrina: la Copa América. Carlos Bilardo armó un equipo con muchas de las estrellas que se habían coronado en México, más figuras en ascenso como Claudio Caniggia. Además, Argentina era el país anfitrión, lo que *a priori* parecía dejar la mesa preparada para un nuevo banquete. Pero Uruguay, también con un mix de veteranos y jóvenes valores, le aguó la fiesta: derrotó a la escuadra albiceleste por uno a cero en la semi, a Chile por el mismo marcador en la final y se apropió de la vuelta olímpica.

A Diego se le pasó rápido el mal sabor del torneo continental. Terminado el campeonato sudamericano, yo aproveché para ir a Lincoln a visitar a mis familiares. No habrán pasado más de dos días cuando sonó el teléfono de mi casa. ¡El *Diez*, otra vez!

–Che, escuchame, ¿qué te parece si en vez de irnos directamente de Buenos Aires a Italia, pasamos una semana en Cuba?

Lo primero que se me ocurrió fue que se avecinaban nubarrones desde el horizonte napolitano.

–No sé, Diego, no te parece que...

–Tengo una invitación de Fidel. Me quiere conocer.

–¿Cuándo salimos?

Así fue, no lo pude resistir. No todos los días se presenta la oportunidad de visitar un país admirado y mantener un encuentro con el legendario líder de la Revolución Cubana, el Comandante Fidel Castro Ruz.

A Cuba volé junto a Diego, Claudia, Dalma, doña Tota y tres o cuatro personas más, entre ellas el periodista Carlos Bonelli, quien había gestionado el viaje con un contacto que tenía en el gobierno de ese país caribeño. Aterrizamos en La Habana, donde nos esperaba una comitiva oficial que nos trasladó hasta Varadero, una ciudad balnearia que queda a unas dos horas en auto desde la capital del país. Allí nos alojamos en una residencia preciosa, en medio de un deslumbrante paisaje marino.

Las jornadas fueron pasando, espléndidas, pero de Fidel Castro... ¡ni noticias! El día anterior a nuestro retorno a Buenos Aires, cuando ya casi estábamos todos convencidos de que sólo cumpliríamos la mitad del sueño, se presentó en la casa un emisario del gobierno que nos anunció:

–Señor Maradona, en una hora debemos salir hacia La Habana. El Comandante lo espera.

Nos transportaron a una casa en La Habana. Habremos llegado ahí al mediodía y alrededor de las siete de la tarde nos llamaron para decirnos que a las nueve teníamos que estar en la Casa de la Revolución para nuestra entrevista con Fidel. Yo, antes de ir, me puse

colirio en los ojos para ver todo lo mejor que podía ver y me destapé los oídos para escuchar todo, porque no me quería perder palabra.

Esperamos un largo rato –según nos explicaron, el gobernante tuvo que atender una serie de compromisos fuera de agenda que retrasaron la reunión– hasta que, poco antes de la medianoche, la imponente figura de Fidel nos recibió adornada por una cálida sonrisa. Diego casi desapareció fugazmente al ser rodeado por las largas extremidades de Castro cuando ambos se estrecharon en un conmovedor abrazo. Por más de cinco horas, quedamos cautivados por la avasallante personalidad del líder cubano, plena de contagioso entusiasmo y fino sentido del humor. Su curiosidad ilimitada lo llevó a preguntar si había una fórmula infalible para tirar los penales.

–Dime, ¿cómo tú chuteas los penales?

–Tomo dos metros de carrera, y sólo levanto la cabeza cuando apoyo el pie derecho y tengo la zurda lista para pegarle a la pelota. Ahí elijo la punta.

–¿Pero qué tú dices? ¿Tú chuteas sin mirar la pelota?

–Sí. Antes de patear, miro al arquero –le confesó Diego. El presidente cubano tomó un cuaderno, anotó la fórmula y respondió:

–Mañana mismo la pruebo –lo que desató las risas de todos los presentes.

Durante el histórico encuentro, que estuvo acompañado por ostras deliciosas –producidas en criaderos artificiales construidos para evitar las contaminaciones– y cervezas refrescantes, Castro había evidenciado ser un erudito en diversos temas, desde mariscos y nutrición infantil, hasta de entrenamiento deportivo.

–¿Pero tú no eres también periodista? –me preguntó.

–No, yo soy el entrenador personal de Diego.

–Oye, compañero, me has jugado una mala pasada. ¿Por qué entonces me has hecho hablar tanto de velocidad, resistencia y otras boberías?

–Porque quería aprender –contesté. Fidel me miró y sonrió, mientras asentía ligeramente con la cabeza.

Diego le preguntó si alguna vez había pensado en cortarse la barba.

–Una sola vez, chico, una sola vez. Pero por suerte me di cuenta del error que iba a cometer, compañero. Mi barba ya es un símbolo para muchos. Dime, ¿y a ti te gusta Nápoles?

–No sé… Parece una broma pero después de tres años de estar allá, todavía no conozco la ciudad.

–Oye, compañero, ¿cómo es eso?

–Es que no me dejan salir, comandante. Los napolitanos son así, sólo ellos se entienden. Tengo que cambiar el número del teléfono cada quince días porque no podemos dormir por los llamados. No sé, yo soy para ellos como un semidiós. Me comparan con San Genaro. Se

lo digo con toda humildad.

–Ya lo sé, chico, ya lo sé. ¿Y tú qué vas a hacer con todo esto?

–Aguantar. ¿Qué otra cosa me queda? Son así, increíbles…

Pasadas las 3.30 de la madrugada, se acercó un asistente y nos brindó una variada gama de obsequios. Diego devolvió la gentileza con una camiseta de la selección argentina a la que le escribió una bonita dedicatoria y le estampó su firma. Por mi parte, le entregué a Fidel dos casetes del recital en vivo que Horacio Guarany había realizado recientemente en un repleto Luna Park.

Yo había llevado cuatro libros sobre la historia de la Revolución para que Fidel me los autografiara y poder regalárselos a unos amigos argentinos. El Comandante no sólo aceptó firmarlos con agrado, sino que me preguntó quiénes eran los destinatarios de esos presentes, a fin de agregar, además, una dedicatoria.

–¿Este para quién es? –consultó mientras abría uno de los ejemplares.

–Para César, contesté.

–¿Y quién es César?

–César Menotti, el entren…

–Lo conozco perfectamente –me interrumpió–, campeón del mundo en el '78.

–¿Y este para quién?

–Para Caín.

–No andarían muy bien las relaciones entre su familia y la Iglesia Católica cuando le eligieron el nombre. ¿Quién es el tal Caín?

–Es un doctor en Veterinaria de la ciudad donde nací, Lincoln.

–Lincoln... El único yanqui que hubiera elegido para jugar en mi equipo –agregó, divertido.

–¿Doctor en Veterinaria has dicho?

–Sí, especialista en genética animal, una eminencia a nivel mundial en lo referido a trasplante de óvulos por método quirúrgico en bovinos. Fue el primero en Latinoamérica en abrir una clínica especializada en el tema.

–¿Cuándo ha sido eso?

–No recuerdo con exactitud, creo que en 1978, Comandante.

–Mañana mismo (le ordenó a su secretario) me buscas en el archivo la fecha en que abrimos nuestra clínica en Santiago. Porque como tú sabes (se volvió otra vez hacia mí), existen dos procedimientos para la transferencia de óvulos: el trasplante quirúrgico y otro no quirúrgico, en el que se utiliza anestesia local. ¿Y cuál es la diferencia? Pues que el quirúrgico garantiza un mayor porcentaje de eficacia en cuanto al número de concepciones, pero requiere mucho tiempo y trabajo para llevarlos a cabo. En cambio, el no quirúrgico es más simple, pero no es tan eficaz, además hay otra serie de…

Nosotros no podíamos creer la vastedad del conocimiento de este hombre. Yo estaba fascinado por su cultura y su elocuencia. Poco antes de la salida del sol, Fidel comenzó la despedida agradeciéndonos por haber aceptado su invitación. En ese momento, mientras el comandante saludaba a doña Tota, Diego me dijo al oído:

–¿Le pido la gorra?

–Sí, *Die*, claro. ¿Cuál es el problema?

–Comandante, disculpe, ¿me la da? –consultó el *Diez* mientras señalaba la gorra. Fidel, sin dudar, se la quitó y se la extendió a su ilustre invitado, pero antes entregársela se detuvo y plegó su brazo.

–Espera, antes la firmo, porque si no puede ser de cualquiera.

Sacó una lapicera de un bolsillo de su chaqueta militar y rubricó la visera.

–Ahora sí.

Emocionado, Diego tomó su regalo y se lo calzó en la cabeza.

–Esta no me la saco más. Voy a ir a todos lados y me la dejo en la concentración hasta el momento de entrar a la cancha. No me la pongo para jugar porque es antirreglamentario. Que si no...

La inminente salida del sol marcó el final de una noche radiante. Cumplida la despedida y cuando ya estábamos a bordo del vehículo que nos llevaría a la casa, Fidel se acercó corriendo, y con un gesto preocupado, a la ventanilla sobre la que se encontraba Diego.

–Entonces, antes de patear el penal, debo mirar al arquero, ¿no?

El Napoli arrancó con todo la Serie A 1987/88. Diego conservaba activo el fuego interior que lo impulsaba a luchar cada partido en pos del triunfo. Además, Corrado Ferlaino había tenido la lucidez de cubrir la segunda plaza destinada a futbolistas extranjeros y contratar a un gran delantero: el brasileño Antônio de Oliveira, conocido por el apodo de Careca. Con Diego, Careca y Bruno Giordano, Napoli armó un tridente ofensivo temible que comenzó la liga de manera fulminante: ganó los primeros cinco partidos. El único trago amargo en ese primer segmento de la temporada se vivió en la Copa de Campeones de Europa, ante Real Madrid. El entrenador del conjunto merengue, el holandés Leo Beenhakker, dispuso que el defensor Miguel Porlán Noguera, popularmente conocido como *Chendo*, le hiciera marca personal a Diego. Anulado el *Diez* napolitano por la pegajosa presión de Chendo y la complicidad del pasivo árbitro rumano Ioan Igna, Real Madrid ganó por dos a cero en un Santiago Bernabéu vacío: la UEFA había sancionado al club español por los violentos incidentes registrados el año anterior en un partido ante Bayern Múnich. Sólo se permitió el ingreso a las tribunas a setenta personas, y una de ellas fue Ferruccio Luzzani, el dueño del Hotel Castel Lodron, invitado especial de Diego. A la vuelta, un tempranero gol de Giovanni Franchini, a los 9 minutos, iluminó las esperanzas

celestes, pero un tanto del *Buitre* Emilio Butragueño, en la última jugada de la primera etapa, acabó con la ilusión de los napolitanos por conquistar el mayor trofeo continental.

De vuelta al plano local, Napoli continuó firme –sumó nueve victorias y tres empates hasta la fecha doce–, pero en la trece sonaron las alarmas: AC Milan, que se había desprendido de los ingleses Ray Wilkins y Mark Hateley para incorporar a los holandeses Ruud Gullit y Marcel *Marco* van Basten, y además había contratado a un entrenador muy inteligente llamado Arrigo Sacchi –quien jamás había jugado como futbolista profesional y hasta iniciarse como técnico había sido vendedor de zapatos– aplastó en su casa al Napoli por cuatro a uno.

A principios de noviembre, Diego aprovechó un domingo sin Serie A para intervenir en dos partidos muy curiosos. El primero, disputado el 11, tuvo lugar en la ciudad de Jedda, en Arabia Saudita. Diego aceptó la invitación que le hizo un jeque, Khaled bin Abdullah, para actuar en un amistoso con la camiseta del club Al-Ahli, ante el Brondby de Dinamarca. Por actuar en ese único encuentro, el *Diez* cobró 250 mil dólares y, además, recibió costosos regalos, como una cimitarra decorada con diamantes y un escudo y una medalla confeccionados en oro sólido. En ese partido, que sirvió como doble festejo por los cincuenta años del club y los 37 del jeque, Diego anotó dos goles para una victoria por cinco a dos.

Cuatro días más tarde, Diego voló a Granada para cumplir un sueño que lo perseguía desde chico: jugar un partido «oficial» junto a sus dos hermanos, Raúl y Hugo. El encuentro se organizó en el estadio Los Cármenes del equipo andaluz –en el que actuaba *Lalo*– para celebrar su ascenso de la Segunda B a Segunda ante el club sueco Malmoë FF, y también para recaudar parte del dinero que había costado el pase del futbolista (y ex tenista...) de apellido célebre, que había llegado a la Península Ibérica desde Boca Juniors. Diego y Hugo –en ese momento delantero del equipo italiano Ascoli– no cobraron una sola peseta para acompañar al hermano «del medio». Granada ganó tres a dos gracias a un tanto de Diego y otro de *Lalo*.

De vuelta en Italia, y tras el tropezón en el estadio Giuseppe Meazza, el Napoli enhebró siete triunfos consecutivos, pero Milan no se quedó atrás. Cumplida la fecha 20, Napoli sumaba 35 puntos; Milan, 30. Con apenas diez partidos por delante y cinco unidades de ventaja, cuando todavía se otorgaban dos por victoria, el título de liga parecía al alcance de la mano. Una mañana, durante un entrenamiento, un periodista de *La Gazzetta dello Sport*, Rosario Pastore, me dijo muy contento:

–Se viene el segundo *scudetto*.

Sin embargo, para mí no parecía tan claro. El calor había aparecido un poco temprano ese año, con temperaturas más elevadas de lo

habitual, y el técnico Ottavio Bianchi exigía demasiado a los muchachos en las prácticas, que me parecían aniquilantes.

–Si el técnico no afloja la intensidad de los entrenamientos, este equipo se va a caer a pedazos –medité.

Desgraciadamente, mi pronóstico se convirtió en realidad: en las siguientes siete fechas, el equipo napolitano ganó dos partidos, empató tres y perdió dos. Arribó a la fecha 28 con 42 puntos, la misma cantidad que había reunido para consagrarse campeón la temporada anterior, y todavía quedaban tres encuentros. El primero, ante Milan, que se había acercado peligrosamente a sólo un punto, tras cuatro éxitos y tres igualdades.

Para esa época, Diego me demostró, con un gesto tan transparente como coherente, que tenía buena memoria y que jamás traicionaría su linaje. En 1982, mientras en Argentina los medios debatían cuál sería el destino europeo de la estrella de Boca Juniors, la aristocrática y millonaria María Amalia Lacroze de Fortabat, harta de estar harta y con evidentes signos de incontenible ofuscación, se quejó ante una cámara de un importante canal de televisión:

–Con todas las cosas que pasan en el país, es una vergüenza darle tanta importancia a la venta de un simple jugador de fútbol.

Diego se enteró del prejuicioso comentario de la acaudalada empresaria –que, curiosamente, por esos años actuaba activamente como mecenas de un club de fútbol de su ciudad, Loma Negra, fundado por la empresa cementera homónima para que sus empleados se divirtieran haciendo deporte en su tiempo libre, que se había clasificado para el Torneo Nacional–, pero prefirió no hacer ningún comentario, a pesar del acoso de la prensa deportiva. Seis años más tarde, cuando la silueta de campeón albiceleste resplandecía majestuosa contra el Vesubio, un hombre joven se presentó en el condominio de la via Scipione Capece 3/1 para anunciarle al *Diez* que tenía un mensaje personal de la famosa dueña de la empresa cementera. Extrañamente, ya que jamás accedía a recibir a un desconocido en su casa, Diego aceptó complacido (al menos ese era el estado de ánimo que delataba su amplia sonrisa) escuchar el recado del muchacho, cuya mano estrechó con calidez.

–La Señora quiere invitarte a dar un paseo por el golfo en su yate, que está anclado en la isla de Capri. Para ella sería un honor.

Diego cruzó sus brazos, miró fijo a su interlocutor a los ojos y respondió muy lentamente, como saboreando cada palabra con placentera fruición:

–Decile a la señora de Fortabat que yo sigo siendo un simple jugador de fútbol, el mismo que hace unos años se fue de Argentina, y que si para ella es un honor estar conmigo, para mí no es ningún honor estar con ella.

En una milésima de segundo, su sonrisa canchera se había transformado en un gesto sombrío y rencoroso. Y terminó con un dardo contundente:

–¡Ah! Por favor, decile a la Señora que el yate se lo meta bien en el...

Antes de despedirlo, Diego recobró la calma, regaló al enviado una camiseta autografiada y accedió muy gentilmente a sacarse un par de fotos con él. ¡Un fenómeno!

El primero de mayo de 1988, el San Paolo fue escenario de un partido extraordinario. Antonio Pietro Paolo Virdis abrió el marcador para la escuadra visitante, y Diego igualó con un golazo de tiro libre en el último instante de la primera mitad. En el complemento, los napolitanos se quedaron sin piernas y los milaneses aprovecharon: Virdis, de nuevo, y Van Basten, en un contragolpe meteórico comandado por Gullit, remataron la faena. Careca descontó a poco del final, pero el empate nunca llegó. Desanimados por la contundencia *rossonera*, los muchachos de Bianchi se desinflaron y perdieron también los últimos dos juegos del torneo, ante Fiorentina y Sampdoria. Diego resultó el máximo goleador del campeonato con 15 tantos, premio que en absoluto compensó el *scudetto* perdido.

La vida de Diego en Nápoles seguía difícil, tal como él mismo se la había planteado a Fidel Castro durante nuestra visita a Cuba. Una vez intentamos ir a cenar a un restaurante del barrio de Mergellina, pero en un semáforo alguien lo identificó y se reunió tanta gente que resultó imposible continuar hacia nuestro destino. Otro día, logramos ingresar a una joyería porque él quería comprarse un reloj. Sólo pudimos escapar del negocio cuando llegaron los *carabinieri* y organizaron una especie de pasillo para que nosotros pasáramos al interior de nuestro coche. Los *tifosi* rodearon el vehículo para pedirle a Diego un autógrafo o tomarse una foto junto a él, y cuando arrancábamos, el auto fue seguido por un enjambre de motos y scooters hasta el lugar al que debíamos ir. ¡Así no se podía vivir con tranquilidad!

Terminada la liga 1987/88, Diego aceptó la oferta de una empresa japonesa que para grabar una serie de comerciales para televisión de un café que se vendía en lata, para ser tomado frío, llamado Nova. La compañía nipona había decidido que las sesiones de filmación se realizaran en el Cañón del Colorado de los Estados Unidos. Sin embargo, cuando quedaban unos pocos días para viajar, Diego se empacó:

–A Estados Unidos no voy. Lo hacemos en Argentina o no lo hacemos.

Pelusa estaba dispuesto a rechazar el contrato, que era por muchísima plata, si no se hacía en el país que él quería. Los

empresarios pidieron tres días para contestar, al cabo de los cuales respondieron que aceptaban la postura del futbolista porque habían encontrado otro escenario que cumplía perfectamente la idea que habían aprobado para la realización del comercial: el Parque Nacional Talampaya, en la provincia de La Rioja. Viajamos con Diego y sus hermanos *Lalo* y Hugo, quienes también actuarían en las publicidades, y nos instalamos en un hotel de la capital de la provincia norteña. Durante la filmación, los tres Maradona, vestidos con una camiseta celeste, un poco más oscura que la del Napoli, hicieron jueguitos y corrieron pasándose la pelota sobre el suelo rojizo y pedregoso del espléndido lugar, que nada tiene que envidiar al afamado lugar turístico de Arizona. Diego remataba cada comercial bebiendo el café helado directamente de una lata. Cada uno de los tres o cuatro días que duró la realización de esas publicidades, Diego viajó hasta el set en helicóptero, mientras el resto del grupo lo hizo en micro.

Una noche, el gobernador de La Rioja, Carlos Menem, nos invitó a cenar a la Casa de Gobierno. Concurrieron todos... menos yo. Preferí ir al casino a compartir la velada con ese político que me parecía muy desagradable.

Para la temporada 1988/89, el presidente del Napoli realizó varias contrataciones destinadas a fortalecer el equipo en la búsqueda de más trofeos. Desde Torino llegaron el mediocampista Massimo Crippa y el defensor Giancarlo Corradini, y Hellas Verona cedió al arquero Giuliano Giuliani, quien reemplazó a Claudio Garella, vendido al Udinese. Pero la principal incorporación resultó el brasileño Ricardo Rogério de Brito, a quien todos en el fútbol conocíamos como *Alemão* por su cabello rubio. Este jugador llegó al club gracias a la apertura del cupo de futbolistas extranjeros, que se extendió a tres por escuadra. Asimismo, la Serie A aumentó su número de equipos, de 16 a 18. Bien reforzado, el conjunto napolitano realizó una muy buena primera ronda, con doce victorias, tres empates y dos derrotas. Quedó a solamente un punto del líder de la clasificación, Internazionale de Milán, que había igualado un juego más, y perdido uno menos.

Luego de que Napoli empatara sin goles con AC Milan en el Giuseppe Meazza, sucedió una anécdota insólita: Diego aprovechó el viaje hasta la capital de Lombardía para visitar una tienda de ropa, si mal no recuerdo de la marca Versace. Terminó el partido y él se fue del estadio al centro de la ciudad. Yo me dirigí con el director deportivo del club, Luciano Moggi, al aeropuerto, donde el equipo debía abordar un vuelo regular. Esperamos al *capitano* hasta el último segundo y, como no llegó a tiempo, nos fuimos sin él. ¿Cómo regresó Diego a Nápoles? Cuando llegó al aeropuerto, tardísimo, ya no quedaban vuelos comerciales por salir y el lugar estaba a punto de cerrar. El hall estaba casi vacío. De pronto, un nene se acercó a Diego

para pedirle un autógrafo. Él, aunque había quedado varado por su demora, se encontraba de excelente humor: tomó el papel y la lapicera de las manos del chico y estampó su firma. Luego, se los devolvió y le acarició la cabeza. El pibe se alejó, feliz. Mientras Diego se debatía qué hacer para volver a Nápoles, se le acercó un señor muy elegante, impecablemente vestido. El hombre se presentó como el padre del nene del autógrafo y le agradeció el gesto que había tenido con su hijo.

–¿Qué está haciendo acá, a esta hora? –le preguntó.

–Vine a tomar un vuelo pero llegué tarde y el avión se fue sin mí.

–¿Viajaba a Nápoles?

–Sí.

–¿Quiere llegar a Nápoles esta noche?

–Sí, pero ya no hay vuelos...

–Espere un momento, por favor.

El tipo se alejó para hacer un llamado telefónico y regresó con Diego.

–Si quiere, yo lo llevo. Voy hacia el sur en un avión privado. Lo puedo dejar en Nápoles y, después, yo sigo viaje.

Diego aceptó y retornó esa misma noche a su casa. Es la primera persona que conozco que le hizo dedo a un avión.

Durante el desarrollo de la segunda mitad del torneo local, el Napoli fue perdiendo puntos valiosos mientras, en Europa, avanzaba con firmeza en la Copa UEFA: PAOK de Grecia, Lokomotiv Leipzig de Alemania Oriental y Girondins Bordeaux de Francia fueron sus primeras víctimas. En cuartos de final, el equipo de Diego perdió por dos a cero ante Juventus en el Stadio Comunale de Turín. Pero, en la revancha disputada en el San Paolo, el *Diez* y sus compinches brindaron un festival de fútbol y coraje, y ganaron tres a cero.

En el primer partido de la semifinal, la escuadra napolitana se impuso con gran autoridad sobre Bayern Múnich, con un gol de Andrea Carnevale y otro de Antonio Careca. Pocos días después, y antes del juego de vuelta en el Olímpico de la capital bávara, nos juntamos a cenar en casa de Diego con el delantero brasileño, con quien habíamos trabado una profunda amistad. Durante la sobremesa, ellos dos comenzaron a hacer conjeturas sobre el partido en Alemania.

–Es un partido difícil – pronunció Antonio en un momento. Yo me metí, porque disentía con ellos y, también, para levantarles el ánimo.

–Perdón, ¿cuál es el partido difícil?

–La revancha con Bayern...

–¡Ustedes están locos! Cualquier equipo en serio, que saca dos goles de ventaja y va a jugar de visitante, no puede perder. Y en el caso de ustedes, es prácticamente imposible. ¡Napoli ya está en la final!

–No, *Fer*, no es tan fá...

–¿Que no es fácil? Mirá, Antonio: en algún momento, ellos se van a abrir, porque tienen que meter dos goles para empatar. Vos, con tu velocidad y la zurda de éste –lo señalé a Diego–, te vas a hacer un picnic. ¡Grabate bien lo que te digo!

–¿Te parece?

–Te lo repito: el Napoli está en la final.

El 19 de abril de 1989, el Napoli eliminó a Bayern Múnich y cumplió mi predicción. Empataron 2-2 y Careca marcó los dos tantos del equipo italiano, ambos de contragolpe y tras sendas asistencias de Diego. Exactamente como yo lo había dicho.

Un mes después, Napoli se consagró como un brillante campeón de la Copa UEFA tras superar a Stuttgart por un global de 5-4: 2-1 en Nápoles y 3-3 en el Neckarstadion. El tándem Maradona-Careca funcionó tan bien en este certamen que entre los cuatro partidos de la semi y la final, el brasileño marcó cinco goles, todos tras asistencias de Diego. En esos cuatro partidos, Napoli anotó otros cuatro tantos: uno lo consiguió Andrea Carnevale y otro Ciro Ferrara, ambos tras pase del *Diez*, quien además metió otro. ¡Impresionante! Diego tuvo una intervención especial en ocho de los nueve gritos napolitanos en esos decisivos encuentros.

Hay un dato muy interesante que no quiero dejar pasar: antes del comienzo del partido en el estadio Olímpico de Múnich, Diego hizo la entrada en calor como siempre, saltando, sacudiendo todos los músculos, haciendo jueguito con la pelota, con sus botines desatados. Como en casi todos los escenarios futboleros del mundo, durante los minutos previos al pitazo inicial suele sonar música a través de los altoparlantes. Ese día, una de las canciones fue «Live is life», de la banda austríaca Opus, y Diego aprovechó su ritmo movedizo para ponerse a punto para el encuentro. Esa serie de ejercicios precompetitivos no se vio por televisión, pero un periodista holandés, Frank Raes, grabó los movimientos del *Diez* al compás de la música y utilizó esas imágenes –que ese día también saborearon los hinchas en la pantalla gigante del coliseo bávaro– para un documental que dio la vuelta al mundo. Hoy, en casi todos los estadios de fútbol suena «Live is life» antes de los partidos. Gracias a Raes... pero fundamentalmente a Diego.

La entrada en calor debería ser un acto personal. Cuando trabajé junto a César Menotti en el club italiano Sampdoria, tuve oportunidad de comprobar un aspecto muy curioso de los futbolistas profesionales. Previo al inicio de la primera sesión, César reunió al plantel en la zona central del campo y, luego de una breve charla introductoria, me dejó a cargo del grupo. Miré a los jugadores y les transmití una instrucción muy simple para la entrada en calor:

–Tienen diez minutos, cada cual haga lo que se le ocurra –precisé.

Los jugadores, sorprendidos como yo lo había previsto, se observaron entre sí y de inmediato dirigieron su mirada en forma casi inquisidora al defensor Moreno Mannini, histórico capitán del club genovés, quien con visible perplejidad caminó por la línea central rumbo al lateral de la cancha. Una vez ahí, Mannini comenzó a trotar suavemente hacia una de las esquinas, en el sentido opuesto a las agujas del reloj, seguido por sus compañeros en una larga fila de dos en dos. Cuando llegaron a la mitad opuesta, los llamé a todos al centro del campo y pregunté:

–Moreno, ¿cuántos partidos llevás jugados como profesional?

–Cerca de cuatrocientos, *profe*.

–¿Y vos, Siniša? –consulté al defensor serbio Siniša Mihajlović.

–Unos trescientos, más o menos.

–¿Vos, Jürgen? –proseguí con el alemán Jürgen Klinsmann.

–Debo andar por los quinientos.

–Muy bien... y díganme, por favor: ¿Alguno de ustedes recuerda haber dado una vuelta a la cancha en algunos de esos partidos?

–¿Cómo? No entiendo –intervino Mannini, poniéndole voz al desconcierto generalizado.

–Claro, estoy preguntando si recuerdan haber tenido que dar una vuelta completa a la cancha en medio de alguno de los cientos de partidos que jugó cada uno.

El napolitano Vincenzo Montella, fiel exponente de la picardía que caracteriza a los futbolistas del sur italiano, intervino con una frase socarrona:

–Obviamente que no.

–Entonces, ¿por qué hacen en el entrenamiento cosas que jamás hicieron ni van a hacer nunca durante el partido? ¿Por qué todos hacen lo mismo que se le antoja hacer a Moreno? ¿A nadie se le ocurre nada diferente?

Los muchachos me miraban desconcertados.

–¡Vamos a empezar de nuevo! Pero, a partir de ahora, quiero que cada uno haga algo de lo que normalmente realiza en los partidos, con absoluta libertad, durante diez minutos.

Me llamó la atención comprobar la enorme dificultad que tenía la mayoría de los futbolistas para imaginar alguna de las infinitas variantes posibles para iniciar la puesta a punto para el entrenamiento. Acostumbrados desde siempre a respetar la verticalidad de los mandos, la libertad que yo les invitaba a disfrutar obraba, paradójicamente, como una invisible red que los aprisionaba.

No se necesita de un gran esfuerzo intelectual para comprender lo nocivo que puede resultar tratar de imponer cambios de hábitos tan opuestos a los modelos usualmente utilizados. Este tipo de agresión a los patrones acostumbrados provoca en sus víctimas un comprensible

y espontáneo rechazo, debido a la inseguridad que les genera. Es aconsejable, al principio, que un preparador físico se adapte a 25 o 30 jugadores, que todos estos a uno solo. El sentido común, la paciencia y los buenos modales son, a mi juicio, las armas adecuadas que la experiencia, y la inteligencia, ponen a nuestro servicio, ya que convencer es mejor que imponer.

El título continental se consiguió el 17 de mayo, un día después del nacimiento de Gianinna Dinorah, la segunda hija de Diego, en una clínica de Buenos Aires, como su hermana Dalma. Por supuesto, el *Diez* le dedicó el título obtenido a la recién llegada.

La Copa UEFA se celebró con una lluvia de goles (4-1) que inundó el San Paolo cuando el equipo celeste recibió a Torino por la fecha 29 de la Serie A. Sin embargo, el *scudetto* había quedado muy lejos: a sólo cinco fechas del final, Inter había conseguido 50 puntos, mientras que la escuadra sureña, segunda en la tabla de posiciones, reunía 43. Los dos equipos se encontraron en Milán el domingo siguiente: Napoli se adelantó en el marcador con otro gol de Careca, pero Inter metió dos golazos y, con esa vibrante victoria, dio la vuelta olímpica en el Giuseppe Meazza cuatro fechas antes del cierre de la liga.

La temporada 1989/90 se inició con un cambio de comando en el equipo –Alberto Bigon reemplazó a Ottavio Bianchi– y con un conflicto entre Diego y el presidente Ferlaino, a partir del interés de un club francés, Olympique de Marseille, por conseguir el pase del *Diez*. El propietario del equipo provenzal, Bernard Tapie, se había obsesionado con incorporar a Diego, al punto de ofrecerle un contrato que superaba, y por mucho, el salario que le pagaba Napoli, además de proponerle vivir en una villa frente al mar Mediterráneo. La propuesta la formuló el entrenador del equipo, Michel Hidalgo –técnico de Francia en México 1986–, quien se reunió con Diego en la casa de Posillipo unos días antes de que terminara el torneo 1988/89. Tapie inició además una negociación con el club italiano, pero Ferlaino se negó a desprenderse de su máxima estrella y rechazó de plano la proposición. Diego, muy enfadado, partió de vacaciones junto a Claudia y las nenas hacia Argentina.

En Buenos Aires, el *Diez* aceptó participar de un encuentro denominado «Partido de la Solidaridad» convocado por el presidente argentino Carlos Saúl Menem, quien había asumido su mandato pocos días antes. El juego enfrentó a un equipo con figuras del ámbito local con una selección argentina dirigida por Carlos Bilardo, integrada por muchos de los futbolistas que viajarían a defender el título al Mundial de Italia 1990 –Nery Pumpido, Ricardo Giusti, Néstor Fabbri, Julio Olarticoechea, José Basualdo, Claudio Caniggia y Diego– y el mismo Menem, quien por entonces tenía 59 años, ¡como titular con la camiseta número «5» y el brazalete de capitán! Diego me había

invitado a ir a la cancha de Vélez a presenciar esa parodia montada para ensalzar a ese tipo despreciable –sus rivales, cómplices, no lo marcaron en toda la noche y le regalaron todo el espacio posible para que él se luciera con un par de pases acertados–, pero yo me negué a presenciar esa farsa.

–¡No voy ni en pedo! ¡Yo no voy a ser cómplice de esa chantada!

Aproveché para tomar un micro e ir unos días a Lincoln a ver a mis familiares y amigos. Cumplidas las vacaciones, yo retorné a Nápoles, pero Diego se marchó por unos cuantos días a Esquina, la localidad correntina donde había nacido su padre, para pescar y cazar junto a un grupo de amigos. Bigon inició la pretemporada con casi todos sus futbolistas, menos su mejor jugador. Los diarios italianos, especialmente los del norte, se hicieron un festín con la novela. También la revista argentina *El Gráfico*, a través de su corresponsal en Italia, Bruno Passarelli. Este tipo escribió varios artículos con mucha mala leche. En uno, resaltó que, mientras se esperaba el retorno del *Diez*, yo me había ido un fin de semana a Capri a tomar sol. ¿Qué quería que hiciera? ¿Cómo podía entrenar a Diego estando yo en Nápoles y él en Argentina? Además, no me había ido a Bali, sino a un lugar situado apenas a unas dos horas en barco del puerto napolitano. Me dio mucha bronca la actitud de Passarelli, un periodista al que yo mismo había invitado una vez a casa de Diego para una entrevista. Él había llegado con su hijo, al que Claudia, muy amablemente, le preparó leche chocolatada y un sándwich. Pero luego, como Diego estaba enojado con los directores de la revista, Passarelli decidió jugar para la patronal.

Finalmente, el *capitano* llegó. Barbudo, algo desalineado, bajoneado, desmotivado. El primer día que nos vimos, me manifestó que no quería jugar más en Napoli, que no soportaba a Ferlaino, que necesitaba un cambio de aire. Yo debí afrontar, una vez más, la doble responsabilidad de prepararlo física y mentalmente. Faltaba menos de un año para el Mundial de Italia y él tenía la posibilidad de ratificar sus condiciones futbolísticas y de líder en el mayor de los escenarios futboleros.

–Diego, el año que viene se juega el Mundial. Vos estás en un momento ideal: no sos joven ni viejo, sos experto. Nadie puede guiar a la Selección mejor que vos.

La frase hizo *click* dentro de su cabeza, y enseguida cambió la dejadez por motivación. Empecé a diseñar los trabajos para poner a punto la máquina. Debido a que la Serie A ya había comenzado, con un Napoli que se había trepado a la punta gracias a tres victorias y un empate, lo primero que se me ocurrió fue realizar una breve pretemporada en Soccavo, a la vista de los periodistas, para que se dejaran de comentar pavadas. Para la sesión inaugural, llamé por

teléfono a Gennaro Montuori, el reconocido *tifoso* apodado *Palummella*. Le avisé que a las cuatro de la tarde iríamos a entrenar con Diego y le pedí que se acercara al predio deportivo con algunos hinchas, para desmentir que los fanáticos estaban enfadados con su máximo ídolo. Cuando llegamos con Diego a Soccavo, había unos setenta muchachos de la barra que vivaron al *Diez* con muchísimo cariño, delante de unos veinte o treinta cronistas que también habían acudido a la cita. Recuerdo que ese primer entrenamiento lo cerramos con un campeonato de penales entre Diego y yo, «mano a mano», en uno de los arcos de la cancha auxiliar donde practicaba el equipo. Comenzamos a patear y atajar, alternadamente. Los primeros ocho fueron adentro, todos. Cuatro de él y cuatro míos. Yo siempre le pegaba al mismo palo, a su izquierda, en vez de cruzar la pelota, y lo cargaba cuando convertía. Él también, por supuesto. Estaba más distendido y comenzaban anotarse sus ganas de volver al San Paolo. Diego pateó su último penal y la pelota pegó en el travesaño y salió. Me tocaba el décimo: si lo metía, ganaba. Tomé carrera y, antes de correr hacia le pelota, pensé:

–Si le gano, encima frente a la prensa y muchos hinchas, se va a sentir mal...

Pero enseguida recapacité: se trataba sólo de un simple juego, y probablemente no tendría una nueva oportunidad para ganarle al mejor de todos. Tiré otra vez a su izquierda, y él volvió a arrojarse hacia la derecha. Gol. Cumplida mi victoria, comencé a caminar hacia los vestuarios. Todavía deben estar resonando por Soccavo sus gritos exigiendo un desquite:

–*Ciego* hijo de puta, dame la revancha.

–¿Qué te creés, que es la final del mundo? No te doy un carajo la revancha.

¡Me puteó tres días seguidos!

El domingo 17 de septiembre, Diego salió por el túnel del estadio San Paolo vistiendo una camiseta diferente: la número 16. Con paso parsimonioso, calzado sólo con medias y sus botines unidos por los cordones y colgando de su hombro izquierdo, se dirigió hacia el banco de suplente saludando al público, a los chicos alcanza-pelotas y a otros conocidos que lo recibieron en el césped con una enorme sonrisa. El primer tiempo de ese partido, ante Fiorentina, resultó un monólogo de una joven figura: Roberto Baggio. *Roby* la descosió: metió dos goles y enloqueció a toda la defensa napolitana. En el entretiempo, Diego le dijo a Bigon que quería entrar. Perdido por perdido, el técnico aprobó la sugerencia y lo mandó a la cancha en reemplazo de Massimo Mauro. La primera pelota que tocó el «16» fue un penal, que atajó el arquero toscano Marco Landucci. La historia parecía juzgada, pero enseguida los engranajes se ajustaron y el equipo demostró que estaba

para grandes cosas cuando dio vuelta el marcador para imponerse por un emocionante tres a dos.

–Estoy muy contento porque logramos darlo vuelta –le comentó Diego a un periodista, al finalizar el encuentro. También reservó unas palabras para formular una sana autocrítica:

–Yo caminaba y mis compañeros volaban a mil por hora. Espero estar otra vez en forma lo más pronto posible.

Y estuvo. En las cinco fechas siguientes, Diego hizo un gol por partido.

El 7 de noviembre de 1989, Diego y Claudia se casaron en Buenos Aires. La boda religiosa se celebró en la Basílica del Santísimo Sacramento y la fiesta en el Luna Park, que fue opulentamente decorado para la ocasión. Diego, Claudia, sus hijas y sus padres ocuparon un sitial de honor sobre en un palco elevado a un metro y medio del suelo, desde donde podían observar las más de cien mesas donde se ubicaron sus 1.200 invitados, muchos de ellos llegados especialmente desde Italia en un vuelo chárter, como los futbolistas del Napoli o el doctor Antonio Dal Monte.

Yo no concurrí a la «despedida de soltero» realizada la noche previa al casamiento, pero sí me contaron algunos de sus participantes que la cuestión estuvo muy picante… y resultó dramática para el arquero Giuliano Giuliani: allí, según confesó el mismo Giuliani, se contagió el virus del SIDA. El periódico italiano *Corriere della Sera* publicó que, poco antes de morir en el hospital Sant’Orsola de Bologna, en noviembre de 1996, el arquero le declaró a su ex esposa, una mujer hermosísima llamada Raffaella Del Rosario, quien era presentadora de televisión, que había contraído la enfermedad en aquella «noche loca» de Buenos Aires, en la que había mantenido «relaciones sexuales sin protección».

De vuelta en la Serie A, Napoli y Milan llegaron a la penúltima fecha del torneo «cabeza a cabeza», con 47 puntos. Ese día, el equipo sureño venció por cuatro a dos a Bologna en el Renato Dall’Ara, y la escuadra *rossonera* cayó en el estadio Marc’Antonio Bentegodi, la casa de Hellas Verona. El segundo *scudetto* napolitano se cristalizó una semana más tarde en el San Paolo, con un triunfo por uno a cero sobre Lazio. A pesar de no haber estado presente en los primeros cuatro partidos y medio de su equipo, Diego se consagró como el *capocannoniere* del Napoli, con 16 gritos.

El yate de lujo de Corrado Ferlaino remató el gran festejo, al que se colaron caras extrañas de políticos y otros personajes de oscura profesión. Yo brindé por el éxito de Diego, y por la Copa del Mundo que se aproximaba radiante para invitarlo a una nueva aventura.

CAPÍTULO 7
UN'ESTATE ITALIANA

Si en México Diego se coronó como el jugador más valioso en una Copa del Mundo, en Italia se consagró como un héroe que antepuso la pasión al dolor. Nunca he visto dentro de una cancha un mayor ejemplo de valentía, compromiso y amor propio como el que él demostró durante el Mundial italiano. Diego regó de fútbol los campos italianos a pesar de la conjunción de dos lesiones que, inclusive separadas, hubieran descartado al más pintado. Jugó los siete partidos –tres de la primera ronda y cuatro de la segunda, de octavos a la final–, completos, con dos alargues –uno en cuartos, otro en la semi–, sin abandonar el césped un solo segundo, a pesar de que el dedo gordo de su pie izquierdo estaba destrozado, y su tobillo zurdo se había hinchado tanto por un golpe que, más que una articulación, parecía un pomelo correntino. Pero vayamos por partes porque, como había ocurrido para la Copa mexicana, Diego comenzó a vivir el Mundial de 1990 mucho antes de la fiesta inaugural.

Unos tres meses antes del pitazo inicial del certamen universal, volvimos al instituto del maestro Antonio Dal Monte para realizar otro chequeo general previo al gran desafío. También se sumaron Claudio Caniggia, Sergio Batista y Oscar Ruggeri, quienes arrastraban algunas lesiones, y Jorge Valdano, quien se había retirado en 1987, afectado por una hepatitis, pero intentaba jugar su tercer Mundial luego de que Carlos Bilardo le propusiera sumarse a la selección albiceleste. Bilardo le formuló el ofrecimiento durante la fiesta de casamiento de Diego, en el Luna Park. Luego, cuando el grupo «europeo» regresaba en el vuelo chárter, yo le presenté al doctor Dal Monte. Jorge tenía previsto llegar a Nápoles y tomar otro avión hacia Madrid, pero acordó con Dal Monte que lo llamaría para concertar una cita y hacerse los estudios en su clínica. Valdano trabajó muchísimo, realizó un gran esfuerzo, pero al final Bilardo decidió dejarlo fuera del torneo italiano. Desencantado, Jorge dijo una vez: «Nadé a través del océano y me ahogué en la orilla». Unos días después de que quedara al margen del equipo para competir en Italia, estábamos tomando mate con Diego y él me dijo:

–Yo también tengo ganas de irme.

–¿Por qué?

–Me da pena el esfuerzo brutal que hizo Jorge.

–Bueno, *Die*, era uno de los riesgos que corría. Hizo una

recuperación asombrosa, sí, pero también la decisión de Bilardo está dentro de las reglas del juego.

Diego lo comprendió, aunque quedó dolorido por su amigo. No sólo por todo lo que Valdano representaba para el grupo, sino porque, cuando se enteró del ofrecimiento de Bilardo, el *Diez* había terminado por convencerlo de que podía jugar la Copa del Mundo.

Realizados los exámenes, Dal Monte determinó que el *Diez* estaba muy bien, aunque evidenciaba en su cuerpo el peso de una temporada que había sido dura: además haber peleado hasta el final la Serie A que le otorgó a su segundo *scudetto*, el Napoli avanzó hasta las semifinales de la Coppa Italia (instancia en la quedó eliminado por AC Milan) y en la Copa UEFA sumó tres rondas, hasta caer ante Werder Bremen de Alemania en octavos de final. Dal Monte, quien mantenía viva su llama de investigador e inventor, nos ofreció una bicicleta ergométrica con una tecnología de altísima definición, diseñada para evaluar la condición física de atletas de alto rendimiento. Como siempre, Diego quedó fascinado con el aparato y su tablero lleno de luces, botones, perillas y conexiones para cables que yo le colocaba con ventosas pequeñas en distintas partes de su cuerpo. Lo compramos e instalamos primero en la casa napolitana, y luego en uno de los gimnasios de la concentración elegida por Carlos Bilardo: el centro deportivo Fulvio Bernardini de la Associazione Sportiva Roma situado en la zona de Trigoria, en la porción sur de la *Ciudad Eterna*. Allí, a unos cuarenta kilómetros del famoso Coliseo y del antiguo Foro, también emplazamos una cinta para correr de última generación, delante de la cual coloqué un espejo, siguiendo los consejos de nuestro gurú de Acqua Acetosa. Dal Monte le recomendó a Diego, además, los servicios de una masajista que cada día trabajaba sobre su espalda y su cintura, donde él solía sentir dolores. Igualmente, siguió una dieta especial que le preparó un médico nutricionista catalán llamado Henri Chenot, delineada para que llegara a la Copa del Mundo en su peso ideal: los 76 kilos. A Chenot lo habíamos conocido en el Hotel Palace Merano, un centro de desintoxicación, regeneración energética y SPA situado en las afueras de Bolzano, en el Tirol italiano, en el que Diego se alojó un par de veces con Claudia y conmigo para recuperar fuerzas y descansar de la desgastante Serie A.

Para apuntalar su estructura anímica, yo insistí con que, a los 29 años, él podía compensar con la experiencia y su inextinguible carácter ganador cualquier eventualidad que mellara su despliegue físico. No me equivoqué. A una semana del Mundial, Bilardo organizó un partido de práctica contra un equipo juvenil de la Roma. En una jugada, un chico intentó quitarle la pelota a Diego y, sin querer, le pateó la punta del botín. Diego cayó dolorido y, cuando lo revisamos, descubrimos que el golpe le había arrancado la uña del dedo gordo del

pie izquierdo. A partir de ahí, él entró en una situación de angustia porque, después de tanto sacrificio hecho y a una semana de la Copa del Mundo, en un amistoso contra muchachos jóvenes, le tocó sufrir una lesión muy inoportuna que había puesto en riesgo su participación mundialista. Pero, otra vez, en base a muchísimo amor propio y al talento del doctor Dal Monte, Diego renació. Dal Monte le fabricó una férula de carbono que debía ser adherida al dedo lastimado antes de cada entrenamiento o de los partidos. La prótesis solucionó un problema, pero generó otro, porque Diego, al calzarse el botín, sufría una punzada espeluznante, de modo que el médico del equipo, Raúl Madero, debía inyectarle un anestésico antes de cada encuentro. ¡Jugó los siete partidos del torneo infiltrado!

El 7 de junio de 1990, pocas horas antes de que la selección albiceleste enfrentara a Camerún en la inauguración del Mundial de Italia, pactada para el día siguiente, los jugadores y el cuerpo técnico visitaron el estadio Giuseppe Meazza para realizar el habitual reconocimiento del campo de juego. Con Diego nos pusimos a practicar penales en uno de los arcos. Estábamos pateando y, por uno de los accesos a la cancha, por la cabecera del arco opuesto, apareció un grupo de personas encabezado por el presidente argentino Carlos Menem.

–Uy, ¡la puta que lo parió! –le grité al Diez, lo suficientemente fuerte como para que me escuchara él, pero no la *troupe* que se nos acercaba por el costado de la cancha. Diego siguió sacudiendo pelotazos, sin darle mucha importancia a la presencia del mandatario que él mismo había conocido en La Rioja durante la filmación de una serie de comerciales de una bebida japonesa.

Yo había leído una nota muy divertida de la revista *Humor* que enumeraba una serie de hechos desafortunados que coincidían con situaciones protagonizadas por el ex gobernador riojano, al que muchos llamaban *Méndez* justamente para no atraer desgracias: el artículo mencionaba que, durante la campaña electoral de los comicios presidenciales de 1989, dos camiones con gente que lo había saludado durante un acto se desbarrancaron, y que en esa misma gira una avioneta de la comitiva se había estrellado. Al día siguiente, Menem visitó a los dos sobrevivientes... quienes fallecieron tres días después. Durante esa campaña también se accidentó y murió su médico personal. El día de su asunción, su hijo Carlitos sufrió un choque con su moto. La lista era bastante larga y algunas de las adversidades resultaban muy graciosas. «Por favor: que no viaje», reclamó la publicación. No hubo caso. Yo no creo en brujas, pero admito que aquella tarde, al verlo, fui uno de los muchos allí presentes que casi sin darnos cuenta hicimos los cuernitos. ¡No sirvieron para nada!

A Menem se le había ocurrido entregarle a Diego un pasaporte oficial y nombrarlo asesor *ad honorem* del gobierno «para asuntos deportivos y difusión de la imagen argentina en el exterior». Una chantada demagógica que tenía como único objetivo aprovecharse de la popularidad del mejor futbolista del mundo. Cuando *Méndez* necesitó soltarle la mano y hundirlo en un barril de mierda para tapar los chanchuyos que le explotaban en la prensa, lo hizo sin ponerse colorado. Pero esa tarde milanesa, un asesor del presidente argentino se acercó a Diego para pedirle que lo acompañara al salón del estadio donde se realizaría el acto oficial y recibiría su distinción.

–¿Vamos, *Ciego*?

–No, tomátelas. Yo me quedo, ¡andá vos! –le respondí. Como había ocurrido en La Rioja, preferí mantenerme lejos de ese tipo despreciable.

Diego se puso muy feliz con el nombramiento, que celebró junto a sus padres. A mí no me quedan dudas: lo que pasó el día siguiente en ese mismo estadio tuvo que ver, y mucho, con la presencia de *Méndez* en el palco oficial. No sólo porque Argentina, el campeón del mundo, perdió con Camerún –una selección con apenas un antecedente mundialista, España 1982, en el que no había superado la primera fase–, uno a cero. Diego, además, recibió dos golpes terribles: un planchazo asesino en el pecho de su marcador personal, Víctor N'Dip, y una patada demoledora en el tobillo izquierdo, el que había sido fracturado por Andoni Goikoetxea durante su paso por Barcelona. Como si todo eso fuera poco, durante ese mismo partido un pelotazo le dio en la oreja y le voló un aro de diamantes que le había regalado Claudia. La joya, valuada en algunos miles de dólares, no pudo ser recuperada.

Un rato después, al enfrentar los micrófonos de la prensa, Diego descargó algo de su bronca con una metralla de ironía: «El único placer fue descubrir que, gracias a mí, los italianos de Milán dejaron de ser racistas: hoy, por primera vez, apoyaron a los africanos».

Una cosa que recuerdo, y con orgullo, sucedió durante la entrada en calor del partido inaugural. Los ejercicios precompetitivos no se desarrollaron sobre el césped del estadio milanés –en ese momento tenía lugar la fiesta de apertura de la Copa– sino en un gimnasio techado situado bajo una de las tribunas, con los dos equipos distribuidos en dos rectángulos marcados en el piso, separados apenas por cinco metros. Mientras los muchachos africanos calentaban, apareció Diego, con los cordones desatados, como siempre. Empezó a hacer jueguitos, pasándose la pelota de un lado al otro, como hacía habitualmente en Nápoles, y los rivales dejaron de correr y de estirar sus músculos para verlo. ¡Estaban impactados! El preparador físico de Camerún debió pegar varios gritos para despertarlos de esa hipnosis

magnífica. Después, cuando todos los jugadores enfilaron hacia los vestuarios para ponerse las camisetas oficiales, todos querían sacarse fotos con el *Diez* albiceleste. Fotos que luego «agradecieron» a las patadas.

De regreso a Trigoria, la habitación de Diego parecía la cueva del Hombre de las Nieves: le poníamos bolsas con hielo en el tobillo, sobre una rodilla, en el pecho donde N'Dip había dejado sus tapones tatuados. ¡El capitán argentino era un paquete de carne picada! Yo pensaba que no iba a poder seguir, pero a fuerza de infiltraciones, de coraje, de rebelarse contra todo, volvió a las canchas, partido a partido. Yo lo vi como un animal herido que prefiere morir luchando a entregarse manso a sus cazadores.

La lesión de la articulación se agravó en el encuentro contra Rumania, el tercero y último de la fase inicial. El zaguero Iosif Rotariu le asestó un puntinazo brutal en el tobillo izquierdo, que debido a los sucesivos porrazos se infló como un globo. Parecía que Diego tenía una pelota de tenis o una naranja metida debajo de la piel a la altura de la articulación, que al día siguiente amaneció negra, como la bola «8» del juego de pool. Entre la uña del dedo gordo y la hinchazón del tobillo, ningún botín le entraba. Diego tuvo que pedirle a la gente de la empresa Puma que le fabricara un calzado especial para el encuentro siguiente, ante Brasil. Nada menos que frente a Brasil, un rival clásico por la vecindad y al que Argentina jamás le había podido ganar en una Copa del Mundo –se habían enfrentado en 1974, 1978 y 1982, con un saldo de un empate y dos victorias a favor de los verdeamarelos–. Diego, por otra parte, debía enfrentar a dos de sus compinches del Napoli: Antonio *Careca* y Ricardo *Alemão* de Brito.

Luego de que un par de diarios italianos publicara los días previos al duelo sudamericano que lo del tobillo de Diego era puro cuento, yo le recomendé que apareciera ante los periodistas en ojotas, para que todos vieran y pudieran registrar en qué estado tenía la articulación. No lo hice para abrir el paraguas en caso de una eventual derrota –que la prensa general vaticinaba como el resultado más lógico, porque el equipo albiceleste jugaba muy mal, con muchos de los futbolistas al límite de sus posibilidades, y su rival había ganado los tres compromisos de la fase de grupos–, sino para crear conciencia en los árbitros y que asumieran una conducta más protectora de los jugadores talentosos.

Antes de salir de Trigoria para enfrentar a Brasil en el Stadio delle Alpi de Turín, la rica ciudad de la Juventus, un periodista argentino le preguntó a Diego si Argentina tenía posibilidades de superar a su clásico rival. Él contestó con una sonrisa:

–En el fútbol existen los milagros.

Al llegar al hotel turinés, Bilardo notó que en uno de los salones se

estaba desarrollando una fiesta de casamiento. El tipo recordó que una de sus abuelas italianas le había dicho una vez que las novias suelen transmitir buena suerte, de modo que envió a todos los jugadores a saludar a la recién casada. Dichosamente, su flamante esposo y el resto de los asistentes tomaron la invasión argentina con humor y buena onda.

La mañana del partido, Diego apenas podía pisar con el pie afectado. Daba un paso y veía las estrellas. Al llegar al vestuario, le pidió al doctor Madero que, antes de infiltrarlo, le extrajera un poco de la sangre coagulada que le taladraba el tobillo. Después de varios intentos fallidos, el médico clavó por fin la aguja mientras Diego mordía una toalla para aguantar el dolor. La articulación estaba a la miseria, pero Diego, igual, fue Diego. Con un amor propio y un bravura inigualables, dio vida a la jugada que definió el pleito. Tomó la pelota dentro del círculo central, del lado argentino, eludió a su compañero napolitano *Alemão*, superó en velocidad a *Dunga* y, rodeado por Mauro Galvão y Ricardo Rocha, dibujó un pase perfecto, con un toque de derecha, que habilitó a Claudio Caniggia. El *Pájaro* esquivó al arquero Cláudio Taffarel y anotó el único tanto del partido.

El marcador final, hay que decirlo, no refleja en absoluto lo que sucedió ese día dentro de la cancha. Brasil fue muy superior y no ganó por la perfecta labor del arquero Sergio Goycochea y la ayuda de los postes, que tres veces le negaron el gol a los verdeamarelos. Para mí, ese partido significó una de las mayores injusticias deportivas que tuve oportunidad de presenciar.

Mucho se ha hablado de una seria denuncia formulada por el lateral izquierdo brasileño Cláudio *Branco* Leal: en una detención del juego, *Galíndez* –quien también actuaba como aguatero del equipo argentino– ingresó a la cancha y repartió cantimploras con líquido cristalino a sus compatriotas, pero reservó una con un brebaje adulterado, que le entregó a los rivales. *Branco* bebió y, según manifestó, comenzó a sentirse mal. Yo reconozco que, durante el partido, noté que no estaba bien. Tiempo después escuché lo que contaron el propio *Galíndez* y Diego en sendas entrevistas televisivas.

El modo de entender el fútbol también es un modo de entender la vida. Vos no podés disociar al entrenador del hombre. César Menotti era un tipo que hacía de la ética una bandera. Y a Carlos Bilardo le venía bien cualquier remedio para lograr el fin. Esa valoración de la ética es lo que llamo «diametralmente opuesto», porque si había que ponerle lo que le pusieron en el bidón a *Branco* en el Mundial con tal de sacar el resultado, Menotti se hubiera tomado el bidón. En cambio, creo que Bilardo fue en general un tipo muy débil, que necesitaba tanto del triunfo como los timoratos necesitan tanto del poder. Al hombre y a la mujer seguros no les interesa el poder. A lo mejor lo

ejercen sin saberlo, pero no lo buscan como un fin en sí mismo. A Bilardo no le importaban las formas en su obsesión por ganar, y Menotti anteponía las formas al triunfo, y a mí me parece genial porque es un aprendizaje para la vida. La trampa es una inmundicia en el deporte y en cualquier ámbito. Como dije en el capítulo dedicado al Mundial de México, la mano de Diego fue una porquería. El fútbol es una maravillosa excusa para ser feliz, pero también es un arma poderosa a favor de la formación o la deformación de los jóvenes y, frente a esta disyuntiva, uno tiene que elegir por qué camino va a avanzar a lo largo de su vida.

Admito que muchas de mis actitudes que no se corresponden con el modelo clásico de preparador físico o de «hombre del fútbol», y son tomadas como estrafalarias. Para mí, ganar no es lo más importante. Mucho menos, lo único que importa. Siempre fue así. Hace casi cuarenta años, durante el partido de vuelta por la semifinal del Torneo de la Liga del Oeste entre el equipo en el que trabajaba, Rivadavia de Lincoln, y Matienzo de la ciudad de Alberdi, protagonicé una situación distintiva de mi forma de ver las cosas. Faltando apenas tres minutos para que terminara el juego, empatábamos sin goles y, con ese resultado, nos clasificábamos para la final. El árbitro marcó un córner a favor de Rivadavia y nuestros jugadores invadieron el área rival, dejando de lado cualquier atisbo de precaución y haciendo caso omiso a las enérgicas indicaciones que desde el banco enviaba el técnico, Juan Torres. Llegó el centro, bombeado y abierto, y un defensor rechazó la pelota, que le llegó a un puntero petiso y veloz, que inició una carrera vertiginosa por la banda derecha, perseguido con desesperación por su marcador. Al llegar a la altura del área grande, y a toda velocidad, el atacante sacó un formidable centro con chanfle hacia adentro, que el centrodelantero de Matienzo conectó con una volea tan salvaje como espectacular. La pelota salió despedida con una potencia aniquiladora, y luego de reventar la base del travesaño, quedó picando dentro del arco. La sublime belleza de la jugada y su exquisita definición hicieron que yo pegara un salto en el banco y, con los puños apretados, gritara el gol. Mejor dicho, el golazo. Torres, boquiabierto, me tomó de la remera y me gritó:

–*Profe*, ¿te volviste loco? ¿Cómo vas a festejar el gol de ellos?

Todavía excitado por semejante exhibición estética, le respondí:

–¿Qué me importa de quién fue el gol? ¡Fue un golazo, y basta!

Nunca entendí cómo se desarrolla el mecanismo por el cual algunas personas se privan de las placenteras emociones que la belleza (en cualquiera de sus formas) desata instintivamente en nuestro espíritu.

La perversidad que ocasiona en el presente un mal entendido sentido de pertenencia, da lugar a comportamientos impregnados de un fanatismo retrógrado y nefasto, que iguala a quienes lo padecen

con las remotas tribus bárbaras de la Edad de Piedra. Son incontables los partidos ganados por equipos de cuyos cuerpos técnicos fui parte, de los que no recuerdo absolutamente nada. Sin embargo, aquel partido ante Matienzo, que no sólo terminó en derrota sino que nos dejó fuera de una final que creíamos segura, permanece como un preciado e imborrable recuerdo en mi memoria, gracias a esa fantástica jugada.

El partido con Brasil dejó también una historia muy graciosa: la mañana del partido, yo bajé al *lobby* del hotel para despejarme un poco y encontré al hermano de Carlos Bilardo, quien estaba con otras dos personas. Habían ido a buscar las entradas para ir a la cancha, pero Carlos estaba durmiendo y ellos estaban preocupados porque temían no llegar a tiempo al encuentro, ya que el estadio quedaba bastante lejos. Les ofrecí ir hasta la habitación del técnico, pero me respondieron que temían que mi intervención quebrara su rutina y, siendo él tan cabulero, se pusiera muy nervioso. Fui de todos modos hasta su cuarto y golpeé la puerta:

–¿Quién es? –escuché que Bilardo decía desde adentro.

–Soy Fernando, Carlos.

–Entrá, ¿qué pasó?

Estaba recostado en la cama, con las piernas flexionadas, las manos cruzadas. Yo le expliqué lo que sucedía con sus familiares y las entradas. Entonces me dio el sobre y yo me fui. Después del partido, cuando subí al micro, me acerqué a Carlos y le dije:

–Escuchame una cosa: a mí no me vengas ahora con la cábala, porque no quiero saber nada.

Lo atajé antes de que se le ocurriera pedirme que lo despertara cada mañana de partido, para llevarle el sobre a su hermano.

–Despertate solo –le advertí. Él se reía, pero creo que solamente porque se había embriagado de euforia.

Cuando regresamos a Trigoria, Diego estaba exultante. Se emocionó mucho con el recibimiento que le regalaron sus hijas, entonando canciones de cancha sobre la selección argentina. A pesar del molesto tobillo hinchado, embadurnado con cremas desinflamantes y vendado, el capitán argentino se paseó por el complejo con una enorme sonrisa y vistiendo la camiseta de la selección italiana que le había regalado su compañero del Napoli Ciro Ferrara. Él les había prometido tanto al defensor como a *Nando* di Napoli y Andrea Carnevale que la usaría el día más feliz de su estancia en el complejo de la AS Roma, y cumplió. De hecho, se acercó a un grupo de fotógrafos de la prensa para que lo retrataran así vestido, a fin de que el mensaje llegara a la concentración de la escuadra local.

A diferencia de lo ocurrido en México, donde el equipo argentino impuso su jerarquía de punta a punta, y sólo estuvo abajo en el

marcador durante un ratito del duelo de la primera fase con Italia, en la Copa de 1990 cada partido preció un electrocardiograma de esfuerzo. El choque con Yugoslavia, disputado en la ciudad de Florencia por los cuartos de final, resultó un martirio. Argentina sufrió muchísimo en los noventa minutos, en el alargue y en los penales. Encima, Diego falló su disparo desde los once metros, atajado por el arquero Tomislav Ivković y celebrado en las tribunas por los espectadores toscanos. En ese momento, lejos de tener alguna pizca de optimismo, pensé que todo se terminaba. Empezamos a bajar junto con Julio Grondona y otro dirigente de la AFA, y un camarógrafo italiano que andaba por ahí dice «Forza Yugoslavia». Le respondí «va fanculo», me salió del alma. Pero *Goyco* atajó el penal siguiente y los tres volvimos a nuestras butacas para ver cómo Argentina, finalmente, se imponía en un frenético desempate.

Ese desempate desde los once metros tuvo dos historias muy curiosas detrás. La primera sucedió el día previo al encuentro con Yugoslavia. Carlos Bilardo organizó un «campeonato de penales» para practicar los tiros, en caso de que el juego finalizara igualado tras los noventa minutos y el alargue de media hora. Al cabo de dieciocho rondas, Diego y Pedro Troglio llegaron a la «final» sin haber errado un solo disparo. Troglio acertó su remate decimonoveno y el *Diez* falló el suyo, por lo que el ex jugador de River y Gimnasia ganó la competencia. Curiosamente, a la hora de la verdad, los dos más efectivos fallaron: a Diego se lo atajó Tomislav Ivković y el pelotazo de Pedro fue devuelto por un poste.

La segunda rareza se inició el 27 de octubre de 1989, cuando el Napoli y Sporting de Lisboa también debieron recurrir a los disparos desde los once metros para desequilibrar una serie que había terminado sin goles luego de dos partidos, uno en el San Paolo y otro en la capital portuguesa, por la primera ronda de la Copa UEFA. Comenzó el desempate y, luego de cuatro tiros por equipo, el Napoli quedó arriba por tres a dos. Le tocó el turno a Diego: si convertía, el club italiano pasaba a la fase siguiente. El *Diez* tomó la pelota y, cuando se disponía a colocarla sobre el punto marcado con cal, el arquero del equipo lusitano, el yugoslavo Ivković, lo sujetó del brazo y le propuso apostar cien dólares, convencido de que lo contendría. Diego aceptó, pero debió pagar al final del *match*, porque Ivković adivinó la dirección de su remate, sobre su poste izquierdo. Esa pifia, al menos, no le costó más cara al *Diez*, porque el Napoli finalmente se impuso sobre la escuadra portuguesa gracias a un yerro de Fernando Gomes. Unos diez meses después de esa insólita apuesta, Diego e Ivković volvieron a estar frente a frente separados por doce pasos, aunque sin plata de por medio. El argentino, quien recordaba lo sucedido en Nápoles, disparó hacia el otro palo, el derecho del

portero. El yugoslavo, quien también tenía buena memoria, adivinó que su rival cambiaría el destino de su remate, y volvió a detenerlo. Los espectadores toscanos celebraron como si Ivković hubiera sido el *portiere della Nazionale italiana*. Mas el destino quiso que, en ambos casos, la gloria no fuera completa para el arquero yugoslavo, porque su equipo cayó en las dos series.

La semifinal ante Italia comenzó mucho antes del pitazo inicial del referí francés Michel Vautrot. El azar, caprichoso, quiso que ese encuentro trascendental entre el equipo anfitrión y el defensor del título se disputara nada menos que en Nápoles, el reino de Diego, y en el San Paolo, su castillo. En cualquier otro escenario, la escuadra sudamericana hubiera sido recibida de la peor manera. Pero, al pie del Vesubio, la cosa resultó muy diferente, porque los corazones estaban teñidos de celeste y satisfechos de títulos gracias al inigualable Diego. Para calentar todavía más el ambiente –o enfriarlo, según cómo se mire–, el *Diez* se pasó los días previos al juego gritando ante cada micrófono que los hinchas de todo el país peninsular «les piden a los napolitanos que sean italianos por una noche, mientras que los otros 364 días les llaman *terroni*», un término despectivo para los ciudadanos sureños dedicados a labrar la tierra, y para rogarles a sus adorados *tifosi* que «recuerden que, para el resto de los italianos, ustedes no forman parte de Italia». La jugada resultó magnífica: nadie se animó a silbar el himno argentino, ni a arrojar la primera piedra. Era como que querían, pero no podían. Asimismo, muchos napolitanos seguramente hubieran querido alentar a Diego, pero también querían hacerlo por Italia. Había algo en el aire que no sé bien de qué se trataba, que no les permitía exteriorizarse ni para un lado ni para el otro. Creo que si ganaba Italia, habrían estado tristes por Diego. Era un sentimiento dual muy difícil resolver. Un grupito, apenas, colgó una bandera con una tibia leyenda: «*Maradona: Napoli ti ama ma l'Italia è la nostra patria*».

El equipo argentino se alojó en el Hotel Paradiso, que estuvo repleto de hinchas albicelestes. Cuando viajamos de la concentración hacia el San Paolo, yo me senté en el último asiento del micro junto a Néstor Fabbri y el *Patón* Edgardo Bauza. Durante el trayecto, en un momento miré por la ventana y advertí que ómnibus era seguido por una infinidad de motos y scooters. De pronto, a mi lado, apareció una motocicleta conducida por Carmine Iuliano, el supuesto jefe de la camorra napolitana y uno de los tipos más buscados de Italia. Lo curioso del hecho es que, a poquitos metros de Iuliano, que manejaba a cara descubierta, circulaban varias motos de la policía que custodiaban nuestro micro. Los uniformados no se dieron cuenta –o no se quisieron dar cuenta– del célebre personaje que los acompañaba en esa caravana.

Llegamos al estadio, bajamos hacia los vestuarios y en uno de los pasillos me crucé con Ciro Ferrara y Fernando de Napoli. Nos saludamos y Ciro me dijo:

–Escuchá, *Fer*: decile al *Capitano* que no se haga el vivo, que hoy tenemos que ganar nosotros.

Me contó que a cada jugador italiano le habían confeccionado cinco trajes distintos para las distintas celebraciones que estaban previstas cuando se consagraran campeones. Uno era blanco, para visitar el *Palazzo del Quirinale*, donde los iba a recibir el presidente de Italia. Además, yo había leído que las empresas de *merchandising* habían previsto recaudar más de 600 millones de dólares por venta de camisetas y todo tipo de artículos, si la *Nazionale* levantaba la Copa, y que la industria editorial había previsto el lanzamiento de varios libros conmemorativos. Había mucho en juego en esa semifinal, y el equipo local era el que tenía más para ganar... pero también para perder.

El partido lo vi desde el sector de prensa. Desde allí me impactaron las elegantes camperas blancas y negras de los italianos, que contrastaban con la ropa de la formación argentina, que salió a la cancha sólo con la camiseta, directamente vestida para jugar. Creo que ese fue el mejor partido de Argentina en ese Mundial. El equipo controló la mitad de la cancha y no pasó demasiados sobresaltos en defensa. No obstante, empezó perdiendo por un tempranero gol de Salvatore Schillaci, quien se consagraría como el *capocannoniere* del campeonato, a los 17 minutos, y recién conseguiría la igualdad a los 22 minutos de la segunda etapa, mediante un cabezazo de Claudio Caniggia y la salida en falso del arquero Walter Zenga.

A partir del empate, Italia se quedó, probablemente por miedo a sufrir otro gol del *Pájaro* en un contraataque. Ni siquiera se animó a buscar la victoria cuando el referí Vautrot expulsó al *Gringo* Ricardo Giusti. Antes de que terminara el alargue, bajé al vestuario y encontré a Giusti y a Julio Grondona, sentado en uno de los bancos con cara de preocupación.

–No hay que pedirle tanto a Dios. Con lo que han hecho, ya está bien –dijo el fallecido presidente de la AFA con su inconfundible voz.

Como el *Gringo* no podía salir a la cancha a presenciar los penales, fuimos al estudio de televisión que había montado la RAI en una de las plateas y le pedimos permiso al periodista Giampiero Galeazzi para verlos en su pantalla. Nos autorizaron y allí vimos los dos disparos contenidos por *Goyco* y las cuatro conversiones albicelestes, incluida la de Diego. Cuando Sergio detuvo el tiro de Aldo Serena, el *Gringo* pegó un salto y salió corriendo hacia la cancha. Los *tanos* tenían una cara de velorio tremenda. A mí me dio vergüenza, les pedí disculpas pero, dos pasos después de haber salido del estudio, empecé a correr

hacia el campo de juego, ¡feliz de la vida! Al llegar al césped, lo encontré a Diego y nos fundimos en un abrazo.

–¡Este era el partido! –le dije al oído.

Unos minutos después, se generó un tumulto a la entrada del túnel, donde el arquero italiano Walter Zenga estaba desbocado, puteando a un par de jugadores.

–Argentini di merda! –gritaba, recaliente.

De pronto, apareció el *Moncho* Pedro Monzón, quien estiró la camiseta y la rompió como el *Increíble Hulk*. Cuando vio que se le acercaba Monzón, que era una montaña de músculos, con los ojos lanzando rayos, Zenga salió corriendo. El arquero se escondió en su vestuario mientras varios efectivos de seguridad intentaban detener al defensor, sin demasiado éxito.

Esa misma noche regresamos a Trigoria en estado de gracia, cantando y disfrutando durante las tres horas que duró el viaje. Creo que nadie había tomado en cuenta que habíamos obtenido una victoria pírrica, porque la roja a Giusti y las tarjetas amarillas a Caniggia, Olarticoechea y Batista habían dejado al equipo diezmado para el último partido.

A la mañana siguiente, la prensa italiana destilaba odio en cada página. El periódico deportivo *TuttoSport* publicó dos grandes títulos en su tapa: uno era «¡Fin de un sueño!»; el otro, «Maradona es el Diablo». De alguna manera, Argentina se había convertido en el equipo a vencer, pero no por mérito propio, quizá, sino «por culpa» de Diego. Ese encuentro en Nápoles fue la gota que rebalsó el vaso y colmó la paciencia del poder italiano. Desde el club Napoli, ya le había arruinado varias fiestas a la supremacía del Norte; con la camiseta celeste y blanca, destruyó un negocio tanto deportivo como económicamente millonario. El Mundial dejó una cuenta muy abultada, y alguien la tenía que pagar.

Durante la etapa previa a la final, se produjeron dos hechos por lo menos curiosos. Primero, con *Lalo* Maradona. Raúl llegó una mañana a las puertas del complejo deportivo de Trigoria en una de las Ferrari de Diego y, cuando solicitó que le permitieran pasar, un policía se negó. *Lalo* descendió del vehículo y empezó a convocar a su hermano mayor a los gritos. Diego apareció y se generó un incidente en el que volaron algunos manotazos.

El segundo sucedió el día anterior a la final. Yo estaba en mi habitación y escuché que Bilardo iba de acá para allá gritando que nos habían quemado la bandera que se había izado en uno de los mástiles enclavados cerca de la entrada. Me pareció extraño, ya que el operativo de seguridad montado alrededor del predio era tan fuerte como eficiente. Ahí no entraba ni un mosquito. Yo recordé que, cierta vez, Bilardo me había contado que, cuando Estudiantes de La Plata

jugó el partido de vuelta de la Copa Intercontinental ante Manchester United en Inglaterra, en 1968, el técnico Osvaldo Zubeldía se había manifestado muy preocupado:

–Carlos, lo veo medio apagado al equipo. Hay que hacer algo para levantarle el ánimo.

Fueron a la vereda y tiraron piedras a los vidrios de las habitaciones, para simular que se trataba de un ataque de hinchas locales. Después entraron y dijeron:

–A estos delincuentes, mañana los tenemos que pasar por arriba.

Como Estudiantes se consagró campeón intercontinental, Bilardo tomó nota de ese recurso y lo reservó para utilizarlo en alguna ocasión especial. La quema de la bandera fue un tejemaneje para envalentonar a los jugadores. Estoy seguro de que él tuvo mucho que ver con eso, al menos como autor ideológico.

Muchas veces conversamos con Diego sobre la final con Alemania, jugada en el estadio Olímpico de Roma. Siempre nos llamó la atención que el árbitro mexicano Edgardo Codesal no haya advertido un clarísimo penal de Lothar Matthäus a Gabriel Calderón, estando a tres metros de esa jugada, pero sí pitara con tanta firmeza la supuesta falta de Néstor Sensini a Rudolf Völler. Nos preguntamos cómo hizo para advertirla desde unos veinte metros y tapado por otros futbolistas. Los fallos de Codesal alimentaron la duda acerca de la probidad o de la credibilidad que tienen algunos actores y el interés político que hay en el fútbol. Tal vez, sin las sospechadas presiones «de arriba», otro gallo hubiera cantado, pero las cosas fueron como fueron. También queda en el recuerdo la acción en la que Pedro Monzón revoleó al germano Jürgen Klinsmann por los aires romanos, que mereció una de las tarjetas más rojas que vi en mi vida, y la primera expulsión en una final mundialista desde la primera edición, Uruguay 1930. Ocho años después coincidí con Jürgen en el club genovés Sampdoria, y me comentó que esa había sido «la patada más despiadada y brutal que recibí en mi vida».

En cierto modo, yo creo que hasta es mejor que se haya perdido esa final, por el bien del fútbol argentino. Hay triunfos que atrasan más que muchas derrotas, porque se copia al ganador. La Selección era una banda en un Mundial de nivel paupérrimo. A la distancia, estoy cada día más convencido de que, por distintos motivos, Argentina obtuvo mucho más de lo que merecía. El equipo se forjó a partir de una base plagada de lesiones, y es indudable que la suerte le sonrió contra Brasil, y en las dos tandas de penales frente a Yugoslavia e Italia. Además, no hay que olvidar que pasó la primera ronda como tercero. A partir del Mundial de Francia 1998, eso se volvió imposible, porque sólo siguen en carrera los dos mejores de cada grupo.

El fútbol tiene esos misterios. Es como dice Marcelo Bielsa: se

premia lo que se logra y no lo que se merece. Sin embargo, también debo subrayar el coraje que tuvieron los muchachos, que compensó las deficiencias físicas, y reconocer que a mí me queda la duda de qué hubiese pasado si en la final no hubieran faltado Caniggia, Batista, Giusti y Olarticoechea.

Terminado el partido y cumplida la entrega de premios, esperé a Diego dentro del túnel que comunicaba la cancha con los vestuarios. Él llegó sollozando y lo abracé. Le pregunté al oído por qué lloraba. Entre lágrimas, me respondió que era el Mundial que les quería dedicar a Dalma y a Gianinna.

–¡Dejate de embromar! Ellas no necesitan que levantes otra copa, sino pasar más tiempo con vos, que es lo que no tienen. Todo el que puedas darles, aunque para ellas siempre será poco, ¿entendiste? Así que dejate de joder. Vos sabés que si no hubiera sido por la suerte que tuvimos, nos tendríamos que haber vuelto en la primera fase.

Diego reaccionó. Dejó de llorar de inmediato y entró al vestuario asumiendo su rol de capitán y líder del equipo: felicitó a cada uno de sus compañeros y los alentó a seguir peleando por los colores celeste y blanco. Después, se quitó la camiseta y me pidió que se la llevara a Lothar Matthäus, quien a su vez me entregó la suya. Luego de bañarse, enfrentó a la prensa con hidalguía:

–Yo quería salir primero. Lamento mucho haber salido segundo. De todas maneras, estoy orgulloso de ser el capitán de esta selección.

Un periodista le preguntó si Italia 1990 significaba su despedida de los Mundiales.

–Sí, fue el último.

–¿No jugás más para la Selección?

–Creo que no –disparó–. No creo que pueda aceptar otro reto así, siendo tan viejo.

Sabemos que la historia acabó de otra manera. El propio Diego reconoció años después, durante una entrevista:

–Tengo menos palabra que un telegrama.

CAPÍTULO 8
BARRANCA ABAJO

El idilio de Diego con la droga comenzó en Barcelona. Yo estoy convencido de que se originó la noche en la que se celebró su traspaso al Napoli. Ya relaté que, luego de la firma del contrato con el equipo italiano, en el aeropuerto El Prat, regresamos a la casa del barrio de Pedralbes y allí se armó una festichola que tiñó el agua de la pileta de rosa-champagne. Yo no me quedé mucho tiempo en ese festejo, pero aparentemente, con el correr de las horas y de la burbujeante bebida francesa, el jolgorio dio lugar a que alguien apareciera con la *mandanga*, como decían ellos, y le convidara cocaína a Diego. Esa habría sido la primera vez que consumió, según supe. Durante el primer tramo de su etapa en Napoli, nunca más volvió a consumir. Yo me habría dado cuenta, porque vivíamos en el hotel Royal y estábamos todos los días juntos.

Es muy complejo el tema de las drogas. A Diego nadie lo había preparado para llegar a esas alturas. Él mismo lo dijo:

–De una patada fui de Villa Fiorito a la cima del mundo. Ahí me tuve que arreglar solo: nadie me explicó cómo era la cosa.

Yo le decía que, si hubiera salido de Avenida del Libertador y Tagle, habría sido jugador de polo. Pero nació en Fiorito. Allí, a los caballos se los comen, porque hay mucha hambre.

Diego fue el primer producto a nivel mundial de la globalización. Era el hombre más famoso del mundo, sin ninguna duda, y eso lo llevó a buscar algo que lo pusiera en condiciones de dar respuesta a todo lo que de él se esperaba. Muchas veces lo noté extremadamente tensionado, confundido y angustiado. Él encontró en eso una especie de muleta que lo ayudara, sin saber que muchas veces ese camino es sólo de ida, no tiene vía de retorno.

Uno de los momentos más dolorosos para él fue el nacimiento de Diego Sinagra. Ese fue un obstáculo que él no pudo superar, y que sólo aceptó, casi resignado, después de treinta años. A partir de la difusión que el tema tuvo en los medios y, lógicamente, puertas adentro del departamento de la *via* Scipione Capece 3/1, aparecieron los primeros signos de abandono. Diego empezó a necesitar más del auxilio de la cocaína para hacer frente a todo lo que lo atormentaba y angustiaba. Se ve que eso le daba momentos de escape, supongo. De paz, frente a las presiones de los dirigentes, de los espónsores, de la gente, del periodismo. A veces me digo «menos mal que Diego encontró la

cocaína». Si no se hubiera topado con ella, la decisión que hubiera tomado, a lo mejor, habría resultado irreversible, como les pasa a tantos que se terminan suicidando. Si muchas de las personas que se quitan la vida primero se hubieran cruzado con la cocaína, quizás habrían obtenido tiempo para que los terapeutas llegaran con ayuda. No se cruzan con la droga y llega el final. No se debe hablar con tanta irresponsabilidad e irreverencia sobre los adictos. ¿Qué es preferible: que un hijo comience a tomar cocaína, o se pegue un tiro en la cabeza por no poder hacer frente a los avatares de la vida? Yo soy padre y escogería que, primero, encuentren la cocaína y me dieran tiempo para conseguir ayuda profesional, porque lo otro es irreversible. Diego, después de eso, vivió 35 años más.

Una tarde me llamó Mary, su hermana.

–*Profe*, dice Diego si puede venir a casa, porque quiere hablar con usted.

Subí a un taxi y fui hasta la vivienda donde vivía Mary, que quedaba en un condominio vecino al Parco della Rimembranza. Cuando llegué, me recibió ella misma y me mandó a su habitación. La puerta estaba cerrada, golpeé y me abrió el cuñado de Diego, a quien todos conocíamos como *El Morsa*. Adentro había unas cinco personas, y Diego estaba sentado sobre la cama matrimonial, apoyado contra el respaldo. Saludé y él les pidió a los demás que nos dejaran solos.

–Tengo que hablar con el *Profe* –les explicó.

Salieron todos y yo me senté en el borde de la cama

–¿Qué pasa, *Die*?

Empezó a hablar, sin un rumbo claro, dando vueltas, hasta que finalmente fue al grano: me invitó a tomar *merca*.

–Esto nos hace hablar –me aseguró. Sin embargo, noté que enseguida comenzó a costarle encontrar las palabras adecuadas que quería expresar. Es más, de pronto se quedó mudo. Yo lo miraba sin decir ni «pío».

–¿Y? ¿Qué decís?

–Digo que no.

–¿Por qué?

–Porque cuando yo estoy contento, quiero saber por qué; y cuando estoy triste, también quiero saber por qué. Cuando necesito hablar, hablo, no me hace falta nada.

–Bueno, está bien…

–¿Eso era todo?

–Sí.

–Bueno, chau. Mañana nos vemos.

Salí de la habitación, saludé a los demás y me fui para mi casa. Fue la única vez que me propuso algo así. Nunca más lo intentó.

Pasado el Mundial italiano, el Napoli se reforzó con la intención de

ganar el título que le faltaba a sus vitrinas: la Copa de Europa. Incorporó al arquero Giovanni Galli, quien admitió haber aceptado la propuesta napolitana harto de recibir goles de Diego. «Jugué muchas veces en su contra, me ha marcado muchos goles y, para no sufrir más, decidí jugar en su equipo», consintió el portero que había sido víctima de Diego en la liga italiana y también el Mundial de México 1986. Diego, Antônio *Careca* y Ricardo *Alemão* seguían integrando el tridente de extranjeros.

La pretemporada en Macerata resultó, una vez más, una oportunidad ideal para que Diego probara su nuevo juguete: una Ferrari F40 color rojo. Partimos desde Nápoles, pasamos por Roma y, cuando empezaba a anochecer, subimos a la *Autostrada del Sole*. En ese tramo, la autopista se vuelve ondulada, con subidas y bajadas que le ofrecieron al *Diez* la posibilidad de probar su nuevo coche en todo su esplendor. El inconsciente pisó el acelerador a fondo y, en un descenso, la Ferrari llegó a los 300 kilómetros por hora. El auto hacía un ruido tremendo. Diego me gritó:

–¡*Ciego*, estás todo cagado!

Lo miré con el semblante sereno y le respondí:

–No, para nada. ¿No te conté nunca de la gitana?

–No –aulló.

–Ah, una vez una gitana que me leyó la mano me vaticinó que yo iba a tener un accidente muy fulero con un coche rojo, y que yo me iba a ser el único sobreviviente.

Diego largó de golpe el acelerador, blanco del susto, y la Ferrari se frenó.

–¡Hijo de puta! –vociferó, enfurecido. El resto del viaje no pasó los 120 kilómetros por hora.

Como sucedía cada vez que el Napoli salía de pretemporada, la ciudad elegida se llenaba de hinchas, especialmente sureños. Los directivos del club aprovechaban las masivas peregrinaciones para negociar con los alcaldes de las localidades seleccionadas una reducción en las tarifas de los hoteles –o su costo total– a cambio de un partido ante un equipo local, de una categoría muy baja y generalmente amateur, en el que se cobrara una entrada que sirviera para que la comuna compensara ese gasto. Pero, en esta ocasión, surgió un problema que nadie había previsto: Diego no se había recuperado plenamente de las lesiones sufridas durante el Mundial, de modo que se negó a participar en el juego pactado ante el club Maceratese, temeroso de que sus dolencias se agravaran. Frente a este inconveniente espontáneo, los directivos locales, aterrados de que, cuando se conociera la ausencia del *Diez*, se desencadenara una avalancha de devoluciones –la taquilla había sido vendida casi por completo varios días antes– tomaron una medida insólita: habilitaron

el ingreso de los hinchas a los entrenamientos en los que sí estuvo Diego, pero sólo a quienes ya habían adquirido su boleto para el duelo Maceratese-Napoli.

La Serie A arrancó muy mal para el último campeón. Cumplida la primera rueda, el Napoli había conseguido apenas cuatro victorias, junto a siete empates y seis derrotas. Diego anotó apenas tres goles, todos de penal. La cocaína le había torcido el brazo y su efecto comenzaba a notarse dentro de la cancha… y también afuera. Estaba muy desconcentrado, no aceptaba esa realidad que le tocaba vivir. Primero comenzó a desalinearse, luego a faltar a los entrenamientos –cuando la adicción se hizo muy fuerte, había días en los que no se podía levantar de la cama– y ponía pretextos ridículos. Lo llamaba al director deportivo del club, Luciano Moggi, y le manifestaba excusas que parecían propias de un escolar que debe explicarle a su maestra por qué no hizo la tarea: un día le dijo que había comido algo en mal estado y se encontraba descompuesto; otro, que estaba engripado. Luego, que le dolía la rodilla, que tenía una contractura, y no sé cuántas justificaciones más. Una mañana llegué a su casa muy preocupado. Había eludido su enésimo entrenamiento.

–¿Qué te va a doler hoy? –le pregunté.

Diego meditó su respuesta.

–Podemos decir que Dalmita se sintió mal.

–No, pará, de ninguna manera voy a poner a Dalma como excusa. ¿Cómo la vas a meter en medio de esto?

Pegué media vuelta y me fui, enojado porque ya estaba recurriendo a cualquier tipo de excusa para esconderse, porque no se permitía ninguna debilidad. Fue una señal de que el deterioro estaba haciendo un grave efecto. Por supuesto, su problema de adicción era conocido por el presidente Corrado Ferlaino, por Moggi y por el médico del equipo, Emilio Acampora.

Otro día, lo fui a buscar para entrenarse y no se quería levantar, había tomado mucha *merca*. En un momento lo traté medio mal, y él me respondió:

–¡No me grites, porque si un día me peleé con mi viejo, no veo por qué no me voy a pelear con vos!

–¿Sabés por qué no te peleás conmigo? Porque, así como estás, ¡te pego un cachetazo y te dejo dando vueltas como un saltimbanqui!

Diego no esperaba mi reacción. Me miraba con los ojos bien abiertos, parecía el dos de oros.

–¿Quién te creés que sos? ¿Maradona? ¡Maradona son las arrugas en la cara y las manos de tu papá! ¡Eso es Maradona! Porque, si hubiera sido otro, cuando llegaba reventado de trabajar para alimentar tantas bocas, como vos mismo me contaste, en vez de acompañarte te hubiera pegado una patada en el culo y te hubiera

mandado a laburar. ¡Ese es Maradona!

Yo me agarré de una historia que me había contado años antes. Él siempre relataba con mucho orgullo que, en sus tiempos de divisiones inferiores en Argentinos Juniors, don Diego llegaba fusilado del trabajo, comía algo rápido y acompañaba a su hijo al entrenamiento. A veces, en medio de un partidito, Diego miraba para el costado y veía a su papá dormido de pie, aferrado al alambre tejido.

Su deterioro me daba mucha pena, porque yo había conocido a otro Diego, un tipo lúcido, divertido y generoso, con gestos de ternura hermosos. Una vez, el Napoli goleó a Bologna y lo dejó al borde del descenso. Terminó el partido y el *Diez* se acercó al técnico del equipo de la Emilia-Romagna, Luigi Maifredi, y le regaló su camiseta. ¿Por qué? Porque recordaba que, varios años antes, su compañero Eraldo Pecci le había dicho que Maifredi lo admiraba muchísimo. Diego, un poco apenado por el mal momento deportivo que pasaba el entrenador, tuvo un gesto generoso para levantarle el ánimo.

Diego asociaba su adicción a su difícil vida en Nápoles. Para mí, es la ciudad menos aburrida del mundo, la más confusa, cálida, porque su gente tiene una creatividad increíble y porque el clima, el paisaje, la compañía, la comida, la forma de vida de los napolitanos, le confieren una atmósfera única. Pero él, en ese mismo contexto, sufría. No soportaba la asfixia, no poder salir de su casa con sus hijas en libertad: ir al cine, a un parque, a almorzar.

–Quiero ser libre como todos los padres del mundo, pero en Nápoles es imposible –me confesó una vez, con amargura. Para Diego los cumpleaños, las fiestas de Navidad y Año Nuevo tenían siempre el mismo escenario: su casa. Su vida privada estaba condenada dentro de cuatro paredes. No podía salir ni al balcón, porque de inmediato se amuchaban autos, motos y gente que aparecía hasta de abajo de las baldosas para gritarle, tomarle fotos, pedirle autógrafos.

A principios de noviembre de 1990, el Napoli debía viajar a Moscú para enfrentar al Spartak por los octavos de final de la Copa de Campeones de Europa. El partido de ida, disputado en el San Paolo, había terminado sin goles, y la revancha en el helado estadio Lenin pintaba dificilísima. Sin embargo, a la hora en la que el micro con la delegación debía partir desde Soccavo hacia el aeropuerto romano de Fiumicino, Diego no apareció. Hartos de los reiterados faltazos del *Diez*, Ferlaino, Moggi y el técnico Alberto Bigon les pidieron a tres jugadores, encabezados por Ciro Ferrara, que por favor fueran hasta la casa de la *via* Scipione Capece 3/1 y trataran de convencer al *capitano* de que se sumara al equipo. Los muchachos ni siquiera pudieron hablar con él: los atendió Claudia y les explicó que él estaba encerrado y no quería ver a nadie. En verdad, no porque no quería, sino porque no podía, porque en ese momento sufría un episodio de inseguridad y

angustia. Finalmente, el equipo voló a Moscú sin su *Diez*. No obstante, al otro día, Claudia me llamó para decirme que nos íbamos para Moscú porque su marido estaba bien y quería viajar. Contrataron un vuelo privado y partimos hacia la Unión Soviética con Diego, junto a Claudia, a su representante Marcos Franchi y un colaborador. Llegamos al aeropuerto de Moscú y, al bajar, nos envolvió una «agradable» temperatura de 22 grados bajo cero. Ya en el hotel, muy bonito, ambientado en la época de los zares, los dirigentes no recibieron bien a la mayor estrella del equipo: se hicieron los ofendidos. Resentido por la gélida bienvenida, acorde con el clima moscovita, Diego se encaprichó y a las nueve de la noche le dijo a Marcos que quería visitar la Plaza Roja. Franchi hizo algunas averiguaciones, pero no consiguió mucho:

–Me dicen que es imposible, ya cerró.

Diego empezó a gritar que la quería conocer igual, lo que obligó a Marcos a remover cielo y tierra y, cerca de las once de la noche, entramos a la Plaza Roja. Una cosa que sólo podía lograr el *Diez*. Estuvimos apenas cinco minutos, porque hacía un frío espantoso.

Al día siguiente, llegamos al Estadio Olímpico de Luzhniki y descubrimos que la cancha estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, como de medio metro de altura. En una hora, unas máquinas especiales levantaron el manto blanco y quedó como una pared de hielo alrededor del campo de juego, aunque el césped estaba congelado. Los jugadores tuvieron que usar unos botines con tapones especiales, más agudos, para aferrarse mejor, porque no se podía hacer pie. Diego no fue titular, entró en el segundo tiempo con la camiseta 16, en reemplazo de Gianfranco Zola. Spartak y Napoli empataron sin goles y el equipo local se impuso en la tanda de penales, en la cual Diego, al menos, convirtió su disparo desde los once metros.

En el viaje de vuelta, mientras sobrevolábamos Hungría, al avión le falló una turbina, por lo que tuvimos que aterrizar de emergencia en Budapest. Estuvimos dos horas a la intemperie, en medio de un frío terrible, porque el aeropuerto estaba cerrado, hasta que los técnicos locales repararon el motor y pudimos regresar a Nápoles.

Ese partido significó un punto de alarma para los dirigentes, que quedaron muy preocupados por la eliminación y la pérdida de varios millones, pero mucho más por el comportamiento del capitán del equipo. Un día, volviendo del entrenamiento, él estaba muy mal. Yo nunca pensé en tirar la toalla, de ninguna manera se me pasó por la cabeza, pero sí sentía una enorme preocupación porque el escenario me estaba superando.

–Mirá, Diego, vamos a decir las cosas como son: vos ya no necesitás más un preparador. Vos lo precisabas cuando eras jugador, pero ahora

no sos más un jugador. Ya no lo sos más. Tendrías que buscar gente que sepa cómo ayudarte, porque de personas que tengan ganas está el mundo lleno, y a lo mejor yo soy el primero. Pero yo no estudié para recuperar adictos. Acá hace falta gente que sepa del tema, porque esta situación es gravísima. Tenés que aceptar que ya no podés.

–No sabés la fuerza que estoy haciendo –me respondió. Él me hacía el gesto de remar, como que le costaba mucho avanzar. Sabía que tenía un problema, que la droga lo estaba estropeando, pero no podía afrontar la adversidad, aunque quería. Sin embargo, a veces no alcanza sólo con voluntad: en ese grado de adicción se necesitaba terapia y medicación.

Esa charla la tuvimos una o dos semanas antes del famoso encuentro contra el Bari. El partido en el que la dirigencia del Napoli decidió tirar el limón a la basura, porque ya no daba más jugo. La campaña del equipo era paupérrima: fuera de la Copa de Campeones mucho antes de lo previsto, con apenas seis victorias en 24 fechas de la Serie A, el equipo resultaba demasiado caro y en su horizonte no asomaba el sol, sino negros nubarrones.

Diego no iba a jugar contra el Bari. Había pasado dos o tres días muy mal, la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación, deprimido, tomando *merca*. Casi no dormía. El sábado por la tarde fui a su casa y nos pusimos a conversar. Me acuerdo que estaban por dar una película española en la televisión, «Las cosas del querer». Le propuse verla, pero no quiso, así que seguimos charlando. En un momento le pregunté:

–¿Qué vas a hacer mañana?

–Nada, no voy a jugar. ¿Y vos, qué vas a hacer?

–Yo voy a ir a la cancha. No hay mucho para hacer un domingo. Además, quiero ver qué hace el equipo sin vos –lo pinché.

Nos despedimos y me fui para mi domicilio. A las ocho de la mañana sonó el teléfono. Era Claudia, con una voz muy fresca, radiante.

–*Profe*, dice Diego si no le lleva los botines a Soccavo.

–¿Cómo a Soccavo?

–Sí. Hoy se levantó a las 6.30, muy bien, se duchó y se fue a Soccavo.

Me contó que se había subido a su Rolls-Royce Corniche blanco –como para pasar desapercibido– y había partido hacia la concentración para unirse al equipo. Yo desayuné, fui hasta Scipione Capece, tomé los botines y se los llevé a Diego. Cuando llegué al complejo deportivo, estaba todo el plantel en un patio grande que bordeaba el sector destinado a las habitaciones, todos charlando, riéndose. Me quedé un rato y me volví a casa. A la tarde fui a la cancha. Como siempre, antes de empezar el partido, nos encontramos

con Diego en el vestuario. Hizo la entrada en calor bailando, como le gustaba, como hacía ya muchos años.

El Napoli ganó uno a cero. Terminado el encuentro, bajé a la zona de vestuarios y encontré a Diego charlando con Gianfranco Zola –el autor del único gol del match–, el rumano Florin Raducioiu y otro jugador de Bari, mientras los cuatro esperaban que los llamaran desde el cuarto donde les tomarían las muestras de orina para el control antidoping.

–*Profe*, esperame que hago el antidoping y nos vamos –me pidió.

Antes de ingresar a la salita, Diego, envuelto en una toalla blanca, se acercó a la puerta del vestuario y llamó a los gritos a Luciano Moggi, el director general del Napoli.

–Luciano, vení acá. No me dejes solo.

El dirigente salió y ambos conversaron un par de minutos. A los pocos segundos, Moggi retornó al vestidor y Diego cumplió con el procedimiento para el examen de orina.

El domingo siguiente, el *Diez* hizo un gol de penal en la derrota del Napoli ante la Sampdoria, en el estadio Luigi Ferraris de Génova. A los dos o tres días, llegó un fax de la Federazione Italiana Giuoco Calcio a la casa de Diego que informaba que la prueba del partido con Bari había dado positiva, con lo cual quedaba inmediatamente suspendido para jugar. Ante los genoveses, Diego cumplió su último partido con la camiseta celeste, tras 259 encuentros oficiales en los que anotó 115 goles.

No cabe la menor duda de que gracias al *Diez*, el Napoli consiguió los dos únicos *scudetti* de su historia (1986/87 y 1989/90), además de su exclusivo título internacional: La Copa de la UEFA 1988/89. Sin embargo, su despedida distó mucho de la que debería haber tenido el máximo héroe del equipo sureño. El ingrato de Ferlaino en un reportaje publicado por el periódico deportivo argentino *Olé* en el año 2000, relató: «Nuestro médico, un especialista en drogadependencia, me decía que Maradona actuaba de una manera opuesta a la que caracteriza a un cocainómano. Tampoco los compañeros notaban nada raro, por eso yo estaba tranquilo. Claro que si ahora me pongo a pensar que muchas veces no venía a practicar, que desaparecía por varios días, que cuando viajaba a la Argentina era una incertidumbre cuándo volvía, estaba claro que algo escondía. La verdad salió de a poco. Sabiendo que el domingo le podía tocar el control antidoping, desde el jueves no consumía cocaína. Durante mucho tiempo supo controlarse, después ya no pudo». Si bien el presidente del equipo remarcó que Diego «siempre tenía ganas de ganar, en los partidos y en los entrenamientos. Era un líder. Nunca se enojaba con los compañeros que se equivocaban en la cancha. Era perfecto. Pero en un momento salieron sus contradicciones», unos años más tarde, en 2003,

Ferlaino lanzó una denuncia bomba que lastimó, y mucho, a Diego… y se lastimó también él mismo con las esquirlas. En una entrevista concedida al diario napolitano *Il Matino*, Ferlaino aseguró haber «salvado por lo menos diez veces» a Diego de dar positivo en el control antidoping. ¿Cómo? El exdirectivo precisó que solía entregarle al *Diez* un envase de goma, con un formato y tono similar al de un pene humano, relleno con pis limpio de drogas, liberado por otra persona, para eludir los análisis ordenados por la Federación. Ferlaino –quien se autoincriminó en un delito grave– describió que, al finalizar cada partido en el que resultaba sorteado para el análisis, Diego recibía el envase en el vestuario antes de dirigirse a la sala destinada al examen, generalmente de manos de Moggi. Él escondía el adminículo en el pantalón o bajo la toalla y, cuando estaba dentro de la habitación destinada al procedimiento, en vez de orinar dentro del frasco, volcaba el contenido del miembro falso en el recipiente entregado por el médico a cargo del test, amparado en un reglamento bastante laxo, que daba pie a que sucediera este tipo de cosas. Hoy este procedimiento ha evolucionado para minimizar eventuales trampas: los futbolistas deben quitarse los pantalones al momento de depositar su muestra, ante la atenta mirada de un supervisor.

No sé cuánto hay de cierto en esos dichos de Ferlaino. Según el expresidente del club napolitano, el día del control Moggi «olvidó» el envase, y «le preguntó si estaba en condiciones y él respondió: ‘Sí lo estoy, va todo bien’. El hecho es que los cocainómanos se mienten a sí mismos». Pero él también mintió, porque ese día Moggi le habría planteado a Diego que, si algo irregular sucedía, Ferlaino lo resolvería luego en la sede de la Federación con sus supuestas influencias. Cosa que no hizo. Consultado por un periodista italiano, el abogado de Diego, Giovanni Verde, consideró que el *Diez* resultó víctima de «una conspiración. Estoy convencido de que Diego fue traicionado. Él creía que nunca lo podrían sorprender en el control. Le tendieron una trampa para hacerle rescindir el contrato (con Napoli), que incluía una cláusula así en caso de una suspensión por doping». En su autobiografía *Yo soy el Diego*, él opinó que el episodio tuvo raíces más profundas: «Me tocó el control antidoping y… la *vendetta* se cumplió. La venganza estaba escrita, y al fin llegó. (…) Ese doping era la venganza, la *vendetta* contra mí, porque la Argentina había eliminado a Italia, y ellos habían perdido muchos millones».

Yo no tengo pruebas ni la certeza de que haya existido ese pene de goma del que habló Ferlaino, pero puede ser, todo puede ser. Lo que sí sé es que, como dije hace unas líneas, el limón ya no tenía más jugo y se lo quisieron sacar de encima. El poder del fútbol le había bajado el pulgar. El 6 de abril de 1991, el Comité de Disciplina de la Liga italiana de fútbol suspendió a Diego hasta el 30 de junio de 1992.

Aunque muchos periódicos habían reclamado una pena mayor –la máxima contemplada por la reglamentación era de dos años–, el tribunal justificó su condena al afirmar que no se había podido probar que Diego hubiera usado la cocaína para mejorar su rendimiento deportivo. La segunda parte del fallo del Comité se condice con un hermoso texto que escribió el narrador uruguayo Eduardo Galeano: «Diego Maradona nunca había usado estimulantes, en vísperas de los partidos, para multiplicarse el cuerpo. Es verdad que había estado metido en la cocaína, pero se dopaba en las fiestas tristes, para olvidar o ser olvidado, cuando ya estaba acorralado por la gloria y no podía vivir sin la fama que no lo dejaba vivir. Jugaba mejor que nadie a pesar de la cocaína, y no por ella».

El tribunal, por otra parte, absolvió al Napoli, que había sido denunciado por «responsabilidad objetiva» en el mismo caso. Parece que ahí sí funcionaron las influencias de Ferlaino.

Tras la suspensión, se armó a las apuradas el operativo para regresar a Buenos Aires. Yo llevé a Claudia, Dalma y Gianinna al aeropuerto de Fiumicino, en Roma, para tomar el vuelo a Buenos Aires. Al otro día viajó Diego. Varios medios locales publicaron que él se había escapado de Italia por la noche. ¡Por la noche! ¡Todos los aviones que salen hacia Argentina lo hacen por la noche, no hay vuelos de día! Como siempre pasa, muchas de las cosas que publicaba la prensa eran ciertas, pero otras no, funcionaban como levadura de las mentiras. Además, si Diego hubiera vestido las camisetas de la Juventus o del Milan, los medios lo habrían protegido de otra manera. Pero él jugaba para el Napoli, y toda la prensa del Norte se hizo una panzada con él. Miserias tenemos todos.

Con Diego nos despedimos y yo me quedé en Nápoles, a solucionar muchas cosas que habían quedado pendientes, desde armar un contenedor con la infinidad de cosas que tenían y pagar cuentas, hasta embarcar los coches rumbo a la Argentina. También lo representé durante la audiencia en la que se realizó la contraprueba.

Viajé a Roma con el abogado Vicenzo Siniscalchi, quien durante nuestro trayecto hacia la Ciudad Eterna me contó que había representado a muchos personajes importantes, como al gánster siciliano Salvatore *Lucky* Luciano, cuando se instaló en Nápoles a principios de la década de 1960. Sorprendido por el currículum del letrado, le pregunté:

–De todas las celebridades que conoció, ¿cuál fue la que más lo impactó?

–Sin ninguna duda, tu amigo Diego.

En el instituto donde se realizó la contraprueba se nos unió el químico alemán Manfred Donike, un profesor de la Universidad de Colonia que, en esos años, era el mayor experto en doping del mundo.

Donike había creado un sistema para detectar sustancias prohibidas que, en los Juegos Olímpicos de Seúl, descubrió las drogas utilizadas por el velocista canadiense Benjamin *Ben* Johnson.

Como era de esperar, la contraprueba dio positivo. Finalizado el trámite, Siniscalchi, Donike y yo fuimos a almorzar. Durante la comida, el especialista alemán me preguntó:

–¿Cuál es el plan que se va a abordar en Argentina para la recuperación de Diego?

–Según me contó, se va a organizar un grupo con médicos y terapeutas para asistirlo.

–Eso es como darle un caramelo a un enfermo de cáncer.

El especialista extrajo de su saco una tarjeta personal y, al reverso, escribió el nombre de un centro de tratamiento de las adicciones que estaba en Colorado Springs, Estados Unidos, que había tenido como pacientes a la actriz Elizabeth Taylor y al boxeador *Sugar* Ray Leonard, entre otras celebridades.

–Este es el centro ideal para internar a Diego –me aseguró. Pero, lamentablemente, el *Diez* nunca siguió el consejo.

Mientras tanto, en Buenos Aires, sucedió un hecho brutal, injusto e inhumano. El 26 de abril de 1991, a pocos días del regreso de Diego a la Argentina, un grupo de agentes de la Superintendencia de Drogas Peligrosas de la Policía Federal irrumpió en un departamento de la calle Franklin, en el barrio de Caballito, centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires. El procedimiento terminó con su detención y la de dos de sus amigos, además del secuestro de estupefacientes para consumo personal. El arresto fue transmitido en vivo y en directo por varios canales de televisión, y registrado en las tapas de todos los diarios del mundo al día siguiente. La revista *El Gráfico*, el medio deportivo más importante de Latinoamérica en esa época, publicó en su edición 3734, del 30 de abril, una sorprendente y amarillista descripción de la captura de Diego, titulada «El drama de Maradona». «Sólo *El Gráfico* accedió a este informe secreto», se aseveró en uno de los subtítulos de una nota que no ahorró en detalles para destruir la imagen de quien había sido capitán y estrella de la Selección en los dos Mundiales precedentes. La crónica incluyó descripciones exageradas, fabuladas, y sugestivos comentarios de muy mal gusto sobre la vida privada de Diego.

El escandaloso procedimiento llegó inclusive a la portada de la revista estadounidense *Newsweek*, con una foto de Diego saliendo del departamento rodeado de agentes vestidos de civil y la frase *Maradona's crash*. Llamó muchísimo la atención que varios canales de noticias hubieran llegado al lugar de la detención junto con la policía –algunos testigos aseguraron que un par de camiones de exteriores aparecieron, inclusive, antes del arribo del primer vehículo policial–

para transmitir «en vivo y en directo» la salida del futbolista esposado. Diego permaneció detenido unas 35 horas y fue liberado tras el pago de una fianza que, según la prensa, alcanzó los veinte mil dólares. La jueza federal a cargo del caso, Amelia Berraz de Vidal, le ordenó a Diego que se sometiera a un tratamiento de rehabilitación.

Yo jamás tuve dudas de que a Diego le hicieron una cama. Sobre todo, cuando me enteré de un detalle muy sugestivo: para entregarle el famoso pasaporte diplomático y designarlo asesor *ad honorem* del gobierno «para asuntos deportivos y difusión de la imagen argentina en el exterior» el día anterior al partido con Camerún en el estadio Giuseppe Meazza de Milán, el gobernante Carlos Menem había firmado previamente un decreto presidencial. ¿Saben cuándo caducó esa disposición? ¡El día anterior a que se produjera el allanamiento en el departamento de Caballito! El nuevo decreto, número 811 con fecha del 25 de abril de 1991, dejó sin efecto la anterior designación diplomática exactamente 24 horas antes de que Diego fuera esposado y exhibido ante la prensa mundial. ¡Qué casualidad! Lo de Menem fue brutal: le cortó la cabeza a Diego porque necesitaba una cortina de humo para tapar varias trapisondas de su gobierno, en especial un escándalo por el supuesto ir y venir de valijas diplomáticas que, de acuerdo con varias denuncias publicadas en los periódicos, habrían llegado a través del aeropuerto de Ezeiza desde Nueva York cargadas con dinero del narcotráfico para su lavado en el país. Una de las personas implicadas en la causa judicial era Amira Yoma, cuñada del presidente riojano, por lo que el caso fue bautizado por los medios como *Yomagate*. Otras «coincidencias» que me obligan a pensar en que la mano negra del poder estuvo detrás de la detención de Diego consistió en que Berraz de Vidal también tuvo a su cargo la causa por el *Yomagate*, en la que Amira resultó sobreseída. Además, en que, dos años más tarde, la señora magistrada fue premiada por su «ecuánime» desempeño por el mismo Menem, quien la ascendió a jueza de la Cámara Nacional de Casación Penal.

Me preguntaron muchas veces si yo le cuestionaba el «entorno» a Diego, palabra que, por cierto, detesto. La verdad, no. Jamás, nunca me lo hubiera permitido. Él siempre estuvo con la gente que quiso estar, ¿quién era yo para decirle con quién reunirse y con quién no? Él no se metía con mis amigos, yo no lo hacía con los suyos. Sí le he formulado sugerencias, varias veces, como hice también con otros amigos o como el propio Diego me manifestó a mí. Pero no le podés cambiar el entorno a una persona. Los argentinos siempre tenemos los bolsillos llenos de soluciones para los demás, pero nunca encontramos medidas para los inconvenientes propios. En eso somos campeones del mundo. Una vez, un periodista francés me preguntó:

–¿Se imagina lo que hubiera sido Maradona con la conducta de

Platini?

–Sí: hubiera sido Platini, nada más. Maradona es otra cosa –respondí.

Mientras se desplegaba esa telaraña nefasta en la que había quedado atrapado Diego, yo continué ocupándome de sus asuntos en Italia. Llevé las dos Ferrari a Barcelona, a un garage muy grande que funcionaba allí como depósito; el Rolls-Royce, a Suiza, a la casa de Gabriel Calderón, quien jugaba en ese país. Dos BMW (un 850 y un Z1) los trasladé a Colonia, en Alemania, para embarcarlos hacia Argentina.

Las Ferrari las movilicé con la ayuda de un amigo argentino, Luis Ruzzi, quien había trabajado con la Selección en el Mundial de Italia 1990. Primero pasamos por Montecarlo y yo aproveché para circular de noche por las calles en las que se corre el Gran Premio de Mónaco, que quería conocer. Del Principado nos trasladamos a Saint-Jean-Cap-Ferrat, muy cerquita de Niza. Ahí conocí al Giulio de Angelis, papá del ex piloto de Fórmula Uno Elio de Angelis, fallecido durante una prueba en un circuito de la Costa Azul francesa. Ruzzi había sido manager del conductor y también había colaborado con Giulio, un ex campeón de motonáutica y empresario de la construcción, cuando fue secuestrado por un grupo mafioso de Cerdeña. Al pobre tipo lo mantuvieron cautivo cuatro meses y le cortaron la oreja para enviársela a su familia y, con esa prueba de salvajismo, acelerar el pago del rescate. Mientras comíamos en casa de Giulio, éste me preguntó cuánto quería Diego por los cinco autos que había dejado en Italia. Yo no lo sabía, de modo que me hizo una propuesta: un millón de dólares por todos los vehículos. Llamé a Marcos Franchi por teléfono, desde esa misma casa. Le transmití la oferta y el representante me planteó que debía consultarlo con el *Diez*. Me pidió que lo llamara de nuevo a la hora. Cumplido el plazo, me comuniqué con Franchi, quien me contestó:

–Dice Diego que, por esa plata, prefiere prenderlos fuego.

Una lástima. Tiempo después, debido al elevado costo que representaba transportar las Ferrari hacia la Argentina, Diego las terminó vendiendo por monedas.

Mientras trabajaba en el departamento de la *via* Scipione Capece, recibí un llamado del representante de Diadora en el sur de Italia: Stefano Capriati, el papá de la tenista estadounidense Jennifer Capriati, quería hablar conmigo. Ellos estaban en Roma porque la joven debía competir en el tradicional Abierto que se juega en el Foro Itálico. Viajé a la capital a reunirme con ellos y, ya que estaba allí, ver jugar a Gabriela Sabatini, quien ganó esa edición del torneo. Stefano me ofreció que trabajara como preparador físico de su hija y como supervisor en una escuela que tenían en la ciudad de Tampa, en el

estado de Florida. Le tuve que decir que no, porque estaba comprometido con Diego. Yo nunca había firmado un contrato que me atara al *Diez*, pero el apretón de manos que nos habíamos dado en Barcelona seguía vigente. Hay cosas que pasan por otro lado, y además yo le había asegurado a Diego que iba a terminar lo que había quedado pendiente en Nápoles. ¡Demoré casi un año en acabar con todo!

Cumplida mi tarea, abandoné finalmente la bella ciudad, pero no para retornar a mi país, sino para volver a España. Cuando estaba por concluir la suspensión de Diego por el doping positivo ante el Bari, los diarios empezaron a relacionar su nombre con diferentes equipos: el Real Madrid –se decía que la Casa Blanca lo quería para reemplazar al rumano Gheorghe Hagi–, el Olympique Marseille –otra vez– y un nuevo aspirante: Sevilla Fútbol Club. El ingreso de la escuadra andaluza tuvo que ver con la contratación previa de un técnico que, junto a Diego, había ganado el Mundial de México 1986 y alcanzado la final de Italia 1990: Carlos Bilardo. «Jamás, desde 1965, bajé del cuarto puesto, y aquí quiero seguir así», sostuvo Bilardo durante la conferencia de prensa en la que fue presentado como flamante técnico sevillano.

Diego no quería retornar a Nápoles. Un día fue a la cancha de River a ver un amistoso entre Argentina y Australia, y se cruzó con el hermano del *Narigón*.

–¿Por qué no le dice a Carlos que me lleve? –le preguntó.

A Bilardo le gustó la idea y se la propuso al presidente del club español, Luis Cuervas. El técnico y el dirigente se pusieron en contacto con Corrado Ferlaino, y empezaron una negociación muy larga para definir el costo del traspaso, ya que el Napoli todavía era el dueño de los derechos del *Diez*. En su autobiografía, *Doctor y Campeón*, Bilardo contó que «Ferlaino estaba muy enojado con Diego y no quería ceder, de modo que hablé con João Havelange, el presidente de la FIFA, para tratar de que mediara en el conflicto. En una de las conversaciones, Havelange me preguntó: 'Carlos, ¿Maradona va a ir con usted?'. Le contesté que sí. 'Entonces, voy a tratar de ayudarlo', me prometió. La FIFA intervino y finalmente se concretó el pase». Según se comentó en su momento, Havelange le habría pedido al secretario de la entidad, Joseph Blatter, que intercediera ante los rectores de las federaciones de España e Italia, Ángel María Villar y Antonio Matarrese, para facilitar el desenredo de aquel nudo gordiano.

Diego fue recibido con mucho entusiasmo por una plantilla en la que se destacaban su compatriota Diego Simeone y el delantero croata Davor Šuker. El *Diez*, ungido capitán de inmediato, debutó en Sevilla en la quinta fecha del torneo, el 4 de octubre de 1992, nada menos que contra Athletic Club en el estadio bilbaíno de San Mamés. La

escuadra visitante se puso en ventaja gracias a un tiro libre ejecutado por su nueva estrella: el arquero local dio rebote y Marcos de la Fuente mandó la pelota a la red. En la segunda mitad, Diego volvió a ser blanco de una durísima entrada de un defensa vasco, Andoni Lakabeg. La patada pareció un *replay* del golpe que le había dado otro Andoni, Goikoetxea, casi una década antes: Lakabeg se le tiró desde atrás mientras él tenía la pelota en su propia mitad de cancha, y le lastimó el tobillo operado en Barcelona. El referí aragonés Emilio Soriano Aladrén –quien un minuto antes le había anulado un segundo tanto a Sevilla, marcado por Ignacio Conte tras un pase magistral de Diego, por un supuesto *off side* que no había existido– apenas mostró la tarjeta amarilla. Lakabeg siguió jugando, mientras que el capitán sevillano debió dejar la cancha, reemplazado por Alfonso Cortijo. Sin Diego, Athletic Club dio vuelta la historia y ganó por dos a uno.

Luego del encuentro, al ser entrevistado por un periodista, Diego resaltó un bonito gesto que con él tuvo Andoni Goikoetxea: fue a visitarlo al hotel de Bilbao donde se concentró el equipo andaluz a la espera del juego en San Mamés. «Lo que hizo Andoni es una cosa que hacen los buenos hombres. Gestos como ese sólo los tienen los tipos hechos y derechos», declaró.

Yo conocí personalmente a Goikoetxea en Madrid, muchos años después. Una noche fui a cenar con César Menotti y Ángel Cappa a un restaurante. Mientras estábamos comiendo, ingresaron al local dos tipos grandotes. César distinguió a uno de ellos, el ex defensor vasco, a quien había tenido como jugador en Atlético de Madrid.

–Viejo, ¿qué hace acá? –lo recibió mientras se ponía de pie para estrechar su mano.

El *Flaco* nos presentó y yo lo saludé con una sonrisa:

–¡No sabés cuánto tiempo esperé este momento para agradecerte lo que hiciste por mí!

El Flaco le relató al ex defensor vasco el comienzo de mi historia con Diego, a raíz de la fractura. Goikoetxea celebró mi ocurrencia a carcajadas.

Pasado ese partido, Diego me llamó y me pidió que continuara trabajando con él como su preparador físico personal. Nos reencontramos en la casa que le había conseguido el club, que había pertenecido al torero Juan Antonio Ruiz Román –conocido como Espartaco, uno de los más famosos de España–, situada en el distrito de Simón Verde y próxima al río Guadalquivir. En nuestra primera charla, le sugerí que comenzáramos con una batería de estudios para saber cómo estaba su organismo. Él estuvo de acuerdo, de modo que me puse en contacto con un renombrado científico del departamento de Fisiología de la Universidad de Sevilla, llamado Juan Ribas Serna, quien también ejercía su especialidad en la Universidad de California,

Los Ángeles (UCLA). Nos encontramos en el bar de un conocido hotel del centro sevillano. Yo le planteé que pretendía que se hicieran los análisis esenciales que determinaran en qué estado se encontraba Diego y qué recomendaciones podían proponerme para mejorarlo. Unos días después, nos presentamos con Diego en la Universidad de Sevilla. Como Ribas había viajado de manera imprevista a Estados Unidos, los estudios estuvieron encabezados por uno de sus colaboradores más estrechos, Juan Fernández. El especialista lo hizo subir a una cinta de correr y lo llenó de electrodos. Diego soportó los esfuerzos requeridos con un contagioso entusiasmo, el que le generaba cualquier tipo de competencia, aunque esta fuera contra él mismo. Luego, nos trasladamos hacia una pista de atletismo, donde por primera vez se lo sometió a una prueba tendiente a evaluar la característica biomecánica de su carrera, con el soporte de varias cámaras de video que captaban sus movimientos y enviaban las imágenes directamente a un ordenador. Las filmadoras captaron sus desplazamientos desde distintos ángulos: adelante, atrás, el costado derecho y el izquierdo. Mientras Diego trabajaba, comprobé que su estado distaba mucho de ser el ideal para soportar los requerimientos de la alta competencia. Volvía a ser «un Rolls-Royce cubierto de polvo al que había que pasarle un plumero», tal como lo había definido alguna vez el doctor Rubén Oliva.

Una semana más tarde, estábamos en la casa de Diego y llegaron los especialistas de la universidad. Fernández, acompañado por dos de sus ayudantes, empezó a comunicarme sus conclusiones: me dijo que de todo lo que habían evaluado, lo primero que saltaba a la vista era la muy mala técnica de carrera que tenía Diego. Abrió una computadora portátil y en la pantalla apareció una imagen de él tomada a sus espaldas, en las que aparecían las rodillas hacia afuera en cada zancada. Según Fernández, esta característica en el andar de Diego significaba una enorme pérdida de eficacia en su desplazamiento, ya que al avanzar sus piernas producían un movimiento divergente respecto del eje longitudinal, con el consiguiente desaprovechamiento de la fuerza en el crucial momento de aceleración. En consecuencia, consideró que deberíamos preocuparnos por corregir en forma urgente ese estilo tan nocivo desde el punto de vista atlético, para una mejor optimización del uso de su energía y por ende de su eficacia. Cuando Fernández completó sus conclusiones, yo le respondí:

–Juan, Diego tiene 32 años y sus alforjas están repletas de preciados trofeos conquistados, entre otras razones, gracias a su muy personal e inimitable técnica de carrera. Sin ánimo de contradecirlo, permítame decirle con absoluta convicción que a Diego podemos cambiarle su arito de oreja, tal vez su peinado o el reloj que usa, pero

nunca su manera de correr, que es deslumbrante.

El tipo se empezó a poner colorado.

–Juan, no te hagas problemas: Diego va a seguir corriendo en una cancha de fútbol, no en una pista de atletismo.

Fernández asintió con su cabeza. Miró a sus acompañantes y remató:

–¡Joder, tienes razón, me siento como un gilipollas!

Luego del traspié en Bilbao, el equipo ascendió rápidamente a los primeros puestos, gracias a cuatro triunfos y dos empates en seis fechas. Diego se fue poniendo rápidamente en forma y en la fecha quince alcanzó una actuación legendaria contra el Real Madrid de estrellas como el croata Robert Prosinečki, el chileno Iván Zamorano y los españoles Fernando Hierro, Martín Vázquez y Luis Enrique. Sevilla ganó en su casa, el estadio Ramón Sánchez-Pizjuán, por dos a cero y el equipo merengue se rindió a los pies del excepcional futbolista sudamericano.

A mediados de febrero de 1993, el *Diez* volvió a protagonizar un nuevo ejemplo de compromiso y amor por los colores argentinos al repetir una maratónica odisea entre Argentina y Europa para actuar en dos partidos con la selección albiceleste intercalados entre tres duelos muy importantes de la liga ibérica. En esa oportunidad, acompañado por otro fanático de la escuadra nacional: *Cholo* Simeone. Los dos Diegos jugaron en el Sánchez-Pizjuán ante Valencia el 14 de febrero de 1993 –un empate a dos con sendos tantos de Davor Šuker, ambos tras asistencia del *Diez*– y partieron ese mismo día, por la noche, hacia Buenos Aires para enfrentar a Brasil en un amistoso bautizado «Copa Centenario de la Asociación del Fútbol Argentino». El *Diez* volvió a vestir la camiseta de su país después de casi treinta meses, desde la final del Mundial de Italia 1990, ante Alemania. El 18 de febrero, en la cancha de River Plate, el gran duelo sudamericano terminó empatado 1-1. Los dos jugadores regresaron a España y el 21 salieron al césped del estadio Las Gaunas para jugar contra Logroñés. Diego tuvo un flojo desempeño y el equipo andaluz cayó derrotado por dos a cero. El revés enfureció al presidente sevillano Cuervas y al propio Bilardo, quienes intentaron detener la partida de sus dos estrellas para el segundo encuentro internacional, frente a Dinamarca. Sin embargo, Julio Grondona, el presidente de la AFA, intercedió porque el duelo con la representación nórdica correspondía a un torneo oficial instituido por la FIFA: la Copa Artemio Franchi destinada a enfrentar al campeón de Sudamérica (Argentina había ganado la última Copa América en la edición de Chile 1991) con el monarca europeo: Dinamarca, sorprendente vencedor en la Eurocopa de Suecia 1988. «Hablamos con Grondona y nos dijo que debíamos viajar. Le comentamos que Cuervas no quería, y que es una situación

embromada, pero nos dijo que estamos obligados a viajar», indicó Diego a un periodista. El *Diez* estuvo piola al quitarse del medio de un conflicto que debía resolverse, y se resolvió, en las altas esferas, porque el Sevilla, de acuerdo con la reglamentación oficial, no podía negarse a ceder a sus jugadores para una competición oficial de la FIFA.

Protegidos por la normativa internacional, los Diegos viajaron una hora en auto desde Logroño, en La Rioja, al aeropuerto de Foronda, a las afueras de Vitoria, la capital de la comunidad autónoma del País Vasco. Allí, los jugadores subieron a un pequeño avión que el *Diez* había contratado para llegar a tiempo a un vuelo que esa noche partía desde la estación aérea madrileña de Barajas hacia Buenos Aires. La dupla sevillana aterrizó en Ezeiza y embarcó en otra aeronave rumbo a Mar del Plata, una ciudad balnearia situada a unos 400 kilómetros al sur de la capital argentina, sede del encuentro intercontinental. El 24 de febrero, el arquero Sergio Goycochea volvió a contener dos remates desde los once metros –el encuentro finalizó 1-1 y se resolvió con disparos desde el punto del penal– que le dieron un nuevo título a la Argentina, el último que Diego colgaría en su palmarés.

Los muchachos descansaron un día y retornaron a España, a tiempo para integrar el equipo que, el 28, venció a Athletic Club de Bilbao por tres a uno. La actuación de Diego resultó diametralmente opuesta a lo que había ofrecido en Logroño. El *Diez* fue recibido en el Sánchez-Pizjuán por algunos chiflidos, provenientes de los sectores más exigentes de la hinchada andaluza, pero a base de una actuación tan brillante como efectiva, los pitos quedaron sepultados bajo una enorme ovación. La exhibición de los argentinos fue tan inusitada que el técnico de Athletic, el alemán Jupp Heynckes, le dijo a la prensa que les pagaría a sus futbolistas «un billete a Argentina, para ver si vuelven con esas ganas».

Un par de tropiezos ante equipos posiblemente inferiores y dos duras caídas en el Santiago Bernabéu y el Camp Nou desdibujaron la campaña de la escuadra dirigida por Bilardo. El 13 de junio, por la penúltima fecha del torneo, Sevilla recibió al Burgos, que ya había descendido y al que se le había ganado por dos a cero en la primera rueda en su pequeña cancha llamada El Plantío. La victoria era indispensable para apoderarse de una de las plazas en la Copa UEFA del año siguiente, y la cosa empezó bien: a los 34 minutos del primer tiempo, el equipo local abrió el marcador con un pelotazo a la red de Ramón *Monchu* Suárez del Valle. No sé qué habrá pasado, pero a los diez minutos del complemento, Bilardo decidió sacar a Diego y enviar en su reemplazo a José Carvajal. ¡Para qué! El *Diez* se quitó la banda de capitán, la arrojó al suelo y salió de la cancha profiriendo toda clase de puteadas contra su entrenador. Pasó por el vestuario hecho

una furia. Yo bajé con Marcos Franchi y lo encontramos pateando todo lo que se le cruzaba, les pegaba trompadas a los casilleros de chapa. Lo dejamos desahogarse y nos fuimos para la residencia. Diego ni siquiera se duchó.

Burgos empató a un minuto del final, lo que prácticamente destruyó las aspiraciones sevillanas de jugar un certamen continental: aunque en el último partido derrotó a Sporting de Gijón, quedó en el séptimo puesto de la clasificación, con los mismos puntos que Atlético Madrid pero fuera de la Copa UEFA por tener peor diferencia de gol que el cuadro colchonero.

Terminado el duelo ante Burgos, los periodistas le preguntaron a Bilardo qué opinaba de los insultos que le había dedicado Diego. «No sé, no sé, no me dijo nada», contestó Carlos, quien aparentemente no se había dado cuenta de la reacción de su compatriota. Se enteraría un buen rato después, al encender la tele de su casa.

Esa noche, mientras Diego estaba en una habitación del primer piso viendo televisión, sentado sobre uno de los dos sillones del cuarto, solo. Marcos, el abogado Daniel Bolotnicoff y yo conversábamos en una oficina que había junto a la puerta de entrada de la mansión. De pronto, sonó el timbre y atendí yo a través del portero eléctrico.

–¿Quién es?

–Soy Carlos, soy Carlos. ¿Está Diego, está Diego?

–Sí, pasá, Carlos.

Le abrí y rápidamente se acercó a la oficina.

–¿Dónde está Diego, dónde está Diego?

Lo noté sacado, desencajado, muy excitado.

–Arriba –le indiqué.

Bilardo se dirigió a una escalera que conectaba la planta baja con el primer piso y justo terminaba frente al cuarto donde Diego miraba televisión. A los pocos segundos, empezamos a escuchar una discusión muy fuerte, a los gritos, con insultos lanzados tanto por Diego como por Carlos. De pronto, sentimos un golpe y, de inmediato, silencio. Subimos rápidamente con Marcos y Daniel, muy preocupados, y nos encontramos una escena que parecía sacada de una película de Federico Fellini... o de Pedro Almodóvar, para citar a un artista de ese país: Diego estaba parado sobre uno de los silloncitos de la habitación, con el torso desnudo y vistiendo sólo un calzoncillo ajustado, cuadrado como para boxear, muy nervioso. Bilardo, sentado sobre el suelo, la espalda contra la pared y los ojos desorbitados. Cuando nos vio, relajó un poco su expresión, seguramente aliviado de que hubiéramos llegado a rescatarlo. Después nos enteraríamos por Diego de que la disputa se había zanjado con un solo golpe. Bilardo abandonó la casa a paso más veloz del que había empleado a su arribo, sin musitar siquiera un «buenas noches». Le preguntamos al

Diez qué había ocurrido, pero sólo emitió reproches hacia su entrenador. Lo dejamos solo y regresamos a la oficina. Al rato, les propuse a ambos ir a ver a Bilardo. «¿Cómo le va a pegar de esa manera?», me preocupé. Estuvieron de acuerdo y fuimos hacia allá. Nos atendió su esposa.

–Hola, Gloria, ¿está Carlos?

–Sí –respondió ella, que nos recibió muy amablemente–, está arriba. Pasen. ¡Este (por su marido) cada día está más loco!

Subimos y Carlos estaba en su habitación, sentado sobre su cama, con la espalda apoyada contra el respaldo y las piernas flexionadas, y todavía se lo notaba alterado por el incidente. Tenía una pastilla de un medicamento ansiolítico en una mano y una copa con *cognac* en la otra. Nosotros intentamos tranquilizarlo, pero nos retiramos después de un largo rato sin haber conseguido nuestro objetivo.

Esa misma semana, Diego y el Sevilla rompieron relaciones. El club emitió un duro comunicado en el que acusó a su jugador de «incomparecencia sistemática a los entrenamientos», «mala imagen dentro y fuera del terreno de juego» y «vida desordenada, causa de su bajo rendimiento en los últimos meses». Además, trascendió que el presidente Cuervas había contratado a un investigador privado para que persiguiera al Diez por toda la ciudad. La prensa se regodeó con innumerables historias, la mayoría inventadas.

Diego decidió viajar a Buenos Aires. Yo le sugerí que meditara sobre su futuro.

–Si este es el precio que tenés que pagar –le dije, refiriéndome al banquete de estupideces que servía la prensa–, no juegues más al fútbol.

Llegó a Ezeiza y, en el mismo aeropuerto, accedió a hablar con los muchísimos periodistas que lo esperaban. Se descargó con todo:

–Mi decisión de alejarme de la alta competencia es definitiva, por lo que no quiero más ofertas.

Según la prensa, clubes de Inglaterra, Japón y otros países se frotaban las manos para contratarlo. Pero Diego tenía otros planes.

–Quiero estar con mi familia y ver el tramo final de la Copa América por televisión. Nada más.

Un cronista le preguntó sobre su entredicho con Bilardo.

–Ya está todo aclarado. Hablamos del asunto como dos hombres.

A partir de la decisión de Diego, acepté trabajar unos meses en unas clínicas de fútbol que se dictaron en Japón. Regresé el 5 de septiembre. Recuerdo que, en una escala que hicimos en el aeropuerto de Madrid, vi el famoso «cinco a cero» que Colombia le propinó a la selección argentina que dirigía Alfio *Coco* Basile, por las Eliminatorias para el Mundial de Estados Unidos 1994. Diego estuvo ese día en la cancha de River Plate, donde sus oídos se llenaron con un clamor

popular: «¡Volvé!». Y volvió.

Estimulado por el *Gringo* Ricardo Giusti, su excompañero en los Mundiales de México e Italia, Diego aceptó sumarse a Newell's Old Boys de Rosario. Un poco porque lo sedujo la propuesta leprosa. Otro poco porque quería regresar a la Selección, que debía afrontar el repechaje intercontinental Sudamérica-Oceanía contra Australia, por la última plaza para la Copa yanqui. La presencia del *Diez* en la ciudad emplazada en la margen izquierda del río Paraná desató una locura fenomenal, a la altura del ardor napolitano: la flamante incorporación fue presentada oficialmente el lunes 13 de septiembre de 1993 en una práctica abierta en el *Coloso* del Parque Independencia, a la que asistieron... ¡cincuenta mil personas!

Invitado por Diego para su debut con la camiseta rojinegra, un partido amistoso ante el club ecuatoriano Emelec, llegué a Rosario el día previo al encuentro, programado para el 7 de octubre. Me presenté en la suite del último piso del Hotel Riviera, donde me recibió Claudia. Diego apareció después, vestido sólo con un slip negro, muy ajustadito. Me sorprendió su figura, porque estaba muy flaquito, muy chupado.

–¿Para quién vas a jugar, para la selección de Versace? –disparé.

Él se rio.

–Mirá que el fútbol no es un tema de estética, sino de rendimiento...

–¡Pero me siento bien! –retrucó.

Me explicó que estaba siguiendo una dieta especial que le había organizado un médico chino, y que se entrenaba con un fisicoculturista llamado Daniel Cerrini.

–Así como estás, te van a romper... o te vas a romper solo –le advertí.

Diego llevaba varios meses sin vestir la camiseta albiceleste, desde aquel partido contra Dinamarca en Mar del Plata. Luego de levantar el trofeo Artemio Franchi, tuvo una fuerte discusión con *Coco* Basile y se autoexcluyó de la Copa América de Ecuador 1993 y de las Eliminatorias para el Mundial de Estados Unidos. Luego del memorable «cinco a cero» y el pedido de los hinchas, Diego y Coco fumaron la pipa de la paz y el *Diez* se preparó para el duelo con Australia, que se resolvió con un empate en Sidney y una victoria argentina por un magro 1-0 en la cancha de River Plate. Con la clasificación se abrió también una puerta para que Diego retornara al principal escenario deportivo: la Copa del Mundo.

En mayo de 2011, casi 18 años después de ese sufrido repechaje, Diego lanzó una granada en medio de una guerra dialéctica con Julio Grondona. El *Diez* aseguró que en ese doble partido ambos países acordaron que no se efectuaran controles antidoping a los miembros

de ambas escuadras. A partir de esta enmienda, prosiguió Diego, a los jugadores sudamericanos les suministraron *café veloz*, un eufemismo para sostener que se introdujeron drogas estimulantes en la infusión consumida por los deportistas, a fin de mejorar su rendimiento en la cancha. Durante una entrevista televisiva, Diego reclamó que se le preguntara a Grondona «por qué no hubo doping en el partido contra Australia, si habíamos tenido doping en todos los partidos. ¡Porque te daban un *café veloz* y por ahí la clavabas en un ángulo! Al café le ponían algo. Corrías más». Cuando se le repreguntó si efectivamente estaba seguro de que a los futbolistas se les había surtido sustancias prohibidas, insistió: «Si te hacen diez controles antidoping y en el partido que se juega que Argentina vaya a Estados Unidos no hay control antidoping, tenés que ser muy boludo. Ahí estaba la trampa y eso lo sabía Grondona». Tras la ácida acusación, Alfio Basile respondió que las acusaciones de Diego eran «todas pelotudeces». La Asociación del Fútbol Argentino (AFA), en tanto, emitió un comunicado para salir al cruce de las graves denuncias: «Se ha generado en los últimos días –indicó el texto–, una minúscula controversia personal, resultado de la cual un exjugador creyó que con sus dichos inexactos y mal intencionados vulneraba o intentaba vulnerar la deportividad de una dramática clasificación frente a Australia». «Pensamos en todos aquellos hombres que disputaron los partidos por las eliminatorias y decimos que todos fueron dignos, decentes, honestos y deportistas a carta cabal. Y, para la tranquilidad de ellos y sus familias, quedan eximidos de dar respuestas a lo abstracto. No hubo control antidopaje, simplemente, porque no constituía obligación reglamentaria para ese tipo de disputas».

Lamentablemente, no me equivoqué con la frase que le había dicho a Diego en el hotel de Rosario: por culpa de esas locuras a las que lo sometían con supuestas dietas mágicas, o a las que él se dejaba someter, por primera vez en toda su carrera sufrió una rotura fibrilar en el isquiotibial. La lesión se produjo durante su último partido oficial con Newell's, el 2 de diciembre de 1993, ante Huracán. Casi dos meses después, el 26 de enero, Diego jugó un amistoso ante el club carioca Vasco da Gama. Fue su última vez con la camiseta rojinegra, y un nuevo ingreso al túnel de la incertidumbre, con un Mundial a la vuelta de la esquina.

CAPÍTULO 9
LA PUÑALADA

Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias…
Sabe que la lucha es cruel y es mucha,
pero lucha y se desangra
por la fe que lo empecina…
Uno va arrastrándose entre espinas,
y en su afán de dar su amor,
sufre y se destroza hasta entender
que uno se ha quedao sin corazón…

El compositor Enrique Santos Discépolo murió casi diez años antes del nacimiento de Diego. Sin embargo, la letra de su tango «Uno», estrenado en 1943, pinta de manera perfecta el amargo paso del Diez por su cuarta Copa del Mundo: Estados Unidos 1994.

El camino de los sueños comenzó el viernes primero de abril de 1994. Ese día recibí un llamado en mi teléfono celular. Atendí con cierto desdén, ya que no conocía el número que figuraba en la pantalla del móvil.

–¿Hola? –pregunté lacónico.

–¿Qué hacés, *Ciego*? –preguntó desde el otro lado su inconfundible voz, chispeante y alegre como pocas veces.

–¿Cómo andás, *Die*? Te noto muy feliz...

–Estoy muy feliz, *Ciego*. Acabo de tomar una decisión... y quiero que me ayudes.

–Bueno, decime de qué se trata.

–Voy a jugar en Estados Unidos.

–Pero, *Diego*, ya lo hablamos dos veces y...

–Sí, pero ahora estoy convencido. Esta vez sí va a ser mi última Copa, pero la primera en la que Dalma y Gianinna me vean en un Mundial.

–¿Estás seguro?

–Muy seguro.

En esas dos conversaciones que habíamos tenido, entre febrero y marzo de ese año, yo le había sugerido desechar por completo la idea ya que, en mi opinión, esa casi inalcanzable cima ya la había

conseguido ocho años atrás en México. Yo opinaba que, dada la infinidad de golpes de todo tipo que había sufrido a lo largo de su exagerada vida, ese último esfuerzo le acarrearía seguramente más problemas que soluciones. Para mí, su carrera en la Selección había finalizado con honores al haber colaborado con la clasificación para el Mundial en el repechaje con Australia. Sin embargo, su euforia resultó contagiosa.

–Bueno, está bien, me convenciste –le respondí en ese momento, abrumado por la fuerza del argumento.

–¡Dale, buenísimo! Entonces, venite mañana a casa tipo cinco de la tarde, así organizamos todo.

Al día siguiente, a la hora pactada, toqué el portero eléctrico del séptimo piso del edificio situado en la ya archiconocida esquina de Segurola y Habana, convertida en un lugar de culto para todos los maradonianos. Tras los afectuosos saludos con él, Claudia y Marcos Franchi, yo insistí con que su idea podría provocarle más inconvenientes que alegrías. Él se mantuvo firme en su deseo. La selección argentina acababa de dejar una pálida imagen en Brasil (había perdido 2-0 con la verdeamarela, sin Diego ni Claudio Caniggia) y el *Diez* se ilusionó con apuntalar el equipo y, junto a *Cani*, Diego Simeone, Fernando Redondo, Gabriel Batistuta, Oscar Ruggeri y Abel Balbo, entre otros, convertirlo en un poderoso aspirante a ganar la Copa. Yo le anuncié que aceptaba acompañarlo en esa patriada pero con una exclusiva condición: él tenía que aceptar mis términos. Curioso, me preguntó cuáles eran.

–Para que te pongas a punto, necesitamos trabajar dos semanas a *full*, y a solas. Sin distracciones.

Diego accedió. El primer paso fue conseguir el sitio donde realizar la preparación. Le dejé bien en claro que, para alcanzar la meta que se proponía, debía «salir del sórdido barrial buscando el cielo», tal como reza la letra de *El Choclo*, uno de sus tangos preferidos. Analizamos tres posibilidades que Marcos había conseguido y yo elegí una estancia situada a cuarenta kilómetros de la ciudad de Santa Rosa, en medio del monte pampeano y a unos quinientos kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires. Los otros dos campos pertenecían a gente muy famosa, que solía recibir muchos invitados, y nosotros necesitábamos privacidad.

–Es el lugar ideal, vamos a estar alejados del enjambre que siempre te zumba alrededor. Necesitamos la máxima tranquilidad y privacidad posible en esos primeros días, ¿de acuerdo?

–Si vos lo decís, me parece bien –certificó.

–¿De quién es esa estancia?

–De un señor que conocí cuando fui a pasar unos días en una playa de Oriente (una tranquila localidad balnearia bonaerense, cercana a

Bahía Blanca). Me dejó su teléfono por si algún día necesitaba algo…

–Perfecto, ese día llegó. Vamos a llamarlo ahora mismo.

Marqué el número, me atendió una voz femenina que se identificó como la secretaria del señor Ángel Rosas. De inmediato me pasó con él.

–¿Quién habla? –el tono de mi nuevo interlocutor se me antojó entre fastidioso y desganado.

–Buenas tardes, señor Rosas, ¿cómo le va? Mi nombre es Fernando Signorini y soy el entrenador personal de Diego Maradona.

Don Ángel se mantuvo en silencio unos segundos, hasta que me replicó:

–Che, viejo, les pido por favor: terminen con esta joda. Ya fue suficiente. Estoy ocupado, no me hagan perder el tiempo.

Me quedé sin palabras. Me rescató Marcos, quien escuchaba la conversación por el altavoz.

–Preguntale quién y cómo ganó la última mano del truco –me apuntó en el oído. Repetí las palabras de Franchi al pie de la letra.

–¡Ah! –gritó Rosas, aliviado–. Pero entonces es cierto…

El hombre me confió que, al regresar a Santa Rosa después de sus vacaciones en la costa bonaerense, les había comentado a sus amigos del club que en esas desérticas playas le había ocurrido un hecho tan inesperado como emocionante: conocer a Dieguito Maradona y su familia. Como el relato les había parecido inverosímil a sus allegados, uno de sus compañeros le reclamó una foto que atestiguara el milagroso encuentro. Ángel, entre avergonzado y triste, se lamentó:

–No tengo ninguna, no había llevado la cámara.

A partir de esa misma noche, y durante varias semanas, sus amigos se turnaron para llamarlo a su oficina y también a su casa para hacerle bromas telefónicas, haciéndose pasar por Diego. Esa resultó la razón por la que don Rosas me atendió con indisimulable hartazgo. Pero, roto el hielo y revelado el objetivo real de mi llamado, enseguida definimos los detalles concernientes a nuestra estadía en su establecimiento.

La mañana del 9 de abril, partimos en un automóvil Mercedes Benz junto a don Diego y dos amigos de la familia Maradona, Germán y Rodolfo, ambos correntinos, rumbo a Santa Rosa. Llegamos a la casa de don Ángel, quien nos recibió muy contento junto a su esposa. Luego de oficializar nuestra estadía y recibir las llaves de la casona donde nos alojaríamos, pasamos por un supermercado para aprovisionarnos de una serie de cosas que nos serían imprescindibles a lo largo de nuestra aventura pampeana. Poco antes de las seis de la tarde, arribamos finalmente a la tranquera de la estancia «El Marito». El sol, que se estaba poniendo en el horizonte, parecía incendiar la llanura infinita con sus últimos rayos. Rápidamente, nos repartimos

las tareas para acondicionar la morada que nos serviría de hogar durante doce días. Lo primero que hicimos fue encender varios leños en el hogar del salón principal, para calentar la pintoresca casona mientras afuera el frío comenzaba a congelar los termómetros. Agotado por el viaje y las tareas domésticas extendidas hasta la medianoche, me dormí enseguida. Me despertó don Diego, quien con su voz dulce me susurró una oferta imposible de rechazar:

–*Profe*, ¿no gusta un matecito?

–don Diego, usted es el encargado de despertar a los gallos, ¿no? –respondí mientras estiraba la mano para aceptar la calabaza recién cebada con amor.

Afuera, el campo había sido cubierto por una impiadosa helada. Parecía una pista de esquí. La primera actividad del día consistió en acercarnos con don Diego a la vivienda del cuidador del campo, que estaba a unos ochenta metros, con la intención de presentarnos. Golpeé las manos desde el cerco y de inmediato apareció al fondo del pasillo la silueta de un hombre muy alto y delgado, con abundante cabellera blanca, vestido a la usanza criolla e inequívocos rasgos nórdicos. Tras un saludo sonoro y cordial, se aproximó para estrecharnos la mano. Extendí la mía, le expliqué quién era y el motivo de nuestra presencia. Luego giré hacia don Diego, que permanecía unos metros detrás, y lo presenté:

–El señor es don Diego Maradona.

Nuestro anfitrión llamó a su mujer y, mientras ella se acercaba sonriente, él, mirando fijo a mi acompañante, llevó una de sus manos a la cabeza y, mientras corría su chambergo hacia atrás, exclamó con un tono que fundía confusión y sorpresa:

–¡Maradona, yo lo hacía más flaquito!

Con don Diego explotamos de la risa. Cuando me recuperé de las estruendosas carcajadas y las lágrimas que habían cubierto mis ojos, le expliqué:

–¡No, no! El señor es don Diego, el papá del jugador. Diego llegará hoy pasado el mediodía.

El encargado, juntando las manos en posición de rezo, exclamó:

–¡Ah, ya me parecía demasiado gordito, qué joder!

El hombre se disculpó y nos comentó que su confusión se había originado en que no contaba con televisor ni recibía diarios ni revistas, de modo que la imagen que se había hecho de Diego se había basado sólo en descripciones de los comentaristas radiales.

Pasado el mediodía, Germán y Rodolfo fueron al aeropuerto de Santa Rosa a buscar a Diego y Marcos Franchi, quienes habían tomado un vuelo comercial. Al conocer el lugar donde se alojaría y se entrenaría, Diego se sintió algo sorprendido. Mucho más cuando descubrió que su habitación tenía un pequeño televisor cuya antena

apenas captaba un canal de la capital pampeana, aunque con más lluvia que claridad de imágenes. Abrió la ventana del cuarto y me vociferó, enojado:

–¿A dónde me trajiste, hijo de puta?

Yo estaba ordenando mis elementos de trabajo en una mesa de la galería, mientras don Diego encendía el fuego junto a la parrilla para preparar uno de sus famosos asados. Mi respuesta, en el mismo tono, lo noqueó:

–¡A Fiorito te traje!

Lo miré a don Diego y le guiñé un ojo:

–¿De quién será hijo este muchacho, de Anchorena?

El viejo, divino, miró hacia el cielo diáfano y exclamó:

–¡Esto es un paraíso!

Diego me pidió incluir en el grupo de trabajo a Daniel Cerrini, el fisicoculturista que lo había asesorado durante su breve paso por Newell's, quien llegó a la estancia un día después. El tipo le hacía ingerir una serie de grageas con vitaminas, aminoácidos, hierbas para adelgazar y otros menjunjes, varias veces por día. A mí me preocupaba.

–Vos llegás perfectamente a paja y trigo. No necesitás nada de eso.

Él se mantuvo firme, de modo que, antes de partir hacia La Pampa, le había sugerido que, si quería consumir todas esas cosas, al menos consultáramos primero a un médico especializado en nutrición. Con su aval, hice un viaje relámpago para reunirme en Roma, una vez más, con el distinguido Antonio Dal Monte, quien ya nos había ayudado, y muchísimo, para organizar la preparación adecuada para los Mundiales de México e Italia. Diego tenía 33 años, y si bien era una utopía pensar que podía llegar a Estados Unidos con un estado físico como el que tuvo en 1986, sí podía alcanzar un nivel de calidad extraordinario al que se le sumaba su inigualable experiencia y su indiscutible arrolladora personalidad. Dal Monte no sólo me brindó los parámetros para llevar adelante el entrenamiento apropiado para Diego, quien estaba fuera de forma y llevaba varias semanas sin realizar actividad física, sino que me sugirió que la cuestión de las pastillitas la estudiara con un especialista en Medicina del Deporte argentino, Néstor Lentini, quien era el director médico del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CeNARD).

–En tu país hay solamente una persona de mi absoluta confianza y es el doctor Néstor Lentini –me aseveró.

Un par de días después del arribo de Diego a la estancia «El Marito», llegó el doctor Lentini. Me junté debajo de unos paraísos con él y Cerrini –el Diez prefirió no intervenir en esa reunión–, y el médico estudió minuciosamente los prospectos de cada uno de los productos que Diego tomaba para analizar su composición, utilidad y modo de

empleo. Aparentemente, estaba todo bien y no había riesgo de nada.

Mis diferencias con Cerrini no se concentraban solamente en las pastillitas. Yo quería estabilizar a Diego en los 76 kilos, ya que lo estábamos preparando para participar en un Mundial y no en una competencia de abdominales marcados. Él insistía en que debía mantenerse en los 70 kilos, el peso que tuvo durante su paso por Newell's.

–Claro, pero lo tocaban y se volaba como una hoja –protesté durante una discusión que tuvimos frente a Diego–. Además, qué casualidad, por estar fuera de su peso, se desgarró por primera vez en su vida.

El fisicoculturista negó que la lesión hubiera tenido que ver con eso, y resaltó que en el deporte la cuestión del peso corporal no era importante.

–¡Vos sos un fenómeno! Entonces, con ese criterio, un boxeador peso mosca podría pelear contra un semipesado.

La controversia se resolvió con una frase terminante de Diego, que hoy debo reconocer también como premonitoria:

–Cerrini, cerrá el orto, que vos de esto no sabés nada.

Mientras tanto, Diego seguía una dieta normal, con platos variados. No se lo podía exponer al sacrificio brutal de sacarlo de su rutina: tomaba un desayuno sobrio a base de frutas y cereales, almorzaba y cenaba hidratos de carbono, vegetales y proteínas con poca grasa. También comimos unos buenos asados preparados por las manos mágicas de don Diego, aunque el *Diez* se controlaba. Como dijo una vez Jorge Valdano, cuando Diego quería hacer las cosas bien, era el mejor de todos; cuando las quería hacer mal, también era el mejor de todos.

Yo había diagramado un esquema de preparación basado en el conocimiento que tenía del físico de Diego después de tantos años en los que habíamos trabajado juntos en Barcelona y Nápoles: series de ejercicios con los que buscaba no sólo mejorar la resistencia, sino también la potencia y la velocidad. En los dos o tres primeros días de entrenamiento, lo noté realmente fuera de punto. Sus movimientos eran muy forzados y la fatiga se manifestaba bastante rápido. Sin embargo, hacia el final de la semana, sus músculos comenzaron a insinuar la felina elasticidad de los mejores momentos.

Cada mañana, apenas sonaba el despertador, dentro de su habitación comenzaba a sonar a todo volumen el pegadizo ritmo de «Los Auténticos Decadentes», con canciones movedizas de su primer álbum como «Vení, Raquel» o «Loco (Tu forma de ser)», que hacía que los demás dejáramos las camas a los saltos, en un clima de contagiosa alegría. La actitud de Diego cambiaba en forma radical cuando iniciaba el entrenamiento. Su rostro reflejaba seriedad y acometía los

esfuerzos con inquebrantable decisión. Muchas veces, durante los insoportables trabajos de ahogo, yo lo motivaba a los gritos –con puteadas de todos los calibres– para que superara el odiado umbral de dolor y se mantuviera en él. Él no se quedaba atrás, y descargaba sobre mí encrespados epítetos para descargar su rabia y el sufrimiento que la lucha le provocaba.

Por las tardes, viajábamos a Santa Rosa para efectuar el segundo turno en el gimnasio que muy amablemente había puesto a nuestra disposición el ex boxeador Miguel Ángel Campanino. Allí, realizábamos ejercicios de movilidad articular, elongación, bolsa, *punching ball* y soga. Diego también subía al ring a disputar cinco o seis rounds con Miguel Ángel. Antes de volver a la estancia, pasábamos por otro gimnasio, que tenía una piscina con agua climatizada, donde Diego relajaba sus músculos.

La única tarde libre que nos concedimos fue a raíz de una invitación que Diego recibió para visitar una humilde escuelita que funcionaba a unos cuarenta kilómetros de la estancia, en medio del achaparrado monte pampeano. Recuerdo aún hoy con emoción el abnegado y admirable sacrificio que esos dignísimos maestros rurales hacían para satisfacer uno de los más básicos e irrenunciables derechos de los niños.

Por las noches, luego de cenar, salíamos a caminar por el parque, abrigados como esquimales. Preferíamos conversar bajo las estrellas a quedarnos a ver tele en el único canal disponible, aunque la antena bajaba más rayas y lluvias que imágenes claras. También jugábamos reñidas, discutidas e interminables partidas de truco de seis.

Uno de los últimos días, tras terminar el duro entrenamiento de la mañana, Diego colgó un pequeño espejo a la rama de un pino y embadurnó su cara de espuma. Al comenzar a afeitarse bajo los rayos del brillante sol del mediodía, giró la cabeza y, mirando a su padre, le dijo con una sonrisa en el rostro:

–Papi, ¿esto no te hace acordar a Fiorito?

Al escucharlo, pensé: «Estamos bien». Aquellos fueron los doce días más inolvidables de todos los años que pasé junto a Diego. Me emocionaban su entusiasmo y su garra para alcanzar un objetivo que al principio aparecía muy distante, casi imposible, y en poco tiempo se puso al alcance de la mano. A pesar, inclusive, de que él todavía era prisionero de la adicción a la droga. Luchaba cada día por desterrar esa mierda de su cuerpo, y cuando le llegaba el síndrome de abstinencia, la pasaba muy mal. Era muy duro y angustiante, pero ese amor por vestir la camiseta albiceleste y cumplir con su propósito lo motivó para dejar todo de lado.

No fueron pocas las ocasiones, durante esos días, en las que el fantasma de la necesidad se presentó para agobiarlo, por lo general en

la oscuridad, en medio de la soledad de su cuarto. Una noche, yo estaba leyendo con la ayuda de un veladorcito que apenas emitía una luz mortecina, cuando escuché un ruido en la puerta. En la penumbra, identifiqué a Diego: de pie, junto a la entrada de mi habitación, me miraba fijo. Me hizo una seña con la cabeza, como diciendo «vamos». Sus ojos denotaban la urgencia por librarse del monstruo interior. Nos abrigábamos bien, porque hacía un frío descomunal, y salíamos a transpirar, a eliminar la tensión bajo un cielo lleno de estrellas y una luna que parecía un reflector. Esos momentos redoblaron la admiración que yo sentía por él.

El camino desde la puerta de la casona hasta la tranquera era de casi dos kilómetros. Comenzamos a trotar para calentar nuestros cuerpos y, cuando Diego entró en ritmo, le ordené que hiciera piques, saltos, abdominales, lagartijas, giros... hasta que en un momento, echando vapor hasta por las orejas, jadeando, me anunció:

–Ya está, ya está.

Volvimos caminando. Él se sentía aliviado. Yo, contento porque él no había llevado cocaína a la estancia. Si en ese momento la hubiera tenido cerca, habría caído una vez más. Al no contar con ella, tuvo que buscar otro argumento como para que el síndrome pasara: un escape de muchísima intensidad.

Completados los doce días en «El Marito», regresamos a Buenos Aires. Diego se embarcó hacia Salta, donde el 20 de abril la Selección disputó un amistoso ante Marruecos, preparatorio para el Mundial. Yo no viajé al norte, porque fui a acondicionar las instalaciones de otra estancia, bautizada «Santa María», en la localidad de Norberto de la Riestra, partido de 25 de Mayo. La preferimos para pasar la última semana de la pretemporada porque no quedaba tan lejos del complejo que la AFA tiene en Ezeiza. A mediados de mayo, debía sumarse al equipo que afrontaría cuatro amistosos en el exterior antes de llegar a Estados Unidos para competir en el Mundial.

Diego se alojó en el chalet principal, situado en medio de un extenso parque embellecido por una rica variedad de árboles. Los restantes miembros del grupo nos acomodamos en una confortable y pintoresca casita, que en el pasado había servido como hogar de los peones que trabajaban en el haras de la familia. Allí pasamos ocho días, en los que conseguimos con mucha bravura que el *Diez* se pusiera a punto para su última aparición en la Copa del Mundo.

Luego de una gira con más dudas que aciertos –Argentina perdió con Ecuador e igualó con Chile, venció a Israel y empató sin goles con Croacia, una floja cosecha ante cuatro equipos que no se habían clasificado para el torneo en Estados Unidos–, la selección argentina se instaló en el suntuoso Babson College, una institución educativa de Massachusetts, en las afueras de la ciudad de Boston, enclavada en

medio de un encantador paisaje boscoso. El complejo disponía de una infraestructura que garantizaba todas las comodidades para completar la preparación de cara al debut ante Grecia, en el estadio Foxboro de Boston.

Una tarde que los jugadores tuvieron libre para despejarse un poco del ambiente deportivo, Diego aprovechó para visitar junto a Claudia, sus hijas y un amigo, el periodista Adrián Paenza, el centro comercial Faneuil Hall Marketplace, situado a pocos kilómetros del Babson College. En el patio de comidas del imponente shopping, el grupo almorzó pizzas junto a un exalumno de Paenza, Gerry Garbulsky, quien vivía en la capital del estado de Massachusetts. Al finalizar la comida, Diego le pidió a Gerry que lo acompañara a un local de ropa deportiva situado a pocos metros, *Foot Locker*, porque necesitaba adquirir unos pares de zapatillas. Ya en el comercio –decorado de manera acorde a la competencia con pósters de distintos futbolistas, aunque ninguno del diez argentino– Diego quedó impresionado por la gran variedad de marcas y surtido de modelos, por lo que comenzó a probarse diferentes calzados ayudado por Gerry y la amable asistencia de un joven vendedor. Tras haber elegido ocho pares, el *Diez* se dirigió a la caja para pagar su compra. El empleado, feliz por el volumen de la venta, le regaló al argentino un llavero alusivo a la Copa del Mundo.

–No sé si usted lo sabe –le confió el muchacho, en inglés–, pero está por comenzar aquí, en Estados Unidos, el Mundial de *soccer*. Este llavero tiene el logo del torneo.

Gerry tradujo el comentario, Diego agradeció el obsequio sin hacer ninguna referencia y los dos argentinos salieron de la tienda. Segundos después, Paenza ingresó al mismo negocio con Claudia, quien había olvidado que también debía adquirir zapatillas, en este caso para sus hijas. El periodista notó la decoración futbolera del lugar, muy apropiada por la proximidad del campeonato, y le preguntó al feliz vendedor:

–¿Tiene usted idea de quién acaba de estar aquí?

Ante la negativa de su interlocutor, Paenza prosiguió:

–El mejor jugador de *soccer* de toda la historia.

Sobrecogido por la observación, el muchacho se sintió abochornado por su ignorancia en la materia y por no haber reconocido a tan ilustre visitante. Empero, envalentonado por un repentino impulso, el joven tomó un papel y una lapicera y salió a toda prisa del local para correr, a los gritos, a sus recientes clientes. De ninguna manera se perdería la posibilidad de obtener el autógrafo de tan rutilante estrella deportiva. Cuando el vendedor los alcanzó, extendió la hoja y el bolígrafo y, emocionado, le pidió la firma a... ¡Gerry!

Durante los entrenamientos en Babson College, Diego prolongó su evolución. A los trabajos tácticos con el equipo, comandados por Alfio Basile, les sumamos ejercicios de esfuerzo tendientes a potenciar el estado de su forma. La planificación estaba pensada para alcanzar su máxima expresión en el inicio de la segunda fase, ya que todos dábamos por descontado que Argentina obtendría la clasificación en su grupo: ese fue el último Mundial que se desarrolló con una ronda inicial de seis grupos de cuatro equipos, de los cuales los dos primeros pasaban al cuadro de eliminación directa desde octavos de final junto a los cuatro mejores terceros. En uno de sus primeros entrenamientos, Diego le concedió una nota a su amigo Paenza, en la que destacó:

–Si Dios quiere, voy a estar mejor que en el '90. Estamos trabajando como en México y en Italia. Se lo conté a Dalma y a Gianinna. Todo lo que haga va a ser por amor al fútbol y porque quiero darles mi último Mundial a los argentinos a lo grande.

El debut ante Grecia, el 21 de junio, fue esperanzador. La escuadra albiceleste consiguió una actuación convincente y cuatro goles: tres de Gabriel Batistuta y uno de Diego, luego de una estupenda sucesión de toques en velocidad que culminó con su letal zurdazo al ángulo superior derecho del arco helénico. Nadie imaginó que esa sería su última conquista en las redes mundialistas.

Diego regresó al Foxboro el 25, para su última presentación en la Copa del Mundo. Argentina comenzó perdiendo con Nigeria, pero dos goles de Claudio Caniggia sellaron la segunda victoria del equipo dirigido por Basile. Cuando el referí sueco Bo Karlsson pitó el final del encuentro, Diego festejó eufórico con sus compañeros, ajeno a los negros nubarrones que comenzaban a formar la tormenta perfecta. Desde la platea, que compartí con un grupo de gozosos compatriotas, me reí cuando lo descubrí caminando de la mano de una rubia asistente hacia el sector de los vestuarios. Una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro, al tiempo que levantaba su brazo libre hacia las tribunas en señal de agradecido saludo. No sabía que esa mujer, Sue Carpenter, una empleada de la organización del campeonato y coprotagonista de una de las imágenes más emblemáticas de la oscura historia del certamen, lo había ido a buscar adentro de la cancha para conducirlo hacia el cuarto donde se le realizaría el control antidoping. Esa noche me fui a dormir pensando que los motivos para ser optimista estaban poco a poco justificándose.

El 28 de junio, por la tarde, fuimos a uno de los gimnasios del Babson College para trabajar en estiramientos y movilidad articular. Hacia el final de la sesión, Diego intentó lograr una posición que desde el Mundial anterior no conseguía. Sentado sobre una colchoneta y con sus piernas extendidas y separadas, comenzó a inclinar el tronco hacia adelante (sus manos entrelazadas en la nuca y los codos

siguiendo la línea del cuerpo), con la intención de plancharlo contra el suelo y apoyar también su frente. Estrujó su pecho contra el piso, contó en voz alta hasta tres y se levantó como un resorte, con los puños apretados y una felicidad que no le entraba en la cara. Después, la exprimió a Claudia con un abrazo y en ese sublime estado de gracia regresamos a la concentración. Diego estaba pletórico de felicidad. Regaló bromas a cada compañero que se cruzó en su camino, se tendió sobre la camilla del vestuario y se entregó a las manos mágicas y relajadoras de Salvatore Carmando, su inseparable masajista napolitano. Yo aproveché para ducharme y descansar durante un rato en mi habitación, esperando la hora de la cena, mientras repasaba mentalmente los trabajos del día. Hasta que tres golpes en la puerta destruyeron mis cavilaciones. Detrás de mi «pase», apareció Daniel Cerrini. Estaba pálido, extremadamente nervioso. Quería decirme algo, pero apenas podía mover su tembloroso labio inferior.

–¡No puede ser, no puede ser! –fue lo único que alcanzó a largar antes de tomarse el rostro con las manos.

–¿Qué no puede ser, Daniel? –lo incité a seguir hablando, ya que no comprendía qué pretendía notificarme.

Su imprecisión se prolongó unos segundos, hasta que finalmente juntó coraje y me anunció que Marcos Franchi acababa de llamarlo para informarle que uno de los controles antidoping correspondientes al partido ante Nigeria había dado positivo. Dos jugadores habían sido analizados: Diego y el defensor Sergio Vázquez, quien no había intervenido en el encuentro ante los africanos. Pero, según lo que le había comunicado Franchi, todo apuntaba hacia el capitán albiceleste.

–*Profe*, ¿qué hago? –me preguntó con los ojos desbordados por las lágrimas.

–¿Que qué hacés? Tomate un avión hasta el fin del mundo, porque está llegando don Diego y, si te ve, te pega un tiro en la cabeza.

Me hizo tanto caso que no lo vi nunca más.

La adversa noticia no tardó en alcanzar a cada miembro de la delegación. Los ojos de todos hacían preguntas que ninguna boca podía contestar. Alguno murmuró que en el Mundial de México de 1986 un jugador español, Ramón Calderé, también había dado positivo pero la FIFA lo había indultado luego de que el médico de la selección ibérica admitiera que se había equivocado al suministrarle un medicamento. Muchos se aferraron a este antecedente como si se tratara de un salvavidas en el medio del océano, aunque no sabíamos qué sustancia prohibida había sido detectada en la muestra.

La cena transcurrió en una atmósfera enrarecida, mezcla de dudas, nerviosismo e incredulidad. Al día siguiente, viajamos a Dallas, donde la Selección debía jugar el último partido de la primera fase ante Bulgaria. Hacia el atardecer de ese 29 de junio, me dirigí a la

habitación de Marcos Franchi para aguardar junto a él, Oscar Ruggeri y otros amigos, a Rubén Moschella, el empleado administrativo de la AFA que nos informaría sobre la decisión oficial de la FIFA. Algunos manifestaron tener confianza en Julio Grondona y su muñeca para plantear algún tejemaneje que resolviera el problemón. Otros no estábamos tan seguros... y olfateábamos que lo peor estaba por venir. El sonido del repiqueteo de nudillos sobre la puerta de la habitación acabó con las especulaciones. La expresión de Moschella no dejó lugar a dudas. Menos aún sus sucintas palabras, cargadas de infinita tristeza:

–Diego está afuera –anunció con un tono casi imperceptible.

Con Marcos y Oscar sacamos fuerzas no sé de dónde y caminamos hacia el cuarto de Diego para comunicarle una de las noticias más devastadoras de su corta pero intensísima vida. La habitación estaba a oscuras. Encendí la luz del baño y me senté en el borde de su cama. Marcos y Oscar lo hicieron en el otro lecho del dormitorio.

–¿Qué pasa? –nos preguntó mientras movía los brazos como para desperezarse.

Se hizo un breve silencio. Ninguno de los tres sabía qué decir. Con la mayor naturalidad que logré reunir, se me ocurrió decirle:

–Vamos *Diegucho*, ¡nos mataron! Nos tenemos que ir...

–¿Cómo? –me interrumpió, incrédulo.

–Ya está, te sacaron del Mundial. ¡Se acabó! Dale, levantate, date una ducha y vení a la habitación de Marcos.

Se incorporó lentamente, fue hacia el baño sin decir una palabra, se encerró y se escuchó entonces un llanto desgarrador. Oscar intentó consolarlo del otro lado de la puerta, pero le sugerí que era mejor dejarlo solo para no interferir en la exteriorización de su dolor. Casi una hora más tarde se unió a nosotros, frágil, vulnerable, en ese estado de devastación absoluta en el que nos dejan por lo general los hechos irreversibles.

–¿Para esto nos rompimos el alma, *Fer*? –me preguntó con un hilito de voz. Estaba completamente desmoralizado.

En la muestra de orina del capitán argentino aparecieron cinco sustancias prohibidas derivadas de la efedrina. ¿Cómo llegó eso a su cuerpo? Aparentemente, cuando la delegación ya estaba instalada en Estados Unidos, Cerrini se quedó sin una de sus pastillitas, un quemador de grasas conocido como *Ripped Fast*, y fue a comprar más a una tienda especializada en proteínas, vitaminas y otros suplementos nutricionales. Como no encontró un producto de la misma marca, adquirió otro –*Ripped Fuel*– y no se fijó que éste contenía efedrina, una sustancia prohibida en el fútbol pero curiosamente habilitada para otros deportes. Además, en ese momento, era un suplemento de venta libre. ¡Qué se le va a hacer!

En los deportes de alta competencia, súper profesionales, la

persona dedicada a la nutrición del atleta debe estar sumamente capacitada, demostrar absoluta idoneidad, y sobre todo ser consciente de lo que le está dando a un jugador. No sé si Cerrini falló por negligencia o irresponsabilidad, pero sí debe reconocerse que actuó con un alto grado de falta de profesionalismo. Su decisión acabó con mucho más que el sueño de Diego por alcanzar una nueva final mundialista. El equipo se derrumbó luego de que se confirmara el resultado del control antidoping a su capitán: perdió con Bulgaria el último encuentro de la fase inicial y quedó eliminado en octavos de final, al caer ante Rumania en el Rose Bowl de la ciudad de Los Ángeles. Sin dudas, junto con la fractura de su tobillo izquierdo, ese fue el momento más difícil de la carrera de Diego: la FIFA lo desterró de inmediato y lo castigó, además, con otra suspensión por quince meses.

El sobresaliente escritor uruguayo Eduardo Galeano señaló que «cuando Maradona fue, por fin, expulsado del Mundial del 94, las canchas de fútbol perdieron a su rebelde más clamoroso. Y también perdieron a un jugador fantástico. Maradona es incontrolable cuando habla, pero mucho más cuando juega: no hay quien pueda prever las diabluras de este inventor de sorpresas, que jamás se repite y que disfruta desconcertando a las computadoras. (…) En el frígido fútbol de fin de siglo, que exige ganar y prohíbe gozar, este hombre es uno de los pocos que demuestra que la fantasía puede también ser eficaz».

De regreso a la Argentina, Diego recibió el conmovedor tributo de millones de admiradores, la mayoría de los cuales imputaba lo ocurrido a un complot orquestado en su contra desde los altos mando de la FIFA. Recuerdo un emocionante comentario del entrañable Alejandro Dolina en su programa radial *La venganza será terrible*, cuando habló de su tristeza, del sueño de Diego, de su desgracia futbolística, de ciertos periodistas, pensadores y mediocres en general que atacaron al *Diez*, y su genial alusión a un pasaje del *Martín Fierro* en el cierre de su exposición: «No hubo ningún Cruz para este Fierro».

La sanción contra Diego no sólo generó rechazos en Argentina. He leído que, en Israel, un chico de once años de la ciudad de Haifa se declaró en huelga de hambre y debió ser hospitalizado luego de que pasara tres días sin tomar alimentos ni bebidas. En Bangladesh, un grupo de exaltados salió a las calles para reclamar a la FIFA la revocación de la pena y quemó una imagen del presidente de la entidad, el brasileño João Havelange. Allí, un abogado, Mohammed Anwarul, presentó en un tribunal de justicia una demanda contra Havelange, para exigirle el pago de mil takas (unos 25 dólares) como indemnización por los «trastornos mentales» provocados por la expulsión del capitán argentino. En la India, trabajadores de una empresa alimenticia boicotearon la celebración de una boda en señal

de protesta. El poder de Diego también se pudo medir en tickets vendidos: las 64 mil entradas del estadio Cotton Bowl de Dallas para el juego entre Argentina y Bulgaria, el 30 de junio, se agotaron varios días antes del partido, cuando todavía no se había anunciado la inhabilitación del *Diez*. Esta descomunal demanda no ocurrió con los dos encuentros que se realizaron allí con anterioridad: el 17 de junio, España-Corea del Sur congregaron a 56 mil personas, y Nigeria-Bulgaria, el 21, apenas a 44 mil.

En Buenos Aires, el doctor Lentini comparó los dos productos consumidos por Diego, *Ripped Fast* y *Ripped Fuel*, con equipos de última generación que se utilizarían en los Juegos Panamericanos de Mar del Plata 1995 para realizar los controles antidoping, y comprobó que, en efecto, el segundo contenía la sustancia prohibida. Pero ningún estudio puede reflejar la valentía de un hombre que encaró la última gran aventura de su vida con tremendo audacia y esfuerzo, como lo hizo Diego. Tampoco medir la capacidad de sufrimiento de un ser humano que soportó un tremendo esfuerzo para volver a vestir la camiseta de su país, ni su aptitud para generar tanta alegría a través de la pelota. Pero quizá sea más oportuno que este oscuro capítulo lo cierre el propio Diego, con las palabras que utilizó para despedirse de Estados Unidos en una última entrevista con su amigo Paenza, grabada en un hotel de Dallas:

«Me preparé muy bien para este Mundial, me preparé como nunca. Me dan en la cabeza en un momento en el que puedo resurgir. Cuando me drogué, fui y le dije a la jueza: sí, me drogué, ¿qué hay que pagar? Y lo pagué. Fueron dos años durísimos. Pero, así, no lo entiendo. Conmigo se equivocaron, no me drogué para jugar. ¿Con qué necesidad, si lo tengo a Fernando? No corrí por la droga, corrí por el corazón y la camiseta. Tengo los brazos caídos, tengo el alma destrozada. La FIFA me defraudó, me dieron por la cabeza sin asco. Me sacaron del fútbol definitivamente, no creo que quiera otra revancha. No quiero dramatizar, pero creeme que me cortaron las piernas».

CAPÍTULO 10
VOLVER

El lunes 17 de octubre de 2005, vi la trasmisión de un llamativo reportaje: en su propio programa, *La noche del Diez*, Diego interpeló a Maradona. O Maradona a Diego, no lo tengo muy claro, porque los roles pasaban de una silla a la otra constantemente, durante toda la charla entre el entrevistador y el entrevistado, que en definitiva eran la misma persona, favorecida por la «magia de la televisión». En esa nota, que tuvo una fenomenal repercusión mundial a partir de las agudas confesiones lanzadas, Diego declaró su amor por Claudia, sus hijas, sus padres y la pelota, y su desgraciada relación con la cocaína. También tiró una frase que me llamó mucho la atención: «La Selección es el sueño de toda la vida, pero queda lejos. Es un camino muy largo. Me dijeron que las puertas estaban siempre abiertas, pero no me dieron la llave. Es el sueño más grande que tengo».

En ese momento, hacía un par de meses que con César Menotti habíamos terminado nuestra tercera etapa en Independiente –que alternamos con procesos en Sampdoria de Italia y Rosario Central– y, la verdad, fantaseé con esa ilusión de Diego. Con disfrutarlo con él, por supuesto. El *Diez* había tenido dos breves y poco efectivos períodos como entrenador en el club correntino Deportivo Mandiyú (él me había ofrecido que lo acompañara, pero en ese momento estaba en Japón, trabajando en unas clínicas, y cuando regresé su ciclo allí ya había terminado) y en Racing Club, durante los quince meses de suspensión por el doping positivo en Estados Unidos. En La Academia sí ejercimos juntos. Arrancamos en enero de 1995, después de que el presidente del club, Juan De Stéfano, le propusiera a Diego entrenar el equipo profesional. Él conformó una dupla técnica con Carlos Fren y me ofreció a mí que me ocupara de la preparación física de los jugadores. El episodio se extendió por apenas cuatro meses y once partidos oficiales: dos victorias, seis empates y tres derrotas. Fiel a su estilo, Diego anunció que renunciaba si De Stéfano perdía las elecciones y no era reelecto. Ganó la lista opositora encabezada por Osvaldo Otero y no fuimos. «Cualquiera se moriría por dirigir a Racing. Yo estoy orgulloso de haberlo hecho, pero soy un hombre de palabra», declaró el *Diez* al abandonar su cargo.

Cuando Diego cumplió la sanción de la FIFA, regresó a Boca Juniors como jugador hasta su retiro definitivo en 1997. En ese último período no estuvimos juntos: yo ya había iniciado mi camino junto a

César Menotti.

Unos años más tarde, en octubre de 2008, Chile venció a Argentina en las Eliminatorias hacia el Mundial de Sudáfrica 2010. Ese fue el primer y único triunfo chileno sobre su rival trasandino en partidos oficiales, desde 1916, incluyendo Mundiales, Eliminatorias y la Copa América (para las estadísticas, las victorias por penales se consideran empates). Esa derrota albiceleste provocó la renuncia del entrenador Alfio Basile, y abrió un abanico de postulantes al cargo vacante que abarcaba a Sergio Batista (entrenador de la selección sub-23 que había ganado la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Beijing 2008); al técnico de River Plate en ese momento, Diego Simeone; y Miguel Ángel Russo, entrenador del San Lorenzo que lideraba el Torneo Apertura. También Carlos Bianchi emergía como un candidato de peso.

Por esos días, yo estaba en mi casa de Lincoln. Sonó el teléfono fijo: era un amigo de esa ciudad, Luis Godoy, quien me llamaba muy contento:

–Felicitaciones, profesor.

–Qué hacés, Luis. ¿Por qué felicitaciones?

–Porque acabo de escuchar que sos el nuevo preparador físico de la selección de Diego.

–¡Pero dejate de joder! ¿Dónde escuchaste esa pavada?

–Recién, en una radio...

–No, no sé absolutamente nada. ¡De verdad!

–¿En serio?

–Te lo aseguro. Es una pavada, están especulando con eso hace rato.

Nos despedimos y, a los cinco minutos, sonó el celular. Cuando miré la pantalla, era... ¡Claudia!

–¿Y esto? –me pregunté, curioso. Atendí.

–Hola, *Clau*, ¿cómo estás?

–Hola, *Profe* –respondió ella con un tono de voz alegre, de felicidad–. Pregunta Diego si le gustaría acompañarlo en la Selección para el Mundial de Sudáfrica.

–¿Qué estás diciendo? –contesté un poco nervioso. Yo no estaba trabajando: mis últimas andanzas habían tenido lugar en México, entre 2006 y 2007, en los clubes Puebla –junto a Rubén Rossi– y Tecos, de nuevo con César Menotti. También había acompañado a Cayetano Rodríguez en Banfield y a Ubaldo Fillol y Jorge Higuaín en Racing Club.

–Ahora se lo paso. Está a mi lado...

–Te sigue teniendo como secretaria... ¿te aumentó el sueldo, al menos? –bromeé, quizá para tranquilizarme un poco. Le extendió el teléfono a Diego. En los últimos catorce años nos habíamos visto una

sola vez: nos encontramos en el Ski Ranch de la Costanera a tomar unos tragos y charlar largo y tendido.

–¿Qué hacés, *Ciego*? –me saludó cariñoso, como si nos hubiéramos visto por última vez el día anterior. Yo le respondí con la misma cortesía.

–¿Qué hacés, *Die*, cómo andás?

–Muy contento. ¿Viste que me nombraron técnico de la Selección? –su satisfacción brotaba natural, chispeante.

–Entonces era cierto...

Siempre me pareció que Grondona lo había nombrado en medio de una coyuntura extraña. El técnico indicado en ese momento, al que todo el mundo le ponía una ficha, era Carlos Bianchi, pero éste no sé qué tipo de diferencias tenía con Grondona, quien no lo quería, de ninguna manera. Entonces, Julio hizo la más fácil: nombró a Diego, a pesar de que seguramente no lo convencía ni tampoco lo quería, aunque habrá pensado «si ganamos, ganamos todos; si pierde, lo entierro de cabeza y me lo saco de encima para siempre».

–¿Vamos? –me invitó Diego, con franqueza, con la sencillez del que define un gol con el arco vacío.

–¡Obvio! –No lo pensé ni un segundo. Me había incluido con graciosa amistad y contagiado su felicidad.

–Nos van a presentar oficialmente mañana en el predio de la AFA.

–Estoy en Lincoln, pero viajo ya mismo para allá.

Así fue, literal: al otro día, bien tempranito, salí en auto hacia Buenos Aires para estar junto a Diego el día de su coronación. A lo largo del camino, escuché un par de veces a Mercedes Sosa cantar «Gracias a la vida», sintiendo que, al menos desde el punto de vista profesional, Violeta Parra lo había escrito también para mí.

Cuando nos reencontramos, me topé con un Diego radiante.

–¿Cómo te sentís, *Die*?

–Como los días en los que nacieron mis dos hijas. Ganarle a Bianchi es como vencer a Foreman, Tyson o Monzón.

A punto de cumplir 48 años, a Diego se le materializó la oportunidad de volver a hacer historia con la selección argentina, aunque del otro lado de la línea de cal. El día de su presentación oficial, la sala de prensa del complejo deportivo de la AFA estaba desbordada. Periodistas de todo el mundo pugnaban por acceder a un lugar privilegiado. Una vez más, el magnetismo de Diego puso en serias dificultades las previsiones contempladas por los organizadores del acto. Durante la ceremonia, Julio Grondona anunció con pompa y boato que ese era «un día muy especial para el fútbol argentino». Diego, triunfante y optimista, precisó que «cuando entré hoy al complejo sentí lo mismo que cuando era jugador: se me infló el pecho. Esto es un sueño que llega en el mejor momento de mi vida, porque

estoy recuperando la confianza de mis hijas, tengo bien a mis viejos, recuperé la felicidad de ver el día y me siento bien espiritualmente. Esto es tocar el cielo con las manos». «Sería un cobarde si no estuviera hoy sentado acá asumiendo en esta minicrisis que vive la Selección y me quedara metido en mi casa», remató con su clásico estilo.

Carlos Bilardo, quien asumió como director general de Selecciones Nacionales, lanzó una frase muy polémica:

–La vida es para la Selección. Está mal que lo diga, pero primero está la Selección y después la familia.

Yo pensé: «Será de la tuya; de la mía, no».

Sellada la contratación, me volví al otro día a Lincoln y el siguiente fin de semana me instalé en Buenos Aires. Comenzamos a juntarnos regularmente en el predio de AFA para empezar a diagramar el primer encuentro –él los llamaba «partidos internacionales» y no «amistosos»–, pactado en Glasgow ante Escocia. Allá, Diego es Gardel: los escoceses lo aman por haberle marcado dos goles a Inglaterra y haber eliminado al equipo de los tres leones del Mundial de México.

Esa primera experiencia nos marcó una pauta que se había agravado, y mucho, desde la época en la que Diego jugaba, y que hoy se mantiene vigente, por desgracia más fuerte en Sudamérica que en Europa: los responsables de un equipo nacional ya no son técnicos, sino seleccionadores, porque no tienen un grupo al que entrenar. ¿Cuándo trabajan con los jugadores? Después de mucho tiempo de no verlos. Los pibes llegan agotados por un viaje intercontinental y un partido en la jornada previa, y no queda otra posibilidad que hacer una sola práctica antes de un encuentro oficial: el primer día descansan, el segundo hacen un tratamiento regenerativo, el tercero se entrenan y el cuarto juegan. ¡Es todo una mentira! Un gran director de orquesta jamás daría un concierto en una sala ilustre como el Teatro Colón de Buenos Aires, el Carnegie Hall de Nueva York o La Scala de Milán con un solo ensayo, con músicos llegados desde distintos países el día anterior. ¡Sería una locura! El paralelismo es perfecto, porque en el fútbol el buen funcionamiento de un equipo también es producto de los ensayos, y para ello se necesita tiempo. Un tiempo que no existe como consecuencia de los sobrecargados calendarios de los jugadores y sus clubes, diseñados por una comunidad de seniles y obesos señores desde los mullidos sillones de sus paquetísimas oficinas. Hoy los futbolistas no disponen de tiempo ni para descansar, y aunque lo necesiten, ¡no los dejan!

Diego quiso armar una selección estable con futbolistas de equipos argentinos, como hizo Menotti para el Mundial de 1978, pero le bajaron el pulgar. Los clubes más importantes preferían reservar a sus figuras para jugar la Copa de Leche, la Recopita y la Recopona. Se hizo muy difícil. Se organizaron varios amistosos, pero si un club te

cedía a un futbolista para un partido, te lo negaba para el siguiente. Además, las instituciones europeas liberaban a sus jugadores sólo para participar de «Fechas FIFA». En apenas dieciocho meses, desde su debut en Glasgow el 19 de noviembre de 2008 hasta la conformación de la lista para el Mundial de Sudáfrica, oficializada el 19 de mayo de 2010, Diego convocó y probó a... ¡108 jugadores diferentes! De ellos, 42 sólo fueron convocados una vez. El sistema se transformó en un mamarracho, y no solamente en el fútbol argentino: lo mismo padecen todos los equipos de Sudamérica, que tienen a la mayoría de sus jugadores en Europa. Para los seleccionados del Viejo Continente es mucho más fácil: se juntan en una hora y media. España ganó en Sudáfrica 2010 con 20 de sus 23 futbolistas en la Liga local, y siete muchachos del FC Barcelona que juegan a lo mismo; Alemania, en 2014, con 17 jugadores en la liga germana, y una base de siete del mismo club: Bayern Munich. ¡Qué coincidencia! En 2010, el Barcelona era dirigido por Josep Guardiola, al igual que el equipo bávaro en 2014.

Encima, en Argentina los dirigentes y la prensa te exigen que salgas campeón, y cuando no lo hacés, te matan. La obligación no es levantar la Copa, sino dar el máximo de uno y que alcance hasta donde alcance. En el fútbol, a veces merecés ganar por goleada y perdés, y a veces merecés perder por goleada y ganás. El que no lo asume así, no entiende nada. Me parece ridículo dejarse llevar por un fanatismo estúpido y un nacionalismo berreta.

Para el debut en Escocia, llegamos a Glasgow tras una escala en Madrid, donde nos reunimos con todos los muchachos que jugaban en equipos europeos (apenas tres habían viajado con nosotros desde Buenos Aires: Emiliano Papa, Daniel Montenegro y Cristian Villagra) y tomamos un vuelo chárter hacia nuestro destino. También estuvieron los ayudantes de campo de Diego, Alejandro Mancuso y Miguel Ángel Lemme; el otro preparador físico, Javier Vilamitjana; y Bilardo. Lionel Messi no fue citado porque Diego respetó un pacto preexistente entre la AFA y el FC Barcelona, que había cedido a su joven estrella para los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 a cambio de que se lo excusara de actuar con Argentina en algunos amistosos de las denominadas «Fechas FIFA» cercanos a compromisos trascendentales de la liga ibérica o la Champions League. Unos días después del juego en Glasgow, el club *culé* debía intervenir en un encuentro clave por la Champions, y solicitó a la AFA que se le permitiera preservar a su futbolista, circunstancia a la que Diego accedió sin reproches: «Hay una cláusula y tenemos que respetarla. Nosotros no somos nadie para oponernos».

Preparamos el debut en el hermoso complejo deportivo del club Celtic, sin problemas. Pero, la noche anterior al partido en Hampden

Park, surgió un delicado imprevisto. Mientras estábamos en el hotel, se me acercó Javier Vilamitjana y me dijo:

–*Fer*, te llama Diego.

–¿Qué pasa?

–No sé qué problema tiene el *Kun* con Gianinna.

Fui a la habitación de Diego, quien se encontraba junto al *Kun* Sergio Agüero, Bilardo y Mancuso. Estaba alterado, al borde del llanto.

–¿Qué pasa?

–Gianinna tiene pérdidas –me informó él, con los ojos acuosos–. ¿Qué hacemos, qué hago?

Lo tomé al *Kun* del hombro y le dije:

–Vos te vas urgente para Madrid. Vayamos a hablar con Moschela para pedirle que te consiga un pasaje. Tenés que estar al lado de Gianinna.

Lo miré a Diego.

–Y vos también te vas.

–¿Yo?

Le dio un ataque de nervios, porque quería irse con Sergio y, al mismo tiempo, quedarse a dirigir su primer partido con la Selección. Yo no pretendí hacer leña del árbol caído, pero tuve ganas decirle a Bilardo: «¡Viste que la Selección no es más importante que la familia!». Finalmente, viajó sólo el *Kun*.

La tarde del duelo con Escocia, los futbolistas y los entrenadores nos reunimos en uno de los salones del hotel para la charla técnica. Era un cuarto amplio y con muy poca luz. Los jugadores estaban hablando entre ellos y de pronto Diego ingresó al lugar con Mancuso y Lemme. Estaba emponchado con un camperón azul marino. Empezó a dar la charla y yo miraba a los futbolistas. Todos seguían sus palabras con una emoción casi reverencial. A *Carlitos* Tevez se le caían las lágrimas. Fue un momento imborrable.

Creo que, en esa emotiva exposición, Diego consumió la poca energía que le quedaba. Durante el partido –Argentina ganó por uno a cero con gol de *Maxi* Rodríguez–, apenas se levantó de su asiento para dar alguna indicación. La cuestión de Gianinna lo tenía muy preocupado. A la vuelta, Diego se quedó en Madrid para estar junto a su hija. Por suerte, la condición de ella mejoró y su embarazo prosiguió con tranquilidad.

En febrero, se alinearon los planetas. Por primera vez, Diego y *Leo* coincidieron en la Selección. El encuentro se produjo en la ciudad francesa de Marsella, donde Argentina tenía pactado un amistoso internacional contra la escuadra del gallito. Messi no sólo admiraba a su nuevo entrenador nacional por todo lo conseguido en los Mundiales de México 1986 e Italia 1990: con seis años de edad, el rosarino,

fanático de Newell's, había ido con su papá Jorge a ver el debut de Diego con la camiseta rojinegra, la tarde del 7 de octubre de 1993 en el *Coloso* del Parque Independencia, ante el club ecuatoriano Emelec.

Ese viaje a la Costa Azul francesa fue uno de los que Diego más disfrutó durante su etapa como técnico albiceleste.

–No saben cómo los envidio –les dijo a los muchachos en el vestuario, mientras ellos se cambiaban para enfrentar a los franceses. Él tenía tantas ganas, o más, de salir a jugar. A lo largo de toda su carrera como entrenador, Diego siempre mantuvo un trato muy afectuoso con todos sus futbolistas. Su humor excelente, cargado de contagiosos ánimo y buena onda, transmitía tranquilidad y confianza tanto dentro como fuera de la cancha. Durante la primera práctica en Francia, el 9 de febrero en el estadio Municipal de Gemenos, Diego quedó fascinado con *Leíto*: a pesar del intenso frío, saboreó cada minuto del entrenamiento como si él mismo fuera a integrar el equipo.

Esa noche, después de la cena, los integrantes del cuerpo técnico nos reunimos para hacer el balance del día. Diego desbordaba de felicidad.

–No se puede creer lo que juega ese enano –comentó, extasiado.

Yo me reí.

–¿Y vos qué sos, granadero a caballo? ¡Tienen la misma altura!

La relación se forjó entre la admiración recíproca, la protección de Diego y el respeto reverencial de *Leo*, que todavía era un nene de 22 años, por el ex *Diez*.

Ambos hablaban bastante. La anécdota más significativa de ese viaje se produjo la noche anterior al partido, cuando fuimos a reconocer el terreno de juego del estadio Vélodrome, escenario del duelo internacional. Luego de que Diego diera por finalizada la sesión, caracterizada por el frío y fuertes vientos, y la mayoría de los jugadores comenzaran a caminar hacia el vestuario para protegerse de la baja temperatura, algunos delanteros se quedaron junto al guardametas Juan Pablo Carrizo para practicar tiros libres directos al arco. Yo observaba desde el círculo central. Llegó el turno de Messi, quien colocó la pelota dos metros fuera del área, casi en línea recta, y le pegó de zurda buscando el ángulo derecho del marco defendido por Carrizo. El tiro se fue muy alto y desviado, hacia la izquierda. *Leo* giró sobre sus talones e hizo un gesto de indudable fastidio, moviendo sus brazos como un molino. Luego, inició una caminata hacia el vestuario. Cuando pasaba cerca de mí, lo tomé de un hombro y le dije:

–No me vas a decir que vos, que vas en camino a ser uno de los mejores de la Historia, te vas a ir a dormir después de semejante porquería, ¿no? ¡Vas a tener pesadillas, Leo!

Messi sonrió con picardía, pero no se detuvo. Lo hizo un segundo más tarde, cuando escuchó la voz de Diego que lo convocaba a dar

media vuelta y retornar al borde del área.

–Vení, *Leíto*, vení –le indicó mientras lo rodeaba con un brazo, como un padre curtido a su inexperto hijo–. Veí, *papi*.

Diego le pidió una pelota a Carrizo y la colocó en el mismo lugar desde el que Messi había disparado al arco. Para mí y para los demás jugadores que estábamos en ese momento en la cancha, el mundo se había detenido.

–Te estás apurando mucho, *papi*. Cuando le entres a la pelota, no le saques el pie tan rápido. Acompañala más porque, si no, ella no sabe lo que vos querés que haga, ni a dónde querés que vaya.

Mientras brindaba su explicación, tomó dos o tres pasos de carrera.

–Tenés que hacer así, ¡mirá!

Corrió hacia el balón y sacó un zurdazo letal, como en los viejos tiempos. La pelota se clavó con violencia en la red, a dos centímetros de la unión entre el poste derecho y el travesaño. Carrizo voló, pero no pudo desviar el misil. *Leo* me miró como diciendo: «¡Mirá lo que hizo este tipo!».

–¿Ves? Así tenés que hacer. Acompañala más.

Fue una clase de lujo de un gran maestro hacia su admirado discípulo. No me crean a mí. Si revisan las estadísticas, van a descubrir que el promedio de goles de tiro libre de *Leo* aumentó de manera exponencial a partir de 2010. Por cierto: el 11 de febrero, Messi jugó con la 18 y metió un golazo *maradoniano* que contribuyó a una victoria albiceleste por dos a cero sobre el combinado francés.

Poco antes del debut oficial de Diego como entrenador de la selección argentina, ante Venezuela por las Eliminatorias para Sudáfrica, el 28 de marzo de 2009, los integrantes del cuerpo técnico nos reunimos con algunos administrativos de la AFA –entre ellos Daniel Pellegrino, un hombre de confianza de Grondona– para coordinar los horarios de las diferentes actividades previas a un partido de esas características, como los entrenamientos, los almuerzos y cenas, las meriendas, los períodos de descanso, las sesiones de video, la charla técnica y el traslado desde el predio de Ezeiza al estadio Monumental de Núñez. La junta se desarrollaba en un salón que había sido acondicionado para ese tipo de encuentros con una gran una mesa redonda. Cuando los administrativos le plantearon a Diego a qué hora quería partir hacia la cancha de River, pregunté:

–¿En qué vamos?

–En el micro oficial de AFA –contestó Pellegrino, con una entonación que me sonó burlona.

–Yo creo que tendríamos que poner otro micro.

–¿Cómo otro micro? –indagó el mismo Pellegrino. Su tono de voz había pasado de la ironía a la soberbia. Diego nos miraba en silencio,

sopesando la situación.

–Yo creo que a esa hora la General Paz (una autopista que sirve como límite político entre la ciudad de Buenos Aires y la provincia homónima) va a estar llena. Si le pasa algo al micro, ¿cómo seguimos para la cancha?

Pellegrino miró a Diego y regresó al modo irónico.

–Nunca sucedió algo así, sería insólito...

–Ya sé que no pasó nunca, pero siempre hay una primera vez. Una cosa así no puede pasarle a la selección argentina, y menos si el técnico es Maradona.

Diego, asintiendo con su cabeza, se metió finalmente en la discusión.

–Daniel, otro micro.

–Bueno, Diego, está bien.

Pellegrino anotó en su cuaderno la orden del entrenador.

Llegó el día del partido. Subimos todos al micro y salimos hacia River escoltados por cuatro motos de la Policía, dos adelante y dos atrás. Avanzamos por la autopista Riccheri y, al llegar a la General Paz, nos topamos con un mar de automóviles. La carretera estaba repleta de hinchas que se dirigían al estadio para alentar al equipo argentino, que jugaría por primera vez por los puntos desde la asunción de Diego. Con el apoyo de las motos de la policía, avanzábamos pero muy lentamente, con constantes arranques y frenadas. Cerca de la Avenida de los Constituyentes, noté que el chofer comenzó a hacer fuerza con la palanca de cambios, que se le había trabado. ¡El micro se descompuso! Yo iba sentado junto a Diego en el primer asiento, él del lado de la ventanilla y yo sobre el pasillo. Luego de unos instantes en los que el conductor intentó retomar la marcha, en vano, Diego se paró y gritó:

–Vamos, abajo todo el mundo, al otro micro.

La gente de los autos que nos rodeaban empezó a hacer sonar sus bocinas, pero cuando amagaron con descender para abrazar a los jugadores o pedirles autógrafos, ya estábamos todos arriba del ómnibus suplente, nuevamente en camino hacia el estadio. Retomada la marcha, Diego se acercó a mi oído para decirme:

–Vos sos un hijo de puta. ¡Qué culo que tenés!

–Ma’ qué culo –le retruqué–: ¿Ves que podía pasar? ¡Pasó!

Ese día, ganamos cuatro a cero, con gran contundencia. En la segunda etapa, Diego le indicó a Juan Sebastián Verón que comenzara a calentar para ingresar por Carlos Tevez. Cuando la *Bruja*, que se había tenido que infiltrar porque arrastraba un problema en el tobillo, comenzó a trotar al borde del campo de juego, desde las cuatro tribunas empezaron a llover silbidos y murmullos de reprobación. Los hinchas todavía tenían atragantada la eliminación del Mundial de

Corea y Japón, en primera ronda, y Verón llevaba varios años vistiendo el sayo por ese fracaso. Frente a la reacción del público, Diego salió del banco e hizo un gesto con sus manos, como empujando hacia abajo. Todo el mundo se calló la boca y, segundos después, nadie desaprobó el ingreso de la *Bruja*.

Cuatro días más tarde, Argentina viajó a la ciudad de La Paz para enfrentar a Bolivia. Un mes antes, yo había ido con el doctor Donato Villani, jefe del departamento médico de la AFA, a elegir el hotel en el que se iba a concentrar la Selección en Santa Cruz de la Sierra, una ciudad con parámetros geográficos similares a los de Buenos Aires. ¿Por qué no fuimos directamente a La Paz? Porque, entre todas las sugerencias que habíamos recibido, la más acertada, aparentemente, consistía en concentrarse en el llano y viajar el mismo día del partido, para jugar antes de que el efecto de la altura, unos 3.500 metros por encima del nivel del mar, comenzara a hacer efecto sobre el organismo de los jugadores. En ese viaje, tuvimos una reunión con un delegado de la federación boliviana. Luego de reservar el hotel, nos pusimos a conversar sobre los problemas que representa organizar una competencia deportiva en ese ámbito.

–¿Por qué no juegan acá? Acá no hay ventaja para nadie –le planteé al representante, en referencia a Santa Cruz de la Sierra.

–No, nosotros nos reservamos el derecho a elegir el lugar que más le afecte al equipo contrario–, contestó el tipo, canchero.

–Pero eso no es deporte. Esa postura trasgrede uno de los principales principios del deporte, que es la igualdad de condiciones a la hora de competir. Con el mismo criterio, nosotros podríamos elegir la base que tenemos en la Antártida, y ustedes no se podrían bajar del avión: ahí hace treinta grados bajo cero. Eso no sería justo.

Llegamos en un vuelo chárter a Santa Cruz de la Sierra y yo empecé a tomar té de coca y a mascar hojas de esa misma planta, que había comprado a una vendedora callejera en el viaje previo, para estar mejor preparado para el efecto de la altura. Al día siguiente, partimos hacia La Paz: llegamos al aeropuerto internacional de El Alto, a 4.000 metros, y de ahí nos trasladamos directamente al estadio. ¡Hacía un calor! Entramos al vestuario y yo me fui a la cancha. Nunca había estado en La Paz ni a tanta altura. Para llegar al césped desde los vestidores, había que subir 22 escalones. Recuerdo que los conté. Cuando salí a la pista que rodea el campo de juego y me acerqué a la línea de cal, me sentí agitado. Me tomé las pulsaciones: mientras en el llano, en las mismas circunstancias normales, por lo general tengo 60, 65 por minuto, en ese momento tenía 110. Bajé y en el primer rellano de la escalera había dos gendarmes. Saqué mi paquete de cigarrillos, tomé uno y les convidé a los uniformados. Apenas pude pitar dos veces: ¡tiré el pucho porque me ahogaba! Fui al

vestuario y Diego estaba en un cuartito reservado para el cuerpo técnico, mientras los jugadores se cambiaban.

–¿Y? –me consultó.

–Es terrible.

–¡No digas nada!

–No digo nada, pero se van a dar cuenta.

Salimos a la cancha para realizar la entrada en calor y me reuní con los muchachos.

–Préstenme atención: la mayoría se va a ver afectado por esto. Ojo, no es joda. Hagan esfuerzos ahora, como para buscar el ahogo y saber qué les va a pasar.

Yo preferí que se asustaran antes del partido y no durante, para que no cayeran en la inseguridad. *Carlitos* Tevez metió un pique desde el área chica de la mitad que le correspondía a Argentina hasta poco antes de la media cancha, donde estaba yo. Llegó con la boca abierta como un pescado.

–¡No puedo respirar!

–Bueno, eso es lo que te va a pasar durante el partido.

Empezó el encuentro, iban unos minutos y el «10» de ellos, Alex da Rosa, un muchacho nacido en Brasil y nacionalizado boliviano, tomó la pelota sobre la izquierda, diez metros dentro del campo local. Avanzó un poquito, se perfiló y yo, en esa centésima de segundo, pensé: «¡Qué va a patear!». Claro que pateó, ¡y cómo! Sacó un cañonazo y Carrizo casi se desgarra para sacarla. «Uy, carajo, lo que es esto», razoné. Poco después, Marcelo Martins abrió el marcador, *Lucho* González empató y Bolivia consiguió dos goles más antes del final de la primera mitad. En la segunda, nos metieron tres más. Perdimos seis a uno, pero cuando vimos el compacto del partido contamos que ellos tuvieron dieciséis situaciones de gol. Si hubieran tenido un poco de suerte, nos metían diez o doce tantos. La figura de Argentina fue Carrizo, ampliamente, a pesar de haber recibido media docena de goles. Ese día, el boliviano Joaquín Botero fue Messi, y Messi, Botero. Si hubiera estado alguien para comprar jugadores, se llevaba a Botero y a Messi lo dejaba. El único argentino que jugó casi sin problemas fue Ángel di María.

Los principios de la fisiología sugieren que, para alcanzar un óptimo rendimiento en la altura, se necesita una semana de adaptación por cada mil metros. Hay que tener a los jugadores tres o cuatro semanas antes, pero ningún equipo te los va a dar un mes antes para un partido que, a la larga, podría resultar intrascendente. Nosotros habíamos hecho una planificación: llevar un equipo de juveniles adecuados en Jujuy, como se hizo en 1973 con la que se conoció como «La selección fantasma»: ese equipo le ganó a Bolivia en La Paz, por uno a cero, en la eliminatoria para el Mundial de

Alemania 1974. Grondona no nos autorizó, la lógica en la AFA no existe.

«Bolivia nos superó en todos los aspectos del partido. Nosotros cometimos errores y los pagamos. Bolivia jugó buen fútbol, nosotros no hicimos absolutamente nada de lo que veníamos haciendo», reconoció Diego en la conferencia de prensa posterior al juego. «Cada gol de Bolivia –remarcó– era un puñal en el corazón». En el vestuario local, uno de los futbolistas, Joaquín Botero, celebró como si hubiera ganado la Copa del Mundo. ¿Por qué? Días antes del partido, la federación boliviana había ofrecido a los futbolistas once mil dólares de premio extra e individual por cada gol que consiguieran. Botero, en una tarde inolvidable, acababa de meterle tres tantos por lo que sumó 33.000 razones para festejar. Verdes, como la camiseta de su selección. ¿Se los habrán pagado?

Saliendo del estadio, había cientos y cientos de pibes vestidos con ropas típicas del Altiplano. Nos hacían señas con los dedos, mostrándonos cinco de una mano y uno de la otra. Diego se recalentó, pero yo le dije:

–Ya está, *Die*. Mirá el lado bueno: al menos les dimos una alegría a estos pibes, que nunca tienen la posibilidad de ser felices con el fútbol.

Él no estaba muy de acuerdo pero, al fin y al cabo, seis a uno, uno a cero o diecisiete a uno es lo mismo: perdimos los tres puntos. No obstante, este resultado se había convertido en el peor soportado por un representativo celeste y blanco en el contexto mundialista, incluida la Eliminatoria, junto a la paliza que, por el mismo *score*, le propinó Checoslovaquia en la Copa del Mundo de Suecia 1958. Por diferencia de gol, equivale al 0-5 de Colombia, aunque en ese caso la deshonra fue superior por haberse cristalizado en Buenos Aires. Las particulares condiciones de La Paz justifican una derrota semejante, o al menos brindan una excusa.

En el viaje de vuelta, en la escala de Cochabamba, Fernando Gago, quien había jugado los noventa minutos, sufrió una descompensación. La altura lo había afectado mucho. En esas circunstancias no se debería jugar: no sólo se trasgrede ese principio de igualdad de condiciones a la hora de competir, sino que se pone riesgo la salud y la vida de los jugadores que no están adaptados. Podría haber pasado cualquier cosa. Pocos años después, en 2013, un juvenil de 18 años llamado Yair Clavijo, futbolista de Sporting Cristal de Perú, murió durante un partido de reservas en el Estadio Municipal de Urcos, situado a 3.100 metros de altura sobre el nivel del mar.

Un año antes de nuestra derrota, el 7 de marzo de 2008, Diego había participado de un partidito junto al presidente boliviano, Evo Morales, como respuesta a una iniciativa de la FIFA para vetar el fútbol internacional a más de 2.500 metros de altura. El *Diez* lo apoyó

por cuestiones ideológicas, no deportivas. ¿Qué sabe Evo sobre fisiología? Una cosa es opinar por patriotismo, otra arriesgar la salud y trasgredir el espíritu deportivo. Que los dirigentes bolivianos no sean hipócritas: quieren ganar de cualquier manera, aún a riesgo de la vida de los futbolistas extranjeros. No puede importar un resultado cuando está de por medio la salud de un ser humano. Para mí, hay que darles los puntos y listo. Cuando murió Yair Clavijo, todos los dirigentes se hicieron los boludos y nadie dijo nada. No comprendo qué espera la comunidad científica de las federaciones. Alguna vez los médicos tienen que hacer algo. Nunca dicen nada y los que tienen que hablar son ellos. Los de la FIFA miran los partidos por televisión, apoltronados en sus tronos, con aire acondicionado y fumando un habano.

En mayo, Argentina organizó un encuentro internacional contra Panamá en la ciudad de Santa Fe para probar a varios futbolistas de la liga local. Durante la preparación para ese partido, Diego dirigió una práctica abierta a la prensa en el predio de la AFA contra Tristán Suárez, un equipo de la localidad de Ezeiza, vecino de la casa de la Selección, que en ese momento actuaba en la B Metropolitana, la tercera categoría del fútbol profesional. El combinado albiceleste ganó uno a cero con un gol de José Sand, delantero del club Lanús. Apenas terminó el juego, Bilardo, bastante perturbado por el resultado, se acercó al jefe de prensa de la Selección, Andrés *Coco* Ventura, y le ordenó que le informara a la prensa que el equipo había ganado cuatro a cero.

–Pero, Carlos, ¿cómo voy a decir eso? ¡Los periodistas mirando!

En junio, se le ganó a Colombia en Buenos Aires y se perdió con Ecuador en Quito, dos a cero. Ese partido podría haberse ganado: Tevez falló un penal cuando el marcador estaba en blanco, y Gago y Messi se perdieron dos goles increíbles. Como respuesta, Walter Ayoví embocó un zapatazo y, un rato después, Pablo Palacios aumentó la cuenta. A pesar de que el encuentro se realizó en Quito, a 2.800 metros de altura sobre el nivel del mar, Argentina jugó muy bien y mereció ganar. El fútbol nunca deja de sorprendernos. Pero también es justo destacar que, mientras en Bolivia jugamos a la hora en la que más fuerte pega el sol, en Quito lloviznaba y el cielo estuvo siempre cubierto. Las condiciones meteorológicas ofrecieron un contexto diferente, menos agresivo.

En la doble fecha de septiembre, la clasificación se complicó muchísimo. Para recibir a Brasil, se decidió cambiar el escenario y jugar en la cancha de Rosario Central, que había sido escenario de un empate sin goles entre los mismos equipos durante el Mundial de 1978.

Unos días antes del clásico sudamericano, mientras hacíamos el

último entrenamiento en el estadio *canalla*, conversaba con Alejandro Mancuso y se nos acercó Bilardo, demasiado nervioso:

–Hay que bajar el arco –sugirió con la voz temblorosa.

–¿Cómo, Carlos?

–Que hay que bajar el arco. Ellos le pegan bien por arriba.

Desde luego, no se hizo nada al respecto. Lo que proponía Bilardo no tenía ningún sentido, ya que en cada partido internacional un delegado controla que la cancha se encuentre en perfectas condiciones reglamentarias. Además, como para destruir esa ridícula idea, perdimos 1-3 con tres goles... de rastrón.

–¿Te das cuenta, *Mancu*? Habría que haber levantado el piso, no bajar el arco –le comenté con sorna.

Cuatro días después de la caída ante la escuadra verdeamarela, volvimos a perder contra Paraguay, en Asunción, por uno a cero. Argentina quedó en el quinto puesto de la tabla, fuera de la clasificación directa pero con la posibilidad de participar de un repechaje con un equipo de la CONCACAF: Costa Rica. Un sector de la prensa despedazó a Diego: se lo criticaba porque había asumido con el equipo en el tercer lugar y, al cabo de apenas una victoria –ante la débil Venezuela– y tres derrotas consecutivas, su pasaje a Sudáfrica en ese momento dependía de la repesca intercontinental. Pero la cuestión podía complicarse aún más, ya que Argentina aventajaba al peligroso equipo uruguayo por apenas un punto.

Para relajarse un poco y desintoxicarse de tanto reproche, Diego se fue por unos días al Hotel Palace Merano, el centro de regeneración energética y SPA al que ya había ido un par de veces en sus tiempos de jugador del Napoli, en el Tirol italiano. El descanso no pudo ser completo: agentes del fisco italiano allanaron su habitación y se incautaron de sus aros de brillantes, valuados en unos cuatro mil euros, a partir de una supuesta deuda impositiva que el exjugador mantenía desde su época como *capitano* del equipo sureño. Los funcionarios actuaron luego de la denuncia de un diputado vinculado con el primer ministro Silvio Berlusconi, Maurizio Fugatti. El legislador aprovechó sus influencias para exigir al organismo de asuntos impositivos que procediera en contra de Diego y, así, ganar algo de crédito en la prensa sensacionalista. Según publicaron algunos diarios, el *Diez* adeudaba 37 millones de euros. ¡Una locura! Él no debe haber ganado esa plata en sus ocho temporadas en el equipo celeste.

De regreso a la Argentina, Diego y la Selección afrontaron momentos muy bravos. El penúltimo partido, contra Perú en la cancha de River Plate, fue un parto. El equipo andino, que llevaba varias fechas en el último puesto de la clasificación, salió a jugar sin presiones, y complicó a su rival rioplatense, al punto de convertir en

figura al arquero Sergio Romero. Tras una primera etapa sin goles, durante el descanso Diego entró al vestuario y llamó aparte a uno de los suplentes, Martín Palermo –quien estaba a punto de convertirse en el máximo goleador de la historia de Boca– y le anunció que entraría por Enzo Pérez:

–Andá y resolvé esta historia, como resolviste tantas otras.

Martín lo miró.

–¿Cómo hago?

–Jugá más adelantado que el *Pipita* –replicó el entrenador, en referencia a Gonzalo Higuaín.

Pipita, precisamente, abrió el marcador a los dos minutos del segundo período, pero un ratito después se desató un temporal de agua y viento, que pareció favorecer el juego de los peruanos. En medio de los torrentes y las ráfagas, la escuadra visitante empató a los 45 minutos, gracias a un cabezazo de Hernán Rengifo. La igualdad pareció ahogar las aspiraciones argentinas, pero casi enseguida, a los 47, llegó el milagro. Al cabo de una seguidilla de bochazos al área peruana sin destino preciso, Federico Insúa tomó un rebote y lanzó un buscapié que encontró la zurda de Palermo y terminó en la red. Ese gol clave, que Diego celebró tirándose de panza sobre el césped inundado, nos sirvió para hacernos comprender que el corazón de los argentinos puede soportar angustias hasta el límite de lo imposible.

El triunfo cambió radicalmente la situación argentina, que subió a la zona de clasificación directa a falta de una sola fecha, que debía cumplirse en el difícil estadio Centenario de Montevideo.

–Vamos a ir con total orgullo –aseveró Diego, quien en la conferencia de prensa posterior al duelo con los peruanos dijo que «mis goles fueron normales, milagros hace Palermo».

El Centenario era una hoguera, estaba repleto. Diego llegó tranquilo, convencido de que al Mundial íbamos a ir. Confiábamos en que, si la clasificación no era directa, teníamos muchas posibilidades en el repechaje contra Costa Rica. El objetivo primordial era conseguir el pasaje hacia Sudáfrica. Yo recordaba que la selección de Marcelo Bielsa se había clasificado primera, con un amplio margen, pero luego se había vuelto en la primera fase.

El clásico rioplatense se definió con un gol de Mario Bolatti y mucha ansiedad. Tras el pitazo del árbitro, todos los jugadores y la mayoría de los integrantes del cuerpo técnico se abrazaron en el centro de la cancha. Yo, en cambio, me fui caminando tranquilo al interior del Centenario y me dirigí al vestuario local para saludar a Diego Forlán, con quien había trabajado en Independiente. Le pedí que no se hiciera mala sangre y le deseé buena suerte para el repechaje contra Costa Rica. Forlán tuvo su revancha: Uruguay no sólo se clasificó, sino que él fue uno de los goleadores del torneo (marcó

cinco tantos, al igual que el alemán Thomas Müller, el español David Villa y el holandés Wesley Sneijder) y resultó elegido como el mejor futbolista de la Copa africana.

Diego, en tanto, enfrentó a la prensa con algunas frases «*made in* Maradona», con las que descargó la tensión acumulada en un proceso complejo y peliagudo. Por sus exabruptos, la FIFA lo castigó con «dos meses de prohibición para ejercer cualquier actividad relacionada con el fútbol y una multa de 25.000 francos suizos». La sanción incluyó la proscripción para concurrir al sorteo del torneo, realizado el 4 de diciembre en Ciudad del Cabo.

Volvimos a Buenos Aires en un vuelo chárter. Diego estaba feliz, y tranquilo. En su cabeza ya estaba delineando los primeros pasos hacia Sudáfrica.

Antes de que finalizara el año, la AFA programó un encuentro para el martes 22 de diciembre frente a la selección de Cataluña que dirigía Johan Cruyff, en Barcelona. Era un juego sin ningún tipo de relevancia. Nos embarcamos el sábado 19 y, mientras volábamos con Diego hacia la primera ciudad europea en la que vivió, nos quedamos charlando un rato después de la cena.

–¿Para qué lo vas a usar a *Leo* en este amistoso?

–¿Por qué me lo preguntás?

En ese momento, existía una creencia de que a Messi no se lo podía sacar de un partido, o que no se lo podía dejar fuera porque se enojaba.

–Porque vos ya sabés que él va a ir al Mundial. ¿Por qué no probás a otro? Además, el pibe viene extenuado, saturado de partidos. A ver si todavía se nos rompe...

En efecto, Lionel había jugado ese mismo sábado la final del Mundial de Clubes que Barcelona había ganado por dos a uno ante Estudiantes de La Plata, en Dubai.

–¿Qué querés que hagamos?

–Decirle que no va a jugar. Si te parece bien, yo lo hablo con él, lo preparo y te lo llevo a vos. Yo le explico los porqués.

–Bueno, dale.

Llegamos al hotel Princesa Sofía de Barcelona por la mañana. Los jugadores de los equipos europeos tenían que empezar a llegar hacia las cuatro o cinco de la tarde, para cenar y quedar concentrados. Les pedí a los utileros que, cuando llegara *Leo*, le avisaran que antes de ir a la habitación de Diego pasara por la mía. A eso de las 6 de la tarde llamaron a mi puerta. Abrí y era Messi.

–¡Qué hacés, *Leíto*!

–Hola, *Profe*, ¿cómo está?

–Pasá, tengo que hablar con vos.

Cuando entró, observé sus pies.

–Pero… ¡Cómo tenés el tobillo! ¡A la miseria! ¿Es un esguince?

Me miró sorprendido.

–No, *Profe*, no tengo nada.

–Escuchame una cosita: el de pasado mañana es un partido de morondanga que no tiene ninguna significación, menos para vos. El único argumento por el que vos tendrías que jugar es para darle el gusto a los de AFA para que se lleven 250 mil dólares más, de los que seguramente ni vos ni tus compañeros van a ver nada.

Lógicamente, los organizadores de estos encuentros no pagan lo mismo si juega o no una figura tan convocante. Con Messi es una plata, sin él es una cosa completamente distinta.

–Vos –proseguí– llegaste extenuado de Dubai, sin tiempo para recuperarte, y es una locura que te arriesgues a sufrir una lesión. Yo ya lo hablé con Diego, coincidimos en que probarte a vos es innecesario, como en su época haberlo probado a él. Creemos que lo mejor es que, a la hora en la que se juegue el partido, vos estés en Rosario, comiendo un asado con tu familia, tu novia, tus amigos o quien vos quieras. Aprovechá y mandate a mudar, empezá tus vacaciones.

Leo no decía nada, solamente asentía con la cabeza.

–Diego ya lo sabe. Ahora vamos a su habitación, el doctor Villani va a hablar con los médicos del Barcelona para redactar un informe en el que se va a sugerir que vos no juegues por haber sufrido un esguince de tobillo.

Fuimos al cuarto de Diego, quien estaba junto a Mancuso y el *Negro* Héctor Enrique, quien se había sumado al cuerpo técnico. Lo dejé a *Leo* ahí y regresé a mi habitación. Al otro día, Messi viajó a la Argentina, y vio el partido por televisión desde Rosario. Todos los diarios, en tanto, anunciaron que la estrella del FC Barcelona no había jugado por haber sufrido un esguince «grado 2» en el partido ante Estudiantes.

Pasaron algunos días, las Fiestas y, ya de regreso a Buenos Aires, nos juntamos con Diego en el predio de la AFA para continuar con nuestro trabajo. Mientras almorzábamos en el restaurante del predio, llegó el presidente Julio Grondona. Nos saludó, puso las dos manos sobre la mesa y nos dijo:

–Es la primera vez que veo a un jugador esguinzado con unos mocasines tan finitos.

Claro, él se había cruzado con Messi en el hotel de Barcelona y se había avivado de que nosotros lo habíamos borrado. Estaba recaliente porque «la AFA» se había perdido 250 mil dólares…

Los meses siguientes sirvieron para definir detalles salientes de la organización, entre ellos cerrar el acuerdo con el Centro de Alto Rendimiento la Universidad de Pretoria, cuyas instalaciones sirvieron

como campamento base de nuestra estadía. Yo integré el grupo que viajó a Sudáfrica para visitar las opciones que teníamos –durante una semana supervisamos varios lugares– y subscribió una sugerencia de Carlos Bilardo: que la concentración se montara en el campus de esa institución educativa situada a unos setenta kilómetros al norte de Johannesburgo. El lugar nos pareció más que apropiado, con todas las comodidades para una preparación óptima y el descanso adecuado de los futbolistas. Lo único que solicitamos fue que se cambiaran los cortinados, que todas las habitaciones tuvieran *sommiers* y que los baños contaran con bidet. Este último requerimiento provocó una situación increíble: las autoridades de la Universidad compraron unos inodoros especiales llamados *Bathroom Bizarre*, que ofrecía tres velocidades de desagüe y bidet con agua caliente incorporado. Cuando la incorporación de este artefacto trascendió en los periódicos locales, sus ventas se multiplicaron –como no podía ser de otra forma– por diez. En los negocios de artículos sanitarios, el *Bathroom Bizarre* se adueñó de las vidrieras junto a banderas argentinas y recortes de las notas publicadas en los diarios con graciosos titulares. Casi todo lo que tocaba Diego se convertía en oro, y hasta un inodoro puede gozar de un original éxito comercial favorecido por la «mano»... o, mejor dicho, «las nalgas de Dios». Gracias a estos detalles, el alojamiento del campus quedó mejor que un hotel cinco estrellas.

Dado el muy corto período que separaba el comienzo del Mundial, el 12 de junio ante Nigeria, con el final de la mayoría de las ligas europeas –Diego Milito, Walter Samuel y Martín Demichelis jugaron la final de la Champions League el 22 de mayo en Madrid, los dos primeros en el Inter campeón y el tercero en Bayern Múnich– y con la idea de ahorrarles las incomodidades de un vuelo hacia nuestro país a los jugadores que actuaban en equipos del Viejo Continente –la mayoría, 17 de los 23 convocados–, con Diego decidimos realizar una primera fase de entrenamiento en un moderno centro deportivo de la ciudad alemana de Frankfurt, durante unos once o doce días, y desde allí volar directamente a Johannesburgo para completar la preparación en Pretoria a lo largo de los diez días restantes, que también nos servirían para aclimatarnos al país y terminar de ponernos en «modo Copa del Mundo». La experiencia de los campeones demostraba que, en 1978, César Menotti había tenido a casi todos sus jugadores unos tres meses antes del inicio del torneo, y sólo un futbolista, Mario Kempes, el único que actuaba en Europa –Valencia CF de España– se incorporó veinticinco días antes del debut ante Hungría. En 1986, Argentina llegó a México el 5 de mayo. Fue el primer equipo extranjero en concentrarse en tierra azteca, a casi un mes del estreno ante Corea del Sur. Sin embargo, nuestra propuesta acabó en un tacho de basura de la sede de la AFA: los sesudos

dirigentes habían arreglado, por su cuenta, un partido en la cancha de River Plate contra Canadá, para el 24 de mayo. Justificaron el amistoso diciendo que ese encuentro se incluiría en las distintas celebraciones correspondientes al Bicentenario de la Revolución del 25 de Mayo de 1810, que constituyó el primer gobierno criollo y sentó las bases para la Independencia seis años después. Me pareció un poco extraño, al menos, que se agasajara con fútbol a personas que murieron antes de que este deporte llegara en los barcos británicos al Río de la Plata... Lo cierto es que, más allá de la fecha patria, ese partido provocó inconvenientes y pérdida de tiempo, porque todos los muchachos de Europa debieron viajar primero a Buenos Aires. Además, los tres que habían jugado la final de la Champions en Madrid no pudieron actuar. Tampoco Lionel Messi, quien había sufrido una molestia en una práctica. Como siempre, el poder de convocatoria de la Selección hizo que el Monumental resultara insuficiente para albergar a la multitud que llegó a dar su aliento. Desde el punto de vista comercial, el partido fue un éxito; desde el deportivo, lisa y llanamente una insensatez. El tiempo de preparación, ya de por sí escaso, se redujo de modo alarmante. Finalmente, el 30 de junio partimos hacia Sudáfrica, en un vuelo que trasladó también a unos ochenta barrabravas VIP. Nosotros nos enteramos cuando ya estábamos en Pretoria, porque afortunadamente los «hinchas» se comportaron con corrección, y además ninguno se acercó a la delegación.

Con la fatiga extra acumulada en el paseíto por Buenos Aires y el comienzo de la competencia al alcance de la mano, nos vimos obligados a evaluar y decidir que el programa diario en el Centro de Alto Rendimiento de la Universidad de Pretoria se dividiera en dos turnos de trabajo. El fundamental, por supuesto, sería el vespertino, en el que Diego ensayaría en la cancha su sistema táctico. En el turno de la mañana, cada integrante del plantel podía elegir entre tres opciones: Sesiones de baños o masajes y/o tratamiento kinésico; actividades en el gimnasio; movimientos en el campo de juego. El futbolista debía seleccionar una y comunicarla al cuerpo técnico durante el desayuno. La propuesta de no imponer una rutina rígida y común para el grupo, tenía por finalidad delegar en cada jugador la libertad y la responsabilidad de su puesta a punto. Incluso aquellos que contaran con un plan diagramado con anterioridad por su preparador personal (como Fernando Gago o Juan Sebastián Verón, por ejemplo) eran invitados a llevarlo a cabo con absoluta independencia. Ese aval a su sentido de profesionalismo dejó en evidencia un alto grado de honestidad y de manifiesta nobleza de ese magnífico plantel de jóvenes, que me regalaron el invalorable tesoro de un mes de inolvidable convivencia en ese pedacito de África. La

calidad de relación alcanzada entre todos los miembros de la delegación –futbolistas, cuerpo técnico, médicos y fisioterapeutas, masajistas, utileros, cocineros, *sparrings*, etc.– estuvo en las antípodas de los sombríos augurios lanzados desde la mayoría de los medios periodísticos. Todos los integrantes del equipo dejaron de lado cualquier tipo de interés personal para ponerse a disposición del ansiado objetivo común.

El cuerpo técnico resultó un grupo muy unido: estábamos todo el día juntos y todas las noches, después de la cena, nos reuníamos a sacar las conclusiones de la jornada. En un edificio se había dispuesto la concentración de los jugadores y enfrente había otro, unido por un pasillo, en cuya planta baja se distribuían las habitaciones de Diego, el *Negro* Enrique, Mancuso, Bilardo. Arriba estábamos Javier Vilamitjana, Rubén Moschella (el administrativo que, en ese momento, se desempeñaba como director del Complejo Deportivo de Ezeiza) y yo.

Los jugadores seleccionados por Diego para viajar a Sudáfrica fueron Diego Pozo, Martín Demichelis, Clemente Rodríguez, Nicolás Burdisso, Mario Bolatti, Gabriel Heinze, Ángel Di María, Juan Sebastián Verón, Gonzalo Higuaín, Lionel Messi, Carlos Tévez, Ariel Garcé, Walter Samuel, Javier Mascherano (el capitán), Nicolás Otamendi, Sergio Agüero, Jonás Gutiérrez, Martín Palermo, Diego Milito, Maximiliano Rodríguez, Mariano Andújar, Sergio Romero y Javier Pastore. Muchos medios periodísticos cuestionaron la inclusión de Garcé. Yo creo que era un muy buen defensor, aunque también es cierto que en su elección pesó una cuestión absolutamente insólita, más cercana al pensamiento mágico que a una opinión profesional: unos días antes de entregar la nómina definitiva, Diego soñó que daba la vuelta olímpica sobre los hombros de Garcé.

Otro dato llamativo es que el *Kun* Agüero, en ese momento destacado delantero de Atlético de Madrid, era yerno del ex *Diez* y flamante papá de Benjamín, el primer nieto de Diego. «El *Kun* va a jugar cuando yo crea que tiene que jugar. Ni aunque me lo pida *Benja* lo pondría», indicó él, con mucha gracia, durante la primera conferencia de prensa que brindó en tierra africana. «Pero no habla todavía, así que no me lo va a pedir», bromeó. Agüero estuvo presente en tres de los cinco partidos: remplazó a Carlos Tevez ante Corea del Sur, fue titular frente Grecia y sustituyó a Ángel di María en el partido contra Alemania.

Durante uno de los entrenamientos en Pretoria, comprobé que Lionel Messi compartía con Diego una característica excepcional: el campo visual privilegiado de los que me había hablado el genial médico Antonio Dal Monte durante las evaluaciones que hicimos antes de México 1986. Los jugadores estaban haciendo un loco al costado y,

en un momento, Diego me convocó:

–*Fer*, llamalos, así arrancamos.

Pegué el grito y todos comenzaron a acercarse al centro de la cancha de entrenamiento. *Leo* avanzaba solo por la línea del medio, empujando una pelota con suavidad y la mirada fija sobre el esférico. Me aproximé sigiloso, con la idea de quitarle el balón por sorpresa, agarrarlo de la oreja y decirle «no estés distraído haciendo estas cosas, que cualquiera te saca la pelota», pero cuando estiré mi pierna derecha para impactar la pelota... ¡Lionel me la corrió y terminé pateando el aire! En ese momento no sólo me acordé de Dal Monte: comprobé que, como Diego, Lionel tiene radares en lugar de ojos.

Creo que la Selección tuvo un muy buen papel en el Mundial sudafricano. En la primera fase, venció a Nigeria por uno a cero, a Corea del Sur por cuatro a uno, y a Grecia por dos a cero. En octavos, derrotó a México por tres a uno, y en cuartos de final cayó ante Alemania, cuatro a cero. Yo sabía que, mientras el equipo empezara ganando, íbamos a andar bien, porque los pibes manejaban de maravillas el contragolpe. El primer partido que empezamos perdiendo fue con Alemania. A este rival le habíamos ganado 1-0 cuatro meses antes, en Múnich, con un gol de *Pipita* Higuaín, pero en Sudáfrica los germanos nos madrugaron y manejaron la contra. Este duelo fue mucho más parejo de lo que parece indicar el tanteador: el dos a cero llegó recién a los 68, y ahí los pibes se desesperaron, se desorientaron, perdieron el orden. Pero, antes de la segunda conquista rival, tuvimos varias oportunidades para empatar el tanteador.

En un Mundial hace falta numerosa gente de mucha experiencia, y creo que en Sudáfrica, en definitiva, ese fue el mayor déficit. El Mundial de esos pibes iba a ser el de Brasil, como yo le dije a Diego. *Leo* Messi, sin ir más lejos, era muy chico para erigirse como estandarte. Cumplió los 23 años durante el Mundial, y era muy retraído. Contra Grecia, Diego decidió reservar a algunos titulares, entre ellos Javier Mascherano, y nombró a Lionel como capitán. Al recibir la cinta en el vestuario, debía hablar delante de todos sus compañeros y prácticamente dijo dos cositas y nada más. Ahora ha crecido mucho en eso, es el dueño del equipo. Pero, en ese momento, había jugadores con otro peso y él no sé si se sentía avergonzado o quizás excedido por la responsabilidad de ser capitán.

La víspera del partido ante Alemania, durante el último entrenamiento, tuvo lugar un hecho que hoy rescato como una inapreciable perla del tesoro de mis mejores vivencias. Antes de comenzar la práctica, Diego llamó a Walter Samuel para decirle que, como aún no lo veía totalmente recuperado de la dolencia que lo había aquejado en el encuentro frente a Grecia, prefería reservarlo y poner en su lugar a Nicolás Burdisso. Walter, con la mayor

naturalidad, respondió:

–Me parece bárbaro, Diego, quedate tranquilo. Además, *Nico* es mi amigo, estoy seguro de que la va a romper. Yo estoy para sumar.

Diego le agradeció el gesto y llamó entonces a Burdisso para ponerlo al tanto de su decisión. Luego de escucharlo, *Nico* dejó en claro su agrado por los conceptos de Walter, y agregó que si la elección hubiera sido al revés, él habría dicho lo mismo. Al otro día, en el vestuario y antes de ingresar al campo para la entrada en calor, me acerqué a Walter y luego a Nicolás para decirles que mi verdadero Mundial yo ya lo había ganado por haber tenido la enorme fortuna de conocer a dos personas de semejante estatura moral, y que frente a eso cualquier resultado para mí era insignificante.

Después, Alemania nos aplastó. Terminado el encuentro por los cuartos de final y sellada nuestra eliminación, el ambiente del vestuario era desolador. Traté en vano de consolar a cada uno de los muchachos, agradeciéndoles por el enorme esfuerzo realizado. Diego estaba hecho pelota, muy mal. Recuerdo haber entrado en el vestuario de Inglaterra en México 1986, al que fui para cambiar algunas camisetas de los jugadores argentinos. Ray Wilkins estaba con un pie sobre un banco de madera, arreglándose una uña con un alicate. John Barnes charlaba con un auxiliar con una paz admirable. Pero, en nuestro vestidor sudafricano, corría un río de insoportables lágrimas y lamentos.

–¿Cómo vas a llorar por un partido de fútbol? –les dije a varios. Yo sabía que los chicos habían dado todo, que era un grupo muy joven que haría un excelente papel en Brasil 2014: tenía razón, ya que cuatro años después alcanzaron la final en el Maracanã. Pero, en Sudáfrica, no pudieron escapar del maldito exitismo inyectado por nuestra cultura futbolera: hay que dar la vida, perder es un drama, todas esas pavadas que nos han metido en la cabeza. Así estamos, y no solamente en el fútbol.

También fui testigo de la casi inaudible voz del presidente de la AFA reconociendo la entrega y el compromiso de todos, garantizando que la continuidad de Diego dependía «de él, de su decisión». Palabras que quedaron retumbando en el vestidor del estadio Green Point de Ciudad del Cabo pero jamás cruzaron el océano Atlántico.

En el viaje de vuelta a Pretoria, los jugadores le comunicaron a Diego sus deseos de regresar al país lo antes posible. Los administrativos de AFA, con una celeridad increíble y mayor profesionalismo, lograron hacer realidad lo que parecía poco menos que imposible. En las primeras horas de la mañana siguiente, el cuerpo técnico, los jugadores y algunos familiares abordaron un vuelo directo a Buenos Aires. Yo decidí quedarme junto al personal de utilería y los chicos del selectivo dirigido por Sergio Batista, que

habían colaborado como *sparrings*.

Durante nuestra recorrida final por el predio, recogí una alegría extra: al llegar al complejo universitario, antes del comienzo del campeonato, armé una pequeña biblioteca con unos treinta libros que había comprado para ofrecerles a los muchachos del equipo una alternativa de entretenimiento diferente a la PlayStation o los juegos de cartas. Elegí tres obras del célebre escritor uruguayo Eduardo Galeano –*Las venas abiertas de América Latina, El libro de los abrazos* y *El fútbol a sol y sombra*–, biografías como las de Facundo Quiroga y Felipe Varela, y ensayos como *El hombre mediocre*, de José Ingenieros. Los primeros días, noté con cierta preocupación que los libros, colocados en la sala de recreación, parecían destinados a juntar polvo y telarañas. Pero, poco a poco, los tomos empezaron a desaparecer. Cuando el grupo principal abandonó el centro deportivo y yo acompañé a los utileros a revisar las habitaciones para controlar que nadie había olvidado efectos personales, temí encontrarme con los libros desechados en el fondo de algún armario. Sin embargo, comprobé con enorme alegría que no había quedado ninguno, y que muchos de los jugadores habían decidido llevárselos para engrosar sus propias bibliotecas en sus respectivas casas. Para mí, entrenar es también educar y, para ello, los buenos libros se convierten en la voz de imprescindibles maestros.

Cuatro días después, abandonamos ese maravilloso lugar en el que habíamos disfrutado muchos días inolvidables.

Como técnico, Diego tuvo la ventaja del carisma y la trayectoria, y la desventaja de no haber desarrollado nunca un método. Él creía que era lo mismo con él adentro que con él afuera, y no era lo mismo: había una enorme diferencia. Pero era Diego, y para los jugadores eso era un *bonus track*, algo que no cualquiera podía tener.

Él había estado con César Menotti, con Carlos Bilardo, con un montón de técnicos de prestigio, y pensaba que, con lo que había recibido, más lo que él le ponía, era suficiente. Tenía un gran trato con los jugadores, pero le faltó tiempo de preparación. No obstante, asumió muy bien el cambio de rol. En las Copas de España, México, Italia o Estados Unidos, él no tuvo que ocuparse de nada, todos se preocupaban por él. En Sudáfrica, en cambio, asumió su papel de líder de grupo con enorme responsabilidad. Estaba encima de todos los detalles.

Diego disfrutó mucho su etapa como técnico del equipo argentino. En los entrenamientos, los viajes, las concentraciones, lo vi más feliz que nunca. Había recuperado entusiasmo y frescura. Era el mismo pibe que jugaba para Los Cebollitas y vivía en Villa Fiorito, sólo que estuvo parado al otro lado de la línea de cal. El panzazo al césped empapado el día del partido con Perú, en el estadio Monumental de

Buenos Aires, habla a las claras de que no había perdido su entusiasmo por la Selección… ni su desfachatez.

Superado el Mundial, Grondona salió a decir que quería que Diego siguiera, pero éste debía desprenderse de algunos de sus colaboradores. Una chicana artera, porque don Julio –quien desde el primer momento lo quería enterrar– sabía que el *Diez* era incapaz de traicionar a su gente. Diego se despidió con un durísimo mensaje que salió por todos los canales en cadena nacional, y repercutió en todo el mundo:

–Grondona me mintió, Bilardo me traicionó. Mientras nosotros estábamos de luto, Bilardo trabajaba en las sombras para echarme, sabiendo que todo mi equipo y yo estábamos listos para seguir. Yo defiendo a toda mi gente, desde el masajista al utilero, y no voy a cambiar: tengo valores y códigos que no tienen ellos. El próximo técnico que asuma en la AFA deberá saber que la traición está a la vuelta de la esquina porque hay personajes que no quieren a la camiseta argentina y sólo piensan en sus cuentas personales».

Una pena. Le cortaron las piernas, otra vez.

EPÍLOGO
LIVE IS LIFE

A Diego lo vi por última vez cuando falleció su papá, en junio de 2015. Cuando murió doña *Tota*, unos años antes, yo estaba en Lincoln y no pude viajar para acompañarlo, pero la partida de don Diego me encontró en Buenos Aires. Ese día, fui a cenar con César Menotti y otros amigos. Llegado un momento, poco antes de la medianoche, Guillermo Blanco me preguntó:

–*Fer*, ¿vamos a ir al entierro?

–No, al entierro no. En todo caso, vayamos al velatorio. Pero dejemos pasar un rato, porque va a estar lleno de gente, todo el periodismo. Vayamos más tarde.

Llegamos como a la una y media de la mañana y me presenté ante los dos empleados de seguridad que cubrían la puerta de la casa de servicios fúnebres.

–¿Vos quién sos?, preguntó uno de ellos, con la gentileza que caracteriza a la mayoría de estos tipos. Le di mi nombre, pero no me reconoció, mantuvo su cara de piedra.

–¿Está Claudia? –insistí.

–Sí, está arriba.

–Perfecto, ahora la llamo.

Me retiré para comunicarme con ella y que me autorizara a entrar, y en ese momento advertí que llegaba un grupo de hombres grandotes y, en el medio, se encontraba Rafael di Zeo, rodeado de custodios como si fuera un presidente. Él pasó de largo como si nada, nadie lo detuvo ni le preguntó quién era. Claudia me atendió y me indicó que mandaba a un muchacho que trabajaba para Diego, quien les ordenó a los guardias que me dejaran pasar. Cuando subí, ingresé en una pequeña sala donde Diego estaba sentado en un sillón, de espaldas a la puerta, junto a su secretario Sergio Garmendia, Rocío Oliva y Héctor Enrique. Sergio me vio y le informó que yo había llegado. Él se incorporó, todo vestido de negro. Fui a su encuentro y él puso la cara congestionada, levantó la mano derecha y colocó su dedo en mi pecho, como repiqueteando.

–Hoy estuve pensando en vos, hijo de puta.

–¿Sí, por qué?

Me puso una mano en cada hombro, me acercó hacia él hasta quedar nariz con nariz y gatilló:

–Porque hoy me estaba acordando de una conversación que

tuvimos una noche en un hotel de Roma.

–No la recuerdo…

–Estábamos con el equipo para jugar al otro día. Era cerca de la medianoche y yo no me podía dormir. Te llamé a mi habitación para charlar un rato y vos viniste. Nos sentamos en el pasillo, los dos, contra la pared.

En ese punto, pensé que la falopa la había tomado yo, porque no recordaba nada de lo que me decía.

–Empezamos a charlar –continuó Diego– y en un momento te dije que yo quería tanto a mi viejo y a mi vieja, que prefería morirme antes que ellos, y vos me respondiste: «¿Cómo vas a decir eso? ¡Vos sos un cagón! ¿Así que preferís que tus padres sufran el dolor más cruel que puede haber para un ser humano, como es la pérdida de un hijo? Los padres siempre se tienen que ir primero, y vos seguramente te vas a ir antes que tus hijas porque así es el orden natural. Así que vos, por no bancarte el dolor de que se vayan ellos, ¡preferís que ellos sufran lo indecible si vos te morís antes que ellos!». ¡Por eso me acordé de vos, hijo de puta!

Me pegó un abrazo que todavía siento. Jamás imaginé que sería el último. Yo me había acostumbrado a sus altas y bajas, a las múltiples internaciones que parecían definitivas hasta que él volvía con nuevos bríos. Un día no volvió. Reconozco que no me sorprendió. Cuando le hicieron ese homenaje en la cancha de Gimnasia, para su cumpleaños 60, yo noté un deterioro muy preocupante. No me gustaba su gestualidad, sus ojos vacíos, sin vida. Ese no era el Diego que te miraba a través de dos bolitas de fuego, ni el que había llegado a la cima por convicción, amor y sensibilidad.

De todos los deportes, el fútbol es el más difícil. Se juega con los pies, la parte del cuerpo más alejada del centro neuronal, en un campo desparejo, con pozos, a veces mojado o con barro, con viento, o niebla, u objetos que vuelan desde las tribunas. Te pegan patadas desde atrás, o un codazo. En ese escenario, Diego se volvió eterno. Era mucho más que un jugador de fútbol, era un artista que jugó al fútbol. Sin embargo, a lo largo de tantos años de convivencia, aprendí que coexistían dos personas dentro de un mismo cuerpo: uno era Diego y otro, Maradona. Diego era un chico adorable, generoso, con inseguridades. Maradona era el personaje que no se podía permitir ninguna debilidad, el disfraz que se tuvo que inventar para estar a la altura de las exigencias del negocio del fútbol y de los medios de comunicación. Un día le dije:

–Con Diego iría hasta el fin del mundo, pero con Maradona no daría un paso.

–Si no fuera por Maradona, Diego todavía estaría en Villa Fiorito –me respondió con notable sagacidad.

En una entrevista periodística me preguntaron cuál había sido el mejor Maradona que había conocido. Si el Maradona del FC Barcelona, el del Napoli, el del Sevilla, el de la Selección... Contesté que el mejor Maradona que conocí fue don Diego. El hijo jugaba mejor a la pelota, pero el mejor Maradona fue don Diego. Era un tipo de una enorme cultura de vida. No en lo intelectual, sino en valores, en saber estar, en hablar poco y decir mucho. Razonaba muy pausado, cada cosa que expresaba la iba leyendo en el recuerdo. A mí me encantaba escucharlo. Con su hijo Diego no hablaba, si decía cuatro palabras seguidas ya era un discurso. Su medio de comunicación eran gestos de aprobación o desaprobación, miradas, sonrisas. don Diego sonreía con la mirada. Era una persona de una ternura infinita. Diego sufrió muchísimo su muerte.

Luego del arresto en Caballito por disposición del gobierno de Carlos Menem, la jueza Amelia Berraz de Vidal le ordenó a Diego, entre otras cosas, que realizara un tratamiento psiquiátrico. Yo me había quedado arreglando sus asuntos en Nápoles y un día me llamó Claudia para pedirme que viajara a Buenos Aires, porque los terapeutas que trataban a Diego querían hablar conmigo. Uno era un psiquiatra peruano llamado Julio Villena Aragón, el otro un psicólogo, Rubén Navedo. Volé hacia Argentina y me reuní con el *Diez* y Claudia en un departamento que tenían en un edificio situado en la Avenida del Libertador y Correa, frente al predio que ocupaba la nefasta Escuela de Mecánica de la Armada. La reunión con los dos especialistas, una sesión de terapia de grupo, se llevó a cabo en otra vivienda del mismo inmueble que Diego había alquilado como espacio para llevar adelante su proceso de recuperación. Nos sentamos alrededor de una mesa redonda grande y Villena Aragón sacó una agenda en la que comenzó a anotar cosas, mientras Diego jugaba con las uñas, una actitud bastante común en él. Claudia estaba en una situación pasiva, mirando para abajo. En un momento, el psiquiatra levantó la cabeza e inauguró la charla:

–Bueno, Diego, hoy vamos a hablar con Fernando, a quien vos has mencionado tantas veces. ¿Qué tenés para decir delante de él?

Diego manifestó que siempre habíamos tenido una buena relación, que yo lo había ayudado mucho y ese tipo de cosas. Yo, nada: sólo observaba. En un momento, Villena Aragón le preguntó:

–¿Alguna vez lo invitaste a Fernando a tomar cocaína?

–No, nunca –contestó Diego.

–Mentira –repliqué yo, de inmediato.

Todos me miraron.

–¿Qué es eso? –cuestionó el psiquiatra.

–¿Cómo qué es eso? Él me invitó un día.

Diego se mantuvo callado, con la mirada perdida hacia abajo.

–¿Lo podés contar?

Relaté con mucha calma la situación que ya precisé en uno de los capítulos de este libro: que un día, por pedido de Diego, había ido a la casa de su hermana en Nápoles. Que allí, en un dormitorio, él me había ofrecido probar la cocaína. Que yo me había negado.

–¿Es verdad? –preguntó Villena Aragón.

–Sí –respondió Diego, algo retraído–. Yo me había olvidado. Con el miedo que yo le tenía a éste...

–Perfecto, dejamos acá. Con esto terminamos por hoy –sentenció Villena Aragón.

Nos levantamos y salimos al pasillo para tomar el ascensor. Primero bajaron el psiquiatra, Claudia y Diego. La cabina del elevador era pequeña, de modo que yo me quedé con Navedo esperando el siguiente viaje.

–Perdón –le dije al psicólogo–, pero de todo esto, me queda una duda.

–Sí, ya sé perfectamente a qué se debe. A vos te sorprendió que Diego dijera que te tenía miedo.

–Exactamente, porque siempre tuvimos una relación excelente.

–El miedo del que Diego habló no es el miedo físico. No. Vos, en cierto sentido, representabas para él la autoridad que a él le faltaba. El padre no estaba en Nápoles, y vos asumías, para él, el rol de la autoridad. En definitiva, lo que hizo Diego en la casa de su hermana fue ponerte a prueba. Si vos hubieras dicho que sí a la droga que él te ofrecía, habrías dejado de ser quien eras, te habrías convertido en uno más. Seguramente vos, cuando le dijiste eso en Nápoles, habrás temido que, al otro día, él te dijera «no te necesito más».

–Sí, pensé eso.

–Todo lo contrario: eso lo convenció de que te necesitaba más que nunca. Si le hubieras dicho que sí, él te habría respondido: «No te necesito más». Así, supo que podía confiar en vos, porque jamás ibas a ceder. Vos fuiste como una estaca en la que él sabía que se podía apoyar.

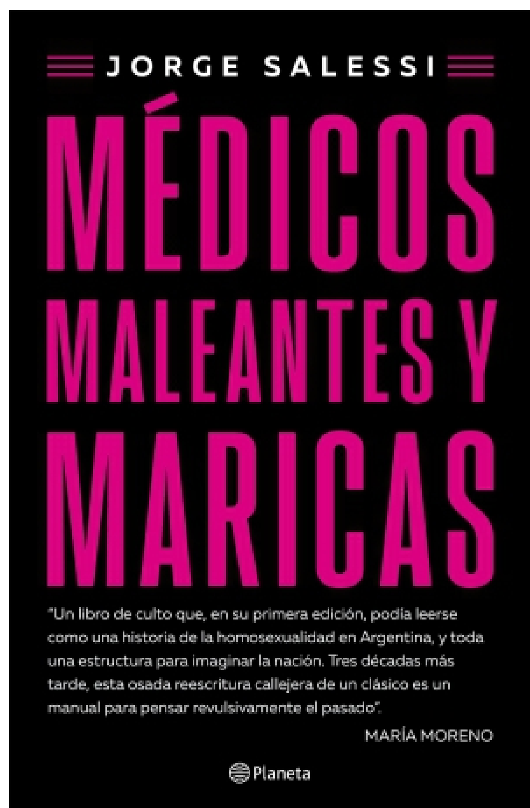
Lamento no haberle respondido al psicólogo que a su razonamiento, aunque bien correcto, le falta una segunda parte: la reciprocidad. Nuestra relación se pareció mucho a una avenida de dos manos. Yo lo ayudé mucho, pero él también a mí. Con su carisma y generosidad, Diego convirtió una vida ordinaria como la mía en una vida maravillosa. Yo soy alto, rubio, y de ojos celestes, pero todo se lo debo a un negrito villero.

Grupo Planeta

¡Seguinos!





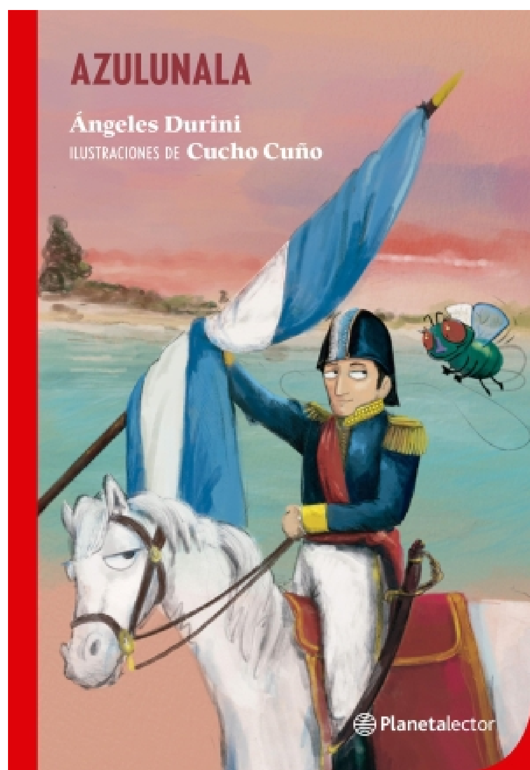
Médicos maleantes y maricas

Salessi, Jorge 9789504980650

512 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Este libro es una nueva escritura de una obra pionera de los estudios de sexualidad, género, higiene y criminología en Latinoamérica. En 1995 la crítica señaló que "Cambia para siempre nuestra comprensión del pasado argentino". La densa investigación original de sólido rigor crítico, ahora sin las obligadas restricciones académicas, se vale del desenfadado tono irónico de un lunfardo contemporáneo para descubrir otra cara de la historia. Salessi revisa eventos y construcciones materiales y simbólicas, epidemias, mataderos, carnavales, cloacas fundacionales de la ciudad subterránea y salones opulentos de la Belle Époque. Entre las clínicas y cárceles del biologismo positivista, los conventillos y burdeles inaugurales del tango y la cultura popular se mueven los burócratas estatales y escritores de renombre, o terratenientes presuntamente originarios,

cuestionados por líderes y organizaciones obreras y feministas resistentes, mujeres, hombres y trabajadores sexuales de los vericuetos del Puerto Madero. Nuestra liberal teatralidad de gestos y vestidos, la oralidad de nuestros dichos más idiosincrásicos, nuestras aficiones y fobias culturales más arraigadas se desnudan en este libro de serio desafío perturbador.



Azulunala

Durini, María de los Ángeles 9789877673265

128 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Azulunala es una mosca muy curiosa que vive en un colegio, en la cima del mástil de una bandera. En una excursión escolar a la casa donde vivió Manuel Belgrano, es transportada a la Buenos Aires colonial y desde entonces vera crecer y acompanará, heroicamente a este líder de la Independencia, tanto en el campo de batalla, como en sus luchas personales.

Cómpralo y empieza a leer



Vinculear

Lic. Cecilia Ce

9789504976554

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

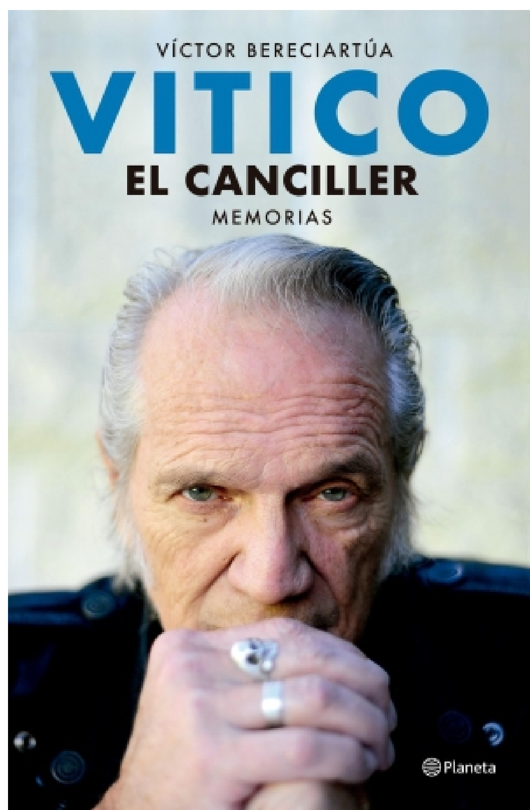
"Hoy por hoy, el sexo ya no es el punto de llegada de las relaciones amorosas. El sexo es el lugar de partida de los vínculos, con fines afectuosos, románticos o no. Que el sexo se haya vuelto un fin en sí mismo no significa que la otra persona no tenga valor. *Vinculear* busca devolverle la importancia y el lugar que ocupa al otro, y devolverles a estos encuentros la emoción que tienen".

Luego del éxito de *Sexo ATR* y *Carnaval toda la vida*, la Lic. Cecilia Ce vuelve para pasar de la teoría a la práctica. ¿Cuáles son los enemigos y aliados del placer? ¿Qué valores debemos tener en cuenta a la hora de relacionarnos? ¿Qué son los rituales de transición a la escena sexual? ¿Cuáles son las zonas erógenas y cómo podemos estimularlas?

Se cree que el sexo se debe saber de manera natural y espontánea, pero si para todo en la vida necesitamos aprender y ejercitar, ¿por qué en este caso sería diferente?

El sexo necesita del ensayo y el error. Nadie nace sabiendo. Por eso en este libro vas a encontrar montones de técnicas y posiciones ilustradas para que te llenes de ideas.

Todo esto sin olvidar lo más importante: el disfrute, la conexión y el cuidado con el otro.



El canciller

Vitico 9789504980698

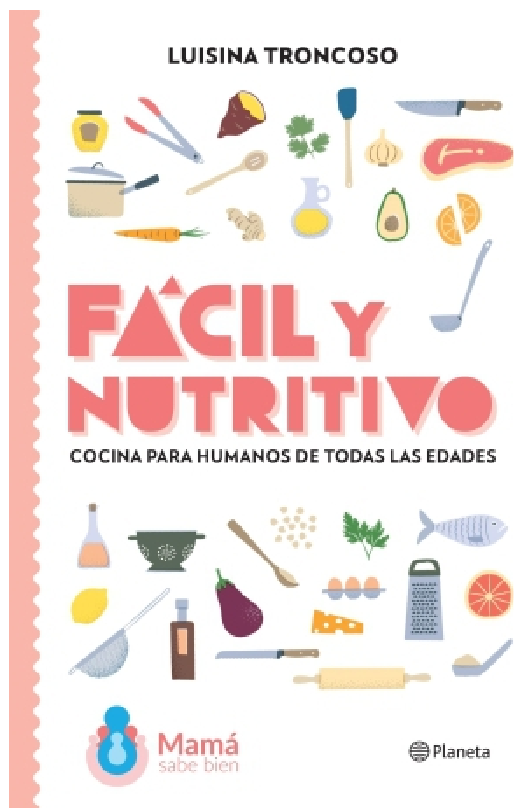
184 Páginas Cómpralo y empieza a leer

"Mi familia me había programado para seguir una carrera universitaria y practicar algún deporte. Y ninguna de las dos cosas sucedió.Porque escuchando a Elvis en la radio del Chevrolet 51 de mi padre encontré el escape para no ser lo que debía".

Víctor Bereciartúa, Vitico, *El Canciller*, nació en Buenos Aires en 1948 y fue contemporáneo al nacimiento del rock en la Argentina y partícipe necesario de muchas de sus reencarnaciones. Tocó el bajo para cientos de miles de personas con diversas bandas como Los Mods, La Pesada del Rock & Roll, Riff y Viticus, además de grabar decenas de discos.

"Tengo una opinión muy particular sobre todo lo que pasó acá y que tuve desde el principio. Mi gran diferencia con los otros músicos era que acá tomaron el rock, el ambiente en el que yo podía estar, de una

manera muy solemne. Tocar era sinónimo de ver cuántas notas eras capaz de meter. Yo nunca estuve de acuerdo con eso. El rock es el sonido de una banda haciéndote sentir mejor cuando salís de su show".



Fácil y nutritivo

Troncoso, Luisina

9789504972501

344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Dale a alguien una receta y van a comer una comida.
Enseñale a alguien a cocinar y van a comer toda la vida".

Para Luisina Troncoso, cocinar es un acto natural y vital, y una de las mejores herramientas que les podemos dejar a las próximas generaciones. Lejos de ser una complicación y pérdida de tiempo, como nos quieren hacer creer en un mundo cada vez más acelerado y colmado de alimentos ultraprocesados, Luisina nos invita a pensar la comida casera como una muestra de amor y una manera de cuidar de nuestra salud y la de la gente que nos rodea.

Fácil y nutritivo reúne sus mejores consejos con el objetivo de mostrarnos cómo equipar y mantener en orden nuestra cocina; cómo hacer las compras priorizando la comida real; cuáles son las técnicas esenciales de cocción; cómo potenciar sabores u organizar el freezer, entre tantas otras cosas, y nos ofrece más de cien recetas fáciles y nutritivas, y sobre todo sabrosas, para que podamos hacernos de los beneficios de la comida casera, sin límites de edad.

Una vez más, la autora nos sorprende con un libro imprescindible para que todos podamos retornar a los alimentos reales, le perdamos miedo a la cocina y dejemos de simplemente comer, para empezar a alimentarnos.